

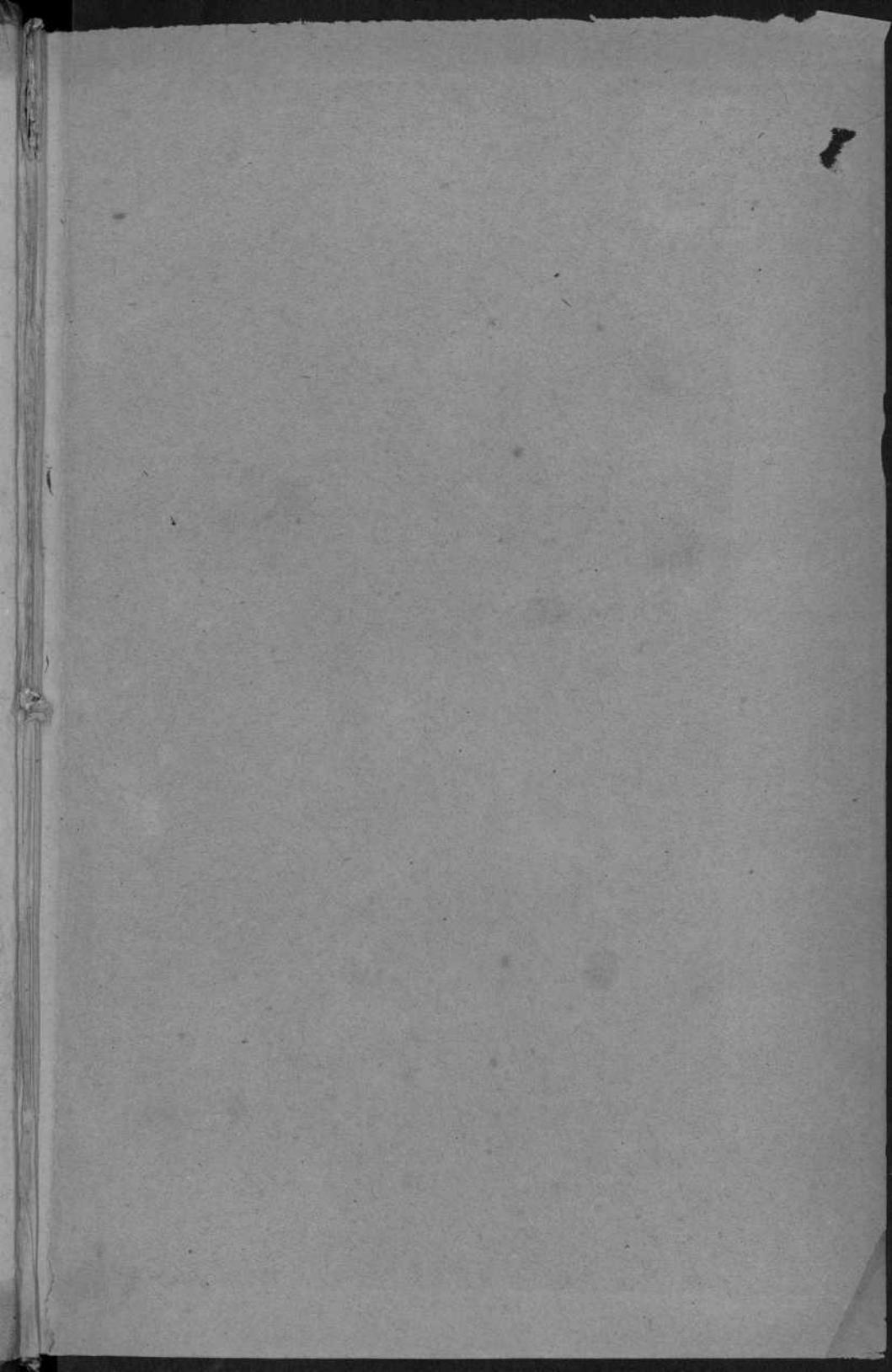
ERE
LMA

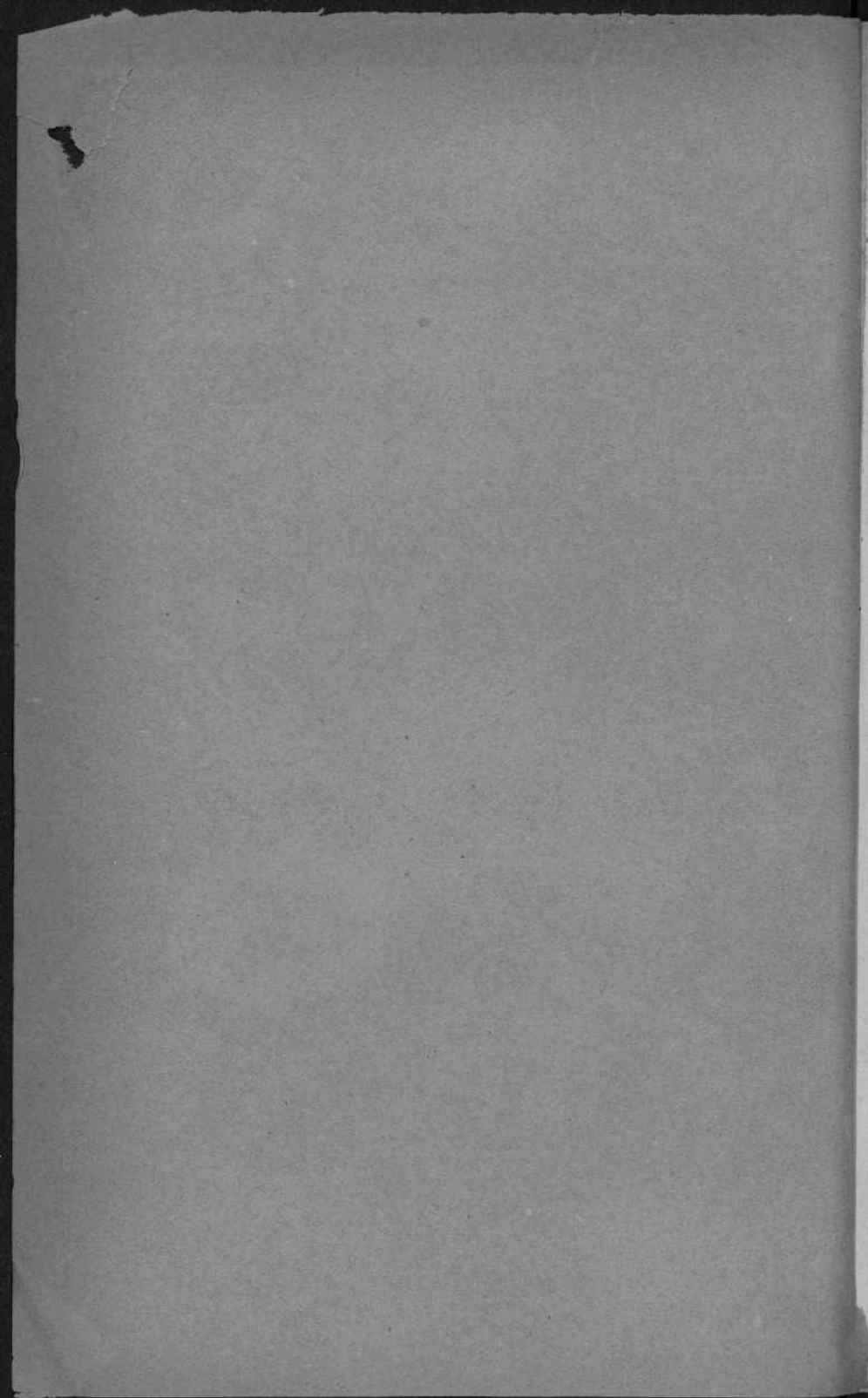
572

CA
JAL

17572

~~11081~~





HIGIENE DEL ALMA

Y DE

SUS RELACIONES CON EL ORGANISMO



HIGIENE DEL ALMA

Y DE

SUS RELACIONES CON EL ORGANISMO

POR EL

DOCTOR J. CALL

Médico que fué del Hospital de la Concepción, encargado de la sección de Cirugía;

Bibliotecario de la Facultad de Medicina de Barcelona;

Fundador de los Archivos de Ginecología y enfermedades de la Infancia;

Director-Propietario de la Revista Médico-Social;

Médico de la Compañía de seguros sobre la vida «La Nacional»;

*Académico de número de la Médico-Quirúrgica Española, de la Sociedad Ginecológica,
de la de Higiene, de la Antropológica francesa, etc., etc.*



SEGUNDA EDICIÓN



BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^a

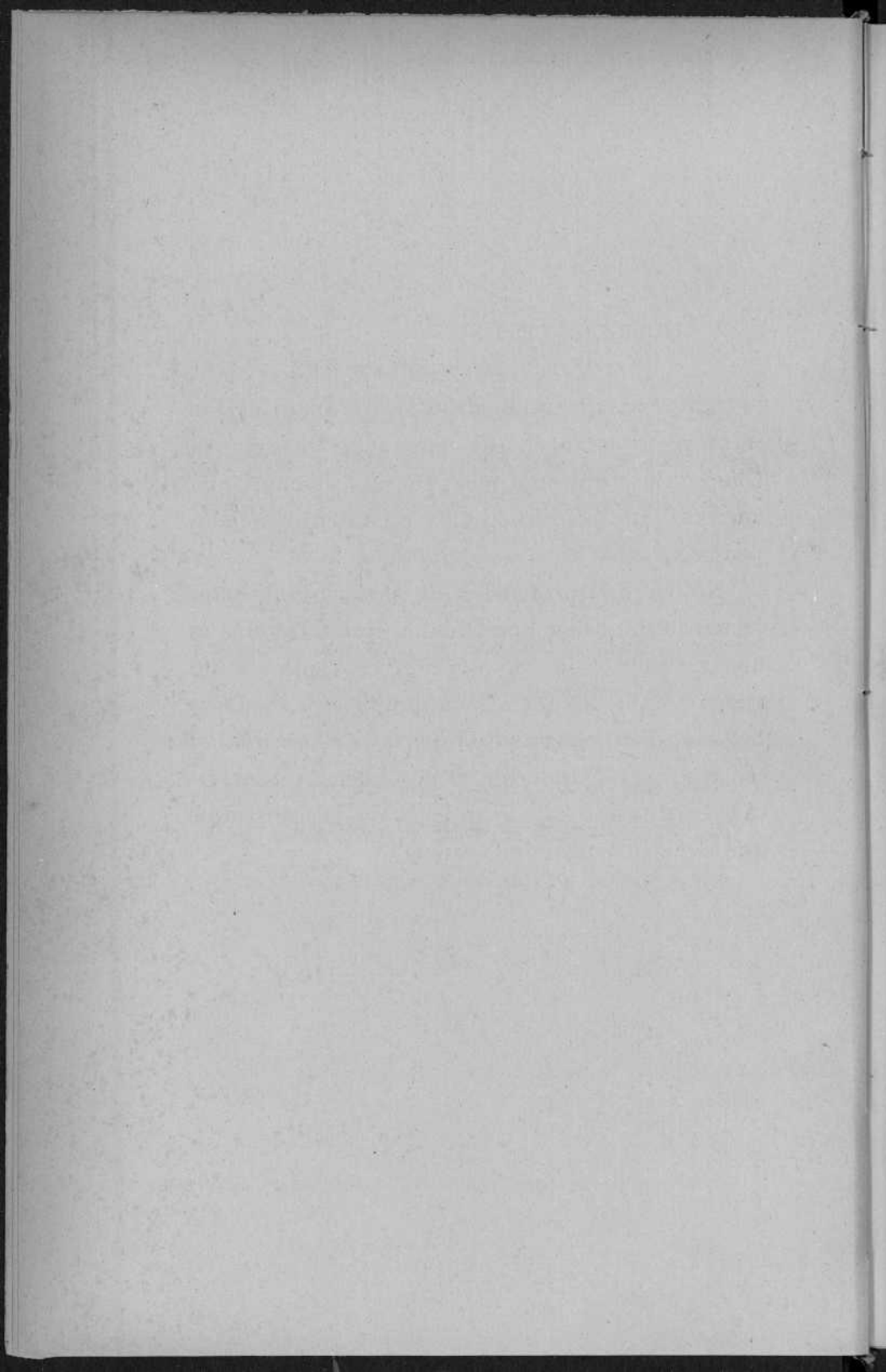
Pasaje de Escudillers, número 4

1888

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Madre mía: Regaste con tu llanto mi cuna. Sé que al compás de mis suspiros latía tu corazón, y que para tí no hubo más atmósfera respirable que la del aliento de tus hijos.

Te conozco demasiado para ser ingrato contigo: el primer destello de sentimiento que dicte á mi pluma el corazón, te pertenece. Tú comprenderás mejor que nadie lo que digo y lo que quiero decir, porque ya estás acostumbrada á medir mis penas, por el sabor de las lágrimas que has enjugado á besos; y á leer en mi corazón lo que se retrata en la niña de mis ojos.

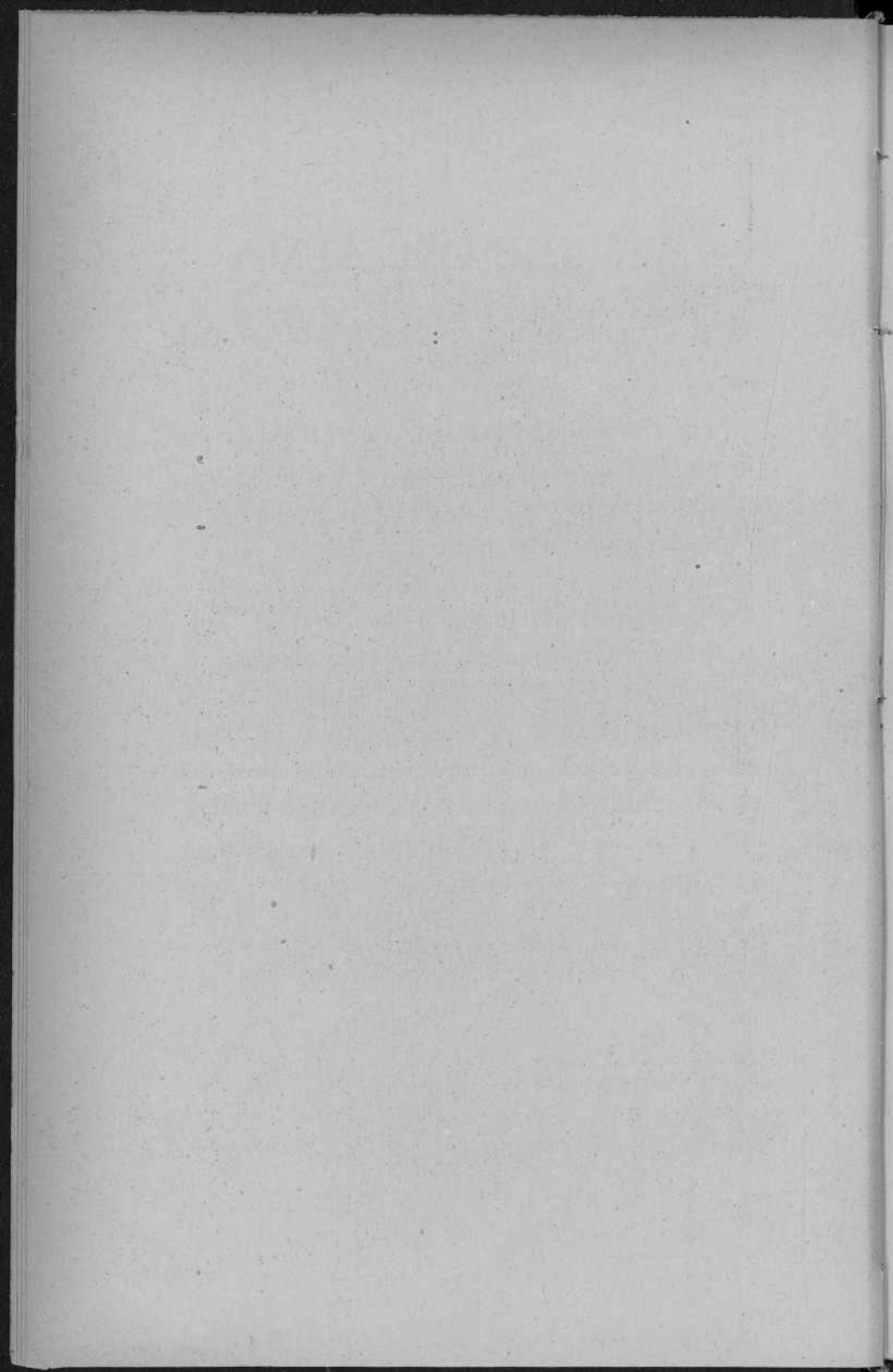


QUERIDOS LECTORES:

Sinceramente os lo digo: mi trabajo es tan incompleto como el que más, y ha de ser así, como quiera que con pocas fuerzas acometí una empresa que sólo abocetara un talento enciclopédico.

No tengo la pretensión de ser original, pues recuerdo muy bien con Goëthe, que toda idea es una reproducción. Sólo, pues, os explicará mi atrevimiento, al dar á la estampa este modesto trabajo, el entusiasmo que siento por la medicina social, rama inagotable de las ciencias biológicas; entusiasmo tan grande como la seguridad que tiene en vuestra tolerancia,

El Autor.



HIGIENE DEL ALMA

Y DE

SUS RELACIONES CON EL ORGANISMO

REALISMO

La vida puede compararse á una finísima criba, al través de la cual pasan los placeres y quedan los desengaños.

El sol que asoma en la inmensidad del horizonte, parece el complemento alegre de la vida de las criaturas, y sin embargo, no ejerce sobre todas la misma influencia. Al paso que á los rayos de su luz y al calor de su contacto, se abre un capullo de rosa en primavera, se marchita y seca la flor más lozana desprendida de su tallo.

El llanto de la aurora, que escapa de sus azules é inmensos ojos en forma de rocío, se reparte igualmente por todos los ámbitos de la tierra; pero así como ruedan ligeras sus gotas sobre las tiernas hojas y flores transformándose en perlas, caen á manera de plomo derretido sobre las secas, convirtiéndolas con el polvo, en fango.

Y esto que sucede en el orden natural de la materia, tiene que suceder en el orden psíquico. La naturaleza habla de una manera muy distinta á los corazones según las condiciones en que les sorprende; porque también ellos, á manera de tierno capullo, nacen dispuestos á vivir rodeados de una atmósfera

de sentimiento y al calor de un inmenso cariño; muriendo en la mayoría de los casos indiferentes á la vida que les rodea y consumidos en la soledad más espantosa, sin que les sirva de consuelo aquello mismo que antes les prestara vigor y entereza.

Hay seres afortunados en la tierra que lo ven todo hermoso y tienen la imaginación predispuesta á soñar colores de rosa, hombres para quienes ser feliz es lo corriente. En cambio, otros desgraciados, nacen encarnados en el realismo más negro de la vida: para ellos el mundo es pequeño en dichas y grande en infortunios, desean más de lo que pueden obtener, y si alguna vez por acaso obtienen aquello que pudieran desear, es porque así llega el desencanto de lo obtenido, convencidos de que aquello no era lo deseado, naciendo y muriendo en su imaginación las ilusiones, como brotan las hojas en primavera y se mustian en otoño. Sólo les queda el corazón que, á semejanza de robusto tronco de encina, va resistiendo los embates del tiempo y el paso de unas vidas á otras vidas; hasta que torcido hoy por el vendaval, martirizado mañana por la fría escarcha y abrasado en fin por el ardiente sol de estío, muere en invierno al glacial influjo de la neblina que le rodea y oprime como círculo de hierro, perdiendo para siempre su vigor y lozanía. Y á medida que ello sucede, renacen las hojas en primavera cada vez más escasas y mueren más pronto; los nuevos retoños se avergüenzan de salir como en otro tiempo, y sólo queda del antiguo vigor, hermosura y lozanía, la severa línea de un contorno que á fuerza de años, desaparece de una manera definitiva.

Asimismo el corazón humano, que en un principio fué bueno y hermoso y dió cabida á ilusiones engañosas, paulatinamente va perdiendo la bondad y la hermosura que le caracterizaran en otros tiempos y no bastan á sacarle de su letargo los vendavales más fuertes del sentimiento, ni la he-

lada escarcha de los desengaños. Permanece solo y mudo contemplando cómo otros corazones sienten á su alrededor y se entregan ciegamente al placer extraño de vivir: nada se conserva de lo perdido más que el recuerdo siempre triste de tiempos dichosos; sólo los sufrimientos quedan cincelados en nuestro corazón, que al fin destrozado sucumbe y muere para siempre, sumido en la indiferencia más completa y sin dejar sentir su influjo más allá de la estrecha cárcel en que á Dios le plugo colocarle.

Esta es la vida: ni más ni menos que el cambio de la materia en lo material y el cambio del espíritu en lo psíquico.

La felicidad es una imagen que perseguimos y vemos como ve el astrólogo las montañas de la luna á fuerza de lentes de prodigioso aumento, las cuales dan imágenes ficticias que resultan positivas para el que mira con el telescopio, pero virtuales para el que está al lado esperando que le llegue el turno.

Es preciso, pues, en el orden psíquico, lo mismo que en el orden material, hacer un esfuerzo para endulzar nuestra existencia, y de igual manera que el fisiólogo higienista da sanos consejos para conservar la salud aun cuando tenga la convicción de que llegará el día en que se pierda, el higienista del alma deberá trabajar para conservar entero y vigoroso el espíritu; aspiración que se puede tener con mayor motivo, por cuanto la parte psíquica de nuestro organismo representada por el alma, no envejece nunca.

El alma (como dice el sabio poeta y filósofo V. Hugo) es el único pájaro que sostiene su jaula.

ESPIRITU Y MATERIA

Según los materialistas, en el mundo nada se pierde. ¿Cómo contestarían, pues, á la pregunta de aquella inocente niña: «Madre, ¿dónde van mis pensamientos y mis deseos?»

La Química es la mejor sirvienta de la Medicina; la peor Señora. (Boerhaave).

Nuestro admirable conjunto es un compuesto de dos partes antitéticas consideradas analíticamente, y similares si las estudiamos bajo el punto de vista sintético.

Sólo la omnipotencia y grandeza de Dios podía armonizar de una manera tan completa la materia y el espíritu, á Él únicamente le era dado hermanar la grosera textura de un cuerpo de carne y hueso con la fluidez de la idea, la poesía del sentimiento y la filosofía de la razón. Para la suprema sabiduría, extrema bondad y soberana potencia de Aquel que creó el mundo al solo impulso de su aliento, todo es práctico y razonable por extraño que parezca: que al fin es el hombre una miseria atómica del mundo, y el mundo otra analítica de la creación.

Pero dominada la inteligencia nuestra por el ardiente deseo de escalar cada día un nuevo secreto de la creación, y fascinado el hombre por el precioso y desconocido mecanismo de este complejo que le constituye, no cesa en el propósito de descubrir la unión íntima entre el alma y el cuerpo, ni es fácil renuncie jamás al esclarecimiento de tan elevado problema.

Desde tiempos inmemoriales todas las escuelas filosóficas y médicas se han ocupado con preferencia de este asunto, inventándose cada día nuevas teorías para dar cuenta y razón del hecho, y mientras unos han pretendido arrancar semejante enigma de las entrañas de la misma vida analizando molécula por molécula del organismo, otros han creído más práctico descubrir el secreto por medio de la filosofía vaporosa, y remontándose á las regiones etéreas de lo fantástico. Han olvidado los primeros que todo se ve mejor de cerca que de lejos menos la vida, que cuanto más pretendemos analizarla y tocarla, más y más la perdemos de vista, y no se acuerdan los segundos de que la materia es un poderoso elemento de la creación, que es por lo menos tan grande como el mismo mundo.

El mecanismo de unión de la materia y el espíritu es difícil que llegue á penetrarlo el talento del hombre, porque aunque no lo parezca y á pesar de ser tan grande el humano entendimiento, tiene restricciones. Después de todo, vive encerrado dentro de nuestro cuerpo.

Ello es que hoy, lo mismo que desde la más remota antigüedad, no desmaya, ni la medicina ni la filosofía moderna, de llegar al esclarecimiento del asunto; y aunque no sea más que haciendo un esbozo sintético, tendremos que apuntar las tendencias de la moderna ciencia, como quiera que nuestro trabajo se encamina al estudio de la influencia del alma sobre sí misma y sobre el cuerpo, y aun cuando no tengamos la pretensión de estudiar el cómo ni el porqué de esta influencia.

La corriente que domina para llegar al descubrimiento de ésta que pudiéramos llamar piedra filosofal de nuestros días, es la seguida por la escuela analítica (1).

(1) Las escuelas analíticas tuvieron en la antigüedad sus representantes. Ya Descartes decía: «Dadme extensión y movimiento y hago el mundo», y en efecto

Los partidarios de esta escuela que por desgracia dominan el campo de la moderna ciencia, á fuerza de materializar y observar, más que el conjunto, los detalles de los hechos, han creído ver en la división del trabajo un medio absoluto de adelanto, y pretendido aplicar á las ciencias biológicas los principios de las químicas, olvidando que unas y otras partían de muy distinta base, y en su consecuencia, que el análisis, utilísimo en mecánica, había de resultar ridículo por sí solo en biología.

Y no se trata de años, se trata de siglos, en que los hombres pierden el tiempo analizando ó pretendiendo analizar aquello que de por sí no se presta á análisis, aquello que no es descomponible, como parte de un conjunto armónico llamado vida.

su obra del *Hombre y la formación del feto*, no es más que una prueba de sus pretensiones, á las que dio forma en este tratado, después de haber escrito mucho y de haber creído dejaba explicados mecánicamente todos los grandes fenómenos del cielo y de la tierra.

El mecanismo de Descartes y de Boerhaave aun tiene sus representantes en la moderna ciencia por extraño que parezca. Existen multitud de médicos y naturalistas convencidos de que se reducen á hechos mecánicos los fenómenos más delicados de la naturaleza en todas sus manifestaciones, lo mismo orgánicas que psíquicas, y para quienes la vida no es más que el resultado de una disposición molecular. Ved lo que dice el sabio médico italiano Mosso en su obra *El Miedo*: «Creo que Darvín ha dado demasiada importancia á la voluntad considerada como causa de expresión moral; nosotros, jóvenes fisiólogos, somos más mecánicos; estudiamos de una manera más detallada los engranajes del organismo, y buscamos en la estructura de los órganos la explicación de sus funciones».

La escuela que tuvo su iniciador en Descartes no sólo tiene representantes hoy entre nuestros sabios, sino que además vienen las ideas de éstos robustecidas por los adelantos actuales de la física y la química, que pudiéramos decir son las cunas del materialismo en todas sus manifestaciones. ¿Qué es, por ejemplo, la respiración mecánica y químicamente considerada? Comparado el movimiento de fuelle de los pulmones á un fuelle de fragua; vista la combinación entre el oxígeno del aire y el carbono de la sangre, que engendra aumento de temperatura y es la causa de la transformación de la sangre venosa en arterial, queda explicado el fenómeno para los modernos Descartes, con tal riqueza de detalles analíticos, que á conocerlos, hubieran constituido la felicidad de aquel sabio filósofo, ya que, estudiada así la respiración, parece enteramente un hecho mecánico-químico. Y como éste se presentan á nuestra vista y observación diaria otros muchos fenómenos de la vida orgánica que podríamos explicar como la respiración.

El mecanismo de Descartes subsiste aún hoy día en principio, lo que sucede es que se encuentra subdividido en dos campos; uno exclusivamente físico que tiene

La mayoría de los sabios modernos intentan llegar al conocimiento de la máquina humana, estudiando pieza por pieza, pero sin fijarse en las relaciones de mutua dependencia: y así los histólogos, á quienes debemos indudablemente muchos adelantos, pretenden saber lo que es el cáncer por el solo hecho de haber clasificado las variedades de su estroma y células aprisionadas, olvidando que aquella creación histológica vive bajo la inmediata dependencia de una entidad biológica que preside aquel trabajo hiperplásico. Nuestros químicos quieren explicar la digestión por acciones combinadas de diversos jugos, olvidando los movimientos peristálticos y antiperistálticos de que está dotado el estómago y los vermiculares de los intestinos, sin calcular que el estómago es una caldera viva y no un miserable puñado de

por partidarios á los que hacen depender la vida de una disposición molecular de la materia, y otro esencialmente químico en el cual todo se explica á beneficio de combinaciones y reacciones.

Graves son las dificultades y grandes los obstáculos con que tienen que luchar los partidarios de ambas escuelas, y mucho é inútilmente tal vez tendrán que trabajar para explicar ciertos fenómenos. Porque, por ejemplo, la disposición molecular de un huevo fecundado da lugar á vida que no se engendra en un huevo sin fecundar; para decirnos cómo se fabrica la orina, el jugo gástrico, la bilis, etc., etc.... y eso que nuestros químicos obtienen ya: urea, estearina, butirina y otras muchas substancias complicadas.

Si á tan sencilla cosa no alcanza la ciencia de sus partidarios, ¿cómo ha de llegar á fabricar siquiera la membrana más grosera de nuestro organismo, la hoja más sencilla del reino vegetal y con mayor motivo á la elaboración de un órgano humano?

Así deben haberlo comprendido muchos amantes de la materia que, aunque sujetos á sus leyes, han vivido más despegados de ella. Convencidos de que sin organización no hay vida, y aun cuando hayan creído que la vida era hija directa de la molécula y de la combinación y química, no han querido prescindir de esta organización aun en el seno de los fenómenos mecánico-químicos; atribuyendo á los cuerpos, aparte de sus propiedades físicas y químicas, ciertas otras relacionadas con su funcionalismo y meramente hipotéticas, porque no son intrínsecas del tejido á que se refieren, sino de este tejido unido á nuestro organismo en funciones. Entre los partidarios más esclarecidos de esta escuela que se conoce con el nombre de organicismo se encuentran Haller, Bichat, y pudiéramos decir que la escuela de París en masa. Pero como quiera que la unidad de la vida es un hecho indudable y por medio del organicismo aisladamente y reducido á sus propias fuerzas, no se explican todas las funciones y á satisfacción de todos, tanto más, cuanto más complicado es el animal en su textura; resulta de aquí el origen de otra escuela que, aunque dimanada de estas materialistas, admite un principio vital *vel vitalismum*, en cuyo campo encontramos á Barthez, Dumas, Fouchut, Fouquet, Jordat y otros.

arcilla en forma de cápsula de laboratorio. Pretenden conocer la acción de la orina sobre las paredes de la vejiga, pero para ello sólo cuentan con las propiedades químicas de la primera, olvidando la fuerza de organización, hija de la vitalidad de la segunda. Nuestros higienistas creen que desaparecería la encanijada raza moderna dando á las ciudades las condiciones materiales del campo; pero no recordando que muchos males físicos, por no decir su mayoría, dependen también en las grandes ciudades, de la ambición, de la corrupción de costumbres y del vicio.

Por todo esto es de imprescindible necesidad que nazcan un sin fin de conocimientos, porque se trabaja mucho, pero también sucede que cada nuevo conocimiento es en muchos casos un elemento de discordia y confusión para la ciencia; porque ésta, cuando es analítica, debe estar basada en la sintética y nunca puede caminar por sí sola.

¡Qué lastimoso adelanto el de nuestro siglo, en el que para conocer la materia de la creación y sus leyes en el funcionalismo de relación, se estudia molécula por molécula sin fijarse en las relaciones de conjunto, más que cuando se conocen ó pretenden conocer las partes de este admirable complejo! ¡Causa pena ver el sin fin de millones de siglos que necesitaremos para llegar á saber algo por el camino emprendido! Veremos cómo las verdades de ayer caen destruidas por las de hoy, y las de hoy morir al influjo de las de mañana, que nacerán á su vez para sucumbir muy pronto...

Á nadie, para conocer el objeto y propiedades de un instrumento mecánico cualquiera, un martillo por ejemplo, se le ocurriría analizar las moléculas de madera del mango y las de acero de la cabeza. Al objeto de saber el uso á que viene destinado, sería más práctico, sintetizando, ver en él una palanca de tercer género que se mueve á impulsos de una fuerza viva, y esta noción sintética resultaría más práctica y exacta

que todas las que pudiéramos adquirir analizando durante los siglos de los siglos.

En mecánica, sin embargo, no es raro que dé resultados el análisis aisladamente; pero es porque toda individualidad automática industrial (máquina de creación humana) empieza por ser una criatura imperfecta, por cuanto no tiene en sí misma, sinó en el hombre, la razón suficiente de su automatismo; al paso que toda criatura natural, usando una feliz expresión de un conocido filósofo, se da cuerda á sí misma, lleva en sí la razón suficiente de su automatismo. Y es que las máquinas de creación humana no son individuos en el orden anatómico, porque no reside en ellas su razón funcional, y no reside en ellas porque en el orden anatómico no son individualidades. Por esto en las máquinas de creación humana, la forma es lo esencial y no la substancia de que se componen las piezas; por lo cual de la reposición ó substitución de esta substancia, cuida directa y constantemente el hombre, de quien pudiera decirse es para sus criaturas una providencia activa. Mientras que en los seres naturales, la forma, la substancia, la individualidad y el automatismo son cuatro cosas esencialmente idénticas en el fondo. De manera que son autónomas porque son individuos, son individuos porque son continuas, son continuas por estar formadas de aquella substancia y no de otra, y de aquella substancia y no de otra están formadas porque son autónomas. De suerte que cuando un forúnculo, por ejemplo, ataca un punto del dermis, la forma, la substancia, la individualidad y la autonomía del sujeto en este punto, reciben las espontáneas sinergias de todas y cada una de las partes del organismo para reponer aquel desperfecto. Suprimid el hígado, bulbo, pulmón, riñón, etc... y aquel remiendo no podrá tener lugar, ni por autonomía, ni por intervención quirúrgica; mientras que aquel mismo punto, suponiéndolo sano, colabora á su vez

con todos los demás de la piel á prestar auxilio reparador á cualquiera otra parte en mala hora atacada; y como quiera que estos ataques á la vida sólo por accidente son patológicos, porque ya el normal vivir, es un incesante proveer á la conservación propia, de aquí que ni en el concepto anatómico, ni en el substancial, ni en el morfológico, quepa admitir que una idea biológica, y por tanto médica, tenga estado científico definitivo, mientras esta idea sea sencillamente analítica.

Por esta y por otras muchas razones nos parecen sencillamente ridículas las pretensiones de las escuelas analíticas esencialmente tales (1).

En contraposición del materialismo moderno que viene involucrado en el análisis considerado aisladamente, han existido y existen aún multitud de escuelas que pudiéramos llamar idealistas y cuyas vaporosas teorías tienen también un origen muy antiguo (2).

(1) Bien dice Saisset á este propósito: «Nuestro siglo, á medida que envejece, se va haciendo positivista. La edad moderna es de oro para las ciencias exactas y la industria; de hierro para la metafísica. Todo son descubrimientos abstractos, los hombres tienen miedo de pensar».

(2) Ya Platón decía que el hombre no era una planta de la tierra; era una planta del cielo. Para él, el alma era de origen celeste y su esencia vivir una vida espiritual. Cayó el alma en el cuerpo de una manera misteriosa, apoderándose de cualquier cuerpo, en el cual, después de haber sufrido muchas pruebas, dejaba de habitar, volviendo á su primitiva vida en Dios.

Combatió esta doctrina Aristóteles, que no creía en esta preexistencia de las almas y en esta caída, considerando ambas cosas como hechos imaginarios. Se burlaba de las almas que viajan en busca de un cuerpo. Para él el alma correspondía á un determinado cuerpo y no á otro. El alma, dice, es la forma del cuerpo, entendiendo así, la energía, la fuerza para sentir, pensar y obrar de este cuerpo.

Tal es la doctrina que enseñó Aristóteles á Teosfrato, y que al través de mil vicisitudes invadió las escuelas de la Edad media, fué aceptada por la teología y formulada por el mismo Santo Tomás de Aquino y casi elevada á dogma por la religión.

Pero Descartes, á quien llamaba con justicia Saisset el padre de la filosofía moderna, es el que ha dado pie al desarrollo de casi todas las escuelas filosóficas contemporáneas.

Sus opiniones eran tan originales, que por lo que á la materia se refiere, se perdían en el materialismo, resultando extremadamente espiritualistas por lo que al espíritu toca. Por esta razón nos encontramos con que, á la par que dimanan de su

Tanto el idealismo de Platón y el de todos sus prosélitos, que daban al espíritu lo que no le pertenecía y lo que le pertenecía, como el materialismo, son extremos de un término medio que no conviene abandonar.

filosofía, las escuelas materialistas de nuestros días, nacen las espiritualistas, de su modo de apreciar los hechos de la naturaleza psíquica.

Creía Descartes que la materia en general no era más que la extensión, comprendiendo figura y movimiento. El cuerpo humano para él, era una manera particular de ser de la extensión universal. El alma era lo que imagina, desea, siente, razona y quiere. Era el alma una especie de huésped del cuerpo, completamente desligado de éste.

Sthal fué el principal adversario de las teorías de Descartes. Médico famoso, gran químico y naturalista, puede decirse es el verdadero origen de las escuelas espiritualistas modernas, fundadas en su animismo. Para él la vida supone un principio superior al mecanismo. Las más delicadas combinaciones no pueden producir una brizna de hierba ni una parte de un cuerpo de un animal, por sencillo que sea.

Pero como sucediese siempre en estos casos, así como para Descartes el alma no era nada para el cuerpo, para Sthal sucedía lo contrario, y de vivir ésta una vida de forastero en nuestro organismo, pasó al extremo contrario. Para Sthal el alma lo era todo, presidía la digestión, la circulación de la sangre, el más recóndito de los actos de la vida, aun tratándose de aquellos que tenían lugar sin que tuviésemos conciencia de ellos, así como además todos los hechos de conciencia. En virtud de estas propiedades y de una actividad latente del alma, es en virtud de lo que ésta dirige el desarrollo del germen, su organización, el funcionalismo todo de la economía y aun el trabajo de reposición orgánica en caso de enfermedad. La fiebre no es una enfermedad para él, es un esfuerzo del alma para curar el cuerpo, pues el alma es el primero de los médicos y todo el arte de la medicina consiste en saber secundar su ministerio reparador.

Todas las luchas filosóficas de aquella época vinieron dominadas por la influencia del animismo de Sthal, hasta que á este sabio filósofo le sucedió lo que á Ruoz, Badaeu, Locke, Leibnitz y, en una palabra, á los primeros adversarios de Descartes. Con sus exageraciones y á fuerza de dar al alma un valor que no tenía, como universalismo de funciones, se engendró la natural reacción contra el espiritualismo y se hizo burla de él, cayendo en el materialismo y dando á la materia una importancia que tampoco de derecho le correspondía. Vino, en consecuencia, el materialismo acentuándose por gradaciones cada vez mayores, y teniendo partidarios que, empezando por poco, como Locke, Ruonz, Badaeu y Condillac, acabaron por mucho, como Cabanis, Helvetius y Lamarck. Y en estas condiciones de apasionada, á la par que extremada lucha, nació el siglo XIX con todas sus grandezas y sus defectos.

Maine de Boiran, Roller-Collard y Cousin dieron pie á la teoría de Jouffroy.

La escuela de Jouffroy es una escuela verdaderamente sensata y la que con más exactitud dió al espíritu las atribuciones que le correspondían, sin invadir el campo de la materia.

Para Jouffroy, como para Reid, Dugald, Stewart y otros, existían dos clases de fenómenos: unos revelados por los sentidos, ó percepción externa, y otros de los cuales nos da cuenta la conciencia, ó de percepción interna.

Jouffroy, en el prefacio de la obra *Investigaciones de la filosofía moral* de Dugal-Steward, que tradujo en 1826, opinaba aún de la misma manera, sin atreverse á asegurar cuál era el principio que regía los hechos de percepción interna; pero en su obra

Para el conocimiento de nuestra organización es preciso analizar sí, pero sintetizando al mismo tiempo. No nos empeñemos en destruir la sólida unión que existe entre la materia y el espíritu, que por lo mismo que constituyen una indivi-

Memoria sobre la distinción de la psicología y la filosofía, ya fué más explícito, dando á la conciencia su verdadero valor; estableciendo una barrera natural entre la fisiología y la psicología, con un criterio y una exactitud incontestables, y demostrando, contra la opinión de Gall, Magendie y Broussais, que la psicología era una ciencia que tenía vida propia, y no sencillamente una rama de la fisiología, como dichos fisiólogos querían suponer. Después de haber analizado multitud de hechos con la claridad de criterio que le distinguía, consignó Jouffroy «Que todo fenómeno que se producía en el hombre, dado por la conciencia como un acto del yo, era un fenómeno psicológico y los demás fisiológicos».

De aquí deslindados los campos de ambas ciencias, y de aquí, en consecuencia, el alma espiritual, dada como hecho de existencia tan evidente como la del mismo cuerpo. Podrá ser que la materia tardemos aún mucho tiempo en conocerla, pero el espíritu, según la escuela de Jouffroy, sabemos positivamente lo que es: «El yo sensitivo, razonable y volitivo».

A pesar de la claridad y precisión de esta teoría y de hacer aproximadamente unos sesenta años que se emitió, no ha dejado de tener partidarios acérrimos el materialismo, renaciendo además entre los modernos filósofos el animismo de Sthal, que bueno fué y sería para consignado en los libros de filosofía, pero no para defendido, como lo fué modernamente por Bouller, Charles, Rita y otros filósofos.

El nuevo animismo es una reacción contra el espiritualismo de Maine de Brian y de Jouffroy, como el animismo de Sthal lo era contra el espiritualismo de Descartes, y aun pudiéramos decir como el animismo de Aristóteles lo había sido contra el espiritualismo de Platón; pues cuando Sthal, en el siglo xiv, vino á combatir las teorías mecánicas de Descartes, no fué original en un todo; no hizo más que copiar á Santo Tomás, que había copiado á su vez á Aristóteles.

Para los animistas modernos, el alma tiene dos clases de fenómenos ó funciones, las unas de las que tiene conciencia y que atribuyen al yo, v. g. la facultad de pensar, de mover ciertos órganos, etc... las otras de las que no tiene conciencia: las funciones vitales, sobre cuyo asunto ha dado á luz Bouillier notables estudios publicados en su obra *Del principio vital y del alma pensadora*.

Llegados á este punto, nos encontramos con que el nuevo animismo tiene puntos de contacto con el vitalismo, y eso que dimana de las escuelas espiritualistas el uno, y de las materialistas el otro. Y pudiéramos decir que un vitalista sería animista con sólo dar á la fuerza vital ciertas y determinadas atribuciones; ya que hoy han dicho los discípulos de Barthen lo que no se atrevió á decirnos su maestro, esto es: que hay en el hombre, además de la materia, que siempre cambia, un doble dinamismo, una fuerza vital primero que preside á la vida orgánica, y un sentido íntimo ó alma pensadora que preside á la vida intelectual. ¿No os parece que esto es lo mismo, ó poco menos, que lo que dijo Sthal?

La diferencia principal, al estudiar estas escuelas, es la del camino emprendido para llegar á tener este relativo encuentro; el vitalismo naciendo de la física y de la química, ó sea de la materia; el animismo de la psicología, ó sea del espíritu.

Sea de ello lo que se quiera, es lo cierto que el principio espiritual del hombre, pocos pensadores lo niegan y que se llame alma, ó como quieran llamarle; que al fin el nombre poco importa, evidentemente existe.

dualidad, son indestructibles. Sus relaciones y recíproca influencia serán siempre el punto de partida de nuestro trabajo, ya que opinamos son indestructibles sus vínculos, sin que tengamos la pretensión de saber cómo ni cuáles sean.

Estudiemos, pues, el alma humana, teniendo presente que es del hombre; que el hombre tiene vida, y en virtud de ella se mueve y siente, y se agita y obra, y admira algunas veces con sus trabajos. No nos oponemos á que al alma se la llame por otro nombre; tampoco tenemos empeño en que la vida lleve este preciso dictado; pero sí lo que creemos firmemente y con toda convicción de aquel que siente que es algo, es que hay espíritu en la materia de nuestro cuerpo; espíritu que unido á ella, constituye el organismo humano con todos sus atributos morales y materiales; espíritu que también podéis llamar de otra manera si así os place; pero algo que no es materia, que escapa á nuestros sentidos y que nos convence una vez más de lo poco que significa nuestra ruindad al lado de la grandeza de la creación, nuestra miseria de materia frente del indeterminado é inacabable azul del firmamento, nuestro destello de razón al lado de la sabiduría de Dios.

El organismo es un compuesto de átomos, pero de átomos organizados, que no se mueven al azar, y cuyo trabajo funcional viene presidido por una fuerza que escapa á nuestros sentidos, fuerza que en vano buscó con incansable y decidido afán el bisturí de Espinoza.

INFLUENCIA RECÍPROCA DEL ESPÍRITU

Y LA MATERIA

Hasta aquí no he dicho más que vaguedades, que en mi concepto, eran de imprescindible necesidad como precedente á este trabajo. Vaguedades que con serlo, no dejan por esto de abrir ancho campo á puntos concretos. También son vaguedades la luz y la sombra, y sin embargo, la una da calor, rejuvenece la vida y alegra el alma; y la otra frío y tristeza, sembrando la muerte y desparramando el vacío en derredor nuestro. Vaguedades son las olas del mar, y su sordo é interminable rugido concreta un punto á cada imaginación: recuerdan una mujer á un hombre enamorado, un hijo lejano á una madre cariñosa, un crimen escondido á conciencias que remuerden, un mundo desconocido al sabio estudioso, otro cielo y otro suelo al pobre desterrado.

Pues estas vaguedades de la naturaleza que hacen vibrar determinadas fibras del corazón y hablan un lenguaje muy distinto á cada entendimiento, vienen siendo el alimento cotidiano del espíritu nuestro, que sólo se ilustra de una manera seria, en el inmenso é indeterminado museo de la creación.

Nuestro cuerpo no puede prescindir del alma, que á su vez no puede prescindir del universo; y aun aquellos mismos que niegan la influencia recíproca entre la materia y el espíritu, la comprueban sin darse cuenta de ello en el terreno de los hechos; y así veréis con frecuencia á un materialista acé-

rrimo, dejándose dominar de su espíritu hasta el punto de suicidarse cobardemente; á un cínico que reniega de la virtud de las mujeres, batiéndose por defender el honor de una hermana; á un pobre diablo que ataca con saña el matrimonio, convertido en esclavo sumiso del capricho más pueril de una querida.

Pese á quien pese, la vida humana es un conjunto inseparable de materia y espíritu, una sinfonía armónica de idealismos y realidades, una sola cosa; y como materia y espíritu, idealismos y realidades, alma y cuerpo, son para nuestro objeto lo mismo, nada de extraño tiene que les veamos siempre unidos, ejerciendo unos sobre otros la más poderosa influencia, y modificándose mutuamente y de la manera más radical en todas ocasiones.

Estas modificaciones que puede sufrir la materia á expensas del espíritu, y el espíritu á expensas de la materia, pueden tener lugar lo mismo en el terreno fisiológico que en el patológico, y al menos avisado se le alcanzan.

El mejor orador, presa de la más insignificante emoción, se desconcierta hasta el extremo de quedarse sin palabras con que expresar sus ideas. Refiere Mosso en su tratado sobre el miedo, que uno de sus maestros, profesor de elocuencia sagrada en el Ateneo de Turín, no podía hablar más que sentado, á tal punto llegaba el temblor de sus piernas, teniendo que renunciar al fin á sus triunfos oratorios porque una vez terminado el discurso, quedaba imposibilitado para levantarse de la silla y para andar durante largo tiempo.

Invitad al más fecundo de los poetas á que os describa el sentimiento que le ha causado la reciente muerte de un hijo querido y toda la fluidez de aquella imaginación desaparecerá nublada por las lágrimas, tesoro más elocuente del sentimiento que el mayor de los discursos y el más inspirado de los poemas.

Ved á Enrique Lasern leyendo una obra con tantísima afición, que se deja sorprender por el sol naciente, creyendo que á lo más, serían las once de la noche anterior. Hace doce horas que lee, sin pensar haber invertido más que una sola en este trabajo.

Intentad comer una cosa por la cual tengáis aversión ó que os recuerde algo sucio ó asqueroso, sin que os siente mal la comida y origine el hecho moral de aversión, un hecho material de empacho.

¿No os ha sucedido mil veces, no querer salir á la calle, ó una vez en ella, evitar la presencia de los amigos sin poderlo remediar, por llevar un traje viejo, ó simplemente una camisa sucia, un guante descosido, un zapato roto?

¿Hay nadie que se aperciba del frío, del agua cuando por accidente cae dentro de un estanque, ó atraviesa un río escapando de las manos de un enemigo cercano y terrible? Nadie, mientras dura la impresión moral del hecho, se acuerda de la material que es sofocada por la primera.

En casos de peligro, se saltan enormes barrancos y grandes alturas, se salvan pasos dificultosísimos, con los que nunca nos hubiéramos atrevido en estado normal; se franquean enormes distancias, y todo ello se hace sin que ni siquiera se dé uno cuenta de ello, ni de las dificultades con que ha tenido que luchar (1).

La legislación griega, que al influjo de las tendencias de su pueblo, cifraba la felicidad en la robustez del cuerpo, creó una escuela, llamada de los Estoicos, que había llevado las cosas hasta la exageración de hacer unos ejercicios especiales, al objeto de ver quién de sus sectarios dominaba mejor el dolor; sucediendo que un conocido ciudadano se dejase

(1) Varios son los casos de paralíticos que, alarmados por la voz de fuego en hospitales, han abandonado sus lechos como si no hubieran conocido nunca la enfermedad.

devorar las entrañas por un chacal, sin proferir la más insignificante queja. Cicerón cita el caso de un estoico que, deseando dar una prueba de la famosa proposición de su escuela «El dolor no es un mal», puso en práctica la teoría delante de Pompeyo, triunfando sobre sí mismo de un violento ataque de gota sin proferir la más insignificante queja.

Esto, mejor que una prueba de hasta dónde puede llegar la resistencia del cuerpo, ¿no es la demostración clara de lo que es capaz el espíritu en ciertas ocasiones?

Pues todos estos hechos y multitud de otros que pudiéramos citar, corroborarían una vez más la demostración prácticamente llevada á cabo, de que la influencia del espíritu sobre la materia en estado normal ó fisiológico es manifiesta.

Lo mismo que en el fisiológico, sucede y aun pudiéramos decir que en mayor escala, en el patológico, pues no porque dejemos de atrevernos á decir con Sthal que el mejor médico de los cuerpos es el alma, dejamos de comprender la poderosa influencia de la segunda sobre el primero. ¡Cuántas veces un herido en campaña pelea durante mucho tiempo sin darse siquiera cuenta de la desgracia de que ha sido víctima, hasta que se lo advierte un compañero! (1). Y únicamente esta fiebre y esta pasión de que está poseído el hombre en determinadas situaciones, nos dan la explicación de porqué un Churruca tuvo suficiente dominio sobre sí mismo para dirigir un combate naval con una pierna recién amputada de un

(1) He conocido á una persona cuyo nombre me está vedado revelar, que en la última guerra civil militaba en el campo carlista, y á la cual le entró una bala por el dedo gordo del pie destrozándose por completo é hiriéndole luego en una de las piernas en la parte correspondiente á la masa carnosa de la pierna, que no se apercibió de la herida hasta que después de haber entrado en el sitio que atacó con su regimiento, se lo advirtió su ayudante.

En la guerra de África hirieron á un cabo llamado Juan Losada, en la parte interna de un muslo, atravesándosele é interesando la arteria femoral; peleó hasta que la formidable hemorragia que tuvo lugar le hizo caer en tierra para no levantarse más.

balazo, y metida dentro de un barril de harina para cohibir la hemorragia.

El Dr. Arró, médico inspector del ferrocarril de Francia en Cataluña, ha recogido datos estadísticos curiosísimos respecto del curso de las heridas en los dependientes de la mencionada vía férrea, según el origen de las mismas. En opinión de este respetable profesor, casi todos los heridos por el tren movido por fuerza de vapor, sucumben aun cuando la herida sea de poca importancia, pues bajo la influencia de la depresión moral ocasionada por el miedo en el acto de la desgracia, no viene nunca la reacción; al paso que se curan con una facilidad relativamente asombrosa los heridos por coches movidos por los mismos peones encargados de esta maniobra. En estos segundos se pueden intentar operaciones, por graves y delicadas que sean, con probabilidades de buen éxito, pues la reacción se presenta francamente y con suma facilidad.

Egles, atleta de la isla de Samos, era mudo de nacimiento, mas al ver que se le privaba del fruto de su victoria por dársela á otro, experimentó un disgusto tan grande, que su lengua se desató súbitamente, prorrumpiendo en quejas por la injusticia que se le hacía.

Si echáis una mirada retrospectiva á la historia de Francia, recordaréis que á últimos del siglo pasado, en una sola noche la desgraciada María Antonieta cambió el color del cabello, como si hubiesen transcurrido muchos años, á consecuencia del sobresalto de que fué presa cuando la alcanzaron sus enemigos.

Igual fenómeno ocurrió á un cazador de águilas que se dedicaba hacía muchísimo tiempo al oficio con dos hermanos suyos, y del cual nos da cuenta Descuret.

Dedicados á esta caza desde mucho tiempo, como otros tantos de los moradores de aquel país, habían descubierto en

los alrededores de San Juan de Domus-Novas, un gran nido de águilas en la margen de un profundo precipicio.

Resueltos á apoderarse de ellas, echaron á la suerte quién sería el encargado de bajar para sacarlo. No estribaba el mayor peligro en la posibilidad de una caída de más de cien pies de altura, sinó en una agresión por parte de aquellas rapaces, una vez en el fondo del abismo.

Cayó en suerte, tan peligrosa empresa, á un apuesto mancebo de 22 años, de musculatura atlética y de condiciones morales á propósito para llevarla á cabo.

Habiendo medido de antemano la profundidad á que era preciso descender, ciñóse al cuerpo una soga con grandes nudos á cortas distancias; pudiéndole sus hermanos desde arriba, gracias á esta disposición, subir ó bajar con facilidad. Provisto de un afilado cuchillo de monte, descendió al precipicio, llegando felizmente al sitio en donde se hallaba su codiciada presa.

Contenía el nido cuatro aguiluchos de hermosa pluma, tesoro para el joven montañés, cuyo corazón palpitaba de alegría á su vista. Pero quedaba lo más difícil por hacer, que era salir con su presa.

Las voces del cazador resonando en el hondo precipicio, dieron á sus hermanos el aviso de subida, y empezó á caminar con movimiento ascendente, amarrado con vigor á la cuerda. De improviso vióse acometido por dos corpulentas águilas, cuyos gritos de dolor y rabia al mismo tiempo, no le dejaron dudar ni un instante de que eran el padre y la madre de los pequeñuelos robados. Entablóse una lucha espantosa, de la que salía bien librado únicamente gracias á la serena temeridad con que descargaba tajos á derecha y siniestra con el cuchillo de monte. De repente una enorme sacudida hizo tremolar la cuerda que le sostenía sobre el abismo, y al levantar el infeliz los ojos, se apercibe de que en el rápido

y ciego movimiento del cuchillo, había cortado más de las dos terceras partes de la cuerda que le sostenía. Sobrecogido por el terror, quedó inmóvil un momento y sólo las exhortaciones de valor que desde arriba le dirigían sus hermanos, pudieron devolverle la serenidad perdida para continuar la lucha. La cuerda iba subiendo, las voces amigas animándole, y después de unos momentos de verdadera angustia, pendiente su vida de un hilo y sin abandonar su codiciada presa, llegó al borde del precipicio. Sus cabellos, negros como el ébano antes de emprender esta temeraria aventura, eran entonces blancos como la nieve: en un momento habían cambiado de color, tanto, que sus hermanos apenas acertaban á reconocerle.

¿No os ha sucedido salir á la calle con fiebre, pero de la que aplan y domina, con el objeto de desempeñar alguna comisión ó encargo de imprescindible necesidad, sin acordaros siquiera de vuestra dolencia?

¿Quién no ha visitado un manicomio y tenido ocasión de observar á los locos? Los hay completamente insensibles á lo que pasa en torno suyo, sobre todo entre los lipemaniacos. Insensibles no sólo á las cosas más insignificantes, sinó á los hechos que tendrían que advertir notoriamente, v. g. una algaraza, un calor sofocante que soportan vestidos de invierno ó un frío glacial que toleran poco menos que desnudos, por no permitirles su constante y absorbente preocupación que se tomen siquiera la molestia de desnudarse ó vestirse.

Á consecuencia de una fuerte emoción, ya de alegría, ya de tristeza, hay quien ha perdido el juicio ó enfermado gravemente y aun muerto instantáneamente.

En Alemania, en donde es costumbre tener en los cementerios veinticuatro horas en observación los cadáveres antes de enterrarlos, ocurrió un caso curiosísimo que comprueba lo que acabamos de decir. Existía en Magonza, cuan-

do la última invasión francesa, uno de aquellos depósitos vigilados por el sacristán durante la noche y en el que según costumbre, fué colocado un soldado muerto de hidropesía, al cual, como á todos los difuntos en observación, se le había sujetado una campanilla á la mano. Algunas horas después, ya en el corazón de la noche, el guardián fué despertado de improviso por un campanillazo. Súbitamente sobrecogido por el terror, quiso levantarse para huir y se doblaron sus piernas, cuando sonó un nuevo campanillazo. Lívido como la cera y crispado el pelo, intentó llamar, mas faltóle la palabra, cayendo al fin desplomado y sin conocimiento.

Mientras tanto, alarmados en el cuarto de encima por aquel ruido la mujer y la familia de este desgraciado, bajaron, avisando inmediatamente al médico. Era éste el doctor Becaeur, cirujano jefe, de la Escuela de caballería de Saumur, quien encontró ya al guardián relativamente repuesto, pero sin poderse mover ni articular una palabra, preso de una hemiplejía. Con los ojos fijos en la puerta de entrada de la mortuoria estancia, la indicaba moviendo apenas la cabeza.

Entró el médico en aquel aposento y se encontró con que un movimiento de descomposición debido sin duda á un desarrollo de gases, había hecho caer por su propio peso la mano á que iba afianzada la campanilla. Volvió al lado del enfermo, pero el golpe era irreparable: continuó paralizado, muriendo á las pocas semanas.

Sería no acabar nunca, ir siguiendo paso á paso multitud de hechos que se presentan á nuestra consideración diaria y que comprueban una vez más lo dicho. La influencia del espíritu sobre la materia en el terreno patológico, es tan evidente como en el fisiológico, y podemos decir que más. Siempre la alteración que sufre la materia en su funcionalismo á consecuencia de un trastorno moral, es proporcional á este trastorno. Cuanta mayor es la emoción moral re-

cibida, mayor es el desarreglo orgánico que ocasiona; cuanto más perturbado el espíritu, de una manera más ostensible responde la materia á la perturbación.

Desde el más insignificante de los actos de la vida al de mayor importancia, todos se rigen por la misma ley, y no hay quien sea víctima de una emoción de cualquier especie sin que de ello se resienta el organismo entero.

En un tratado curiosísimo que ha escrito Mosso (1), se estudia, aunque de una manera poco conforme con nuestras ideas filosóficas, el nacimiento, ó mejor dicho, los primeros pasos de las influencias morales traducidas en la materia. Cita á este propósito el mencionado autor multitud de curiosísimas observaciones, no sólo relativas á los animales, sí que también al hombre; mediante las cuales se convence uno fácilmente de que la más ligera emoción ó causa moral tiene eco lo mismo en el sistema circulatorio que en el respiratorio. Y tienen eco en aquellos órganos, no sólo en estado de vigilia, sí que también durante el sueño.

Las observaciones que ha hecho Mosso sobre las variaciones de la circulación de la sangre cerebral, son curiosísimas. Se refiere la primera á una desgraciada mujer de 37 años, que hacía nueve había sido víctima de un contagio sífilítico por parte de su marido. La enfermedad, haciendo progresos incesantes, había invadido el esqueleto en muchas de sus partes, atacando principalmente el cráneo, cuya piel, desprendida en ciertos sitios, en algunos de los cuales estaba taladrado el hueso, ofrecía un aspecto negruzco repugnante.

Á beneficio de una enérgica medicación, se había restablecido la enferma, y como en algunos puntos quedaba la masa cerebral al descubierto, pudo hacer el Dr. Mosso, en compañía del Dr. Giacobini, multitud de observaciones cu-

(1) La Peur. Estudio fisiológico. 1886.

riosísimas con el auxilio de un aparato ingeniosamente ideado.

Estando un día preparados dichos señores para observar la circulación de la sangre cerebral de la enferma, y después de colocado el aparato al objeto de medir las pulsaciones cerebrales con toda exactitud, y atentos y en el más profundo silencio observando la isocronidad de la pulsación, de repente y sin causa aparente vieron que ésta variaba de una manera notable, inundada materialmente la masa cerebral por corrientes sanguíneas que se sucedían con rapidez, y preocupados los observadores de este acontecimiento inesperado, preguntaron á la enferma si se encontraba mal. Contestóles que no; mas atendiendo á que el pulso cerebral continuaba alterado é interrogada de nuevo, se vino en conocimiento de que la pobre, mirando sin darse cuenta, los objetos que la rodeaban, había tropezado en su mirada con un cráneo que estaba encerrado dentro de un armario y cuya vista había sido la causa de la alteración sufrida.

En el manicomio de Turín pudo el mismo mencionado autor observar la circulación cerebral en un joven al que le faltaba una parte del cráneo, obteniendo idénticos resultados.

En compañía del Dr. Albertoni, vió un niño de once años que, á consecuencia de una caída sufrida á los dos, había perdido una gran porción del hueso parietal, quedando únicamente la piel como protectorio de la masa del cerebro, al través de la cual podían perfectamente observarse las pulsaciones cerebrales y su alteración bajo la influencia de la más insignificante causa moral. Como se encontraba este muchacho en un estado lamentable de idiotismo, era poco menos que imposible practicar en él observaciones, como no fuese durmiendo, lo cual dió precisamente pie á que se hiciéran, si cabe, más completas, por lo que atañe al convencimiento de la poquísima cosa que se necesita en el orden moral para modificar la circulación del cerebro.

Mientras dormía, el más insignificante ruido que siquiera bastaba para despertarle, se traducía por un cambio notable en la circulación cerebral. En cuanto se le acercaba una luz, se retrataba el hecho en el cerebro por un aumento notable en su tensión sanguínea. Cada vez que se le llamaba por su nombre, nutridas ondas sanguíneas penetraban en la masa cerebral, hinchando todas las circunvoluciones. Durante 10 ó 15 minutos en que todo estaba en completo reposo y silencio, el pulso cerebral funcionaba de una manera débil y con toda regularidad. Súbitamente y sin causa apreciable, se hacían enérgicas las pulsaciones, hinchándose los vasos sanguíneos. Á esta transitoria y especial manera de ser de su cerebro, sucedía un período de calma y de nuevo la sangre afluía á su masa en abundancia. De todos estos movimientos daba exacta cuenta el aparato indicador (1). ¿Eran estos que pudiéramos llamar flujos y reflujos cerebrales debidos á algún ensueño ú otra causa moral de orden interno?

El movimiento de la respiración se altera también notablemente bajo la impresión psíquica más insignificante, llegando en algunos casos hasta suprimirse por completo dicha función orgánica. El mismo Dr. Albertoni dice que sorprendido en cierta ocasión por una tempestad en despoblado, vió caer una centella á cincuenta pasos de distancia del sitio en donde se había cobijado y recuerda haber notado la paralización de la respiración durante algunos segundos.

Donde puede observarse hasta la saciedad dicho fenómeno es en los niños, á quienes un susto, una caída y hasta una fuerte rabieta, interrumpen la respiración en algunos casos hasta el extremo de poner en peligro su vida.

(1) Si la extensión de este trabajo lo permitiese, daríamos con gusto noticias detalladas y esquemáticas de estas curvas, pero para nuestro objeto lo que importa es el hecho en sí.

Esta influencia es también manifiesta por lo que atañe á otras funciones. Es, v. g., de incumbencia vulgar el aumento notable de secreción de orina bajo la impresión del miedo, y para observar este fenómeno, basta aprisionar un conejo entre las manos para que el animalito, sobrecogido por el terror, orine. Algunas veces la acción del miedo obra sobre el intestino, produciendo verdaderas diarreas de miedo facilísimas de observar principalmente en tiempo de epidemias. En otros casos se trasluce el miedo por la hipersecreción ó abundancia de lágrimas, fenómeno principalmente observado en los niños que lloran de miedo con suma facilidad.

Los latidos del corazón, la rubicundez, la palidez y en una palabra, todo aquello que está relacionado con la circulación de la sangre, responde también de una manera clara y tangible á la emoción más insignificante, á la causa moral de menor importancia. Díganlo sinó: el rubor del que miente ó se encuentra con quien desearía no tropezar, la palidez que ocasiona el más pequeño susto, ó la entrevista con una persona á la que odiamos, la sofocación de que somos presa cuando nos cuentan algo que nos interesa mucho, etc., etc...

Todos estos datos suministrados por la observación son de muchísima importancia; y aun para los más refractarios á creer lo que no ven y lo que no tocan podrá ser problemático el que según cuenta Plutarco (1) el médico Erasistrato hubiese reconocido en los caracteres del pulso de Antíoco que estaba enamorado de Stratonice; pero no lo es aquello que se reduce á hechos de observación clínica y pudiéramos decir que matemática, como los que acabamos de exponer.

Como dice muy bien Feuchstersleben, el estado físico es la expresión del estado moral, y como añadimos nosotros,

(1) Vida de Demetrio XVIII. Plutarco.

el estado moral es asimismo la expresión del estado físico.

La armonía que existe entre la belleza del alma y la belleza del cuerpo es incontestable. Ya dice el refrán que la cara es el espejo del alma; y efectivamente, jamás la bondad, la nobleza, la prudencia, el cariño y todos los estados afectivos de esta naturaleza, dejaron de reflejarse en la fisonomía, cualquiera que sean sus características; y aunque materialmente hablando sea fea tal ó cual persona de buenas condiciones morales, podrá resultarlo á primer golpe de vista para el inexperto, pero el fisionomista detrás de aquella fealdad descubrirá claramente la belleza del alma. Vemos á lo mejor mujeres hermosísimas que nos inspiran repulsión, y en cambios entimos un secreto atractivo hacia personas de físico muy incorrecto. ¿Á qué se debe esto? Á que en el caso primero se retratan al través de aquella belleza, ruindades ó malas pasiones, y en el segundo, se trasluce en medio de un cúmulo de imperfecciones, un alma noble y hermosa y unas condiciones morales inmejorables.

La virtud embellece y afea el vicio, creedlo. Los efectos antes citados, de no ser así, no tendrían explicación, pues lo natural es que nos cautive incondicionalmente la belleza y nos sintamos repelidos por la fealdad. Negar las relaciones de la belleza del alma con la belleza del cuerpo, sería negar la facultad de expresión de nuestros sentimientos y pasiones.

Bien dice el enciclopedista Robert, «cualquiera que sea el carácter de un hombre, si su fisonomía está en armonía con la idea expresiva que vosotros tengáis hacia una virtud, os atraerá; y si por el contrario, se refleja en ella la idea de un vicio que conozcáis, sentiréis hacia él una repulsión que no os será fácil dominar.

»Si en la cara de una persona que se os presenta por primera vez, veis la expresión de la bondad, de la justicia, de la libertad de acción, sentiréis á su lado todas estas cosas;

porque en vuestro corazón, sinó tan desarrolladas, cuando menos, habrá la simiente de estas virtudes y acogeréis con gusto al forastero. Esta fisonomía, será una carta de recomendación [para vosotros, escrita en un idioma familiar á todos los hombres y conocido de todo el mundo.

»Puede sin embargo, darse el caso de que personas dotadas de las más hermosas cualidades, inspiren á primera vista antipatía; pero como lo hace observar Bernardin de Saint Pierre, si algunas veces bajo el aspecto mencionado desagrada la virtud, es porque se presenta con la apariencia de la dureza del mal humor ó de alguna otra pequeña flaqueza que empaña aquellas buenas condiciones, como las nubes pasajeras empañan el azul de un cielo hermoso.

»Me diréis que hay hombres ó mujeres hermosas sumamente viciosos y otros feos virtuosos. Efectivamente, debajo de los aspectos de la finura más exquisita y la sonrisa más franca en algunas ocasiones, se ha escondido la mano aleve y criminal de un asesino; pero estas excepciones, raras de ordinario, no contradicen de ninguna manera la armonía de la belleza moral con la belleza física; son hijas de especiales circunstancias, principalmente de las relacionadas con la educación y la instrucción que para todo sirven aún para ocultar la maldad. Sócrates habiendo nacido pobre, fué desgraciado y vicioso en su infancia, por este motivo cuando se corrigió había sufrido su fisonomía las continuadas impresiones de su anterior manera de sér que había hecho indelebles la edad; y en cambio, Alcibiades, nacido en medio de la fortuna y educado por Sócrates, desarrolló á la par que la de su alma, la belleza de su cuerpo; belleza que no bastaron á borrar los vicios de que más tarde fué imperiosamente dominado».

Lo que acabamos de decir respecto de la fisonomía puede aplicarse á la actitud general del individuo.

La persona que ha viajado un poco, al primer golpe de

vista distingue un alemán de un español, un inglés de un italiano, un holandés de un francés, á pesar de pertenecer todos estos individuos á la raza blanca ó caucasiana y de tener los rasgos fisognomónicos iguales en apariencia.

¿Quién no sabe además de lo dicho, la influencia manifiesta de las profesiones en las actitudes y fisonomía del individuo?

Sin darnos de ello cuenta encontramos fisonomías de diplomático, sacerdote, médico, juez, militar, comerciante, etcétera, etc., siendo entre éstas las que se distinguen con facilidad, la de militar, sacerdote y artista.

No sólo la profesión por sí sola imprime un sello particular en el individuo, si que además la mancomunidad de profesión da un determinado aspecto á los que se dedican á la misma clase de trabajo. El tipo de la gente de fábrica, de la costurera y sobre todo de la prostituta, no escapan á la investigación del hombre más poco observador y que más desconozca los estudios fisognomónicos.

La clase de trabajo á que se dedica la gente de cada oficio también imprime una fisonomía especial. Los que se dedican á trabajos de hilatura que exigen una atención constante, acaban por tener una fisonomía estúpida. Los poetas y filósofos parece que aburridos por sus propios pensamientos, continuamente están pensando. Los artistas andan siempre distraídos y fijan su atención á lo mejor en cosas insignificantes y que pasan desapercibidas de todo el mundo. Los músicos talarean hasta en paseo, etc. (1)

Pues esta acción del espíritu sobre la materia, esta exacta correlación, existe también de la materia sobre el espíritu.

(1) Lavater en su preciosa obra sobre la fisonomía humana, hace de este asunto un estudio verdaderamente curioso, por la riqueza de los detalles á que ha descendido.

Y así es efectivamente. Aun cuando el campo de observación de los hechos correspondientes al grupo estudiado, es vastísimo y hemos presentado algunos de ellos que seguramente convencerán á los más incrédulos, el de los hechos correspondientes al segundo grupo nada tiene que envidiar al otro, y en este punto nos encontramos con una subdivisión natural: influencia de la materia sobre el espíritu en el terreno fisiológico, é influencia en el patológico.

Como ejemplo de los primeros, habréis tenido ocasión de observar á gente tan sumamente pusilánime que á la sola influencia del más insignificante pinchazo, á la vista de una gota de sangre, se desmayan; y lo habréis visto sobre todo entre los niños pequeños que acostumbran á no llorar á consecuencia de una herida, sobre todo cuando es por instrumento incidente, más que cuando se aperciben de la salida de sangre.

Todo el mundo sabe que el hombre más aplanado por las contrariedades, las olvida por completo en una bacanal, en un momento de pasión, en una borrachera.

¿No habéis visto cuán diferente es el carácter de los hombres del campo al de los de la ciudad? ¡Qué tranquilidad de espíritu acostumbra á ser la de los primeros y cómo contrasta con la agitación é impaciencia de los segundos! ¡De qué manera goza el uno cuidando un arbolito naciente, una sencilla macetade flores y cómo se aburriría el otro, condenado á vivir de la misma manera y en las mismas condiciones, hasta que hubiese adquirido la costumbre, es decir, hasta que la materia hubiese influído sobre su espíritu!

En invierno bajo el influjo del frío casi todo el mundo siente una actividad indecible y tiene la cabeza despejada para cualquier trabajo, que no tendría ni voluntad ni ánimo para emprender en verano.

La nobleza de sentimientos que se encierra en la genera-

lidad de los hombres de mar, ¿la encontraréis tan prodigada entre la gente de tierra? ¿Pues de qué depende ello, más que de la naturaleza de sus relaciones con el mundo físico? El uno vive eternamente condenado á mirar la tierra, y el otro no tiene más recurso que tender la vista hacia el horizonte, en donde se confunde en indefinida armonía el mar y el cielo.

Y es mayor aun esta influencia de la materia sobre el espíritu, en el terreno patológico. Ved cómo aumenta de una manera prodigiosa el contingente de atacados durante una epidemia, si con ella coincide un terremoto, una inundación, el hambre, la miseria, etc., etc.

Todos los hombres que á consecuencia de una operación cualquiera han quedado inutilizados para el ejercicio genésico, pierden el entendimiento varonil de otros tiempos.

Los fenómenos de magnetismo animal, la catalepsia y otra multitud de dolencias, ¿no tienen también su base en una influencia física que llega hasta el punto de anular el elemento psíquico de nuestro cuerpo?

Todas las idiosincrasias, ¿no son también en algunos casos nuevos hechos demostrativos de la influencia de la materia sobre el espíritu?

Y en una palabra y para terminar, todas las enfermedades y en todas sus manifestaciones, ejercen sobre el espíritu una acción tan poderosa, que no es raro encontrar quien se muera de dolor ó de miedo de morir, ó de cualquier otra cosa que lo sea todo, menos la influencia física directa, de la alteración orgánica.

Con lo que acabamos de apuntar someramente ábrese campo vastísimo á la imaginación para que pueda ir recorriendo las esferas de la vida y encontrar en el acto más insignificante de este complicado y complejo mecanismo nuevos datos que vengan en corroboración de lo que acabamos de decir.

No perdáis nunca de vista esta influencia, que entre el cuerpo y el espíritu es donde mayor razón de ser tiene la ley de las compensaciones. La tranquilidad del espíritu se refleja exactamente en la salud del cuerpo. La salud del cuerpo proporciona tranquilidad de espíritu. Y no lo olvidéis tampoco para el trato de los enfermos. El caldo más substancial, la medicina más enérgica y el calmante más activo es el cariño. Todos los males se alivian cuando una mano amiga seca nuestras lágrimas y todas las enfermedades se agravan cuando zozobra el espíritu. ¡Parece increíble que su grandeza se cobije siquiera sea interinamente en la miseria de nuestro cuerpo!

IMAGINACIÓN

Lo más difícil del estudio que hemos emprendido es aislar unas facultades de otras y conocer su efecto sobre nuestro espíritu de una manera independiente.

¿Qué es, pues, la imaginación (1) y cómo obra sobre la parte psíquica del organismo? ¿Cómo lo haremos para estudiar esta facultad y su manera de influir en el alma humana, sin que se inmiscuya en su acción la de la voluntad, la de la esperanza, la del deseo y, en una palabra, la de ningún otro estado afectivo?

(1) Frenológicamente hablando, hay quien cree se manifiesta como á tal imaginación quien la subdivide en dos facultades derivadas: Mr. Vinot: sentido del gusto hacia las artes y talento poético.

Esta división en mí concepto es un absurdo.

Gall considera á la imaginación como una sola facultad frenológica, manifestándose orgánicamente como á tal y que él llama talento poético. Su discípulo Spurzheim la ha bautizado con el nombre de idealidad.

La división establecida por Vinot no tiene razón de ser, toda vez que las bellas artes son hijas de la poesía de la misma manera que la poesía propiamente tal.

Como concepción, dimanen en nuestro concepto de la imaginación lo mismo que aquellas y no son más que variantes de la expresión de la poesía; que si un poeta expresando al lienzo lo que vé su imaginación, un músico expresa tocando ó componiendo y un pintor trasladando al lienzo lo que vé su imaginación.

Según Broussais, se encuentra situado este órgano en las partes laterales del cráneo entre lo maravilloso y la construcción, cerca de la línea del borde inferior del hueso frontal, en el sitio en donde se insertan los últimos filetes del músculo temporal; precisamente en este sitio es en donde, según este autor, hace relieve. Tiene una forma oblongada.

La imaginación es órgano que se desarrolla generalmente en edad muy tierna. Voltaire á los siete años hacía versos.

Un desarrollo conveniente de este órgano, dice Combe, engrandece los otros sentimientos y las concepciones, lanzándose á ocuparse de asuntos elevados, imprimiendo así una tendencia al perfeccionamiento y proporcionando medios para llegar á él.

Tasso, Enrique VI, Goethe, Voltaire, parece que tenían este órgano sumamente desarrollado.

Á primera vista esto parece difícil, pero así acostumbra á suceder con las cosas que lo son de puro fáciles.

En las únicas condiciones en que podemos asegurar que la imaginación obra de una manera independiente de las demás facultades, es soñando. En estas condiciones vemos colores de rosa, cielos transparentes y azules, inmensas y frescas praderas, vegetaciones espléndidas, rayos de luz que se difunden por la atmósfera, matizando las flores con los colores del iris, perlas de rocío que riegan el suelo y tiemblan de emoción al caer sobre las hojas, cascadas inmensas que se estrellan en monótono murmullo á nuestros pies, volcanes candentes que arrojan de su seno formidables columnas de lava y de basalto, lagos transparentes y cristalinos en cuya silenciosa playa nos adormece el placer.

Volamos y nadamos, distinguimos claramente cómo viene un enemigo y nos alcanza, y sentimos la impresión del frío acero que nos hiere y al dolor y pesadumbre de este influjo despertamos.

Y con tal riqueza de detalles hieren nuestra vista los objetos, y con tanta verdad somos presa de toda suerte de emociones en estas circunstancias, que representan los sueños en algunos casos verdaderos martirios y sufrimientos (1), mien-

(1) Cita el Dr. Pulido en sus *Bosquejos Médico-sociales*, el caso de un joven estudiante que vivía en unión de otros compañeros y sufría por la noche vehementes y angustiosas pesadillas.

Durante una de ellas, sus amigos, que estaban estudiando, le sienten agitarse violentamente, corren hacia él y ven marcarse en su rostro las señales de un mortal espanto.

«¡Que me ahorcan!» grita por fin el infeliz con voz sofocada por indescriptible horror. Después, nada. Parece que se ha tranquilizado.

Cuando quisieron despertarle al día siguiente, estaba muerto.

Entre los condenados á la pena capital se han observado con frecuencia sucesos parecidos. La idea siempre fija del próximo fin, la contemplación horrible, pavorosa del cadalso, la imagen horripilante de la cuchilla que cual sangriento fantasma les acosa implacable, les persigue sin tregua trastornándoles durante el día y ejecutándoles mil y mil veces durante la noche, han blanqueado á muchos la negra cabellera, matando de angustia á otros, y hasta se refiere que en cierto sentenciado, le produjo sus sueños una hemorragia circular alrededor del cuello.

tras que en otros alegran y vigorizan de una manera sorprendente nuestro dolorido corazón.

Y es tal la actividad y lucidez de la imaginación cuando soñamos, que hay muchas personas de regular fantasía que soñando son capaces de concebir cosas que nunca hubieran imaginado despiertas; tanto, que los ensueños han sido en algunos casos el faro de obras literarias y musicales que inmortalizaron á sus autores.

Bajo la influencia de todos estos trabajos imaginativos no sólo estamos durante el tiempo que dura el sueño, sino que además quedamos algunas veces sometidos una vez despiertos.

He conocido una persona sumamente predispuesta á padecer fiebres intermitentes, á quien se le originó en determinada ocasión la fiebre mientras dormía, á consecuencia de haber soñado que era víctima de un ataque de esta enfermedad. Despertó presa del acceso, que repitió diariamente al principio para hacerse luego terciana y durar cerca de tres meses. Hacía dos años que había sufrido por última vez esta enfermedad.

Otro hecho curiosísimo he tenido ocasión de observar en un enfermo atacado de asma, y al que horrorizaba tanto su enfermedad, que no la perdía un momento de vista. Á consecuencia de esta preocupación constante en que vivía, el sistema nervioso se excitaba algunas veces durante el sueño, originándose insomnios que acostumbraban á tener por tema siempre la idea dominante, el asma, y que terminaban por un verdadero ataque.

Mi amigo el Dr. Giraudin, me refirió un caso de esta índole sumamente notable. Se trataba de un muchacho de 22 años aficionadísimo á nadar y que desahogaba sus aficiones en un río próximo á la aldea en que vivía. Soñó una noche que se había metido en el agua y le habían robado la ropa,

viéndose precisado á esperar escondido entre unos matorrales, que la entrada de la noche protegiese el regreso á su casa. Fué tanta la destemplanza que su imaginación le sugirió cuando, desnudo y mojado, se refugió donde pudo, que al despertar, se encontró presa de un fuerte catarro, por el que fué llamado el mencionado doctor para prestarle asistencia.

Pues si la imaginación hace tantas y tan extraordinarias cosas soñando, ¿qué no ha de poder hacer despierta?

Así como esta facultad es la clave de nuestra felicidad ó desgracia en estos casos, acontece también que lo sea en muchas ocasiones en que estamos despiertos. Lo que sucede es que soñando, obra de una manera independiente de nuestra voluntad, y despiertos, bajo su directo impulso. Luego, si en el primer caso no somos dueños de ser felices ó desgraciados, en el segundo podemos contribuir á nuestra felicidad ó desgracia de una manera evidente, encaminando la imaginación por medio de nuestra voluntad á regiones luminosas y alegres, en lugar de enterrarla entre obscuridad y pesares.

Lo mismo en estado de sueño que en el de vigilia, la imaginación vive directamente subordinada al mecanismo del sistema nervioso, y este mecanismo nos demuestra hasta la evidencia cuál es el poder de la misma tanto en la esfera moral como en la material de la vida.

El sistema nervioso de la economía humana está compuesto de tres elementos principales: el cerebro y sus irradiaciones, la médula y su sistema de inervación, y el gran simpático y sus ramificaciones. El primero alojado dentro de la cavidad ósea craneana, la segunda dentro del espesor de la columna vertebral y el tercero situado dentro de la caja abdominal y torácica, por delante de la columna vertebral. Cerebro y médula protegidos por las cavidades óseas donde se hallan alojados; gran simpático por la misma profundidad de su domicilio.

La sensibilidad, la inteligencia y la voluntad son atributos del alma humana cuyas funciones son función de cerebro. Los movimientos voluntarios y los involuntarios son originados por la médula; únicamente que en el primer caso, para su determinación, obra dicho centro nervioso subordinado á la acción del cerebro y bajo su inmediata dependencia, al paso que en el segundo la acción medular es independiente de la cerebral, motivo por el que á los movimientos correspondientes á este segundo grupo se les llama también movimientos reflejos y se les llamaría aún con más propiedad movimientos inconscientes.

El simpático, que rige las funciones de la vida nutritiva, es decir, el que preside el trabajo de asimilación y desasimilación, obra en virtud de su propia organización y manera de ser y de regentar la vida vegetativa.

Con todo y ser tan variable el sistema nervioso como funciones, su estructura íntima es la misma, pues tanto el cerebro como la médula, como el gran simpático, están compuestos de células y fibras que directamente relacionadas, ligan unos á otros territorios, de suerte que una impresión nerviosa de cualquiera de estos sistemas se refleja irremisiblemente en los demás; y así, una mala digestión, que por fuerza ha de ser hija é impresionar al gran simpático, á más del propio dolor é incomodidad que ocasiona (función del sistema nervioso local), da lugar á mal humor y aburrimiento, pesadez de cabeza, etc., etc. y otras incomodidades que no son hijas del sistema nervioso local, sinó del cerebral, y la recíproca: un fuerte susto corta rápidamente la digestión, obrando el cerebro, impresionado por la acción moral, sobre el gran simpático sin poderlo remediar.

De esta forma, una causa moral se convierte en orgánica transmitida al simpático, pues de meramente moral pasa á ser vegetativa y de igual forma una causa de orden material tam-

zada por la sensibilidad del cerebro, se convierte en un hecho de indiscutible naturaleza psíquica.

Como el alma es dueña de evocar recuerdos ó imágenes que á su vez influencien en tal ó cual forma al cerebro y se transmita esta acción tanto á la médula como al gran simpático, de aquí que la imaginación, lo mismo en estado de sueño que en estado de vigilia, pueda ser causa de grandísimos trastornos. Y este efecto de la imaginación sobre el sistema orgánico de la economía, no sólo tiene lugar en casos de imagen viva ó impresión fuerte, sinó en los casos de influencia, pudiéramos decir crónica de imaginación, es decir, de preocupación moral.

De manera que la imaginación puede producir enfermedades tanto agudas como crónicas, fuera de la estricta acción del sistema nervioso, pues obrando, á más de obrar sobre el cerebro, sobre la médula y sobre el gran simpático, tiene acción manifiesta sobre el elemento motor y sobre la vida vegetativa en todas sus manifestaciones. De aquí las parálisis por un fuerte susto, las indisposiciones y aun vómitos por la evocación del recuerdo de un objeto sucio ó asqueroso, los ataques de asma durante un ensueño agitado, etc., etc.

Sin embargo, la voluntad puede influir de una manera notable en los efectos de la imaginación, tanto en lo que hace relación al espíritu como por lo que atañe al cuerpo, pues siendo la imaginación la única facultad á la que se permiten viajes de recreo fuera del estrecho círculo de realidades á que vivimos condenados, puede encaminarla exigiendo de ella consuelo á nuestras aflicciones y lenitivo á los pesares que nos abruman, ya que es la única que, escapando de las realidades de que somos víctimas á pesar nuestro en la vida ordinaria, puede respirar mejor atmósfera en otras regiones.

Y no dudéis que el mejor medio para dominar la des-

gracia es desafiar el peligro de frente, en lugar de imaginar infortunios que echen raíces sobre nuestros propios pesares.

Dejemos que nuestra imaginación divague y poetice cuando las realidades nos abrumen, y si no acepta el permiso, ordenémosle que cumpla nuestra voluntad con todo el vigor con que podamos querer, que demasiado vendrán á nuestro encuentro las penas para que nos entretengamos acariciándolas y forjando sobre ellas porvenires más ó menos negros. Y cuando la tengamos encaminada, dejémosla que vuele, que este es el mejor lenitivo del infortunio. Soñaremos despiertos, que es lo que hay que procurar siempre y cuando las realidades de la vida nos mortifican demasiado.

En estas ocasiones la habilidad del hombre que se precie de tener imperio sobre sí mismo, estriba en trocar los papeles si quiere conservar su espíritu tranquilo. Hacer que aparezcan las realidades como sueños y trasladarse con la imaginación á otras regiones que, siendo idealismos, lleguen á parecer realidades.

Afortunadamente es así para la humanidad. De las realidades podemos huir en muchas ocasiones á beneficio de la imaginación y la voluntad; de lo contrario, moriríamos muy pronto bajo su peso, porque pesan tanto como el mismo mundo.

Como dice muy bien un conocido filósofo contemporáneo: «El que marcha, corre, vuela y se remonta á los espacios imaginarios no hace más que cumplir con la ley universal». Hay que soñar siempre, porque los sueños no es mucho que lleguen á realidades y éstas trocarse en sueños en la mayoría de los casos. El hombre que no sueña en este mundo, sufre mucho, porque no es práctico vivir despierto, que únicamente es la imaginación la que positivamente da color y encanto á la vida.

Hoy día la influencia de esta facultad sobre el organismo

humano, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad, es un hecho científico, sobre ser comprobado. Y la conocemos y explotamos, no de la manera vulgar y empírica que han podido hacerlo hasta hoy los moralistas médicos, sinó de un modo seguro y matemático por medio del hipnotismo.

Muy pocos años hace que se refán de él multitud de sabios y esclarecidos médicos; todavía abundan hoy por hoy el número de los incrédulos, pero ya se han vencido las primeras dificultades, y éstas solventadas, el camino será fácil para las generaciones que vengan y los futuros campeones de la medicina echarán mano de él como recurso para la curación de multitud de dolencias que de otro modo tal vez no se hubieran podido remediar.

Desde remota antigüedad era conocido el magnetismo, pero todas las aplicaciones que de él se habían hecho no tenían importancia de ninguna especie más que entre los chinos, entre los cuales se hipnotizaba á los enfermos con el objeto de anular su sensibilidad y operarles sin que se percibieran de ello, viniendo á sustituir entre ellos el sueño magnético á nuestro cloroformo.

Entre los Bramas y los Druidas se habla del hipnotismo, aunque de una manera encubierta, y quienes se asegura lo conocían á fondo eran los antiguos sacerdotes persas llamados magos, que hacían uso de él para embaucar al pueblo en ciertas ocasiones.

Existe en Egipto una secta muy antigua, la de *Mandeb*, cuyos individuos se duermen mirando fijamente una caja blanca en cuyo fondo hay pintada una inscripción cabalística con dos triángulos cruzados. Los *Fakirs* de la India se hipnotizan fijándose por algún tiempo en un punto del espacio.

En los *Essais* de M. de Saint Foix, t. v., se habla de los monjes palmitas, entre los cuales, según parece, era conocido

el hipnotismo, por medio del cual lograban procurarse éxtasis (1).

Tuvo modernamente entusiastas y decididos partidarios en su fundador Braid, Demarquay, Simpson, Alison, Delenze, Faria, Georged, Buseau y Ricart. Y los tiene innumerables en la actualidad, entre los cuales descuellan por sus trabajos Charcot, Ochorowicz, Gibier, Foutant, Segard y otros muchos que sería difícil enumerar.

El sueño hipnótico es un sueño particular que tiene muchas gradaciones, durante las cuales y escogiendo para ello un período á propósito de su curso, se pueden sugerir al enfermo las ideas que convenga infiltrar en su imaginación.

Al fenómeno que tiene lugar por medio de esta aplicación del sueño, se le llama sugestión. Sin embargo, no es indispensable el sueño hipnótico para que quepa la posibilidad de sugerir una idea á un individuo, influyendo así en su imaginación, tanto, que en muchos casos, sin darnos siquiera cuenta de ello, sugerimos ideas á nuestros semejantes. De aquí que para comprender lo que es real y positivamente la sugestión, consideremos de indispensable necesidad dividirla en ante-hipnótica é hipnótica; es decir, sugestión sin sueño magnético y sugestión con sueño magnético.

En ambos casos la sugestión no es más que una influencia de nuestra voluntad ejercida sobre la imaginación de la persona á quien sugerimos una idea. Y como quiera que no siempre que queremos, podemos dominar la imaginación de

(1) El procedimiento empleado por los monjes palmitas para conseguir hipnotizarse era por demás curioso. Fijaban atentamente la vista en el ombligo, y á fuerza de permanecer en esta actitud durante mucho tiempo, acababan por conseguir el sueño magnético.

Sin recurrir á las excitaciones sensoriales, puede producirse el hipnotismo en algunas personas por un simple efecto de imaginación, despertando en ellas la convicción de que deben dormir. El abate Faria demostró en 1815 la eficacia de este procedimiento de hipnotismo por sugestión, del que se ha valido después muchas veces M. Bernheim (de Nancy).

los demás por medio de nuestra voluntad en estado de vigilia, al paso que por medio del sueño magnético logramos casi siempre que se imponga á la imaginación del hipnotizado, de aquí el que haya dicho anteriormente que el hipnotismo es un excelente recurso en ciertos casos de medicina de imaginación (1).

Científicamente hablando, existe la sugestión cada vez que una idea es recibida y aceptada por el cerebro. De cualquier manera y en cualquier sentido que se efectúe el fenómeno, ya sea por la palabra, el gesto, la vista, el oído, una emoción moral, etc., etc., toda idea que impresiona la célula cerebral (materializando la explicación de los hechos) es una idea sugestiva.

La sugestión ante-hipnótica interviene en multitud de fenómenos de la vida ordinaria que no llaman nuestra atención en el terreno fisiológico precisamente por lo vulgares.

En una disputa se encuentran dos desconocidos cara á

(1) Los Dres. Berillón y Bernheim han presentado en el último Congreso de ciencias médicas de Tolosa, multitud de datos experimentales con referencia á la aplicación de la sugestión hipnótica como medio de educación de la infancia.

Según estos facultativos, queda demostrada su eficacia, siendo al mismo tiempo inofensiva.

Mr. Berillón dijo haber curado en pocas sesiones de hipnotismo: 1.º una perversión grave de carácter en una niña de once años; 2.º visajes nerviosos en niños de diez á doce años; 3.º incontinencia de orina nocturna y diurna en niñas de seis á nueve años; 4.º una tendencia irresistible al robo y á la mentira de parte de una joven de diez y seis años; 5.º inveterados hábitos de onanismo en varios jóvenes.

En otros casos consiguió despertar y desenvolver la atención y la aptitud para el trabajo en varios niños. Los resultados obtenidos han sido durables. El niño se conforma con los buenos hábitos que se le han hecho contraer con tanta facilidad como cedía á los malos.

El Dr. Bernheim dijo haber transformado completamente el carácter de un niño de diez años, quien, de indisciplinado, colérico y holgazán que era, es ahora amable y laborioso. Esta transformación se mantiene desde hace ocho meses.

Un joven de 18 años quedóse, á consecuencia de una enfermedad tifódica, incapaz para toda aplicación cerebral. Hallábase en tal estado tres años hacía. La sugestión hipnótica le desembarazó el cerebro en pocas sesiones y tiene recobradas sus facultades.

De todo lo cual se desprende que la medicina moral ha dado un gran paso con la aplicación de la sugestión en este terreno.

cara, y después de unas frases agrias y dejándose llevar del ímpetu del carácter, uno de los adversarios profiere una amenaza, con la cara desencajada y el gesto descompuesto. Su contrario, que hasta aquel momento había tenido serenidad para mantenerse en el terreno que le correspondía, como fascinado por la fuerza del espíritu del que amenaza, cede, sin darse siquiera cuenta de ello; pues en algunos casos, cede quien aventaja de una manera manifiesta en condiciones físicas á su adversario. ¿Por qué sucede ello? Este es un fenómeno de sugestión. El espíritu del uno se ha impuesto á la materia del otro, hiriendo su imaginación. La célula cerebral impresionada ha cedido á la sugestión ante-hipnótica sin darse cuenta de ello el individuo. La imaginación del sugestionado ha visto probablemente superioridad en el alma de su adversario y le ha temido sin saber por qué, y ha cedido sin explicárselo á sí mismo; si á mano viene, á los cinco minutos, en que ya se ha reaccionado su espíritu hasta entonces dominado, no lo hubiera hecho, pero por de pronto, no ha podido refrenar su propia impresión.

Nos encontramos paseando tranquilamente, y de pronto lejanos acordes de una banda militar nos advierten que se acerca hacia nosotros fuerza armada. Toca la música una marcha animada y alegre, cuyo ritmo se va inculcando en nuestro cerebro, y á medida que se acerca la charanga, parece como que entran en agilidad los miembros todos del organismo, y casi nadie, una vez ha pasado por delante suyo la tropa, es dueño de evitar la tendencia de seguirla llevando el compás con el paso. Advertidos de lo que hacemos, nuestra voluntad nos ordena continuar paseando con la tranquilidad de antes, pero el movimiento impulsivo, el hecho sugestivo ya ha tenido lugar. Sin darnos cuenta de ello, sugestionados por los acordes de la música, nos dejábamos arrastrar insensiblemente.

Si no fuese la sugestión ante-hipnótica, ¿qué sería de los Anfibales, los Césares, los Napoleones y todos los héroes que dominaron el mundo? ¿Acaso sus huestes eran siempre más numerosas que las del contrario? ¿No luchaban muchas veces con enemigos por lo menos tan fuertes y poderosos como ellos? ¿Á qué se debía pues su gloria y sus incontables triunfos? ¿Á qué? Pues á qué con una mirada dominaban y fascinaban su ejército. Á que alrededor suyo había siempre una atmósfera ciega de admiración, valor y confianza. Á que tenían moralmente seducidos á sus secuaces é iban rodeados de una aureola de gloria y dominio extraordinarios. Á que su espíritu valía mil veces el espíritu de otro hombre cualquiera y se imponía al de los demás. Á que sus ejércitos estaban verdaderamente sugestionados por ellos. Y de estos fenómenos de influencia fascinadora nos ofrece la naturaleza todos los días nuevos casos. El infeliz pajarillo á la vista de una serpiente, la perdiz sorprendida por un perro de caza, el niño que se duerme al monótono cantar de la nodriza ó al suave balanceo de la cuna en que le mecen, el movimiento uniforme del agua en el curso de un río que miramos durante largo tiempo, sin darnos cuenta del porqué la miramos ni acordarnos de nada, la atonía de pensamiento en que nos tiene sumidos la contemplación fija de una llama, la vista de una rueda que gira rápidamente, son otros tantos hechos que pueden comprobar lo dicho.

Y se comprende. Es imposible ser presa de una impresión viva sin que el cuerpo se deje arrastrar insensiblemente por ella por acto reflejo (1).

(1) Plinio, hablando del miedo instintivo ante una actitud amenazadora, cuenta que entre 20 gladiadores, apenas se encontraban 2 que dejasen de bajar los ojos cuando se les amenazaba de improviso.

Mosso cita el caso de un enfermo con una parálisis del nervio facial que normalmente y aunque quisiera no podía cerrar los ojos, y que sin embargo, los cerraba ante una actitud amenazadora.

Y ello sucede así á nuestro modo de ver y en sentir de Barthein, porque la célula cerebral, fuertemente conmovida por una idea, obra sobre la fibra motriz sensitiva ó sensorial que de allí dimana. Y así sucede que sin darnos cuenta de ello, talareamos lo que toca una música alegre. Cuando los acordes de un vals se dejan sentir, se sugiere en seguida la idea del baile y parece como que se deje arrastrar el cuerpo por un suave balanceo.

Á lo mejor vemos á un individuo que se rasca. La idea de picazón ó de tener encima algún bicho importuno, cogido al vuelo, bastan para despertar en nuestra imaginación la del prurito y crearnos la necesidad de rascar. Lo mismo sucede cuando vemos bostezar, reir, llorar, etc., etc.

Recordamos algún hecho de nuestra vida pasada, y absorbida la imaginación por aquellos recuerdos, se ve la escena de nuevo tal cual era, teatro y actores, y la imagen de esto aparece más ó menos viva según los casos.

En el primer caso de los correspondientes á los grupos citados, la idea se transforma insensiblemente en movimiento, en el segundo en sensación y en el tercero en imagen.

Esta transformación de las impresiones se efectúa en el centro nervioso cerebro-espinal por un mecanismo automático, gracias al que se explica el dominio y las aplicaciones de la higiene y la medicina de la sugestión.

Y tal es este automatismo, que v. g. se incomoda uno, y sólo al imaginarse la posibilidad de una lucha, siente mayor vigor y fuerza, y parece como que están todos los miembros en aptitud de pegar; se prepara para entrar en un baño de mar, y antes de recibir la impresión del frío del agua, ya empieza á sentirla; tropezamos con un objeto cualquiera, y antes de pensarlo siquiera, las manos ya se han colocado en disposición conveniente para evitar el golpe de la caída, etc., etc.

Ya hemos dicho anteriormente que la Terapéutica suges-

tiva de la imaginación se ejerce no solamente durante la vigilia, sí que también durante el sueño, tanto natural como provocado. De aquí las aplicaciones de la psico-terapéutica hipnótica, en cuyo caso el hipnotismo no hace más que facilitar la sugestión.

El efecto de la sugestión hipnótica es más eficaz que el de la ante-hipnótica, porque así como en la sugestión de que acabamos de hablar nuestra voluntad, que es por decirlo así el elemento sugestionante, tiene que luchar generalmente con la de otro que puede ser no se deje imponer de la nuestra; en el sueño hipnótico el hipnotizado no tiene voluntad propia, y de aquí que ceda con grandísima facilidad á las órdenes de la nuestra. Y cede en algunos casos en tal forma, que se convierte á un individuo hipnotizado en un verdadero autómatas, esclavo de nuestro capricho (1).

Algunos esclarecidos médicos modernos se han dedicado al estudio de la sugestión con tan provechosos resultados, que admiran más y más cada día, los obtenidos á medida que los vamos conociendo. Charcot, Vulpián, Alicot, Bernheim, Pulido, Cordeau y otros han hecho notables y curiosísimos trabajos sobre el particular (2).

(1) Así se comprende que á beneficio del hipnotismo se puedan hacer cometer crímenes atroces sin que de ello tenga siquiera conciencia el que los comete. Yo he presenciado sesiones de hipnotismo en las que el hipnotizado ha ejecutado al pie de la letra todo lo que se le ordenaba, incluso dispararse un revolver en la sien (que como se comprende, estaba descargado) y darse una puñalada con toda su fuerza en mitad del pecho, que había protegido con un libro un instante antes de ordenar al hipnotizado que se diese la puñalada.

Y este automatismo se relaciona no sólo con hechos llevados á cabo durante el sueño hipnótico, sí que también después de él. Así el Dr. Luys, el 29 octubre último en el anfiteatro de la Charité ha hipnotizado á una joven llamada Esther que las órdenes que le eran dadas durante el sueño hipnótico, las ejecutaba aún después de despertar.

En el célebre proceso «Los iluminados de Jolox», en Málaga, se ha comprobado también que uno de los procesados ejecutaba después del sueño hipnótico, las órdenes que se le habían dado durante él.

(2) Entre multitud de casos de curación obtenidos por la sugestión hipnótica citan los Dres. Fontan y Segar en su Tratado de medicina sugestiva, el de un joven imbécil á consecuencia de una fiebre tifoidea, que sufría además una otitis doble, la

De una manera empírica ya hace mucho tiempo que se había recurrido á la sugestión sin hipnotismo como recurso curativo en multitud de casos.

Boërhaave se encontró con una verdadera epidemia de histerismo en un establecimiento, en donde se hallaban acumuladas muchas enfermas. La imitación en primer lugar y

cual fué completamente curada, así como transformado el carácter y la inteligencia del enfermo de 24 años.

Prigent B., marino que no sabía leer, pero bastante inteligente, tuvo á principios de agosto una fiebre tifoidea grave, durante el curso de cuya enfermedad deliró por espacio de varios días.

Durante el tercer septenario fué atacado de una otitis doble, que ha persistido acompañada de cefalalgia occipito-frontal del lado derecho.

Muy adelgazado, amarillo y con mirada triste, parece como que no se interesa por nada de lo que pasa á su alrededor. Recorre todo el día las habitaciones en todas direcciones sin responder á nada de lo que se le pregunta. Se orina en cualquier parte, algunas veces en la misma sala. No duerme ni un instante durante la noche, que pasa ahullando de una manera bestial, á pesar de todas las observaciones que se le hacen, y obra de cuerpo en su misma cama, teniendo buen cuidado de embadurnarla con las heces fecales tanto como puede.

Se le amenaza con castigarle según la disciplina militar, pero sonríe tontamente ante las amenazas. Amonestado y seriamente reprendido por el médico de guardia, no hace más que contestar palabras incoherentes.

20 de septiembre.—Tal es el estado lamentable en que es entregado el enfermo Prigent, para que ensayen en él la sugestión hipnótica.

Le dirijo la palabra y apenas responde, y ni siquiera me mira inteligentemente. Sin embargo, hace un signo como indicando que sufría de la cabeza y de los oídos.

Contra lo que yo suponía, queda rápidamente hipnotizado. Sueño profundo de tercer grado.

Sugestión.—No tendrás más dolor de cabeza, ni de oídos; no chillarás más de noche ni te ensuciarás en la cama.

Al despertar el enfermo se toca las orejas con cara admirada, y luego mirándonos fijamente, exclama: «¡Ah! No tengo más dolor de cabeza, se han curado mis oídos». Su voz así como su mirada se han modificado notablemente, lo mismo que su actitud. La depresión que se retrataba en todo su organismo ha desaparecido por completo.

21 de septiembre.—Prigent no ha gritado durante la noche ni se ha ensuciado en la cama. Dice que aun le duele la cabeza.

Sugestión.—No te dolerán más los oídos ni la cabeza. Ni gritarás más de noche, ni te ensuciarás en la cama, ni hoy ni ningún otro día.

22 de septiembre.—El enfermo no se queja de nada. Anda perfectamente derecho y con la cabeza levantada. Ayer paseó por el jardín. Se encuentra sumamente satisfecho de sí mismo y todo el mundo sorprendido de esta transformación instantánea.

23 de septiembre.—Sugestión.—Tus fuerzas aumentarán. Encontrarás la comida muy buena y la comerás con apetito. Estarás muy contento. Jugarás de día y dormirás bien de noches.

25 de septiembre.—Persiste y se acentúa más y más la curación.

27 de septiembre.—En menos de 8 días la metamorfosis de nuestro enfermo ha sido completa, aun cuando puede decirse que ya lo era desde la segunda sesión. Las

otras circunstancias desconocidas, hicieron que se difundiese la enfermedad de tal manera, que no había medio de atajarla. El ilustrado médico decidió acudir á un recurso extremo. Se colocó en medio de la sala de las enfermas con un hierro candente en la mano, amenazando cauterizar á la primera que tuviese el ataque. Ni una sola lo tuvo, el miedo lo dominó

fuerzas se han reparado, tiene buen color, la mirada viva y la fisonomía alegre é inteligente.

28 de septiembre.—Dado de alta para pasar á los convalecientes.

Los mencionados doctores citan asimismo otro hecho curiosísimo de un brigadier de gendarmería marítima:

Hacia ocho días que estaba enfermo, anorexia, cefalalgia y malestar general... Ha tenido varios accesos de fiebre precedidos de escalofríos.

Estuvo este señor dos años en China, en donde ha sufrido varias veces accesos de intermitente, que han recidivado varias otras en Francia desde hace cuatro años que ha llegado. Vive en el barrio Lagoubrian, sospechoso como palúdico. Tiene anemia marcadísima, hígado fuertemente infartado, lengua saburral y anorexia. Hace diez días que sufre una incontinencia de orina que le obliga á orinar cada diez minutos y algunas veces ni siquiera le da tiempo para ir al retrete.

Ninguna enfermedad de las vías urinarias puede ser la causante de este desarrreglo en él.

21 de septiembre.—Primera sesión de hipnotismo.—Sueño hipnótico obtenido fácilmente por ser la primera vez.

Sugestión.—No orinaréis más que cada tres horas y os encontraréis bien.

22 de septiembre.—Ligera disminución en la frecuencia de la mixión. No orina más que cada media hora. Después de la cena ha vomitado. Poco sueño. Analizadas sus orinas, no presentan ni azúcar ni albúmina.

23 de septiembre.—Ha orinado próximamente cada hora.

24 de septiembre.—Más rara la mixión y menos cantidad de orina.

Segunda sesión de hipnotismo.

Sugestión.—Orinaréis de tarde en tarde y sin dolor de ninguna especie.

25 de septiembre.—Ha tenido 5 ó 6 mixiones durante la noche.

Tercera sesión.—Sueño hipnótico obtenido rápidamente.

Sugestión.—Esta noche no os levantaréis ni una sola vez para orinar.

26 de septiembre.—No ha tenido más que una mixión durante la noche, lo que no le había sucedido desde hace más de un mes.

27 de septiembre.—No ha orinado durante la noche.

Se da de alta este día.

Como estos dos casos, citan los mencionados autores multitud de ellos curiosísimos y que pueden ver nuestros lectores en el tratado que antes hemos indicado.

El Dr. Carreras Sola, en la *Revista de Ciencias Médicas*, núms. 17 y siguientes, habla de una Amaurosis Histérica curada por medio del hipnotismo y que atestiguan entre otros mis amigos é ilustrados compañeros los Dres. Viñeta, Roquer, Armangué, Faraudo, Nin y otros.

Y como los mencionados podría describiros multitud de hechos corregidos por medio de la sugestión hipnótica, sobre todo relacionados con el histerismo, enfermedad que con razón decía el Dr. Carreras Sola, sólo existe en la imaginación de la enferma.

por completo. El mismo Boërhaave, y para que se vea hasta dónde llega el poder de la imaginación en su influencia sugestiva; tuvo, según cita Fenchstersleben, un discípulo en quien se iban manifestando sucesivamente todos los estados morbosos que describía aquel famoso profesor; esto es, las fiebres y las inflamaciones en el semestre de invierno y las neuralgias en el de verano. Tamaña viveza de imaginación le obligó á renunciar á un estudio que tan en peligro ponía su existencia.

Hé aquí otro hecho hace poco publicado por un distinguido periódico médico de esta Corte: Llevaron al hospital una niña de 12 años con accesos convulsivos que se repetían varias veces al día. Agotados todos los recursos que la ciencia aconseja sin obtener el más pequeño resultado, un día, después de mucho tiempo de tratamiento se suspendió toda medicación y se le dijo á la madre de la enferma estando ésta presente: «Vamos á dar una medicina que si no produce efecto, será necesario hacer á la niña cauterizaciones en la cara con un hierro hecho ascua, remedio que he dejado para lo último por ser muy doloroso y porque era lastimoso tener que desfigurar á una niña tan bonita». Y para que el efecto fuese más completo, se le enseñó un termo-cauterio encendido. Desde aquel día cesaron los accesos.

En determinadas circunstancias, la sugestión obra de tal manera, que puede llegar á hacer enfermar ó contribuir á la agravación de enfermedades antiguas (1).

Entre otros hechos curiosísimos en el *Progrés medical* de París, venían últimamente una infinidad de observaciones interesantes de este género.

(1) Las enfermedades del corazón que algunas veces dan lugar á ensueños más ó menos molestos, á consecuencia de las ideas sugeridas por estos mismos ensueños suelen agravarse, porque el funcionalismo de este corazón responde á la violencia de los diversos estados imaginativos de una manera manifiesta. Lo mismo sucede con el asma y todos los estados congestivos viscerales, etc., etc.

A Mme. C., histérica comprobada que ha tenido grandes ataques convulsivos, se la anunció hacia el fin de su embarazo, que una de sus primas había muerto á consecuencia de una locura puerperal. La primera noche de la noticia, soñó la muerte de su prima, siguiendo la persistencia de la misma idea las noches sucesivas y tomando cada vez más incremento en la imaginación. El recuerdo fué acentuándose más y más, y ya persistía no sólo de noche y en sueños, sí que también en estado de vigilia, acabando por un delirio constante, durante el cual reía y hablaba con la muerta, etc., etc.

Mme. N., de 34 años, presenta señales evidentes de histerismo; es hemianestésica muy bien caracterizada. Ha casado con uno de sus primos, que se suicidó en 15 de septiembre de 1885. Le contristó muy hondamente este acontecimiento, quedando en la integridad de sus funciones durante algunas semanas.

El día 1.^o de diciembre, á consecuencia de una contrariedad que la enojó, suelta la palabra: «Es cosa de echarse de cabeza al pozo», y queda impresionada por esta palabra.

La misma noche sueña en algo relacionado con un pozo. La misma idea va presentándose cada noche; luego no sólo durmiendo, sí que también cuando adormilada y por fin persiste de noche y de día.

Poco á poco van presentándose alucinaciones; ve pozos en todas partes, parece que manos invisibles la arrastran á ellos, oye voces que le dicen: «Tú no morirás de otro modo más que dentro de un pozo», y la enferma lucha con un destello de inteligencia que la dicta cohibirse para no deshonorar á la familia de este modo. Á este objeto y para evitarlo, se expone á la acción de la nieve con el objeto de ver si puede ser víctima de una afección del pulmón, etc., etc.

Las epidemias de tembladores de la Edad media, los endemoniados de la misma época, la de convulsiones de

Saint Medard, y el moderno mimicismo ó neurosis imitante, enfermedad caracterizada por la reproducción de gestos, actitudes y miradas de otros, son otras tantas pruebas de la influencia grandísima de la imaginación sobre el organismo humano (1).

Los efectos sugestivos pueden llegar en algunos casos á producir trastornos de funcionalismo de grandísima importancia; tanto es así que durante el sueño hipnótico se provocan en el enfermo hipnotizado infinidad de fenómenos de la incumbencia de la vida vegetativa con una facilidad extraordinaria, v. g. vómitos, hemorragias, insensibilidad completa de ciertos órganos, alteración del sabor de los alimentos y otros muchos hechos que la misma sugestión puede provocar en mayor ó menor escala en estado de vigilia. Esto dió lugar en 1875 á que la Academia de Medicina de Bélgica se preocupase seriamente del asunto referente á Luisa Lateau, considerada por muchos como santa porque todos los viernes tenía un éxtasis, con producción de hemorragias en las regiones del cuerpo, en las que había recibido las heridas Nuestro Señor Jesucristo, éxtasis y hemorragias que se atribuyeron por los Dres. Warlomont, Fossion y Marcart á un hecho de hipnotismo.

Pero dejemos ya los efectos sugestivos hipnóticos, fijándonos siquiera sea ligeramente en aquellos hechos que tenemos diariamente á la mano y veremos como resulta la imaginación la verdadera brújula de la dicha.

El hombre está rodeado de tal cúmulo de acciones y

(1) Á consecuencia de las preocupaciones y fanatismo de la Edad media, multitud de individuos se perturbaron hasta el extremo de creerse endemoniados, brujos, hechizados, etc., etc., pero no es que fingieran creerlo así, es que real y positivamente se lo imaginaban de esta manera; de otro modo no hubiera llegado la comedia que se propusieran representar hasta el extremo de exponerles á morir quemados vivos, ó enterrados en un calabozo después de haber confesado explícitamente delante de los tribunales, que tenían los malos espíritus en el cuerpo, y haber sostenido muchos de ellos que tenían frecuentes relaciones carnales con el demonio.

cosas, que es imposible que la asociación de ideas le deje vivir tranquilo, sólo con lo que tiene delante.

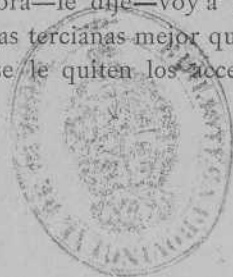
De manera que nuestra vida no es vida estrictamente limitada á los medios que nos rodean, sinó que tiene más alcance. De lo cual se desprende, que en cada objeto vemos no sólo lo que vemos, sí que también aquello que queremos ver, y de aquí, por tanto, que podamos en muchas ocasiones con el auxilio de la voluntad aplicada á la imaginación, ver aquello que nos conviene ver, dentro de lo que vemos.

En muchas ocasiones, los remedios para nuestros males, nos los proporciona mejor nuestro entendimiento, que el mundo orgánico; de otro modo, ¿cómo se explica que un médico en quien se tiene confianza, alivie una enfermedad á su sola presencia? ¿Que el cariño y la bondad constituyan la primera medicina para un enfermo? ¿Que disminuyan nuestras penas cuando alguien las comparte con nosotros? y en una palabra, ¿que sea nuestra enfermedad tanto mayor, cuanto más nos preocupemos de ella, cuanto más incremento preste á su desarrollo nuestra imaginación?

Son innumerables los casos que podríamos citar en corroboración de lo que acabamos de decir.

Á un conocido médico le ocurrió el hecho siguiente: Le llamaron para ver á una señora que tenía un violento acceso de intermitente.—Hace ocho días—le dijo—que estoy enferma con calenturas, pero le suplico que no me dé la quinina bajo forma ninguna, porque ya la he tomado otra vez y me dieron tanta, que me ha dejado abrasada, por cuya causa hago pésimamente las digestiones y siempre me encuentro molesta y delicada. Crea que prefiero las tercianas á los efectos de este medicamento tan dañino.

—Pues bien, señora—le dije—voy á ponerla á V. unas píldoras que curan las tercianas mejor que la quinina, y no sólo le ofrezco que se le quiten los accesos, sí que también



que se le arregle el estómago de las molestias que siente; —le dispuse dos gramos de sal antitípica de Pelletier (quinina) que tomó en veinticuatro horas y en dos veces. El acceso inmediato no se repitió ni volvió á presentarse ningún otro, pero seguimos haciendo uso del medicamento á dosis decrecientes por espacio de doce días.

«Yo (dice el autor de la historia clínica que he presentado) temía, cada vez que veía á esta enferma, que descubierto el engaño, se mostrase airada conmigo, hasta que uno de los días próximos en que iba á recibir el alta, me dijo:—Estoy muy satisfecha de estas píldoras, porque no sólo me han quitado las calenturas, sinó que según V. me dijo, me han curado las molestias del estómago de tal modo, que puedo comer de todo y digiero muy bien. Si V. llega á darme la quinina, me mata seguramente, porque es un medicamento que en manera alguna puede resistir mi naturaleza».

Este fenómeno que parece inexplicable, es racionalísimo y se comprende fácilmente, es un hecho de sugestión como el que cita Barthein de un individuo á quien dió unas píldoras purgantes de miga de pan. Tenía la idea de que aquello tenía que purgarle, sintió su efecto claramente en el intestino, con mayor ó menor trabajo por parte de la imaginación, y la idea se convirtió al fin en acto, como hemos visto que otras se convertían naturalísimamente á fuerza de impresionar la célula cerebral correspondiente á la inervación que preside dicho acto.

Otro caso parecido le ocurrió á un conocido catedrático de la facultad de Medicina de Barcelona. Cansado de sufrir las impertinencias de una costurera, que seducida por su amante, fué abandonada, al objeto de que se le administrara un abortivo, dióle al fin unas píldoras de miga de pan, cubiertas con papel de plata, resultando tan poderosa la medicación, que aquella pobre criatura abortó con gran peligro

de su vida. ¿Quién fué el primer factor de este aborto más que la imaginación? El Dr. Marmise, de Bordeaux, da cuenta del siguiente hecho:

En el acto de sangrar á una señora, fué tan profunda la emoción experimentada por su doncella que se hallaba presente, que en el momento de hundir el cirujano la lanceta, experimentó ésta en el pliegue del codo el dolor de una picadura, y poco tiempo después aparecía en aquel sitio una mancha de sangre.

Se cita un caso como este en los *Ephemerides des Curieux de la Nature*. Una joven, impresionada al ver como dilataban un absceso á su señora, se emocionó de tal manera, que le salió una mancha equimótica en el sitio de su brazo correspondiente al del punto en donde estaba el absceso dilatado, en el brazo de su señora.

El Dr. Pulido, en su notable obra *Bosquejos Médico-sociales*, cita el presente caso:

Dos hermanos fueron mordidos por un perro.

Á los pocos días de ocurrido el suceso, el mayor abandona el hogar y marcha á remotos países.

Transcurren algunos días más, y el menor es atacado de hidrofobia, y muere. Temiendo la influencia moral que esta desgracia pudiera ejercer en el hermano ausente, se le oculta la verdadera causa.

Pasados veinte años, regresa éste á su país y se entera de lo que ya nadie procuró ocultarle, creyéndole exento de todo peligro.

Sin embargo, el acontecimiento le afecta vivamente, le preocupa de un modo pertinaz y concluye muriendo de hidrofobia (1).

(1) El Dr. Manrique de Lara ha observado cuatro hechos curiosísimos citados en Pulido.

Hizo en cierta ocasión la amputación de un dedo pulgar, y el compañero que le

En 1884, en que la doctrina de la inoculación anticolérica de Ferrán se puso en práctica, los efectos preservativos de la vacuna de este sabio compañero á qué se debieron, ¿á la vacuna ó á la imaginación? Veremos si el tiempo se encarga de demostrárnoslo. Y si el miedo es la primera causa del cólera, ¿qué había de ser la confianza, más que un preservativo?

Aparte de lo que acabamos de decir, que no es nuevo para nadie, la influencia marcada de la imaginación para llevarnos de un terreno fisiológico al patológico, es reconocida de todo el mundo. Las locuras empiezan siempre y en todos los casos, por una idea mal dominada, teniendo como tienen las enfermedades mentales su asiento en la imaginación y no en la razón, pues de no ser así, serían errores y no locuras.

¿El miedo no puede también conducirnos á efectos desastrosos? ¡Cuánta gente sufre y enferma de horror que tiene á la enfermedad y de detenerse en esta consideración más de

ayudaba guardó el dedo en un cartucho y cometió la grave imprudencia de presentárselo á su esposa como si fuere un obsequio.

Lo abre ésta, ve el contenido y exhala un grito de horror.

Estaba embarazada la señora y la impresión duró todo el embarazo. Después el fruto de su alumbramiento tenía dobles pulgares en cada mano, cuya deformidad corrigió el mismo Dr. Manrique.

Un individuo tiene un accidente desgraciado que le obliga á sufrir inmediatamente una amputación de un muslo.

Ausente su señora en un pueblo inmediato, se la comunica que su esposo está muy delicado; acude presurosa, entra en su casa, ve sobre la cómoda una sábana, tira de ella y cae al suelo el miembro amputado.

El susto es mortal y la señora se desmaya.

Estaba embarazada y la criatura salió sin extremidades inferiores.

Otra señora también durante el embarazo, sufrió repetidos sustos causados por un cabrito.

Firme su mente en este suceso, dió en pensar y decir que iba á parir un cabrito, y la niña que dió á luz salió plagada de numerosos y grandes lunares cubiertos de pelo.

Un joven cuya madre corría feliz el curso de otro embarazo, perdió la nariz en una disputa.

Trató el Dr. Manrique de reaplicarla; pero fracasado este propósito por gangrena de la fracción separada, le aconsejó el uso de una nariz artificial.

El repulsivo aspecto que ofrecía el mutilado semblante del joven impresionó mucho á su madre, y la criatura que dió á luz carecía asimismo de nariz.

lo que fuera necesario! ¡Cuánta gente es víctima del miedo en tiempo de epidemias, en que los ánimos serenos apenas sufren su influencia!

¡Cuántas veces este efecto del miedo llega á ser fatal! (1). ¿Qué es la hipocondría, una de las enfermedades más terribles de la actual generación, más que una enfermedad de la imaginación?

La imaginación necesita vivir encaminada por una voluntad firme y segura, para no dejarse dominar, porque de lo contrario con facilidad se extravía.

Aun los ánimos más serenos y los hombres más posesionados de sí mismos no pueden á lo mejor sobreponerse á ella.

Caminando por escabrosos senderos, v. g. en donde hay precedentes de robos y atropellos, ¡cómo trabaja esta facultad del alma humana! El ruido de una hoja parece simular el de pasos cercanos, se oyen voces que no existen, se ven sombras que no hay, parece que todo persigue, que todo acosa, que todo se nos echa encima.

Dentro del agua, y sobre todo nadando á cierta profundidad, si se nos ocurre la menor idea de ser víctimas de algún ataque, nos bastaría con toda seguridad ver el pescado más insignificante y ruin; para considerarle como un formidable enemigo y ser presa de un fuerte calambre ó de algún trastorno de mayor consideración.

¡Quién no ha visitado una gruta de importancia, ¿no ha sentido su pecho oprimido allí dentro aun en aquellos casos en que era pura la atmósfera?

Pues todos los estados á los que en mayor ó menor escala

(1) Un inglés, criado de servicio, de resultas de haber leído en los periódicos el relato de una muerte espantosa, causada por la mordedura de un perro rabioso, se sintió de improviso atacado de hidrofobia y sólo pudo salvarse á favor de la medicación más enérgica y adecuada. (Brittania, abril 1825). Feuchstersleben.

puede conducirnos la imaginación, son los que hay que dominar, fijando decididamente nuestra atención en otras cosas, que cuanto más fijamente reconcentramos la atención en un punto, menos dispuestos estamos á apercibirnos de otro.

Arquímedes, sabio matemático y físico; encontrábase en la ciudad de Siracusa cuando fué asaltada por los soldados romanos, y tal era la atención con que se dedicaba á resolver un problema, que ni siquiera se apercibió de lo que sucedía en torno suyo. Invadieron atropelladamente su morada las tropas enemigas y le mataron, sin que se apercibiese de que habían entrado.

Otro hecho parecido le sucedió al sabio húngaro Mentelli, que citamos en otro punto de nuestro trabajo.

No exigiré ciertamente tal dominio de la imaginación vuestra, pero quiero haceros comprender con ello que cabé hasta la absoluta abstracción cuando la voluntad impone su influencia sobre las ideas.

El hombre es preciso que sea dueño de sí mismo, que viva siempre con la esperanza en el corazón, como único faro de la dicha terrena, y que encamine su imaginación, y para ayudar á la esperanza, la enseñe á vivir en la atmósfera de la tranquilidad, de la salud y de la belleza. Hay que imaginar siempre lo mejor aun cuando se pueda suponer que prácticamente resultará lo peor. Temer poco á la muerte, luchar con serenidad y sin dejarse arrastrar de los fatalismos.

Ya que la vida es un sueño, como decía muy bien el inmortal Calderón de la Barca, dejemos las cosas feas aparte y soñemos las hermosas, que de nosotros depende la elección en la mayoría de los casos.

Es cierto que las realidades se encargarán en muchas ocasiones de hacernos despertar de este letargo; pero para entonces, ya vendrá la razón y la voluntad en nuestro auxi-

lio, y no perdamos de vista que el que entra en acción animoso al combate y con la esperanza de vencer, es mucho que no venza.

La imaginación, como dice muy bien Hippel, es el pulmón del alma. Démosle, pues, á respirar una atmósfera que no sea de pesares mientras podamos, y así el alma nuestra crecerá floreciente de salud y vida.



PREOCUPACIONES

La historia de las preocupaciones es tan antigua como la de la humanidad.

Inherente á nuestra propia flaqueza, se encuentra el germen de lo fantástico, que cobija con cariñosa é inexperta mano la imaginación; y allí crece y se reproduce de una manera tan activa, que en el transcurso de los siglos, mentira parece el sinnúmero de preocupaciones que han dominado á la humanidad; aparte de las que actualmente, en el centro mismo de las naciones cultas, en el seno de la más refinada civilización, llenan las inteligencias y rigen la manera de ser de multitud de espíritus pequeños.

Parece extraño que el entendimiento humano no se haya poseído de una manera más sólida del sentimiento y á pesar de la enseñanza prodigada por tantos siglos, se encuentren aún cabezas y corazones aptos para cobijar toda clase de extravíos de imaginación, que en el fondo son hoy lo de antes.

Los augures romanos (1) decidían en tiempo del Imperio

(1) Los augures romanos se efectuaban por medio de los llamados pollos sagrados. Estos pollos custodiados por un vigilante ó por vigilantes especiales llamados Pularios, estaban encerrados dentro de una jaula. Les echaban una especie de pastel llamado *affa*. Si los pollos se arrojaban con avidez á comer de él y caía algo de lo que comían fuera del plato, era signo favorable. Por el contrario, era presagio funesto si rehusaban el comerlo. Los augures estaban encargados de inspeccionar el resultado, que comunicaban al interesado los primeros magistrados. Estos personajes vestían túnica de púrpura y escarlata y un bonete cónico de piel, llevando en la mano un bastón signo de su dignidad, llamado *ungural*.

Esta sección, por decirlo así, de pronósticos, era completamente independiente de los oráculos, transmitidos en su mayoría por la pitonisa de Delfos en medio de gritos, extraños gestos y extravagantes convulsiones; oráculos que tenían como predicción poco menos que el sello de infalibilidad.

la paz ó la guerra, la salud ó la enfermedad, la dicha ó el infortunio de los pueblos y tal crédito daban á semejantes prácticas supersticiosas los primeros hombres del Imperio, que se consideraban desgraciados ante un fallo adverso de aquellos oráculos. Hoy no son los augures romanos los que deciden nuestro destino; es la hechicera y embaucadora mujer de barrio bajo, que echa las cartas á más de una dama aristocrática.

Los antiguos Bramas sacrificaban en la hoguera á la pobre y desgraciada viuda que admitía el sacrificio creyendo que iba al cielo á gozar de las delicias de aquel edén en compañía de su difunto esposo, porque así lo predicaba su religión (1).

(1) Inglaterra no ha conseguido aún modificar las costumbres de muchos puntos de la India, prueba de ello el relato que el Dr. Gilchrist publicó hace pocos años en un periódico religioso de Madrid.

«Una joven llamada Poolesbay se casó con un hombre distinguido de Poona, que murió cinco años después de su enlace. En cuanto se divulgó el fallecimiento del marido, la viuda, que rayaba en unos diez y nueve años, vióse rodeada de los Bramanes, que la instaban á que siguiese la costumbre establecida, amenazándola en caso contrario con que sería infamada en este mundo y castigada eternamente en el otro. En vano su hermano, que la amaba entrañablemente y que con el trato de los europeos había adquirido ideas más humanitarias, en vano decimos pugnaba por librarla de tan terrible suplicio, pues enteramente sometida á la influencia de los Bramanes y subyugada por los supersticiosos temores que preocupaban su espíritu, consintió en entregarse á las llamas, diciendo: «Más vale arder una hora que toda una eternidad».

Fijóse para el sacrificio el día siguiente, á las cinco de la tarde. Á esta hora una comitiva inmensa, compuesta de los Bramanes, de la guardia del gobernador y de una considerable multitud, dirigióse á la casa de la viuda, la que en breve salió acompañada de sus parientes. Era de mediana estatura, pero sus bellas formas y la noble expresión de su fisonomía le daban un aire de dignidad que realizaban aún más la solemnidad de las circunstancias. Sus cabellos sueltos, estaban adornados con flores, y sus ojos elevados al cielo, parecían absortos en la contemplación de la eternidad.

Atravesó la ciudad arrojando á su paso multitud de hojas de goolod y de betel. Cuando llegó á la orilla del río Mootah, río que pasa cerca de la ciudad, hizo en él las últimas abluciones y se sentó en la ribera. Cubrióse con un paño para librarla de los rayos solares, mientras que una de sus compañeras la abanicaba con un pañuelo de seda. Estaba rodeada de sus parientes, de algunos amigos y de los principales Bramanes, á quienes distribuyó 2,000 rupias y las preciosas joyas que la adornaban, conservando tan sólo las más usuales, es decir, un anillo pendiente de la nariz y un brazalete de oro en cada muñeca. Hecha esta distribución, púsose en actitud de orar, con las manos juntas levantadas encima de la cabeza, en tanto que cerca de allí, á distancia de unas cien toesas, estaban preparando la hoguera que debía consumirla.

Los salvajes del antiguo Méjico arrancaban el corazón de sus prisioneros de guerra y aun de los hijos de su pueblo para ofrecerlo á los dioses, y amasaban con sangre de

El fúnebre aparato se componía de cuatro grandes maderos de diez pies de alto, clavados en el suelo de modo que formaban un cuadro de nueve pies de largo por seis de ancho. En la extremidad superior de los maderos había un techo de tablones atados con cuerdas y cargado de gran cantidad de leña, cubierta con paja y ramas secas de un arbusto oloroso. De los cuatro lados del cuadro, tres se taparon con los mismos materiales y el cuarto se dejó abierto para dar paso á la víctima.

Terminados estos preparativos, Poolesbay se adelantó seguida de sus amigas, repitió los actos de devoción y se apartó un poco hacia un lado para dar paso al cadáver de su marido. Luego trajeron á éste de la orilla del río, donde le habían depositado, y lo pusieron sobre la pira, con una gran cantidad de dulces, confitura seca y un talego de papel lleno de aserraduras de sándalo. Entonces la viuda dió tres vueltas alrededor de la hoguera, y colocándose sobre una piedra de forma cuadrada que se emplea siempre en semejantes casos y en la cual estaba groseramente marcada la forma de los pies, se despidió por última vez de sus amigas, pasó cariñosamente la mano derecha por encima de la cabeza de la que más amaba y luego, inclinando el cuerpo, las abrazó tiernamente y se dirigió hacia la fatal hoguera. Al entrar, paróse un momento como si el amor á la vida le hiciese vacilar, pero el fatalismo la arrastró. Subió con paso firme y seguro las gradas de la hoguera, tendiéndose junto al cuerpo de su marido é inmediatamente ocultóse á la vista de los espectadores, detrás de la paja que amontonaron para tapar la entrada y á la que en seguida prendieron fuego.

Al cabo de pocos instantes la desventurada Poolesbay dió un terrible grito. Tan pronto como la alcanzaron las llamas, el dolor hizo desaparecer el valor ficticio que hasta entonces la había sostenido. Impelida por el instinto de conservación que se despertó entonces con todas sus fuerzas, se adelantó á la débil barrera ya medio consumida, abrióse paso y corrió hacia el río como último refugio inaccesible al terrible elemento que parecía perseguirla; pero la desdichada no debía librarse de la muerte que le estaba reservada y que había aceptado voluntariamente. Los sacerdotes corrieron en pos de Poolesbay y no tardaron en alcanzarla. Entonces se trabó una lucha horrorosa entre los Bramanes, que pugnaban por arrastrarla á la hoguera, y ella, que auxiliada por su hermano, oponía á sus esfuerzos una resistencia desesperada. La pobre víctima daba angustiosos gritos é imploraba el auxilio de la multitud contenida por la guardia del gobernador, pero su voz fué ahogada por el ruido de los clarines, que á una señal dada sonaron todos á la vez.

Al fin rendida por tantos esfuerzos, perdió el conocimiento, en cuyo estado se la condujo de nuevo á la hoguera. Entonces todos los espectadores de aquella trágica escena se reunieron para apresurar su conclusión: los unos cortaban á hachazos las cuerdas que sostenían el tablado superior, los otros llevaban goolod y ramas secas para alimentar la hoguera, mientras que millares de manos provistas de antorchas atizaban el fuego por todos lados. Entre tanto el hermano de la víctima, separado á viva fuerza de aquel lugar, en medio de su desesperación profería amenazas terribles de venganza contra los verdugos de su hermana.

Poco tiempo después, el estruendo del cañón y el sonido de los clarines anunciaron á los habitantes de Benares la proximidad de una gran fiesta. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de flores, y el pueblo acudía en tropel al templo de Brama. La procesión de Juggernaut que iba á celebrarse, había atraído al recinto de la ciu-

inocentes criaturas el pan de algunos festines sagrados. Los africanos de ciertas comarcas centrales ofrecen como manjar á sus dioses (1) pobres niños cuyas madres precipitan con

dad, no sólo á los moradores de los contornos, si que también á un gran número de fanáticos que desde los últimos confines del Indostán acudían en busca de una muerte santa y gloriosa á los ojos de su ídolo.

Á la hora fijada abriéronse las puertas del templo para dar paso á la comitiva. Rodeado de todo el esplendor de la pompa oriental y circuido de cierto número de Bramanes salió un enorme carro, tirado por elefantes, sobre el cual estaba colocada una colosal estatua de bronce cubierta de piedras preciosas. Iban delante multitud de jóvenes doncellas, unas esparciendo flores por el suelo y otras formando animadas y voluptuosas danzas. El suntuoso aparato del carro, la animación y voluptuosidad del baile, el sonido penetrante del clarín y el suave olor de los perfumes que se quemaban en honor de la divinidad, excitaban hasta lo sumo el entusiasmo de la multitud que prorumpía en frenéticos gritos y aplaudía estrepitosamente el celo religioso de los alfaquies. «¡Brama! ¡Brama!» exclamaban y todos á porfía se disputaban la gloria de morir por su Dios, tendiéndose en el suelo delante del carro, que al pasar los aplastaba con su peso. «¡Poolesbay!» gritó de súbito un joven que saliendo de entre la multitud, se abalanzó á uno de los Bramanes que había presidido el suplicio de su hermana, lo cogió en brazos y lo arrojó debajo de las ensangrentadas ruedas del carro.

La acción fué tan inesperada y rápida, que en vano se hubiera intentado evitarla, y el agresor se hubiera evadido fácilmente en medio de la general estupefacción á no haber sido otro su propósito; pero no pensando más que en el placer de saborear su venganza, permaneció inmóvil contemplando con delicia el cuerpo mutilado de su víctima. El pueblo, apenas se recobró de su estupor, echóse encima del joven con ánimo de inmolarse allí mismo, pero los Bramanes acudieron al momento, y haciendo adelantar algunos soldados de la guardia, les entregaron al culpable, después de lo cual la procesión volvió á entrar en el templo.

Los Bramanes, al arrancar de las manos del pueblo al hermano de Poolesbay, no obraron por sentimiento alguno de compasión, ni por miras de justicia, sino con la idea de reservarse para sí solos el castigo del delincuente. Después de detenidas conferencias y de haber consultado los documentos antiguos y evocado todos los recuerdos, adoptóse el suplicio del emparedamiento.

En consecuencia, condujose al joven á una gran llanura inmediata. Puesto allí de pie, levantaron á su alrededor una pared que encajonaba todo su cuerpo hasta el cuello, de suerte que su cabeza enteramente desnuda recibía sin el menor amparo los rayos de un sol abrasador, en cuyo estado se le dejó esperando á que la muerte pusiera fin á sus horribles tormentos. Al cabo de algunos días los buitres de la montaña acudieron al lugar del suplicio, rompieron á picotazos el cráneo de este infeliz y le arrancaron el cerebro, los ojos y toda la carne de la cabeza, de manera que cuando los curiosos fueron á visitar el monumento expiatorio, ya no encontraron más que algunos restos ensangrentados.

(1) El P. Sarrá cuenta que en aquellas comarcas adoran serpientes que andan libres dentro de sus templos y á las cuales alimentan espléndidamente con leche y sangre de niños. Sucede algunas veces que estos asquerosos reptiles hacen presa entre algún tierno concurrente, lo cual constituye una verdadera satisfacción para las madres. Los misioneros que van á estas comarcas, antes de entrar en relación con aquellos salvajes para captarse sus simpatías, visitan aquellos asquerosos templos.

gusto al sacrificio considerándose honradas cuando los dioses aceptan su oferta; y además se devoran mutuamente sin el menor escrúpulo. Nuestros pueblos civilizados no arrojan la viuda al fuego, pero sí la condenan en muchos casos á la miseria (1) (por exceso de adelanto irregular en la civilización) de una manera injusta. No arrancan cuchillo en mano el corazón de sus cautivos para ofrecerlo en holocausto á los dioses, pero curten el de sus ciudadanos en la miseria y la podredumbre del egoísmo civilizado y la ambición; no amasan el pan con la sangre extraída de las incisiones practicadas en las orejas y frente de los niños (2), como lo hacían los antiguos salvajes mejicanos, pero les dejan abandonados á su propia flaqueza, ó les convierten en pasto de la escrófula, dentro de un mal organizado hospicio ó peor hospital; y no ofrecen únicamente los niños como manjar de los dioses, sinó la humanidad entera en aras de la ambición, muriendo en el campo de batalla para defender la de un monarca ó un jefe político, en la fábrica para defender la de un inconsiderado industrial, en la mala boardilla para defender la de un inconsiderado propietario, en la lóbrega taberna para envenenarse con alimentos y bebidas al mismo tiempo.

Esta es la diferencia: antes el martirio impuesto á la víctima inmolada era corto aunque cruelísimo; hoy es largo,

(1) Y así sucede, porque la mujer que, abandonada á sus propias fuerzas, tiene que atender á su subsistencia cuando no á la de algún ó algunos hijos, no encuentra esferas de trabajo donde desarrollar su inteligencia, como quiera que las han invadido los hombres. Para que la mujer tuviese recursos á propósito para vivir, hace falta que salgan los hombres de detrás del mostrador de una tienda de ropa blanca, de una guantería, de una peluquería y de otros mil sitios en donde huela la virilidad nuestra.

Parece increíble que los haya que se dediquen á componer abanicos, hacer corsés y hasta sombreros de señora, como he visto en varios casos.

(2) La fiesta de la Purificación, llamada Citua, se celebraba próxima al equinoccio de Otoño. Preparados los sacerdotes y fanáticos con un ayuno de veinticuatro horas y una continencia completa, se frotaban el cuerpo con una pasta especial llamada Cancú rociada con la sangre de algunos niños obtenida por medio de incisiones que se les hacían detrás de las orejas, en la nariz ó entre las dos cejas, puntos de vascularización sanguínea más ó menos apta para este objeto.

larguísimo, por esto aparece tan suave. Antes era físico y hoy moral. Y sucede en consecuencia que así como los antiguos espartanos castigaban su cuerpo para fortalecerle, torturamos nosotros nuestro espíritu para aniquilarle, y con él aniquilar nuestro cuerpo.

Esto quiere decir que si las preocupaciones de remotos tiempos lo eran grandísimas y hoy con justicia se condenan, las de nuestros días son también de mucha importancia aun cuando tengan otro aspecto y vengan encubiertas con la capa de la civilización.

El adelanto de nuestro siglo es un adelanto incompleto, y creo que las generaciones que vengan han de encontrar en el seno de nuestra civilización espesísimas nubes de barbarie que nos avergonzarían si viésemos las cosas de su verdadero color; barbarie que no parece tan grande porque es moral en lugar de ser material, barbarie que se esconde mejor porque la encubre la educación y el oro.

Nuestra edad no esclaviza al prisionero como los antiguos pueblos, ni le convierte en botín de guerra anulando su libre albedrío desde aquel momento, pero reglamenta la prostitución, vendiendo no sólo la libertad, sino además el cuerpo y la salud; y no de un prisionero de guerra, sino en la mayoría de los casos, de una víctima de la miseria, y así como los salvajes de aquel tiempo mataban á contados de sus esclavos á la vista del pueblo y en holocausto á los dioses, derramando en pocos minutos su sangre; la edad moderna sacrifica á sus esclavas consumidas del corazón que ellas mismas tuvieron que arrancarse, y deshechas de cuerpo, que aniquilado de podredumbre y abandono, espira entre miseria en un rincón de hospital.

Los tipos de sacrificadores de entonces como eran responsables del sacrificio consumado y tenían nombre y filiación concreta, y son considerados hoy como verdaderas fieras los

tipos de sacrificadores de hoy, en cambio, como no pueden concretarse y son tantos, no son el blanco del odio de la sociedad, sinó el punto de mira de las atenciones, las consideraciones y los honores de todo el mundo; no son considerados como salvajes, sinó como civilizadores, y debe parecerle á la sociedad justa é irreproachable su conducta cuando en algunos casos les entrega hasta las riendas de una comarca ó de una nación (1).

(1) Es efectivamente lastimoso el estado en que se encuentra la moderna prostitución, y más aun la abyección completa en que se encuentra sumida la mujer desde el momento en que se inscribe en cartilla, todo lo cual al fin y al postre resultaría, sinó perdonable, al menos tolerable, dado caso de que las inscripciones en cartilla se hiciesen únicamente de mayores de edad. Pero no sucede así; lo que acontece es que se hagan no sólo sin ningún miramiento y de menores de edad en la inmensa mayoría de los casos, sinó que además se obligue á las mujeres á inscribirse en otros muchos. Hace algún tiempo, y no quiero citar fechas, en Madrid se descubrió una casa de prostitución en la que el personal de la casa eran todas menores de catorce años y todas estaban provistas de su correspondiente cartilla.

Creo que la responsabilidad de aquel que autorizó aquellas inscripciones es grandísima, moralmente considerada, y no sólo grandísima, si que además penada por el Código de tal manera, que á tener que pagar su deuda, quedaría encajonado en la cárcel por toda su vida.

Pudiera detallar inscripciones de menores de edad hechas en España, pero me contentaré con datos sacados de nuestra vecina República francesa, en tiempo del Imperio:

De 3,248 prostitutas ejerciendo en París el 31 de diciembre de 1831:

2 se inscribieron á los 10 años.			179 se inscribieron á los 24 años.		
3	»	» 11 »	136	»	» 25 »
3	»	» 12 »	140	»	» 26 »
6	»	» 13 »	122	»	» 27 »
20	»	» 14 »	101	»	» 28 »
51	»	» 15 »	56	»	» 29 »
111	»	» 16 »	57	»	» 30 »
149	»	» 17 »	52	»	» 31 »
273	»	» 18 »	27	»	» 32 »
322	»	» 19 »	32	»	» 33 »
398	»	» 20 »	31	»	» 34 »
A partir de esta edad, se nota que			26	»	» 35 »
va bajando el número de inscrip-			24	»	» 36 »
ciones, es decir, que cuando se			15	»	» 37 »
inscriben, la mayoría es cuando			12	»	» 38 »
son menores de edad (cuando es			11	»	» 39 »
contra ley su inscripción):			9	»	» 40 »
303 se inscribieron á los 21 años.			5	»	» 41 »
300	»	» 22 »	8	»	» 42 »
215	»	» 23 »	7	»	» 43 »

Los salvajes de multitud de comarcas en donde la civilización ha ido entrando gracias á los esfuerzos de fervientes campeones del Cristianismo, sacrificaban con mayor ó menor crueldad según les dictaba su ineducado instinto, la preciosa vida de infinitos misioneros que murieron predicando caridad, regando con su sangre suelos áridos de religión y paz para que germinara ufana la semilla de enseñanza que allí sembraran; á la par que los cristianos acaudillaban á los mo-

9 se inscribieron á los 44 años.

6 » » 45 »

4 » » 46 »

3 » » 47 »

2 » » 48 »

12 » » 49 »

4 se inscribieron á los 50 años.

1 » » 52 »

1 » » 55 »

1 » » 56 »

1 » » 58 »

1 » » 62 »

Conque sumad el resultado y veréis que de 3,248 prostitutas, 1,335 han sido inscritas en el infamante estigma de mujeres públicas siendo menores de edad. Desde el momento en que son mayores de edad, es decir, que no necesitan el consentimiento de *padres*, jueces, curadores, etc., disminuyen las inscripciones.

Otra estadística comprendiendo el número de prostitutas inscritas en París desde 1857 á 1866, debida á Mireur, es la siguiente:

4,097 mujeres inscritas.

2,743 lo fueron después de 21 años.

1,354 antes de esta edad.

En el padrón oficial de septiembre de 1864, efectuado por la policía de Londres, había inscritas:

5,689 mujeres.

Menores de 16 años 1279!

Mayores de 16 años 5,410.

¿Para qué sirve en estas naciones el artículo del Código penal que castiga la corrupción de menores con dos años de reclusión por término medio y con más tiempo si se trata de personas allegadas al corrompido?

Los recientes escándalos de Londres, revelados por *La Pall-Mall Gazette* en 1885, ¿no son una prueba más de la complicidad criminal y desalmada que la sociedad presta al monumento de esclavitud de la mujer? Aquellas ventas consumadas sin conocimiento más que del comprador en muchos casos, aquellos infames artificios conocidos de todo el mundo, aquel llanto y desesperación de una mujer que ha caído en las redes de la ignominia, aquella honra pisoteada y escarnecida, no significan nada para los hombres del siglo de la libertad y de las luces y de la grandeza de sentimientos y de la despreocupación. Miserable sociedad que no atentas á la honra de una mujer á la luz del día y cuando tiene defensa, sino entre sombras y oscuridad y cuando su débil defensa se encuentre sola; vil humanidad perdida, que no buscas á tu cautivo en el campo de batalla y con armas iguales para arrancarle el corazón, sino que se lo arrancas cuando le encuentras indefenso y sin amparo.

Las escenas de imposible descripción que tienen lugar en Londres y en París y en multitud de ciudades de Europa, son terribles para los corazones sanos y no para descritas, ni creídas en países civilizados.

ros en las Cruzadas, redimiendo á costa de la sangre de otros hombres la tierra que pisó el profeta de la paz, de la tranquilidad y de la luz; y achicharraba la Inquisición á los infelices vesánicos endemoniados, y á multitud de desgraciadas víctimas de su libertad (1). Si salvajes eran los primeros y digna de reprobación su conducta, hija de la falta de cultura intelectual, más que salvajes eran, á mi entender, los segundos, que defendiendo la luz y la paz y la religión de las religiones, manchaban la doctrina de Jesucristo con millares de víctimas que no supieron perdonar á pesar de sacrificarlas despoéticamente con el Evangelio en la mano que todo lo perdona.

Todas las preocupaciones y los fanatismos hijos del fuego de la imaginación tuvieron y han tenido eco en la universalidad de los pueblos, y lo que importa no es fundar doctrinas y con ellas partidarios decididos de su dictado, sinó educar el sentimiento.

Critican los modernos legisladores las peregrinaciones de los antiguos Bramanes á Benares, Galla, Tripeti, Somnath y Hardwar; las de los partidarios del Sintonismo á Sanga, las de los mejicanos á Cholula, las de los mahometanos á la Meca, etc., etc., cuando hoy se abusa tanto ó más aun que entonces de ciertas manifestaciones que perjudican más que favorecen nuestra religión.

(1) La Edad media, reflejo del fanatismo más estúpido que pueda concebirse, porque era fanatismo de una religión tan hermosa como la de Jesucristo, ofrece multitud de ejemplos de inhumanos sacrificios cuya descripción nos pasma á pesar de la costumbre de ver y leer cada día nuevos errores de la humanidad.

Multitud de desgraciados que, envueltos en la asfixiante polvareda levantada por las preocupaciones y fanatismo de aquella época, se atrevieron á decir lo que sentían contra la fiebre del siglo, vieron pronto como cerraban su boca las mordazas de los verdugos. Espíritus débiles unidos á imaginaciones ardientes, dejándose llevar del vuelo de su fantasía, llegaron á convencerse de que eran brujos ó estaban endemoniados ó poseídos de los espíritus y hasta á divulgar la noticia que les había de costar perecer en la hoguera después de juzgados por ese tribunal de la Santa Inquisición. Y no fueron uno ni cien, sinó millares de prójimos nuestros los que murieron quemados, víctimas de su propia preocupación y de la crueldad y fanatismo de sus verdugos.

Al menos aquellos pueblos por civilizar, hacían sus peregrinaciones á pie preparándose por medio de prolongados ayunos, crueles castigos y sacrificando la misma vida en multitud de ocasiones, al paso que las de hoy se hacen en cómodo ferrocarril, y por curiosidad del viaje y diversión en primer término (1).

(1) El peregrino en la India, luego que se ha preparado para su expedición por medio del ayuno, ofrece sacrificio á los manes (dioses familiares) y se afeita la cabeza.

Anda á pie hasta el sitio designado, y no hace más que una comida al día, sin que el pescado pueda formar parte de ella.

Llegado á su destino, descansa dos horas y se afeita todo el cuerpo, toma un baño y ofrece nuevo sacrificio á los manes.

No puede estar menos de siete días en el sitio de peregrinación, y durante su permanencia en aquel lugar, se ocupa en pedir perdón de sus pecados á los dioses.

Cuando regresa á su morada, se despide de los Bramanes, quienes en cambio de regalos que él ha hecho, le dan objetos de escaso valor, pero cuyo mérito consiste en haber tocado los ídolos, por cuyo motivo se consideran santificados.

Entre los lugares que hay de peregrinación, los más frecuentes son Benares, Galla, Tripeti, Somnath, Hardwar y algunos otros.

La caridad de los peregrinos que se dirigen á Hardwar, se halla expuesta á rudas pruebas.

No se puede bañar en el río sin pagar tributo á los Bramanes, y la importancia de la peregrinación está en razón directa del número de baños.

Hardwar presenta á los viajeros una escena de confusiones imposible de describir.

Un batallón de soldados, en las épocas de peregrinación, tiene sus tiendas de campaña en una isla del río Ganges y vela por el orden público.

Cuando una dama del Indostán de alto rango, va á cumplir el voto religioso que se ha propuesto, toma los baños en un pedazo cercado del río, y es conducida al baño en litera.

La señal de inmersión de los peregrinos en el agua, es dada por los Bramanes con una algarazara indescriptible y tocando campanas, siendo la impaciencia por precipitarse en el agua tan grande, que se refiere que un año fueron aplastadas trescientas personas entre los pies de la multitud.

Muchos entusiastas, al hallarse gravemente enfermos y faltos de fuerzas, y por consiguiente sufriendo mil trabajos, se dirigen á aquel lugar y se arrojan al fondo del abismo para no aparecer más. Otros que no tienen valor para tanto, se hacen conducir por sus amigos á la ribera y allí exhalan el último suspiro.

El sistema que usan los mendigos de allí, es equivalente al de los ladrones: pues el peregrino que posee la moneda del más insignificante valor, es acosado por todas partes.

El campo se halla plagado de comerciantes de Tartaria, Arabia, Persia y China y de algunos europeos.

Por la noche, el aspecto del Ganges es sublime. Millares de luces iluminan sus riberas. Multitud de fuegos artificiales aumentan la magnificencia del espectáculo. Una idea aproximada podrá tener el lector que haya visitado la ciudad de Roma y

Todas estas analogías existentes entre simuladas antítesis, tienen su explicación, no en la razón de las cosas, sino más bien en la sinrazón de las preocupaciones, y su hermano de leche el fanatismo.

Tanto unas como otras, son las preocupaciones, enfermedades de la imaginación, pero enfermedades que caen de lleno bajo el dominio de la higiene moral, al objeto de evitar su desarrollo; enfermedades de terribles consecuencias, pues una vez arraigadas, su curación es sumamente difícil, enfermedades que con harto trabajo sucumben á los más acertados razonamientos de la filosofía, enfermedades no clasificadas nosológicamente, pero que no por esto dejan de producir grandes estragos.

se haya encontrado en ella en una de las tres festividades en que el Vaticano se halla iluminado exteriormente. Por todas partes y en todas direcciones, en los templos, en las casas y en las tiendas, en los comercios y hasta en las cabañas pululan las luces. A pesar de tanta luz, los ladrones efectúan sus robos descaradamente.

La más notable de las peregrinaciones del sintonismo es la de Sanga, ó la de Isi, provincia del Japón que dicen ser la cuna del género humano, y patria de Teu-sio-dai-sin.

Los devotos cumplen por lo menos una vez durante su vida esta peregrinación, siendo más notable la concurrencia en marzo.

Allí acuden todos menos los grandes del Imperio, que tienen derecho de hacerse reemplazar por gentes asalariadas.

Durante la peregrinación deben vivir en la más estricta pureza.

La mayoría la hacen á pie, llevando la cabeza cubierta con un sombrero de paja, en el cual hay escrito su nombre y el lugar de su procedencia por si morían en el viaje.

La mayoría, durante el camino, conserva una actitud modesta á la par que un absoluto silencio.

El templo del Gran Dios es el término de la peregrinación, cuya construcción es sumamente sencilla.

Sobre una colina á corta distancia existe una caverna que nadie deja de visitar y á la cual denominan País de los dioses. También acuden los peregrinos á otras capillas circunvecinas.

Antes de abandonar el lugar, piden á los sacerdotes una especie de certificado de haber cumplido con la penitencia.

En la arquita que entregan los sacerdotes á los peregrinos con el certificado y fragmentos de madera bendita, hay grabado el nombre del sacerdote que la entrega, y la palabra Dai-sin-bu. Á estos objetos se atribuían virtudes mágicas que duraban un año.

Entre los americanos la peregrinación más frecuente era la de Cholula. Esta ciudad era su Roma nuestra. Los fieles acudían allí de todas partes. Celebrábanse fiestas y sobre todo gran número de sacrificios.

Pero día llegará en que se acaben. Así como los antiguos pueblos salvajes que vivían entre aberraciones de todos géneros, vieron cesar á la luz del Evangelio, multitud de cruentos sacrificios humanos y crueles costumbres que estableciera su rito religioso ó tradicional y fué la doctrina de Cristo su salvación, porque les encaminó á la caridad, llenando en ellos el Evangelio una verdadera necesidad social; asimismo los modernos pueblos que á fuerza de civilizados, dan por sabido el Génesis, necesitan mucha mayor ilustración de la que tienen, para desterrar los restos de barbarie y preocupación que crecen á la sombra de su propia ignorancia. Es cierto que á aquellos pueblos tuvieron que enseñarles los misioneros, que la sangre de sus esclavos y la de las víctimas inmoladas en el altar, era sangre inútil y estéril para su salvación, que las encarnizadas y continuas guerras á que se entregaban, no conducían á más resultado práctico que la desolación y la muerte, que el sol y la luna eran sordos á sus plegarias y era otro el Dios del mundo, cuyo emblema era el amor y la caridad; pero en cambio, no lo dudéis, tal vez estos mismos salvajes que mataban cuerpo á cuerpo á un enemigo en el campo de batalla, ó arrancaban el corazón á un prisionero para frotarlo ensangrentado y latiente por la boca de su ídolo, ó condenaban á morir en una hoguera á una pobre viuda, no hubieran dejado perecer de hambre á un individuo de su tribu, ni de frío á un pordiosero abandonado, ni hubieran podido mirar los males del prójimo con la indiferencia y sangre fría con que los mira la civilización moderna.

Las costumbres eran muy malas, crueles, atroces; pero los hombres entre sí, los hermanos en patria y religión eran aún amigos; cuando entre nosotros, no sé por qué razón, pero alguna tendrá para ello, un escritor contemporáneo aconseja consideremos á cada hombre como un enemigo que atisba el momento de aprovechar nuestras flaquezas. Entre

multitud de aquellos desgraciados indígenas la misión moral del vecino era procurar por su compañero y vender protección al amigo aun exponiendo su vida en rudo combate; entre nosotros la misión del hombre es una sola: satisfacer sus necesidades á costa de la satisfacción de las que no pueda llenar otro; saciar el apetito de sus vicios con el oro que daría pan á quien se muere de hambre, y tal vez comprando una virtud esclava de otra miseria, ocupar una elevada posición y desde arriba pisotear á sus hermanos humillados.

Esta es la regla general y no la excepción, y esto la sociedad lo tolera, y considera el mundo al rico y al opulento y al pudiente que así se porta y sea cual fuere la procedencia de su fortuna. Decidme ¿qué civilización es la nuestra para llamarse completa cuando tiene puntos negros de la importancia de éstos? ¿Acaso la amistad de un antiguo adorador del Sol en el Perú, no nos sería más útil que la de multitud que se llaman verdaderos amigos nuestros en Europa? ¿Acaso no podríais fiar mejor en la protección de un antropófago de la Polinesia aliado vuestro, que en la de un antiguo deudor de atenciones recibidas en Europa que por su posición puede hoy pagaros favores de otros tiempos?

No pretendo demostrar que nada de bueno haya hecho la civilización; lejos de mí tamaña pretensión, pero sí haceros comprender que dentro de nuestro adelanto, mucha podredumbre ha de haber cuando se atiende y considera públicamente y en la mayoría de los casos, por no decir en todos, al que no es acreedor más que al desprecio del mundo, y cuando la preocupación ciega á los corazones rectos y liga de manos á los hombres honrados hasta el extremo de hacerles cómplices consentidos de tamañas injusticias.

Muy curtido tiene el corazón la vieja Europa, cuando ve con indiferencia las víctimas diarias que la injusticia deja sumidas en el más completo abandono, cuando consiente que

devaste la miseria comarcas enteras y emigren sus hijos á países relativamente incivilizados según nuestro modo de apreciar las cosas, para encontrarse mejor; cuando deja que vivan una vida pordiosera multitud de desgraciados gusanos de la podredumbre social, que por haber nacido en la pobreza y haber crecido en la ignorancia, no tienen más capital que la miseria. Esto equivale á condenar á vivir á estos infelices con todos los inconvenientes del salvajismo y la civilización á la vez.

Muy indiferente á los males del prójimo debe sentirse la civilización moderna, cuando á pesar de predicar la caridad por todas partes, sólo la utiliza en beneficio propio. Muy escéptica debe ser la prole actual cuando ni siquiera cree aquello que predica á los pueblos que civiliza.

Los antiguos pueblos se perdían en la barbarie por exceso de fe, por exceso de creencias, por exceso de práctica de religión; nosotros nos perdemos en la misma senda por falta de fe, por falta de práctica de religión, por falta de verdad de acción. Aquellos mataban á sus hermanos enemigos y nosotros dejamos que se mueran los amigos y el resultado es el mismo, aun cuando sea más cínico el mecanismo de acción. Esta es desgraciadamente la enfermedad endémica de nuestro siglo y la que hay que combatir con todas fuerzas.

Nada más horripilante que las ceremonias practicadas en el Indostán por los sectarios de Brama con y ante los cadáveres pertenecientes á su religión. Al contemplar la pira donde junto con el cuerpo del difunto marido, tiene que consumirse viva la desgraciada esposa víctima de las supersticiones y más aun de la malicia de aquellos sacerdotes, al objeto de conseguir la beatitud suprema á la par que el perdón de los pecados suyos y del marido (1). Nada más triste

(1) Ya hemos visto en otro punto cómo y en qué forma se consumaban estos sacrificios, de una manera poco menos que reglamentaria.

que ver aquella estoica serenidad con que el pueblo mejicano arrancaba el corazón de sus prisioneros de guerra y consumaba otra multitud de terribles sacrificios (1). Nada más lastimoso que ver cómo el pagano sacrificaba á sus propios hijos degollados en el altar, cuyos hechos se registran por millares en la historia de Fenicia. Nada más horroroso que las sanguinarias escenas del caribe que para complacer á los dioses con ávida y descompuesta mirada devora las despedazadas carnes de sus enemigos, en asquerosos festines (2). Pero esto, condenado como hecho cruel y aislado, ¿nos autoriza á creer que es inútil é incivilizado rendir culto á Dios por medio de sacrificios y mortificaciones de otra especie?

(1) Siempre las ceremonias de alguna importancia iban acompañadas de horribles sacrificios humanos.

Evitaban el matar á sus enemigos en el combate para sacrificar luego su vida á los dioses, efectuándose estos sacrificios con gran solemnidad.

La víctima era conducida al sacrificio ricamente ataviada. Revestido de ropaje blanco, aparecía un sacerdote en el umbral del santuario, llevando consigo la figura de su dios, compuesta de una pasta elaborada con harina de maíz y miel, con dos piedras verdes por ojos y multitud de granos de maíz simulando dientes. Mostraba la efigie al prisionero diciéndole: «Este es tu dios», y luego conducido al lugar del sacrificio sobre una especie de catafalco, era sujetado por cuatro sacrificadores por las manos y los pies, mientras otro le pasaba alrededor del cuello una fornida argolla de madera, para sujetarle mejor. El Topilzin ó gran sacrificador, cuchilla en mano, le abría el pecho, arrancándole el corazón, que una vez presentado al sol, era arrojado á los pies del ídolo y recogido de nuevo para frotarle latiente y ensangrentado por la boca del ídolo.

Cuando era de alguna importancia la víctima, permitían que disputase su vida con uno de los sacrificadores. En este caso, se les daban armas iguales para la lucha, únicamente que á la víctima de antemano designada se la sujetaba un pie á una gran rodela de piedra para que no tuviese tanta libertad de acción, al paso que el otro contendiente estaba completamente libre de pies y manos. Si vencía el prisionero, era sacrificado el sacerdote en lugar suyo, y obtenía los honores que las leyes conferían á los guerreros más ilustres de su país.

(2) Diversos pueblos del centro de la Nigrícia ofrecen sacrificios humanos, y son dados á la antropofagia, siendo al mismo tiempo dulces y hospitalarios.

Los negros inmolaban algunas veces sus propios hijos para aplacar la cólera de Suk ó Saturno, uno de sus dioses.

En el Brasil multitud de razas, principalmente las de los Tapuyas, eran antropófagas. Los jefes devoraban á los jefes enemigos, los guerreros á los del mismo rango, los niños eran devorados por sus madres.

Los pueblos de la Polinesia sacrificaban también víctimas humanas, y solían alimentarse de sus carnes, sobre todo en los países en donde el suelo era poco productivo.

¿Nos da pie á condenar todas las religiones el que vayan generalmente acompañadas de preocupaciones y fanatismos? ¿El hecho de ver que tiene inconvenientes esta obcecación de creencias puede ser causa lógica de que nos encerremos dentro de un absoluto escepticismo?

La misma antigua Roma, señora del mundo, que tuvo la pretensión de civilizar á los pueblos, ¿no presenciaba frenética de entusiasmo, las sanguinarias escenas de los gladiadores en su Circo, aplaudiendo terribles hecatombes cuya relación hiela la sangre en las venas? ¿Por ventura nuestros ingleses y norteamericanos no contemplan impasiblemente en estos días cómo se destrozan el cuerpo dos boxeadores? (1). ¿No asisten con afición cada día creciente los españoles á sus corridas de toros? ¿Y de todo ello nos atreveríamos á deducir, por ventura, que la fuerza, la destreza y la agilidad son inútiles y no hay que cultivarlas porque nunca ni en ninguna ocasión sirven para nada?

Lástima causa considerar que en el Perú por ejemplo había mil quinientas vírgenes destinadas al servicio del Sol, que no

(1) Para los ingleses y angloamericanos es un gran acontecimiento la lucha ayer verificada entre los boxeadores Jem Smith y Jake Kilrain, representantes respectivos de la orgullosa Albión y de su digna hija la gran república norteamericana y aspirantes al magnífico cinturón creado por la *Gaceta de Policía* de Nueva-York para premiar al hijo de cualquiera de ambas que dé pruebas de mejores puños.

La pelea se verificó por la tarde en una isla del río Sena, situada cerca de París, y duró dos horas y media, constando de ciento seis *rounds*, que es como decir que la obra estuvo dividida en otros tantos capítulos. La oscuridad de la noche hizo necesario suspender la lucha, sin que la victoria se hubiera decidido por ninguno de los combatientes, si bien el americano Kilrain daba muestras de ser más poderoso, pues varias veces hizo medir el suelo á su adversario á puros golpes.

Pero no era tarea fácil dejar fuera de combate al primer pugilista de Inglaterra, y la pelea realmente vino á ser un torneo de resistencia. En este respecto también parece que el americano aventajaba á su competidor, que más de una vez acudió al llamamiento de los jueces soplando como una morsa, con evidentes señales de fatiga, mientras que Kilrain estaba fresco y descansado.

Descalabros no faltaron: chichones y cardenales aquí y acullá; Kilrain sacó un ojo á media luz y el inglés una oreja semejante á un plátano.

No es imposible que los dos «plenipotenciarios» sajones vuelvan á tener otra «discusión» en breve plazo.

(Nueva-York, 20 diciembre 1887.)

veían á ningún hombre más que al Emperador, quien se guardaba muy bien de entrar á menudo en el sagrado recinto y las cuales eran enterradas vivas y muerto su cómplice á la par que sus respectivas familias si manchaban su castidad. Que si alguna vestal en Roma violaba el mencionado voto, era también enterrada viva, muriendo asimismo los cómplices de ambas familias. Que los sacerdotes de la diosa Cibeles, no sólo hacían voto de castidad sinó que se hacían eunucos; que en otras muchas religiones abundaban de la misma manera las mutilaciones; que en el seno del Cristianismo y hasta una época muy reciente se hacían eunucos á muchos desgraciados niños destinados á cantar en las iglesias y en el mismo San Pedro de Roma; y sin embargo, todas estas atrocidades á nadie pueden autorizar para no ver la virtud de las virtudes en la castidad; la que más espiritualiza y engrandece al hombre.

Lo mismo en el Sabeismo, que pudiéramos llamar la primera decepción de los pueblos, tributando á los astros el culto debido al Criador; que en el Bramismo ó Trietismo que reparte entre tres deidades subordinadas al Todopoderoso la triple función de crear, de conservar y de destruir; que en el Dualismo ó Magismo, que admite dos principios opuestos para explicar la existencia del bien y del mal sobre la tierra; que en el Paganismo de los griegos y romanos, amalgama de todas las antiguas creencias; que en la doctrina de Tao-Esse, ó sea de los sectarios de la razón en China; que en el Fetichismo ó adoración de ídolos y objetos naturales; que en el Camanismo, fusión del Sabeismo, Budismo y Fetichismo en los pueblos del Asia central y septentrional, que en el Cristianismo, que en el Islamismo, que en el Protestantismo, y en una palabra, que en todas las religiones, las preocupaciones existen en mayor ó menor escala, y lo que es peor aun, vienen en multitud de casos sancionadas por esclarecidos

talentos; pero no por ser preocupaciones, dejan en general de contener en su fondo muchas verdades. No las combatamos, pues, en absoluto, ya que como consecuencia inmediata, vendríamos condenados á no creer nada y vivir en el vacío; que el gran talento de los hombres legisladores no es combatir las pasiones de los pueblos, sinó encaminarlas. No creamos aquello que no tenga razón de ser, pero busquemos sin tregua ni descanso la razón de ser de todo.

Lo maravilloso seduce á los pueblos y más aun á aquellos que por su clima son ricos en imaginación y concepciones; así pues, no debe extrañarnos que en el Nanekismo se atribuyeran milagros á Nanek y sus prosélitos, en el Budismo á Buda, en el Mahometanismo á Mahoma; que los griegos consideraran como sobrenaturales los hechos de Orfeo, Anfión y Arión, así como las expediciones de Yasson, Hércules, Teseo y Piroteo; que el Cristianismo haya también prodigado los milagros más de lo que convendría, ya que todo esto no tiene nada de particular teniendo como tiene la humanidad su inmejorable fantasía, que lo que conviene es sacar, como he dicho, de todos estos hechos la correspondiente enseñanza y reconocer que si el Evangelio de Jesucristo es grandioso, el Darmastra ó Código de Manú, el Corán ó de Mahoma, los libros de Thoth, organizadores de la religión egipcia, el Chi-king de los chinos y las verdades predicadas por Confucio, Zoroastro, Odín, Tezcatlipoca (1) y otros no dejan de ser verdades de importancia trascendental para la civilización de los pueblos (2).

(1) Zoroastro, profeta del Magismo (Persas).

Odín, fundador del Druidismo (Escandinavia).

Tezcatlipoca, Especie de Brama de los pueblos de Anatmac.

(2) 217 años antes de nuestra Era, cuentan los sectarios del Budismo, que estando encerrados en la cárcel Che-li-tang y varios misioneros budistas, compañeros de cautividad, recitaron una oración llamada mahâ-pradjua paramita, y en el momento una hermosa claridad iluminó el calabozo, abriéndoles las puertas un genio color de oro, de colosal estatura. Horrorizado de semejante prodigio el rey Chi-ho-

Y esta es únicamente la manera positiva de combatir las preocupaciones que puede decirse constituyen ley de evolución de los pueblos. La ilustración en todas las esferas es la que tiene que desvanecer las nubes que levanta la imaginación nadando en el mar de la ignorancia. De otro modo nada se consigue, y hable por nosotros la historia.

Así como antiguamente se dedicaban al magismo los sacerdotes de Egipto, de Méjico, el Perú, el Brasil, Oceanía y aun los de Roma y Grecia, hoy echa las cartas la entrometida comadre.

Así como antes los oráculos interpretados por las vestales y los augures romanos, adivinaban el porvenir, hoy nos predice los acontecimientos una descaradilla gitana con quien tropezamos en mitad de la calle.

Así como á una mezcla elaborada con plantas venenosas por los sacerdotes de Méjico, llamada alimento de los dioses, ó á los fragmentos de un ídolo amasado con sangre humana y granos de trigo, se les atribuía la propiedad de curar multitud de males, hoy se atribuyen al desconocido fármaco de tal ó cual industrial, cuyo anuncio en la prensa nos asegura que lo cura todo.

De igual modo que entre los persas, los egipcios y otros muchos pueblos, el estornudo era un signo de mal agüero; entre los primeros la vista de un gato horrorizaba, jamás

uang-ti, de la dinastía de Thsin, se arrepintió y les colmó de los mayores honores.

En la misma religión, los discípulos de Fothou-tching, que recorrió las provincias del Noroeste al Oeste de la China, practicaron multitud de milagros que el pueblo perseguía para atestiguar.

La vida de Buda, según los chinos, se distinguió por una larga serie de milagros y éxtasis contemplativos.

Los fastos de la religión pagana (Roma) nos hablan de voces formadas por los aires, columnas de fuego que se paraban encima de las legiones, ríos cuya corriente se detenía, estatuas que sudaban y hablaban; espectros ambulantes; lluvias de piedras de leche y de sangre, y hasta de un augur que cortaba las piedras con su navaja. El libro de las metamorfosis de Ovidio es una larga serie de milagros mitológicos, á los cuales antiguamente se daba crédito, reputados hoy fábulas.

El pueblo romano es aún afecto á los prodigios, maleficios y sortilegios.

hacían morir á un gallo, que para ellos era el emblema del sol; así como perdonaban la vida á los bueyes, carneros, caballos y multitud de otros animales; entre nosotros es de mal agüero hacer dar vueltas á un paraguas ó á una silla sobre su eje, que se vierta un salero, encontrar un giboso al salir de casa, ponerse en camino en viernes ó martes, etc. (1).

Y de todas las aberraciones de aquellos tiempos, encontraríamos entre cierta clase de gente, genuina reproducción.

Lo peor del caso es que participan de las preocupaciones personas cuyo cerebro está bien organizado: ejemplo patente de ello la moderna masonería, en la cual, para recorrer los diversos grados, hay que pasar por una infinidad de ridículas pruebas, y que no es más que una reproducción cómica de los dramas de otros tiempos. Y así, en el magismo persa, la iniciación estaba dividida en diversos grados, cuyo número asciende, según algunos, á veinticuatro. Era necesario que el aspirante atravesase á nado una gran extensión de agua; se le imponía un largo ayuno (único caso en que se permitía), se le azotaba, y en fin, sufría todo género de tormentos, entre ellos el del fuego, de modo que ponía su vida en verdadero peligro.

Según los mármoles de Parsos, para la iniciación en los misterios de Mithra del Paganismo, había que pasar por la friolera de ochenta pruebas. Desde luego el candidato debía sufrir la inmersión en el agua, luego echarse en el fuego, quedar más tarde abandonado en un paraje solitario, en donde tenía que hacer un ayuno de cincuenta días, pasados los cuales se le flajelaba dos días. Después de todas estas pruebas, cuya estricta observancia se hallaba confiada á un sacerdote, si no sucumbía el pretendiente, que era lo más ordina-

(1) Tanto, que hasta en forma de refrán ya se dice: «Ni en viernes ni en martes no te cases ni te embarques».

rio, era iniciado en los misterios. Precedía esta iniciación una especie de confesión de todos los pecados.

Y como para éstas, para multitud de otras iniciaciones se exigían extravagantes pruebas que no conducían más que á martirizar á los aspirantes. La diferencia, como he dicho, entre las iniciaciones de aquel tiempo y las de la moderna masonería, estribaba en que aquéllas eran dramáticas y éstas son cómicas.

Por lo dicho se comprende el origen de las preocupaciones. Ya Adán y Eva se preocuparon en el Paraíso, de su desnudez. En el Indostán creían los partidarios de la religión india, que los que morían mientras el sol está en el sud del Ecuador, no pueden gozar de la bienaventuranza. Por nada del mundo hubiera tomado un indio por esposa á una mujer de cabello rojo ó que llevase el nombre de una constelación, un árbol, un río, un pueblo bárbaro, una montaña ó un pájaro.

Y en este mismo pueblo en donde la falta de castidad de las vestales era tan cruelmente castigada, los padres ofrecían á sus hijas á los sacerdotes sacrificantes.

Los sectarios de Ormuzd en Persia que prestaban veneración profunda al fuego, para combatir un incendio, derribaban todos los edificios próximos al incendiado, sin tocar el fuego, pues era un elemento sagrado para ellos, lo mismo que el agua. La tierra era asimismo mirada con el mayor respeto y nunca ponían los persas el pie desnudo sobre ella por temor de profanarla. Consecuencia de esto era el que los cadáveres no fuesen quemados ni abandonados al curso de un río, ni enterrados.

Tenían los mismos persas, magos que explicaban los sueños, cuyas relaciones tenían para ellos una importancia suma.

En Egipto era castigada con pena de muerte, la muerte, ya voluntaria, ya involuntaria, de un ibis ó un gato.

Según la antigua religión de aquel pueblo, el mundo y el hombre no eran más que una ilusión y una mentira; sólo era una realidad el Soberano Hacedor, cuya opinión espiritualista contrarrestaba con la grosera crueldad de condenar al padre ó á la madre que habían muerto á un hijo suyo, á tenerle abrazado durante tres días y tres noches á la vista de la guardia pública.

En Méjico se prodigaba la pena de muerte hasta el extremo de ajusticiar al historiador que relataba una falsedad. Á los niños muy mentirosos se les perforaba el labio superior, y á los viciosos se les reducía á la esclavitud.

Consideraban en este pueblo, así como en el Perú y el Brasil, al gran sacerdote, llamado Sumo Pontífice, como infalible. La sangre de los güescas era depositada en vasos sagrados como una preciosidad. (1).

En el Perú, muerto un Inca, enterraban con él á sus esclavos y mujeres predilectas (2).

Toda la población venía obligada á confesarse cuando un Inca tenía una enfermedad peligrosa. Desgraciado del que no confesaba todos sus pecados, pues era atrocemente martirizado.

En los pueblos de la Polinesia, á la muerte de un jefe, se ofrecen sacrificios humanos. Las viudas se dan la muerte por

(1) La ciudad de Sogamoso contiene un templo célebre consagrado al Sol, cuya riqueza era la mayor que pueda imaginarse en obra humana, pues sus paredes eran de plancha de oro, así como las sillas de los sacerdotes, las puertas, y la pedrería era materialmente desperdiciada en todas partes.

Se efectuaba en él un sacrificio humano cada quince años, siendo la víctima un niño al que llamaban güesca, arrebatado de la casa paterna desde temprana edad y al que mantenían en el templo del Sol con exquisito cuidado, hasta que llegaba el día del sacrificio.

Se le conducía, después de largos paseos, á las inmediaciones de una columna y los sacerdotes seguían al güesca enmascarados como los antiguos pontífices de Egipto.

Llegada la procesión al término de la carrera, se ataba al güesca á la columna, enviando sobre él una verdadera nube de flechas. Su sangre era recogida en los vasos sagrados y cuidadosamente depositada en el templo.

(2) Los Incas eran de estirpe real y se sometían á pruebas para obtener este honor.

su propia mano en muchos casos para demostrar el dolor que sienten por la pérdida del marido. Consideran los sueños como advertencias de Dios. Los truenos y los relámpagos son para ellos señal de guerra; el estornudo, un presagio funesto. La vista de ciertos pájaros es también de mal agüero y hace abandonar las mejores empresas.

Green en los hechizos ó encantamientos, siendo entre los numerosos que poseen, tres los principales. El Tatao, que consiste en esconder en la capilla del dios tutelar de la familia la ropa de vestir de la persona á quien quieren perjudicar. El resultado de este encantamiento es la muerte lenta y segura de la persona designada. El Kabé: recitando una fórmula execratoria especial, el enemigo contra quien se dirige, desde aquel momento empieza á agitarse convulsamente y se encuentra en tal disposición de entendimiento que puede cometer los mayores crímenes. El Janim, que se emplea para descubrir si un enfermo recobrará la salud. Consiste en hacer bailar una nuez de coco, que según la posición que toma, da á conocer de antemano el fin favorable ó adverso de la enfermedad.

Para aliviar de una enfermedad á algún paciente, hay quien se corta una falange de un dedo y aun hijos cuya vida es sacrificada en aras de la salud del padre. En la misma Polinesia, cuando moría una mujer que criaba, enterraban con ella al crío vivo y se desollaban la nariz en señal de luto.

Los pueblos del norte de Escandinavia tenían una gran preocupación por el número nueve. Cada nueve meses sacrificaban seres humanos.

En tiempo de guerra los cautivos eran escogidos para víctimas. Cuando se sacrificaba algún jefe, morían con él sus soldados y sus esclavos. Con su sangre salpicaban los ídolos. A. Znicz, dios del fuego, es al que se tributaba mayor culto,

hasta el extremo de ofrecerle en cruel sacrificio todo el botín y los prisioneros hechos en el campo enemigo.

Modernamente (entre los paganos) muchas madres abandonaban á sus hijas á las más impúdicas escenas para celebrar la fiesta de Venus. Y en las de Baco se entregaban también las mujeres á una brutal borrachera.

Creían los romanos desviar las calamidades públicas clavando un clavo de oro en una viga del Capitolio.

Les llenaba de inquietud el más insignificante encuentro y perturbaba su ánimo una palabra soltada al acaso. Cuando sucedía algo de esto, tocábanse la oreja en el sitio llamado nemesis, después de haber besado el dedo anular.

Á la vista de una liebre huyendo por el campo, se llenaban de terror legiones enteras.

Según Estrabón, las sacerdotisas druídicas llamadas Lenas, acostumbraban á reunirse todas las noches en las orillas de los estanques ó pantanos y allí tenían sus conferencias con la luna y los astros.

Y si quisiéramos ir siguiendo una por una las preocupaciones de los antiguos pueblos probablemente faltáranos la vida antes de terminar esta curiosa tarea. Lo que sí podemos hacer es lanzar una ojeada comparativa de ayer á hoy.

Por muchas que hayan sido las fantásticas conferencias tenidas por las sacerdotisas druídicas con la luna y todos los astros de la creación y las entrevistas secretas con los espíritus, igualarán en cantidad ni en calidad, como extravío mental y como sueño irracional, á las sesiones de brujas, endemoniados, hechizados, demonios y toda clase de espíritus malignos con que viene adornada la supersticiosa y fanática Edad media de la Era cristiana?

La moderna Hada de los ojos verdes, del monasterio de Piedra, lugar delicioso de la provincia de Aragón, ¿no se lleva al abismo, según la actual tradición del pueblo, al infe-

liz amante que la escucha? La célebre mujer llamada Santa de Badalona en nuestra provincia y casi tocando á nuestra ciudad, que dejaba estampada la figura de su mano en sangre cuando tocaba algo, según la creencia del pueblo, ¿no es otra prueba patente de que las sacerdotisas drúidicas han dejado ridícula y fantástica sucesión entre nosotros? (1).

Modernamente hay quien se preocupa de los sueños con la misma credulidad con que lo hacían los antiguos sectarios del Magismo, y no sólo les atribuyen una aplicación, si que además buscan la opinión de algunos colegas para que les ayuden á interpretarlos.

¿Por ventura no es una preocupación moderna enterrar á los muertos vestidos y dejar que se pudran, infectando la atmósfera de los pueblos, cuando reducidos á ceniza sus cuerpos pudieran conservarse constituyendo un recuerdo de familia de aspecto respetable? ¿Queréis nada más ridículo que vestir á una difunta doncella en traje de baile, como he visto hacerlo, ó á un doctor con su muceta y correspondiente bastón, ó á una monja con su hábito, etc., etc.?

¿No se cuelgan aún de la cintura de los niños en pañales, los Evangelios para ahuyentar los malos espíritus? Y no os opongáis á ello; seríais poco menos que considerados como herejes.

¿No se preocupa la mayoría del número trece, sobre todo en la mesa, de igual manera que los antiguos escandinavos se preocupaban del número nueve? ¿No se considera la presencia de una mariposa blanca alrededor de una luz como signo favorable, y como adverso la de una negra?

(1) Según la tradición aragonesa de los alrededores de Piedra, se aparece el Hada de los ojos verdes lamiendo en su vuelo la superficie de las aguas y se dirige al infeliz incauto y atrevido que visita aquellos lugares. Por todos los medios y únicamente durante el tiempo que dura el toque de la oración, procura seducirle con sus encantos, y si sucumbe ante la prodigiosa belleza de aquel espíritu, es sepultado en el fondo del lago, donde el Hada le arrastra á pesar suyo.

¿No se pone la gente vulgar sobre el aviso de quién será el imprudente que murmura, cuando percibe zumbidos en el oído izquierdo?

¿No se cree en el curanderismo, el sonambulismo de cierta especie, el magismo de la gitana y se inunda materialmente la imaginación de los pueblos, de preocupaciones, principalmente en tiempo de terremotos, inundaciones ó epidemias? (1).

(1) *Imparcial*, 30 julio 1884.—Con motivo del cólera.—En las clases bajas de Marsella las supersticiones y las preocupaciones que de ordinario acompañan al cólera, están en todo su apogeo. En los barrios pobres la gente está convencida de que los médicos han recibido orden de perpetuar la epidemia y de que los medicamentos son venenosos.

Muchos obligan á los médicos á probar las medicinas. Un joven que días pasados vió á un médico dirigirse á su casa para recetar á su madre, que había sido atacada del cólera, le cerró la puerta en las narices.

Otro amenazó á un médico con un cuchillo para que se fuese de su casa, en donde había entrado para ver á un enfermo.

En el puerto viejo, habitado por una colonia de italianos, compuesta de 800 personas, cuando las autoridades distribuyeron los desinfectantes, la gente los tiró por la ventana. Los médicos tienen miedo de entrar en las casas, por la hostilidad de sus habitantes. Ruegos, amenazas, promesas, todo es inútil. Para visitar el barrio, el prefecto tuvo que pedir protección al cónsul de Italia.

El mismo *Imparcial*, 2 Agosto.—Uno de los médicos de Montpellier que han ido á Tolón, escribe en el *Eclair*:

Cuanto se ha dicho sobre las supersticiones del pueblo, es pálido comparado con la realidad. En las clases bajas es cosa de fe general, que los médicos esparcen de noche, por el aire, unos polvos venenosos que son los que producen el cólera.

Ayer un obrero de cierta educación á cuya mujer acababa yo de asistir, me llamó misteriosamente aparte para decirme, que no tenía confianza más que en los médicos de Montpellier, y para rogarme por Dios que le dijese si era verdad el origen que el pueblo atribuía al cólera.

Preferen morir antes que ponerse en manos de un médico, y recurren á las curanderas, que están haciendo su agosto.

En todas las casas pobres se ven colgados del techo paquetes de la hierba principal de esta farmacopea: la ruda. El carácter insólito de las convulsiones orgánicas de muchos enfermos, ha llamado la atención de los médicos tolonenses sobre el hecho de que el empleo extraviado de estas hierbas ha sido indudablemente una de las mayores causas de la mortalidad de la epidemia actual.

3 de agosto.—El corresponsal del *Times*, dice que aumenta en Marsella de tal modo la animosidad contra los médicos, que no pueden ir de noche á ciertos barrios y que repetidas veces se ha atentado contra su vida.

El corresponsal del *Daily-News* ha visitado el barrio Relle-de-Mai, el más populoso y pobre de Marsella, y refiere así sus impresiones:

Aquí predomina sobre toda la caridad individual. El Club republicano de Franc-Cœur ha alquilado un café para cocina pública. Los empleados son voluntarios, y

Pues sería un nunca acabar, detallar errores de la moderna sociedad y describir sus preocupaciones, como hubiera sido interminable la misión de describir las de los antiguos pueblos.

No nos entretengamos más en detalles descriptivos, que al todo ha de reducirse en conclusión, nuestra receta moral para tanto extravío. Si los antiguos pueblos derramaron torrentes de sangre de sus amigos y de sus enemigos para llenar una necesidad de su desperdigada conciencia; si la civilización pagana dió señaladas pruebas de barbarie y preocupación; si la Edad media enloqueció al mundo con su delirante fantasía, y si la moderna época vive aún entre preocupaciones y extravíos, la culpa es debida á la falta de ilustración. Á mayor ilustración, menos preocupaciones: este axioma se ha comprobado lo mismo en antiguos que en modernos tiempos. Y cuando la ilustración haya invadido el campo de las inteligencias, llenándolas sin necesidad de agobiarlas á medida de sus fuerzas; cuando el dominio de la razón se imponga á la fantasía; cuando se piense más y se sueñe menos, entonces será cuando no encontraremos quien intente curarse una

trabajan con fe día y noche. Allí se agrupaba gran número de mujeres, sobre todo madres de familia.

En la casa de Mme. Cloris Hugues, mujer del diputado, había gran cola. Es una mujer muy enérgica y de rostro agraciado. Cuando entramos, estaba ante una caldera distribuyendo sopa, mientras otra persona distribuía pan y vino.

Su esposo con algunos amigos recorría las habitaciones llevando comida á los enfermos y pobres que tenía albergados y dándoles él mismo fricciones.

La gente se niega á tomar los remedios de los médicos, pero toma de buen grado las medicinas de Mr. Cloris Hugues, que adopta el sistema Raspail con buen resultado.

El otro día fui en compañía de un médico á visitar una mujer atacada por el cólera. El hijo les recibió revólver en mano, pero al saber que uno de ellos era Mr. Cloris Hugues, les dejó pasar; cuidaron á su madre, y la mujer se ha salvado.

31 agosto. — Las mismas escenas que ocurrían en Francia se reproducen en Italia, pero más acentuadas. El populacho del barrio de Porto, en Nápoles, ha maltratado y herido gravemente á un médico que había ido á asistir un colérico. La multitud le acusaba de envenenador. En los distritos rurales apedrean á los médicos, y los enfermos se encomiendan exclusivamente á sortilegios y remedios supersticiosos.

ictericia, orinando encima de una mata de ruda, ó detener el hipo colocando la hoja de un cuchillo que mire hacia abajo ó curar las hernias con un poco de sangre de lagarto degollado encima del sitio enfermo, ó en una palabra, curarlo todo con una botella de agua de Lourdes (1) ó la intervención de los apóstoles que últimamente se han exhibido con tanta aceptación (2).

(1) Cuya propiedad medicinal es debida, no á las propiedades intrínsecas del agua en aquellos casos en que produce algún efecto, sinó á la fe con que se toma. De manera, que lo racional sería invocar la intervención de la Providencia divina, en casos de enfermedad, pero sin la mediación del agua de Lourdes.

(2) Estos apóstoles (llamados) que han recorrido multitud de comarcas de España donde principalmente tuvieron aceptación fué en Valencia y Madrid, y en este último punto hasta entre clases de cierta ilustración. Curaban todas las enfermedades por medio de agua que ellos preparaban de antemano rezando ciertas oraciones.

El gobernador civil de Madrid tuvo que intervenir en el asunto y fué personalmente á buscarles en su casa, sorprendiéndoles en el ejercicio de su ministerio para acompañarles á la cárcel, á consecuencia de cuya medida el pueblo se amotinó de tal manera, que tuvo que intervenir la policía, arrancando á viva fuerza aquellos ídolos humanos de su poder. La multitud, á pesar de todo, acompañó al gobernador, apedreando el coche hasta el Gobierno civil, en donde la prudencia del dignísimo funcionario apagó el tumulto, sin consecuencias lamentables.

Poco tiempo después, estaban los apóstoles en Valencia, siendo también el blanco de la confianza y las atenciones de la ignorancia.

Y ya parece que se ha desvanecido por ahora esta sombra de la civilización de nuestra España.

Varias veces y en distintas épocas han aparecido apóstoles de contrabando, después de los que, inspirados en la sabia religión de Jesucristo, recorrieron el mundo entero con una fe y una constancia admirables.

FANATISMO RELIGIOSO, POLÍTICO, CIENTÍFICO Y ARTÍSTICO

Así como las preocupaciones son enfermedades del entendimiento, es decir, originarias de una razón torcida acompañada de una imaginación torcida también, el fanatismo es enfermedad sola y exclusivamente de la imaginación. Las primeras nacen de las ideas que nos inculcaran generaciones pasadas; el segundo es debido á una desviación de nuestra propia fantasía, dependiente sólo y exclusivamente de su manera de ser. Es decir, que al paso que la preocupación es un error de la razón mal encaminada y el hombre preocupado cree y siente aquello que le preocupa, el fanatismo es un error de la imaginación á la que el fanático deja volar sin trabas de ninguna especie, de manera que es víctima del sentimiento, incorregible una vez arraigado, aún por medio de los más sólidos argumentos.

Apenas nacido el primer hombre y animado aquel cerebro por el soplo de la vida que le infundiera la soberana omnipotencia de su Hacedor, lanzó una mirada en derredor suyo, y prendado de la belleza y los encantos de una naturaleza, entonces más hermosa que nunca por lo virgen, y fascinado por aquella transparencia del cielo y los mares, sintió que la luz divina, penetrando en su entendimiento, le dictaba reconocimiento á su Hacedor y nació la religión, cuya cuna es antigua como la humanidad, cuyo germen había el Soberano Omnipotente sembrado en el entendimiento y el

corazón del hombre, cuya semilla florecerá mientras viva la humanidad, y anidarán sus raíces en todos los corazones cualquiera que sea su procedencia, y cuyo fruto es el patrimonio de la justicia y la honradez.

Pero no bastaba que el entendimiento del hombre comprendiese que era deudor de su propia existencia á un sér sobrenatural, era preciso que, agradecido á este beneficio, correspondiera á él por medio del culto; culto que en una forma más ó menos incorrecta nació también con nuestro primer padre.

Cada cual siente las cosas á su manera, y como la religión es hija, más que de nada, del sentimiento, de aquí que con tanta variedad de sentires, se originase también á fuerza de tiempo una variedad de culto grandísima.

Y así vemos á los habitantes del Indostán prestándole á Brama y derramando á manos llenas el oro para edificar templos y mantener con esplendor á sus sacerdotes; á los chinos defendiendo la doctrina de Budá y Confucio, y destinando á su culto improductivos millones é inocentes víctimas; á los peruanos adorando el Sol y dedicándole templos de tan maravillosa grandeza y fascinadora opulencia, que parece increíble, en nuestros días, lo que la historia de pocos siglos nos relata (1) de aquellos desgraciados, que sembraban

(1) La magnificencia del templo del Sol en el Perú, sobrepuja los sueños de la imaginación. Las paredes estaban cubiertas de láminas de oro. En el altar mayor estaba el dios en efígie sobre una lámina doble grueso que las demás, que ocupaba de uno al otro lado del templo. Á ambos lados estaban los cuerpos de los Incas por orden cronológico, embalsamados y sentados en tronos de oro. Todas las puertas del templo eran de oro; había al lado un claustro de cuatro lados, sobre el cual, lo mismo que alrededor del templo, se extendía una guirnalda de oro de un metro de ancho y por fuera de este claustro cinco pabellones cuadrados, tres de los cuales remataban en forma de pirámide. Estaba dedicado el primero á la Luna, mujer del Sol, y todo era de plata, en él se depositaba á las reinas; el segundo á Venus, á las Pléyades y á otras estrellas; y el tercero al trueno, al relámpago y al rayo, y el último estaba reservado para el gran sacrificador y los sacerdotes, que eran elegidos de la familia de los Incas, y daban allí audiencia y deliberaban sobre las cosas del culto. (Cantú, *Historia Universal*, t. iv, Ep. xiv. *El Perú*).

el oro y la sangre con espantosa profusión, para dar culto á una estupidez insensata; á los habitantes de la Polinesia tributando á la divinidad los honores merecidos por medio de asquerosos festines humanos, y en una palabra, á cada pueblo luciendo su ilustración ó sus instintos por medio de la religión, que es el termómetro de la cultura de toda comarca civilizada.

Pero como ya nos hemos ocupado de aquellas aberraciones de la razón y del sentimiento, de lo dicho podéis deducir la razón y la imaginación de aquellos desgraciados á dónde les conducía, y comprender por cuán satisfecho puede darse aquel que ha tenido la dicha de nacer en pueblos cultos. Así que, no os he de hablar más de las aberraciones de entendimiento de otras épocas, pues si su estudio nos ha servido para darnos cuenta de hasta dónde puede llevar la preocupación y nos ha sido, por tanto, de utilidad en aquel entonces, ahora nos proporcionaría pocos resultados prácticos, porque afortunadamente para la humanidad, aquellas religiones salvajes se van sustituyendo por otras civilizadas y cesan por tanto de imperar las atrocidades crueles de inacabable narración que con tanta frecuencia acaecían.

Lo útil para nuestro estudio es ocuparnos del moderno fanatismo, del que nace de la religión civilizada y culta, puesto que á éste le podemos atacar sin destruir la religión y aquél no terminará más que con el último rastro de religión que quede. Por esto le he considerado como preocupación, mejor que como fanatismo.

La religión hay que sentirla, no se explica. Cuando el corazón está tierno allá en la primera infancia de la vida en que todo es bondad, la idea de Dios es un problema comprensible para todas las criaturas; en cambio, á medida que crecemos y á la par que aumentan los años, se curte el corazón,

la religión va entendiéndose menos cada día. Sin embargo, siempre queda un rastro de sentimiento religioso, que si no se luce en la vida ordinaria y quizás se reniegue de él, hasta con verdadero convencimiento, se deja sentir cuando algún trance apurado, cuando alguna desgracia grande nos anonada y hace comprender nuestra ruindad, ó algún serio peligro amenaza nuestro propio porvenir, ó el de las personas que más queremos en el mundo. Llegado un caso de estos en que la vida se muestra con toda la crudeza de sus realidades y en derredor nuestro no hay más que desconsuelo y tristeza; cuando á pesar de buscar con la desesperación del que se ahoga, un punto de apoyo en la inmensidad del Océano, no le encontramos y con ansiosa mirada y en desconcertada lucha buscamos un faro de salvación y tampoco le vemos, no hay más remedio que olvidar la tierra y tender la vista al firmamento, y aquel punto de apoyo, aquel auxilio y sostén de nuestras fuerzas que buscábamos en derredor nuestro sin encontrarlo, lo tenemos en el cielo en cuanto allí dirigimos la mirada.

«En los estallidos del corazón adolorido no he podido hallar en parte alguna al verdadero impío», dice Letamendi.

Veréis aquellos mismos sectarios absolutos de la casualidad y de la materia cruda y de la naturaleza y de todas estas negaciones, consideradas como exclusiva causa de nuestra manera de ser, como descorazonados al no encontrar lenitivo á sus pesares entre tanta erudición y ciencia; sabiendo ó tal vez sin saber por qué, levantan la vista al cielo, allí dirigen su mirada, y aquella mirada les consuela más que todos los razonamientos y todas las filosofías que en otro tiempo lucieron, para destruir las imperecederas bases de la religión.

Cuentan que hay alguien, sin embargo, cuya desorganizada cabeza le induce á vivir esta vida de desencanto y vacío. He conocido yo mismo á quien defendió teorías tan absur-

das como la de las vibraciones del éter de los espacios intersolares como causa de vida y movimiento, la de la extensión y el calor como potencias originarias del universo, etc., etc., y os he de decir en verdad que he tratado hasta algunas personas de real y positivo talento que tenían arraigadas estas opiniones; pero ya sea ó no sea debido á la casualidad, lo cierto es que nadie de los que piensan ni han pensado así de una manera firme y decidida acaban sanos de cuerpo y de espíritu la peregrinación de la vida. Casi todos terminan sus días en un manicomio, en donde ultiman su monomanía.

De modo que, estadísticamente hablando, no os quepa la menor duda de que puede asegurarse, que el hombre que no cree en Dios, es porque está loco. Los sanos de espíritu creen en él.

Y no he de esforzarme en argumentar más sobre este tema, pues no es este mi propósito. Los que creen ya me entienden, y para los que no creen no bastan los razonamientos, porque están enfermos: son fanáticos del escepticismo.

De la natural existencia de Dios, que se impone, nace la religión.

La religión, sin embargo, con ser el mayor de los consuelos del espíritu humano, puede trocarse, mal entendida, en un manantial de desdichas, porque influye de un modo directo sobre el sentido íntimo de cada cual, y como sea llevada esta influencia hasta la exageración, acarrea perturbaciones en algunos casos considerables.

Puede interpretarse de muchas maneras por las conciencias, según el grado de cultura intelectual. De aquí nace para las conciencias torpes el fanatismo y para las de instrucción superficial la despreocupación. Colocarse en el justo medio es lo verdaderamente higiénico para el alma humana, huyendo sobre todo del fanatismo, que tiene el gravísimo inconveniente

niente de ser incorregible, puesto que no cede á la más fecunda argumentación.

Algunas veces toma tales proporciones esta aberración afectiva en nuestro corazón y echa raíces tan profundas y tenaces en el entendimiento, que su destrucción es muy difícil y ha costado millares de víctimas.

El fanatismo llevado á cierto grado de exageración constituye una vesania de difícil curación.

Vesania de la que por desgracia conservan aún desastroso recuerdo las inteligencias cuerdas de nuestros días; locura que arrastró en otro tiempo á la hoguera á millares de infelices víctimas, las cuales, mejor que aquel cruel correctivo, hubieran necesitado un manicomio; locura que llegó á imprimir carácter, no ya un solo siglo, sino á varios y aun á la antigua Edad media; locura cuyo incremento fué debido única y exclusivamente á la falta de ilustración general de aquellos tiempos; locura acrecentada más y más por el salvajismo de los medios empleados para cohibirla, y locura, en fin, cuyos estragos trascendían á todas las esferas sociales, de cuyos efectos se avergüenza hoy nuestra religión de paz y caridad, con todas sus fuerzas y á la cual aplicarían seguramente los católicos de nuestra época otro correctivo.

La intransigencia ignorante de otro tiempo, en lugar de salvar dificultades, creaba obstáculos; en lugar de dar la mano al que caía, le hundía más y más en el fondo de su propia perturbación; en lugar de perdonar, castigaba despiadadamente al que era víctima de un extravío, cuya responsabilidad era social, y los desgraciados locos de entonces alimentaban las hogueras con su carne y sangre, bajo la mano de un verdugo de su misma religión, de igual manera que los mártires del imperio de Nerón iluminaron algún día las tinieblas del vicio y de la corrupción de Roma con el fuego de sus cuerpos y de sus almas.

Pero el tiempo, imparcial y soberano juez del mundo, el tiempo, que aunque vuela, todo lo retiene, se ha encargado de abrir los ojos de la humanidad, y conforme hemos visto desaparecer los cruentos sacrificios humanos de multitud de religiones salvajes y los oráculos y las sibilas de otra multitud de religiones civilizadas, ha llegado con la era moderna la época de resurrección de la sensatez, y no es fácil volvamos á ver chisporrotear las hogueras que levantara la Inquisición, como no sea para que arda allí y desaparezca para siempre el recuerdo que pueda aún quedar de aquellos antiguos autos de fe, que Dios consintió sin duda alguna para experiencia y radical escarmiento de la humanidad.

La Medicina ignorante de entonces no pudo defender como era justo á los desdichados demónogos (dice el Dr. Pulido), y estos desgraciados pagaban sus extravíos con la vida (1).

(1) ¡Cuántas veces ciegos y apasionados tribunales han condenado á muerte á muchos infelices que merecían la compasión de la sociedad! dice el Dr. Pulido en sus *Bosquejos Médico-sociales* de los cuales tomamos estas interesantísimas notas:

«Consúltense algunas de las infinitas disertaciones teológicas compuestas desde el reinado de S. Luis de Francia hasta el siglo xiv; que se lean estas fórmulas clásicas que servían de norma para extirpar la herejía, combatiendo los heréticos y discípulos de Satán, y se verá cuántos monomaniacos han sido juzgados herejes y combatidos como á tales.

»Es porque entonces, que á los dioses, semidioses y cuartos de dioses, los ángeles buenos y malos, se les suponía andando por la tierra, apoderándose tan pronto de unas personas como de otras y plagando el mundo de zahories, saludadores, ensalmadores, brujos, hechizadores, endemoniados, adivinos, fantasmas, duendes, vampiros, brucólogos, redivivos, ánimas sueltas, etc., etc., y entonces que las relaciones entre Dios y el hombre, entre la fe y el cuerpo, preocupaban con absurdas convicciones á los doctores cristianos y á los metafísicos más esclarecidos, era muy fácil ver en un enfermo que padeciese de manía mística opuesta á la religión, un hereje que convenía destruir á toda prisa.

»Más aún: ante un recto criterio médico, ante un severo examen de las facultades intelectuales y de lo que pueden ofuscar la razón enferma, todos estos éxtasis divinos que provocaban el parasismo de una contemplación profunda, no son más que verdaderas alucinaciones ó ilusiones».

Razón tiene mi amigo el Dr. Pulido al expresarse de esta manera; de otro modo, no se comprende lo sucedido anteriormente, ni se explica, como no sea escudando en la ignorancia todas las atrocidades ocurridas y de las que todo el mundo tiene conocimiento.

«En 1436 se creyó descubrir en el país de Vaud una clase de hombres adoradores del demonio, de los que se decía se alimentaban con carne humana.

Y no sólo se les sacrificaba de la manera más indigna y despiadada, sinó que esto se hacía, según parece, en la convicción de que de este modo se prestaba un servicio á la sociedad, y no era únicamente el pueblo el que reclamaba la hoguera para los endemoniados, sinó multitud de hombres ilustrados, de sabios de aquellos tiempos, los que perseguían á estos desgraciados enfermos como se persigue á un lobo en su guarida, sin caridad, sin compasión y procurando con toda su voluntad llegar á su exterminio.

»El grito de protesta que lanzó la sociedad fué espantoso. Se aseguraba que en los alrededores de Berna y de Lausane principalmente, abundaban los hechiceros, quienes, deseosos de agradar al demonio, sólo aspiraban á ultrajar la moral y á cometer crímenes de todas clases.

»La autoridad temió esta efervescencia y se creyó obligada á emprender pesquisas para castigar á los ciudadanos sobre los cuales recaían sospechas.

»Se cogieron centenares de infelices que fueron sometidos al tormento por el juez de Boltingen y el inquisidor de Eude y perecieron muchos de ellos en las llamas después de declararse reos de los crímenes que se les imputaban.

»¿Puede admitirse como positivo este hecho monstruoso?

»Seguramente que sí se atiende al testimonio de los inquisidores, de los magistrados y aun las declaraciones de muchos reos, lo admitiríamos sin vacilar.

»Efectivamente, gran número de estos infelices aseguraban pertenecer á una secta que juraba obediencia al diablo, y entre otras prácticas y creencias absurdas que no citamos porque sería extendernos demasiado, decían profesar la de exhumar los cadáveres de los niños muertos por sus ceremonias, arrojarlos después en una marmita de agua hirviendo, separar sus huesos de la carne hecha líquida y potable, y con los restos todavía consistentes componer un ungüento que tenía mágicos poderes, como el de transportar por los aires á los sujetos hasta donde quisieran.

»Semejantes revelaciones hechas por infinidad de personas, algunas de las cuales sufrían resignadamente su suerte, no podían dejar duda para la gente de aquella época, en que los trastornos de la razón eran poco conocidos.

»En 1459 afirman los teólogos que el demonio ha sentado sus dominios entre los habitantes de Artois. Muchos de ellos aseguran asistir por las noches á reuniones secretas convocadas á este objeto, entregándose allí á los actos sensuales más impúdicos, hallándose por las mañanas de nuevo en los lechos de sus domicilios sin saber cómo habían sido transportados.

»Pocos años después, la demonomanía deja á los habitantes de Artois; el olor á carne quemada debió ahuyentar al demonio, y éste se marchó á Alemania.

»El Papa Inocencio VIII promulgó en 1484 una Bula al mundo católico, en la que indicaba que la demonolatría había echado raíces en Mayence, Treves, Saltzbourg, Bresne y otros puntos de Alemania.

»En el transcurso de cinco años después de esta promulgación, más de cien mujeres perecieron achicharradas, asegurando que habían disfrutado de relaciones carnales con el demonio.

Dos son, en mi concepto, los puntos que hay que estudiar bajo este concepto. En primer lugar, la locura de los unos engendrada por el fanatismo, en el segundo la de los otros traducida por crueldad y originaria de este mismo fanatismo; que si aberración era creerse poseído del diablo y tener con él comercio carnal y considerarse brujo y otras mil sandeces; aberración era también perseguir á un llamado endemoniado ó brujo, como á tal sér extraordinario. Tan desviada se necesitaba tener la razón del sentido de la rectitud en el primer

»En Danu, diócesis de Bal, murió una matrona supuesta autora del asesinato de cuarenta criaturas, pues según parece, al demonio le gustaban mucho las criaturas.

»Había entre los reos que se quemaban entonces, algunos llamados tempesteros y que se consideraban como causantes de las tempestades.

»En las inmediaciones de Bale murió una mujer en el fuego por acusación de haber provocado una tempestad.

»En 1491 las monjas del convento de Cambray fueron poseídas del demonio.

»En 1523 Barthelemy de L'epine, profesor de Teología, dice que no hay que tener piedad con esos miserables que tienen comercio efectivo con los espíritus malos.

»Francisco Pico de Mirandola, dice conocía á un prelado de 75 años que había vivido cuarenta años en un demonio llamado Hermelia que le seguía por las plazas públicas bajo la forma de mujer.

»Jerónimo Cardán refiere que su padre fué visitado por siete diablos.

»Ambrosio Pareo, el gran cirujano de su siglo, cree en el poder de los espíritus, las transformaciones de los demonios y la acción de Satanás.

»Fernel, distinguido médico, también opina lo mismo.

»España no fué ciertamente de las naciones que menos pudieron deplorar tan tristes acontecimientos, pues aun olvidando que en el siglo XIII algunos adoradores del demonio fueron víctimas de los tribunales, tenemos que en el siglo XVI la demonolatría se extiende por Cataluña, y que en 1507 el Tribunal del Santo Oficio condenó á treinta mujeres á ser quemadas.

»Desde 1504 á 1523 el culto del diablo se extiende, según Julio II, por Italia.

»El Papa Adriano VI, á semejanza de su antecesor Inocencio VIII, se decide á perseguirle y autoriza á los hermanos Dominicos para explorar toda la Lombardia, y por cierto que no se durmieron, pues según Barthelemy, el número de infelices que perecían por las llamas era tan considerable, que sólo en el distrito de Come no bajaban de mil por año.

»En 1627 las prisiones de Navarra se llenaron de mujeres que divagaban sobre asuntos religiosos y se perdían por mutuas acusaciones. Ciento cincuenta fueron condenadas á prisión, y como si esto no bastase, cada una de ellas recibió doscientos latigazos sobre la desnuda y ensangrentada espalda.

»En Zaragoza, la Inquisición procedió más enérgicamente con otras pretendidas brujas que decían pertenecer á la corporación de las anteriores, pues unas fueron arrojadas en las prisiones de la iglesia (1526) y muchas murieron quemadas.

»En 1544 la Inquisición abrasó á Magdalena de la Cruz, religiosa de Córdoba, que al principio gozó de reputación de hacer milagros, y á la cual el pueblo, los inqui-

caso como en el segundo. La diferencia estribaba en que los unos eran locos que mataban y los otros locos que morían. Los unos nos inspiran compasión y nos la hubieran inspirado entonces, y los otros nos inspiran odio y desprecio.

Este fanatismo crónico y desenfrenado de la era moderna de la Edad media, estaba también representado por otros individuos, que presa de las visiones más extraordinarias y guiados por su exaltada imaginación, creían hablar con Dios y todos los santos del cielo, y tenían verdaderos éxtasis, que

sidores y el mismo rey habían implorado su bendición, y el Papa y el cardenal Manrique habían confirmado de santidad.

»Pero después la cosa varió. Se la acusó de infinitas herejías, y entre otras muchas, nada menos que del crimen de haber escuchado las seducciones de un querubín caído, llamado Balban, de quien se daban todos los pelos y señales hasta el extremo de decir que solía acompañarle otro amigo también diablo y que se llamaba Pithon.

»En la última mitad de este siglo la demonolatría se extiende principalmente por los conventos de monjas. El histerismo aquí juega un gran papel y vese efectivamente que las más de las veces es el precursor de la demonomanía, así como también que se toman por manifestaciones de dicha posesión los accidentes nerviosos propios de aquella enfermedad.

»Desde 1550 á 1565 aparece primero en el convento de Uvertet, en el condado de Horn, después en el monasterio de Briggite, luego en el convento de Neomage y en el monte de Hesse.

»Siguen más tarde el monasterio de Kintorp, situado cerca de Hammone (Estrasburgo), en donde se supone introducido el diablo por la cocinera, que se llamaba Elsekame, pereciendo ésta y su madre en la hoguera, pero no sin haber declarado antes que sus maleficios habían sido la causa de aquella invasión.

»Estas dos muertes, lejos de aplacar las iras del demonio, las acreció más; su audacia aumentó, y la demonomanía, saliendo del monasterio, acomete á las aldeanas.

»De allí se extendió á Howel, cerca de Estrasburgo, y muchas personas fueron condenadas á prisión, y bastantes pagaron con sangre su locura.

»En 1554 la enfermedad, según Cardán, apareció en Roma y atacó gran número de mujeres.

»En 1560 lo fueron las religiosas del convento de Nazareth, en Colonia.

»En 1574, en el espacio de un año, son quemados ochenta demonomaniacos en Vellery (Saboya).

»En 1578, Juana Hervilliers es quemada viva en Ribemont.

»Desde 1580 á 1595 la demonolatría se extiende en la Lorena y novecientas melancólicas fenece en poco tiempo.

»Desde 1598 á 1600 reina epidémicamente en el Jura y un grandísimo número de desdichados sufren el martirio del fuego. Roquet, magistrado de la comarca, tomó el asunto con tantísimo interés, que al final de su carrera se gloriaba, según Voltaire, de haber hecho perecer más de seiscientos hombres perros y hombres demonios.

»Y sería, en una palabra, nunca acabar, ir detallando todo lo ocurrido en esta desgraciada cuestión».

todo el mundo reputaba y consideraba como milagrosos.

Tan equivocados andaban los unos como los otros, y tan enfermos de imaginación estaban los endemoniados como los amigos de la Corte celestial. Ambos eran víctimas de la locura; infelices vesánicos con la distinción de que los unos eran vesánicos á forma depresiva, y los otros á forma expansiva; los unos morían con olor de santidad, y los otros achicharrados en una hoguera; siendo así que el lugar que correspondía á entrambos era indudablemente un manicomio.

Pues aquellas vesanias que por la manera de tomar incremento en otros tiempos, se desarrollaban entonces de una manera inusitada, haciéndose en algunas comarcas hasta contagiosas (1). Todavía hacen sus víctimas en la edad moderna, todavía hay desgraciados de éstos en algún manicomio, lo cual prueba que aun hay fanáticos y hasta locos fanáticos en nuestro siglo (2) de ilustración y verdad.

(1) La tendencia á profetizar se ha manifestado en diversas épocas de la historia bajo la forma de verdadera epidemia. Leemos en la Biblia, (*Libro de los Reyes*, cap. XIX, v. 20) que cuando Saúl envió á sus arqueros para que capturasen á David, que huía de su persecución, habiendo encontrado sus soldados una infinidad de profetas á cuya cabeza estaba Samuel, y que profetizaban, empezaron á dedicarse á lo mismo. Llegó el hecho á oídos de Saúl, quien mandó allí nueva gente, que á su vez se quedaron profetizando. Envió de nuevo súbditos suyos, obteniendo el mismo resultado de la tercera expedición.

Sumamente incomodado por lo que sucedía, él mismo se dirigió á Ramathá, sitio en donde estaban David y Samuel, y él mismo fué invadido de la enfermedad y poseído del espíritu del Señor, según dice la Biblia. Se desnudó y permaneció desnudo noche y día profetizando, lo cual ha dado lugar al viejo proverbio francés:

¿Saúl est-il donc aussi devenu prophète?

(2) Juana de Arco, la célebre heroína que asombró al mundo, era una víctima de su ferviente pasión religiosa. Tenía frecuentes éxtasis, durante los cuales creía oír la voz de santos que le mandaban se pusiera sobre las armas para levantar el sitio de Orleans sostenido por el Delfín. Obligada por aquellas voces del Cielo, emprende una campaña de heroísmo que admira el mundo, y aquella débil mujer se convierte en esforzado campeón de los combates. En 1431 perece entre las llamas. Poco tiempo después de muerta Juana de Arco, aparecieron muchas jóvenes que se creyeron llamadas por el Cielo para continuar la campaña interrumpida de Juana de Arco.

«El Dr. Edelin de Soborna, según Pulido, con su talento y disertaciones, logró acallar el fanatismo de aquel tiempo asegurando que no existían los demónogos, y diciendo y demostrando que el culto al demonio era ilusorio.

Hoy, sin embargo, hay menos locuras que entonces, sin que ello quiera decir que no sea grande el tributo que paguen nuestros asilos de enajenados á esta forma de vesania.

Médicamente hablando, la mayor parte de las locuras fanáticas ó de ideas religiosas, reconocen no sólo antecedentes familiares de alteraciones mentales ó desórdenes nerviosos de importancia, sí que también originarios de educación religiosa exagerada.

La educación es la primera causa moral; exceso en las prácticas religiosas, el cultivo exagerado de las exterioridades del culto, etc., etc.

Dicen los frenólogos que hay también cierta disposición orgánica que favorece estas aberraciones.

El padre del frenólogo Gall tenía dos hijos que todos habían recibido la misma educación y los cuales á pesar de ello en nada se parecían moralmente. Uno de ellos había descollado desde su infancia por la devoción. Todo el día estaba jugando con casullas que hacía de papel, rezando, diciendo misas y entreteniéndose siempre en igual forma. Su padre

»Calificó de injusticia y crueldad lo que se estaba haciendo con los infelices que perecían en las hogueras, y fué citado con este motivo á comparecer ante un tribunal para juzgarle y explicar sus creencias. Cuando iba á celebrarse el acto, pudo observarse que dicho doctor había también sido víctima de la misma monomanía que antes había combatido, reconociendo que estaba en relaciones con el diablo, el cual visitaba y le había convertido en un sér inmoral.

»Los jueces no condenaron á este desgraciado á morir en una hoguera, porque en el presente caso se veía clara la locura, ya que se trataba de un hombre que aparecía como endemoniado, siendo así que tanto había combatido á los endemoniados.

»En 1491, en el convento de Cambray se desarrolló una verdadera epidemia. Aparecieron de repente todas las monjas de dicho convento poseídas del demonio.

»Completamente trastornado el juicio de las atacadas de la enfermedad, y sin acordarse de lo delicado de su profesión, desaparecían del convento para correr al través de los campos, dando saltos y ahullidos y encaramándose por los árboles.

»Dícese que se introdujo allí la epidemia por conducto de una religiosa llamada Juana Pothiere, que había tenido con el diablo 434 confabulaciones impúdicas desde los seis años de edad.

»El tribunal condenó á esta desgraciada á morir en una prisión.

»Como éste, multitud de otros conventos fueron atacados de la misma epidemia de una manera desastrosa. La hoguera daba cuenta de los enfermos».

quiso hacer de él un comerciante, pero tal repugnancia le inspiraba la profesión, que á la edad de 23 años se fugó de la casa de comercio en donde estaba y se fué á una ermita. El padre, sumamente contrariado, cedió á los impulsos del hijo. Cinco años después se ordenó, y hasta la muerte vivió en continua devoción.

En la persona de su propio hermano comprobó Gall que la cabeza en un punto determinado había adquirido un desarrollo especial; comprobación que unida á otras muchísimas hechas en personas de reconocida devoción, dió pie para que este célebre médico situase el órgano de la veneración en la parte central superior del hueso frontal, en su punto de unión con los parietales, presentándose bajo la forma de dos proeminencias ovales de delante atrás que dan á esta región de la cabeza una elevación uniforme.

La influencia ó acción de este órgano, según los frenólogos, es la veneración. Gall la había denominado órgano de la Teosofía, más que por nada, porque le consideraba como iniciador de la idea de Dios.

Hay en ello su fondo de razón, pues indudablemente la idea de Dios es innata en todos los pueblos.

Spurzhein es el que ha bautizado á este órgano con el nombre de órgano de la veneración, lo cual le da un sentido más lato y exacto al mismo tiempo.

Scoutteten piensa con Gall que este órgano no ha adquirido su completo desarrollo hasta los cincuenta años: de aquí el popularísimo refrán: «Cuando fué viejo el diablo, se hizo ermitaño».

Según Georges Comba, la existencia del sentimiento de la veneración demuestra que la religión tiene su fundamento en la naturaleza (1).

(1) Hay luchas sobre si los animales tienen rastros de este órgano.

M. Broussais cree que en los animales hay inequívocas pruebas de veneración en

Entre varias cabezas que tenían sumamente desarrollado este órgano citan los frenólogos la de S. Vicente de Paúl.

Según los frenópatas, el onanismo es otra causa, sinó pre-disponente, cuando menos directamente relacionada con esta locura. Ball, dice que existe siempre una relación íntima entre la vesania religiosa y la excitación sexual, y de tal conformidad es esta relación según este autor, que parecen ambas aberraciones, procedentes de la misma localidad ó de las mismas células cerebrales.

Aparte de esto, las prácticas religiosas vehementes, principalmente las de mancomunidad que excitan la imaginación, los desengaños de amor, las exageradas confidencias de confesonario, etc., son otras tantas causas predisponentes de suma importancia.

La locura religiosa, es esencialmente contagiosa y su carácter epidémico se ha manifestado en diversas épocas de la historia, como ha sucedido y sucede aún con el suicidio y con algunas otras neurosis sumamente graves. Invade paulatinamente por medio de una transformación progresiva del individuo, que apenas se da cuenta de lo que le sucede y generalmente en la época de la pubertad (1).

Antes que se declare la locura en regla, viene precedida de multitud de fenómenos que pudiéramos llamar premonitorios. Un sentimiento general de inquietud, poco gusto para el trabajo, desprecio profundo de la vida y una constante preocupación del pecado.

Generalmente, según Bra, se unen á los síntomas dichos una viva excitación sexual con ideas eróticas, que llegan en algunos casos á exageraciones increíbles.

muchos casos. Así entre varias especies de los vertebrados, escogen un jefe, al que obedecen y siguen á una señal determinada de alarma, v. g. entre las cabras montesas.

(1) Nos referimos á la locura, no al fanatismo de poca importancia, que éste se desarrolla en cualquier edad porque es hijo siempre de las circunstancias.

Una vez desarrollada, la locura religiosa puede presentarse bajo dos formas distintas: la forma expansiva y la forma depresiva.

La primera tiene como característica las ideas ambiciosas y una exageración grande del amor propio, siendo las ideas delirantes de esta forma variadísimas. Los locos de esta clase se creen profetas los unos, apóstoles los otros, que tienen el encargo especial de Dios de salvar la sociedad actual, y algunas mujeres he visto que decían llevar el Mesías en sus entrañas. En el manicomio de Gan, en Bélgica, estaba hospedado un sacerdote que tenía la manía de ser Dios.

Creer ver esta clase de locos, herejes en todas partes, para ellos todos los que les rodean son gente descreída. Dicen tener atribuciones para hacer milagros, profetizar, etcétera, etc. Cantan salmos y cánticos de todas clases, recitan textos de la Biblia, completando el cuadro alucinaciones de todos los sentidos, que hacen que estos infelices crean ver á Dios y hablar con los santos, y cometan otra multitud de acciones desgraciadas, incitados por su perturbación, llegando á mutilarse horriblemente el cuerpo, cometiendo aún los mayores crímenes (1) y aun suicidándose en algunos casos.

(1) Hace cosa de dos años explicó en la cátedra de Patología Médica de Barcelona un hecho curiosísimo el Dr. Robert. Este sabio profesor fué llamado para reconocer á un preso que, según dijeron, por los alrededores de Sabadell (P. de Barcelona) había cometido cinco asesinatos. Pero estos crímenes habían sido cometidos en las condiciones más excepcionales. La primera víctima fué un hombre que dormía en un pajar, y así sucesivamente fué el héroe de que nos ocupamos, despachando hasta cinco personas. No sólo no tenía resentimientos personales con sus víctimas, sino que ni siquiera las conocía, ni les robó un solo céntimo, de manera que la conducta seguida por este desgraciado era inexplicable.

Cuando el Dr. Robert le interrogó preguntándole por qué lo había hecho así, contestó que para ir al Cielo con toda seguridad.

—¿Pero V. cree que este es el camino de ir al Cielo?

—Sí, señor, porque si hubiese muerto á uno sólo, tal vez me hubieran indultado, y habiendo muerto á cinco, me matarán á mí; pero como me podré confesar inmediatamente antes de ajusticiarme, tengo la seguridad de que moriré en gracia de Dios, que de otro modo no tendría.

La forma depresiva de la locura religiosa, denominada demonomanía, es sumamente penible para el pobre enfermo.

Tiene esta forma multitud de variantes, de las cuales son tres las principales: los condenados, los poseídos del diablo y los brujos.

Los del primer grupo se juzgan indignos de la misericordia divina. Á todos explican los horribles y ficticios crímenes que han cometido, acusándose continuamente de sus pecados, imperdonables según su manera de apreciar las cosas.

Los poseídos tienen una enfermedad caracterizada por un verdadero dualismo de personalidad. Creen que su cuerpo y alma es del demonio. El demonio, según el decir de ellos, comete en su cuerpo toda clase de atrocidades: les quema, les pega, se entrega á todas las obscenidades, etc., etc., y ellos no son, según dicen, responsables de nada (1).

Los brujos, que abundaban muchísimo en la Edad media, así como los poseídos, creen estar en inteligencia con el diablo, con el cual tienen conversaciones secretas en lugares

Después de observado al delincuente, se le encerró en el manicomio de San Baudilio, en donde continúa bajo la influencia de su desgraciada enfermedad.

Dos hermanos, á consecuencia de predicaciones fanáticas, fueron atacados de esta forma de locura (teomanía). El uno de ellos dice al otro haber entendido la voz de Dios ordenándole la renovación del sacrificio de Abraham, y le corta la cabeza, que deposita á los pies de sus padres helados de espanto, saliendo luego á la calle y diciendo á grandes gritos:—La voluntad del Padre celeste se ha cumplido.—(M. Bra-Folies *vesaniques* 1883, pág. 59).

(1) Cita Esquirol un caso notable observado en el hospital de Charenton, París.

Se trataba de una mujer.

«Hace un millón de años, decía, soy la mujer del diablo.

»Yo me entiendo con él, él se acuesta conmigo y no cesa de decirme que es el padre de mis hijos.

»Mi cuerpo es un saco hecho con la piel del diablo, lleno de sapos, serpientes y otros animales inmundos, que son los demonios.

»No tengo necesidad de comer (sin embargo, comía mucho); todo lo que se me da está envenenado y habría muerto hace ya mucho tiempo si no fuera el diablo.

»Hace más de cuarenta años que no he obrado de vientre.

»He cometido toda clase de tropelías; he robado y asesinado; y en un momento cometo más crímenes que todos los ladrones en veinte años».

apartados y solitarios. Para rendir culto al demonio, se lanzan á toda clase de obscenidades, y algunos de ellos dicen ser hijos del demonio y alguna bruja.

Dentro de estas formas de locura religiosa ligeramente apuntadas, hay multitud de abigarradas variantes.

Todas son de difícil curación y acostumbran á terminar por la demencia al cabo de más ó menos tiempo.

Y me he permitido hacer esta pequeña digresión médica en obsequio de la claridad del asunto que estudiamos. De esta manera se ve á dónde puede conducir la locura religiosa é igualmente se aprecia el alcance que puede tener el fanatismo, que empieza por poco y acaba por mucho, como empiezan en general todas las locuras; por la perturbación ideal insignificante de un punto concreto.

Hay que huir del fanatismo, porque no es más que una aberración moral, que aun cuando no sea en la proporción en que lo hace la locura religiosa, turba constantemente el espíritu y la tranquilidad del alma, desequilibrando, en consecuencia, también la salud del cuerpo.

También es una locura el fanatismo desarrollado, pero es una locura muy difícil de combatir, y que por su trascendental origen, causa más víctimas que las otras, puesto que aparte de no poder encerrar al enfermo en un manicomio por el solo hecho de ser fanático rematado, no se encuentra generalmente quien tenga, no ya paciencia, sino capacidad técnica para ocuparse de su curación. Empieza por destruir primero las consideraciones que nos debemos los unos á los otros, luego rompe lazos de consideración social y por último los de familia. Es una especie de neurosis de egoísmo, cuyo refinamiento se encubre y cobija bajo la capa de los deberes impuestos por la fe y la religión.

Deber y religión, son en efecto armas poderosísimas para el que sabe esgrimir las, y sabido es cuán tenaz arraiga en la

razón infunden todas, absolutamente todas, las monomanías.

De ahí la dificultad de hacer entrar en razón á esos Quijotes de la salvación eterna.

El fanatismo es un desorden, una exageración, y las exageraciones no pueden conducir á nada práctico.

Echando mano del amor de Dios, con este sentimiento, el fanático lo escuda todo, allí se refugia y allí cree tener á cubierto su morada. Pero no es ni puede ser así, porque Dios, que es la equidad, la bondad, la sabiduría y todo lo grande, y siendo todo esto, no puede consentir ruindades, abrigo la firme convicción de que, al paso que condena la conducta de una hija que abandona á su padre ó madre, desatendiendo la desolación de entrambos, para encerrarse en el claustro, faltando á dos de los principales Mandamientos, (honrar padre y madre y amar al prójimo como á sí mismo), bendice á la Hermana de la caridad, que sin renunciar á su familia en caso de necesidad, corre y vuela de una región á otra, atraviesa el mundo entero, sin vacilar ante obstáculos ni reparar en peligros, pero siempre para enjugar lágrimas, siempre para consolar al que sufre, siempre para remediar miserias, siempre para cumplir el más sintético, útil y práctico de los Mandamientos de la ley de Dios: la caridad evangélica.

Esto es amor divino y religión y corazón y sentido común; lo demás es egoismo elevado á la insensatez, devoción convertida en vesania.

En su Tratado de medicina de las pasiones, Descuret cita un hecho que es una prueba desgraciada de la influencia del fanatismo en la imaginación y que da por otra parte una idea exacta de hasta dónde puede llevarnos insensiblemente esta aberración afectiva.

El joven P..., de 20 años, de constitución sanguínea y de

carácter ardiente (gran imaginación), se consagró por espacio de un año á la lectura de obras místicas. Desde entonces se acrecentó en tal forma su piedad, que se dedicaba á una infinidad de prácticas religiosas, á las que demostraba una afición, ó mejor dicho, una pasión que rayaba en fanatismo. Los domingos y demás días festivos, apenas dejaba la parroquia para comer, y los otros días los pasaba, por la mañana, tarde y noche, de rodillas y con el rostro en tierra y en la inmovilidad más completa, de tal manera, que parecía un tronco. En vano su madre, á la que no hacía caso ninguno, en vano su confesor y los amigos se esforzaban en convencerle por medio de los razonamientos que aquello eran exageraciones, y de que tanto vale el trabajo como la oración para ganar el Cielo; no escuchaba nada, y todos aquellos consejos de las personas que le querían bien, no torcían en lo más mínimo su camino. Eran para él espíritus limitados, almas poco adelantadas en el camino de la perfección.

Bajo la influencia de tales ideas, sostenidas además por una soberana soberbia, el joven P... adquirió una imagen de la Virgen, una cantidad considerable de cera y un cuchillo.

Una gran parte del día la pasó afilando el cuchillo, y después de haber arreglado un altar, antes de acostarse, jura con la mano extendida y mirando al cielo, que atravesará el corazón al impío que le interrumpa en sus oraciones ó apague las luces que ha encendido en honor de María.

Á media noche se apercibe su madre que una de las llamas de las velas estaba casi tocando la cortina de la cama. Le llama á él, que se encontraba ya acostado, y le advierte el peligro; pero él ni siquiera contesta. Se levanta de su cama la madre, atraviesa el cuarto de puntillas para no despertarle y sopla la luz. No ha dado dos pasos aun, cuando se le arroja encima el hijo y la acribilla á cuchilladas, haciéndole cinco heridas graves y volviendo á la cama tan sereno como si nada

hubiese hecho. Por la mañana una vez terminada su plegaria vuelve á afilar el cuchillo, y por la noche antes de acostarse enciende de nuevo las velas de su altar improvisado, repitiendo el juramento.

Todo el mundo conoce, aparte de este ejemplo, el de Julia F., llamada la mujer libre de San Samoniani, que reunía en el más alto grado el fanatismo político, artístico y religioso y que no soñaba más que innovaciones de industria y ciencia.

Parece increíble que una obcecación pueda conducir á semejantes resultados. No se concibe como el fanatismo llega al punto de hacer perder el sentido común.

Para que la felicidad en la familia sea posible, y conservar la salud, es preciso ser religioso, muy religioso y muy fervoroso y muy católico y muy cumplidor de sus deberes; pero tener serenidad y buen entendimiento para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; de lo contrario, se dan muchos casos de exageraciones ridículas, de prácticas innecesarias y de atrasos de deber (1).

Cuando niño, cuando adolescente y cuando hombre, siempre he sentido un placer inefable en el templo del Señor, siempre se ha tranquilizado en él mi espíritu cuando estaba agitado; me he consolado, cuando me sentía agobiado por la tristeza, y me animé para sostener luchas en las que estuve á punto de declararme vencido. Todo ello me ha sucedido indudablemente porque la contemplación de Dios, nos acerca á su divinidad y nos consuela; pero también se ha dado el caso de que la embriagadora atmósfera del incienso me asfixiara, y me excitara de una manera indecible el monótono sonido

(1) Y principalmente de que en el seno de la familia el padre y la hija, el marido y la iglesia, se hagan algunas veces incompatibles si la mujer no tiene muchísimo talento, porque lo que nos aconseja el padre ó el marido, se cree en el caso de juzgarlo y discutirlo; y lo que aconseja un sacerdote con la mejor intención, de buenas á primeras lo toma como artículo de fe.

de un canto llanó ó los acordes de un órgano que resonaba en las bóvedas de un templo.

¿Por qué me ha sucedido esto? Porque así como en el primer caso he acudido al templo de Dios, cuando poco ó nada podía hacer en otra parte, en el segundo la obligación me ha recordado con su imperiosa voz, que no era aquel el lugar más á propósito para obrar con actividad.

Á nada conduce buscar consuelo á una aflicción, lenitivo á una pena ó alivio á una desgracia, en el templo del Señor, cuando hacemos falta en algún otro punto de la tierra, cuando el deber nos llama á otra parte. No. No te separes, madre, de la cuna de tu hijo si puede necesitarte, para oír una misa ó escuchar un sermón, que teniéndole en el regazo y calmando su llanto, ganas la indulgencia plenaria más grande que Dios concede. No abandones, ¡oh médico! la cabecera de los enfermos, que no pueden prescindir de tus auxilios, que haciendo bien al prójimo, cumples con todos los Mandamientos de la ley de Dios. No escatimes el tiempo á tu jornal, infeliz obrero, para entregarte á la meditación y encerrarte en una sacristía, que ganando el pan para tus hijos cumples el deber más sagrado que Dios te legó en la tierra.

¡Qué difícil es en este mundo dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César! ¡Cuánto tacto se necesita para hermanar en amigable consorcio el deber y la religión!

El que se olvida del mundo por el afán de tocar más de cerca el cielo, comete un gravísimo error y falta á la ley de Dios sin darse cuenta de ello.

Se trata de una epidemia: alcemos la vista al cielo enhorabuena, pero no perdamos el tiempo rogando á Dios si hay á nuestro lado quien se muere desamparado de todo cuidado, de hambre ó de frío, que más vale enjugar una lágrima en el lecho de un moribundo, templar con un sorbo de agua la ardiente sed de fiebre abrasadora, ó calentar el marmóreo cuer-

po de un agonizante, que orar para que remedie estas desgracias el Cielo, dentro de la iglesia. ¡Pues qué! ¿Hay nadie que tenga suficiente abnegación para sostener en sus brazos á un colérico, á un tifódico ó á un varioloso, si no lo hace con la firme convicción de que estas obras llegará el día en que tengan su merecida recompensa?

En la batalla hay que luchar. Sólo después de la lucha es cuando nos toca dar gracias á Dios, que nos ha dado fuerzas para resistirla.

La religión es admirable mientras no la humanizamos demasiado, y el hombre ó la mujer que abusan de las prácticas religiosas, acaban por hacer lo que los sacristanes: á fuerza de costumbre se tutean con los santos.

La forma aguda del fanatismo es más fácil de combatir que la crónica, porque es hija casi siempre de una eventualidad de la vida. Un desengaño en amores, la pérdida de un padre ó de un hijo, ó de una persona querida, etc., etc. Pero á medida que va mitigándose el dolor, se encauzan normalmente las cosas, y todo queda tranquilo.

Esta forma es racional, es decir, se deja convencer en muchísimas ocasiones, de modo que en este caso, los argumentos suelen conducir á resultado práctico.

Además, en la forma de fanatismo, que se desarrolla de una manera inusitada, la intervención de las reflexiones, sobre ser más eficaz por término general, es más justificada, porque la exageración, dada su precipitada marcha, se hace desde luego evidente.

De todas maneras, tanto en una como en otra de estas fases de la enfermedad moral que acabamos de diseñar, es preciso mucho cuidado para contrarrestarlas, pues algunas veces el fanatismo se escuda con potentes vallas que únicamente una inteligencia clara y una mayor discreción pueden atravesar.

En suma: el armonioso conjunto del deber y la religión contribuye á la felicidad del alma y á la salud del cuerpo, pero para conseguir este objeto, es preciso no pecar ni por exceso ni por defecto: *Est modus in rebus*. «Hay su medida en las cosas».

Y la esfera de acción del fanatismo fuera menos extensa y de resultados menos lamentables si se limitara á los asuntos religiosos; pero desgraciadamente para la humanidad no es así, y la trascendencia de ésta que pudiéramos llamar concretamente enfermedad de la imaginación, alcanza á otras regiones. De aquí fanáticos característicos en la política y en la ciencia, entendiendo aquí por ciencia todo lo que con el progreso del entendimiento humano se relaciona.

Si el fanatismo religioso ha costado tantas víctimas á la humanidad, ¿qué no ha de haber sucedido con el fanatismo político?

La historia de las evoluciones de la raza humana es exactamente la historia de este fanatismo. El germen del mal se naturalizó con nosotros desde la caída de nuestro primer padre y él se ha encargado siempre de no dejar dormir las pasiones y lanzar á los hombres á su propia destrucción. Antes se destruían luchando cuerpo á cuerpo, pues los adelantos de su civilización no les consentía otra cosa; hoy se destruyen y aniquilan desde lejos porque la fusilería y la electricidad han acortado las distancias.

Al considerar friamente que desde la primera á la última de las guerras habidas en el mundo, todas, absolutamente todas no reconocían otro móvil más que la vanidad ó la ambición; al pensar que todas ellas hubieran podido evitarse y con ellas la sangre de millones de víctimas que en la mayoría de los casos lucharon por fuerza, y al recordar los desastrosos efectos de tanta hecatombe, causa duelo é indignación á un tiempo ver el camino que ha seguido el progreso. Triste

condición es la de la humanidad, cuya legislación ha sido siempre la que dictara la espada ó el cañón, cuando debiera haberla inspirado el amor.

Y es que el hombre, á pesar de toda la educación é instrucción que recibe, tiene en el fondo de su corazón un ídolo que, ya de una manera enmascarada, ya desvergonzadamente, se levanta en algunos casos; este ídolo es el amor propio, el orgullo: ambas encarnaciones fieles del egoismo encubierto de la mejor manera posible. Y este ídolo es el que aun á pesar suyo en muchos casos le incita á todo para ver colmados sus deseos, aun á derramar la sangre de sus hermanos.

El fanatismo político es también contagioso, pero en mayor grado que el fanatismo en religión. Víctimas de su propia ignorancia, sucumben á la influencia de la oratoria arrebatadora de un apasionado tribuno multitud de hijos del pueblo que, pretendiendo hallar la libertad, encuentran la ruina y la muerte en algunos casos. Apasionados campeones de tal ó cual personalidad ó forma de Gobierno, luchan en la prensa, en el club, en el Parlamento y en el campo de batalla, dejándose arrastrar por su imaginación, que les lanza al sacrificio sin que nadie lo agradezca.

La historia de todos los tiempos, de igual manera que nos da cuenta de las antiguas preocupaciones que cegaron á la humanidad, pone en evidencia multitud de desastrosos efectos de las pasiones políticas.

Hable por nosotros la India, Nínive, Babilonia, Grecia y Roma.

Veamos en el viejo Egipto á Cleopatra compartiendo el trono con su hermano Tolomeo XII, como víctima de la ambición de su compañero, se ve obligada á buscar un asilo en Siria, en donde reúne un ejército, resuelta á marchar contra él, á no haber intervenido en el asunto Julio César, á quien había nombrado Tolomeo XI, tutor de sus hijos.

Pero muerto este dictador, enciéndese de nuevo la guerra civil y es acusada Cleopatra de haber mandado socorros á Bruto y á Casio; á consecuencia de lo cual Marco Antonio la ordena se presente á Cilicia para prestar declaraciones y en donde logra con su prodigiosa belleza (1) seducirle; suicidándose al fin esta hermosa reina, que no quiso dar pábulo á la ambición y orgullo de Octavio, quien pretendía hacer su entrada triunfal en Roma con Cleopatra atada á su carro.

Veamos en Francia las luchas sanguinarias originadas entre los Borguiñones y los Armañques bajo el reinado de Carlos VI, de 1371 á 1419. Nadie puede imaginarse el espantoso odio que los bandos de tan encontradas ideas como eran las de la nobleza y el pueblo, hizo germinar en el corazón de aquellos infelices, que consideraban á un hombre del bando opuesto como su más cruel enemigo por este solo hecho. No pueden contarse las innumerables víctimas que de aquellos odios se ocasionaron, pues la entrada de Perrinet Leclerc por mayo de 1418 en París acompañado de los hombres de armas de monseñor de Borgoña, fué una hecatombe. «¡Jamás gozará de reposo la ciudad mientras exista un Armañac! es preciso matarles á todos», decían los borgoñeses. La muchedumbre invadió hasta las cárceles, haciendo una verdadera carnicería,

(1) Según Plutarco, la belleza de esta reina no era tan extraordinaria como quieren suponer otros autores, sino que su viveza, gracia é ingenio realzaba de tal manera los atractivos de su rostro, que era muy difícil no quererla.

Cuando Marco Antonio la llamó á Cilicia, más cuidó al emprender el viaje Cleopatra, de los medios de agradar, que los de justificarse: embarcóse en un buque en cuya popa dorada reflejaba el sol, mientras el viento jugueteaba con sus velas de púrpura. Magníficamente ataviada, estaba la reina muellemente recostada en la cubierta; á sus pies varios niños figuraban los amores; sus doncellas, mujeres todas de rara hermosura, vestidas de Nereidas, colocáronse junto al timón ó guarneciendo los bancos de los remeros, y olorosos perfumes é inciensos ardían en ricos pebetes y envolvían á la diosa en una nube de voluptuosidad.

Así visitó Cleopatra al conquistador del Asia, quien aceptó de ella un convite cuya suntuosidad no es posible explicar, y al que correspondió Marco Antonio con otro, sinó igual, cuando menos, parecido, quedando prendado de la hermosura de aquella reina con más pasión que Julio César.

que duró desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche, sin tregua, sin compasión y sin descanso, siendo en ella, como es consiguiente, sacrificado el mismo condestable de Armañac.

Recordemos en este mismo pueblo, cuya imaginación lo es todo, aquel 93, que fué la representación del mayor desenfreno y la más injustificada crueldad.

Echemos una ojeada á nuestras desgraciadas guerras civiles, cuya frecuencia descorazona á todos los españoles de verdadera raza y cuyas víctimas son innumerables.

No olvidemos, en una palabra, todas las revoluciones sociales, todas las guerras, todas las catástrofes, y se nos alcanzará claramente ¡cuánta sangre de inocentes víctimas cuesta el fanatismo político!

Y lo peor del caso no es lo que llevamos dicho, sino que por las circunstancias especiales de la organización moderna de la sociedad, así como en el fanatismo religioso suele ser víctima aquel que se deja llevar de su imaginación al terreno de las exageraciones místicas, en el fanatismo político las víctimas no son única y exclusivamente los fanatizados, sino muchos infelices que se ven obligados á tomar las armas contra su voluntad, y muchos desgraciados que ven invadida su tranquila morada por el puñal del asesino, sin haber intervenido en nada.

Ha tenido el fanatismo político sus sectarios apasionados lo mismo en las clases opulentas que en las menesterosas, y los manicomios, que os han dado una muestra del alcance de las locuras religiosas, podrían con toda seguridad suministraros también multitud de desgraciados ejemplos de locuras políticas. Veríais entre los huéspedes de aquellos sarcásticos centros de sinrazón, á gente persuadida de que son reyes, emperadores, generales, etc., etc.

La idea de la política germina en el entendimiento de

aquellos infelices que se dejan seducir por ella, de tal conformidad, que si en el terreno del conjunto causa los estragos mencionados, en el terreno personal conduce á los mayores desvíos de entendimiento. He conocido á un desgraciado loco, que víctima de la idea de la libertad, se había trastornado completamente. Tenía la manía de ser útil á todo el mundo, cualquiera que fuese el partido á que perteneciese. «Los liberales lo admitimos todo y no tenemos más placer que el que proporciona ser útil á todo el mundo.»

Como todos los locos, este desgraciado creía estar en su sano juicio, y al objeto de que le sacaran del manicomio, había presentado varias veces instancias curiosísimas (1).

He visto en otro caso á un infeliz con la manía de la persecución tan arraigada, que daba lástima ver los sufrimientos y sobresaltos de que era presa á cada instante. Creía siempre que le alcanzaban los carlistas, por todas partes veía bayonetas y caras desencajadas y traiciones y emboscadas. De noche sobre todo había necesidad de sujetarle, pues arremetía á sus guardianes, creyéndoles centinelas del partido contrario. Murió finalmente en la más absoluta demencia, ensuciándose en su propia cama y aun embadurnándose todo el cuerpo con aquellos excrementos.

El difunto Dr. Encinas relataba á este propósito un hecho curiosísimo de un individuo que se creía perseguido siempre por los realistas, y obcecado por sus alucinaciones, destrozaba

(1) No puedo resistir la tentación de reproducir íntegramente la que presentó en cierta circunstancia á una Comisión de diputados provinciales que fué á visitar el manicomio, entre los cuales se encontraba mi señor padre, á quien fué entregada la solicitud. Decía así:

«Nos útiles de desde esta al último útil nacido, como innato ó difunto.

»Tomo el poder sacro de restituir incayente y resucitante, el domicilio, la naturaleza y el prójimo; únicas casas que proveerán de toda felicidad eterna é inagitarán por siempre jamás. Cese toda casa que so color de devoción infantes huérfanos y expósitos robaban cual León á Isabel, diezmando al propietario y al proletario y rellenando cementerios improductivos contra la naturaleza y Dios».

de continuo su ropa; una vez desnudo, si podía pillar alguna substancia grasa, se untaba con ella todo el cuerpo, y de esta conformidad decía era más difícil aprisionarle si alguien le alcanzaba (1). Murió el pobre víctima de una fiebre traumática.

Y así podría citaros multitud de hechos de alteración mental completa, que por otra parte abrigo la seguridad ha de haberos proporcionado vuestra propia experiencia, pues hay ocasión de observarles cada día, aparte de los estragos que las ideas políticas causan en el entendimiento de muchos que aun cuando debieran, no son huéspedes de los manicomios.

El fanatismo científico ya tiene un sello de singularidad que entra más en nuestras atribuciones.

De igual modo que el hombre, á fuerza de dedicarse á lecturas y consideraciones místicas y de transportarse al terreno de los idealismos, acaba por hacer dar piruetas á la imaginación de tal conformidad, que no ve ni piensa ni siente más que aquello que con su afición se relaciona; asimismo, á fuerza de dedicarse á este ó á aquel ramo de los estudios humanos, acaba por descuidar lo demás de la vida y vivir de continuo absorto en la contemplación de la ciencia que le preocupa. Y así como el fanático en religión se pasa las horas y aun los días enteros rezando ó en profunda meditación, y aquello le absorbe hasta el punto de hacerle olvidar por sus aficiones, los deberes más sagrados de humanidad y familia; el hombre que se apasiona por un determinado estudio, acaba por hacerse insoportable á sus semejantes, de quienes prescinde en absoluto cuando tiene los

(1) Parece ser que este individuo había tenido una vida sumamente aventurera. Aprendió de untarse el cuerpo de esta manera, de un habitante árabe de las poblaciones colindantes con el desierto, que á beneficio de este ardid, perpetuán de noche los más atrevidos robos, sin que sea posible aprisionarles.

libros delante, porque le absorben su atención estos libros, y cuando no, porque vive reconcentrado con su propio pensamiento.

Para el fanático en religión, aquellos que tienen observaciones que hacer á su conducta, ya lo hemos dicho, son espíritus mezquinos poco adelantados en el camino de la perfección; para el fanático científico, aquellos que no se asimilan de una manera absoluta á su manera de sentir, son inteligencias limitadas para quienes siempre serán incomprensibles los misterios y las verdades de la ciencia.

El fanatismo científico, es sin embargo más inofensivo que el fanatismo religioso y el político; pues estos últimos, sobre el daño propio, ocasionan el acarreado por contagio. Prueba de ello las locuras religiosas de la Edad media, cuya trascendencia y extensión fueron inusitadas y las revoluciones que todo el mundo sabe cómo empiezan y nadie cómo acabarán, trastornando el mecanismo y el entendimiento de multitud de pueblos. Y ello sucede así porque tanto el fanatismo político como el religioso son exaltaciones de la propia imaginación, subordinadas en la mayoría de los casos por no decir en todos no ya á la razón de ser de las cosas, sino á la caprichosa marcha de la fantasía; y por lo mismo que ésta no tiene trabas, ni sabe cuándo empieza ni dónde acaba, á aquellos tampoco se les puede enfrenar en ninguna circunstancia; al paso que naciendo el fanatismo científico de la razón de ser de las cosas, en cuanto se extravía fuera de los límites de lo ordinario, él mismo se impone trabas que el entendimiento y la conciencia le dictan; así que aun dentro de los casos de fanatismo científico encontraréis aberraciones sí, pero nunca aberraciones tan grandes como dentro del fanatismo político y religioso.

Ferrán, el célebre autor de la vacuna anticolérica, que encabezó sus experimentos en las personas de su propia familia

después de haberse vacunado á sí mismo; al cometer semejante acto, aun cuando hijo del apasionamiento de ideas, tenía la convicción fundada en la razón, de que aquello no podía perjudicar á nadie.

Mr. Gosse de Ginebra (1), al querer demostrar que los ahorcados no mueren todos por asfixia, sinó por compresión de los grandes vasos en la mayoría de los casos y consecutiva congestión cerebral; es verdad que practica las pruebas en sí mismo al objeto de tener exacta idea de la cosa, colocándose en la situación del ahorcado, pero lo hace previniéndose en tal forma, que pueda detener el experimento en el punto en que le acomode interrumpirlo, es decir, subordinándolo á su razón.

Aussias Turenne, célebre iluso propagador de la vacuna antisifilítica, es cierto que practicó la primera experiencia en sí mismo, pero lo hizo así porque la fuerza de sus razonamientos le inclinaba á creer que el virus que se inculaba era un virus debilitado y empobrecido, y no podía dar por tanto, desarrollo á una enfermedad de la importancia que ordinariamente tienen las enfermedades sifilíticas (2).

(1) «Revista de las Ciencias médicas», 25 noviembre 1887.

(2) Aussias Turenne Joseph Alexandre nació en Pertuis (Vaucluse), 1.º marzo de 1812.

El primero que habló de sifilización. Demostró ante la Academia de Ciencias de París, el 28 de octubre de 1844, que la sífilis era inoculable á los monos. Plenamente convencido de ello, así como de que la sífilis, desde su aparición en Europa en 1493 en el sitio de Nápoles, había degenerado; creyó que á fuerza de inoculaciones en los monos, podría aminorarse la intensidad del virus sifilítico, y por tanto, emplearlo más tarde como vacuna.

Empezó, pues, sus estudios en los animales; fue observando que á medida que iba inoculando á los monos, iban perdiendo la aptitud para nuevas inoculaciones, de lo cual dedujo tenía que suceder lo mismo en el hombre.

Y concebida idea, era preciso ponerla en práctica; pero el asunto era altamente comprometido, en primer lugar, porque se pasaba de las experiencias del animal á las experiencias en el hombre, y en segundo lugar porque no era fácil ni de conciencia inocular á un individuo, pues su consentimiento nadie lo daría, y sin este permiso era un compromiso emprender semejante experiencia.

Pero Aussias Turenne era uno de estos seres que no sólo tienen convicción de lo que dicen, que siempre lo han pensado mucho, sinó que tienen una constancia

Multitud de héroes de la clase médica que murieron entre la devastación de una epidemia que no había invadido el punto de su residencia, sinó que ellos mismos habían ido á buscar en su propia cuna, como busca el militar valiente que acaricie sus oídos el silbido de las balas y se complace en que le envuelva la embriagadura y fumante atmósfera de la pólvora, sin temerla; si se expusieron á un contagio, no fué únicamente por amor á la ciencia de una manera ciega, sinó porque además su acción era de extraordinario beneficio para la humanidad y les daba su entereza moral garantías para salir ilesos de la empresa, como cree que así ha de sucederle, el militar que entra en fuego.

excepcional en todos sus trabajos y un valor que algunas veces se convierte en temeridad en el terreno científico. Así que sin que nadie se enterase del asunto y creyendo que así asumía toda la responsabilidad de la acción en un mismo individuo, se inoculó sífilis para sifilizarse á beneficio de repetidas inoculaciones, pero guardó el secreto más absoluto sobre este punto, dejando su descubrimiento para la hora de su muerte.

En su testamento, copiándolo de su tratado y estudios sobre sifilización, trabajos publicados por algunos de sus amigos después de su muerte, dice: *Je suis le plus ancien syphilité du monde*. Y el día de su autopsia, cuando eminentes profesores y distinguidos médicos comprueban en la parte anterior y lateral izquierda del tórax, series simétricas de cicatrices cuyo aspecto es completamente nuevo para la mayor parte de ellos, cuando dos de los asistentes, descubriendo su pecho, enseñan cicatrices iguales y declaran que han sido sifilizados por Aussias Turenne, entonces la demostración se hace palpable y un tardío rayo de justicia ilumina la vida de este mártir de la ciencia.

Hombre heroico y mártir, porque ha practicado en él la experiencia sin ostentación y con entereza, únicamente por sacrificio á la ciencia y honradez acrisolada.

Experimentadores como éstos se hacen dignos del respeto de todos sus compañeros y de la consideración de todos los hombres.

Pero el heroísmo mayor de este sér excepcional no fué el de inocularse sífilis y encabezar las experiencias de sifilización en su propia persona, fué muchísimo mayor que todo esto, y es el continuo martirio impuesto por sus detractores, pudiendo él evidenciar el asunto. Así en el Congreso Médico Internacional de 1867 quisieron que hiciese experiencias personales. «No me avengo á ello, ante todo mi dignidad; no quiero poner mi cuerpo á la disposición de Monsieur Ricord, únicamente para satisfacer su curiosidad y servirle después, como les ha sucedido á otros, de asunto de bromas» (*).

«Yo, decía, he venido al Congreso á exponer una cuestión científica y lo que pido son objeciones científicas», cuando descubriendo su pecho, hubiera podido anonadar á sus detractores delante de una prueba tan palpable como lo eran sus cicatrices.

(*) Se refería á Robert de Wels, que había sido inoculado por Ricord con su chancre proviniendo de la oreja de un mono.

Con todo lo dicho comprenderéis perfectamente lo que quiero decir: que así como el fanatismo político y religioso son enfermedades morales que pudieran abierta y francamente llamarse locuras, el fanatismo científico vive siempre subordinado á la razón; únicamente como rara excepción se extravía de ella.

Sin embargo y aun cuando no sea esto lo corriente, en ciertos casos sucede.

Así por ejemplo y tratándose de la misma sífilización tan preconizada por Aussias Turenne: Robert de Wels, discípulo de Ricord, joven entusiasta del estudio de la sifiliografía y partidario acérrimo de las teorías de su maestro, combatía encarnizadamente las teorías de Aussias Turenne, diciendo en plena academia que la sífilis que este profesor había inoculado á los monos no era tal sífilis y que él no tendría inconveniente en inocularse ó dejarse inocular la materia purulenta de una de las úlceras que tenían aquellos animales inoculados por Aussias Turenne; y así lo hizo en efecto, pero contrajo como consecuencia una sífilis que le demostró con sus desgraciados efectos cuánta verdad tenía su adversario.

Así como la ciencia, el arte que seduce y encanta á los verdaderos aficionados puede tener sus exageraciones en todas sus manifestaciones. Sin embargo, tanto en sus exageraciones como fuera de ellas es, por lo regular, inofensivo para los demás. Cita, sin embargo, Descuret un hecho del cual se desprende que el fanatismo artístico puede en algunas ocasiones obcecar por completo.

Un célebre pintor estaba ejecutando un Cristo agonizante. El modelo se había colocado en una correcta actitud é inmovilidad completa; pero á pesar de todos sus esfuerzos no había conseguido dar á su fisonomía la expresión de muerte y angustia que el artista deseaba. ¿Qué hace el pintor? Coge un

puñal, hiere al modelo y aprovecha para su trabajo la agonía de aquel desgraciado.

Sin embargo, este hecho que cita el mencionado autor atribuyéndolo á otros autores y poniéndolo en duda, merece ser puesto en tela de juicio, y así lo consigna también Descuret en su obra inmortal sobre la medicina de las pasiones.

El apasionamiento artístico ó fanatismo por el arte, acostumbra hasta en sus exageraciones á presentar tipos raros (1),

(1) Cita entre otros casos el mencionado Descuret el de su amigo y cliente Chorón.

De constitución bilioso-nerviosa, acrecentó su natural irritabilidad ocupándose de música toda su vida. No permanecía un momento en reposo. Su mente era un volcán.

Día y noche no fermentaba en aquel cerebro más que una sola idea: la de contrarrestar la inundación de la música ligera y llena de *rifioriture*, á la que tanta afición tenían en su tiempo; para conducirla á su primitivo origen, que era la sencillez, la verdad y la naturaleza. Para conseguirlo sacrificó á este objeto, su tiempo, su fortuna y su salud y hasta la tranquilidad de la familia. Todo en una palabra.

Donde á mayor abundamiento lucía este hombre original sus facultades y su extravagante genio era dando lecciones á sus alumnos. Oigamos á uno de los más asiduos y juiciosos admiradores.

Quien no ha visto á este profesor en su cátedra, no ha visto nada. Vedle con el diapasón en la mano delante de sus alumnos. Da el *lá* y todos empiezan. «¿Benisimol zeh?» De repente empieza á gesticular terriblemente y á moverse de un lado á otro de la silla, desmadejándola materialmente y buscando con fulminante vista y atento oído al desgraciado alumno que da una nota discordante con todos sus pulmones, creyendo que lo ha hecho mucho mejor que los demás. Descubre al culpable, le llama y le sacude el naciente bigote con su papalina, y le llena de agrios improperios é insultos, terminando con la para él terrible imprecación, pronunciada con voz áspera y rabiosa de: «Tu cantas como en el Conservatorio».

Mientras está en la cátedra lo olvida todo, alegrías y pesares. Perdió en ocho días dos hijos á consecuencia de la roseola: esculpido en su rostro llevaba el profundo dolor de que era presa, golpeaba desesperadamente su pecho y su cabeza, y parecía inconsolable de aquella pérdida. Pero sonaban las tres. «¡Las tres! exclamaba cambiando por completo de fisonomía: es la hora de mi clase. Hay tiempo para todo», y batiendo el diapasón y colocándolo en su oreja, se encamina á la cátedra cantando, la... la... la... la... Aquella fué una de sus más brillantes lecciones.

Para él los hombres célebres lo eran más ó menos según la afición ó protección que habían dado á la música. «¿Sabéis, me decía un día, de todos los Santos Padres de la Iglesia cuál fué la persona de mayor valía?—San Agustín? le dije.—No, respondió vivamente, San Juan Damasceno, pues él fué el que dió la mejor ó la única definición de la música, y no olvidéis el nombre de este santo varón, que cuando no fuese por otra cosa, por esto sólo debía canonizarse».

Su admiración por las obras musicales del siglo xvi y xvii le hacía juzgar tal vez con demasiada severidad las contemporáneas. Interrogado un día su parecer sobre la ópera *Zemira á Azor*, de Gretry, respondió con irónica mofa: «Ópera de hielo: música para alargar los dientes».

pero nunca criminales, pues aun en aquellos casos en que puede decirse que el artista ha perdido por completo la cabeza, acostumbran á ser las locuras de estos desgraciados, formas inofensivas de todo punto.

De la misma manera que no es lo corriente tengan consecuencias los extravíos del artista en su modo de sentir, acostumbra á suceder sean en cambio muy frecuentes estos extravíos. Y se desprende el hecho, como consecuencia natural,

«Hé aquí un Kirie-eleyson de la casa del diablo», exclamó en cierta ocasión indignado después de haberlo cantado sus alumnos.

Encontrele un día saliendo de Santa Genoveva. El Salutaris que habían cantado le desconcertó de tal manera, que ni siquiera me reconocía cuando le saludé. Únicamente contestó á mi saludo: «¡Oh monstruos! ¡Oh bestias! me han deshecho las entrañas», y continuó su camino rascándose frenéticamente las orejas.

El Conservatorio no le quería bien, pero en cambio él odiaba con toda su alma al Conservatorio. De lo cual nacía un odio grande por la música instrumentada y los instrumentos. «¿Cómo es que con vuestro gran amor á la música no componéis algo para el piano ó para algún instrumento de vuestro agrado?»—«¿Y quién se ocupa de todo esto?» respondió en el tono más irónico y despreciativo que se pueda concebir.

Pero en cambio, si despreciaba los instrumentos, una hermosa voz le seducía. Una noche, estando en la cama, oye una voz clara y sonora en la calle; sale del lecho, se cuela un batín y con un frío cervical se echa á la calle, encontrándose que la mujer cuya voz le había cautivado estaba medio borracha y hablando con dos soldados. «¡Qué lástima! dice, hubiera sido una de mis mejores discípulas».

En uno de esos viajes á Picardía, encontró á un muchacho con preciosa voz de tenor, y le condujo á París consigo. El encargado del establecimiento donde él estaba, le dijo: «Esta sí que es buena adquisición, será un discípulo que pagará bien la casa». —«Ánima vil y miserable, dijo Chorón fuera de sí. Te hablo de un tenor y no de dinero».

Se había empeñado, entre otras cosas, en introducir el canto en la Armada. Su bello ideal era dar un concierto á diez mil voces en el Campo de Marte.

Tal actividad y aquella imaginación tenía que acabar por fuerza con este hombre aun cuando hubiese sido un temperamento de hierro.

En medio de los atroces dolores de una enteritis y una pleuresía aguda, este extraordinario monomaniaco de lo que más se lamentaba era de no haber popularizado bastante el canto en Francia.

El día antes de su muerte le decía al doctor: «Reflexionando sobre mi negocio, veo que la gran dificultad es armonizar correctamente mi dolor de costado con mi respiración; por de pronto ya he conseguido armonizarlo con la tos». Y al cabo de un rato díjome serenamente: «¿Sabéis quién es Palestrina?»—«Uno de los grandes maestros de la escuela italiana».—«Él y todos los demás, respondió con calor. Acordaos de esto que ahora os digo y hacedlo saber, porque es una idea nueva. Imaginaos un inmenso océano en el que las ondas se mecen con calma y majestad: esto es la música antigua. ¿Por otro lado veis este mar de olas montañas que suben al cielo para bajar al abismo? Pues bien, Palestrina es el punto intermedio de confluencia de estos dos océanos, es el Racine, el Rafael, el Jesucristo de la música».

del continuo trabajo de imaginación á que vive sometido el arte en todas sus manifestaciones.

De lo estudiado se deduce, que esta tensión continua del entendimiento de los fanáticos, ya sea de la imaginación, ya de la razón, ha de ser altamente perjudicial á la salud. Y así es efectivamente; tanto, que nadie desconoce al místico, ni al político dominado por su pasión, ni al hombre estudioso. Todos llevan un sello especial de demacración y de palidez, que si no es característico precisamente de estos estados, cuando menos, está directamente relacionado con la desnutrición general que el organismo sufre siempre y cuando vive una vida de espíritu activa en demasía.

Siendo, pues, de tanta trascendencia la influencia de los fanatismos, que conduce á la locura á los cuerdos y demacra los cuerpos sanos, ya comprendéis que toda tentativa para demostraros cuán dañinos son, resultaría pesada. Mucho criterio para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

ESCEPTICISMO

RELIGIOSO, SOCIAL, MÉDICO

Imaginaos la soledad más espantosa y el vacío más perfecto; la negación absoluta: este es el escepticismo. ¿Os parece posible la vida dentro de una densa niebla que no sirve más que para ofuscar el entendimiento y el corazón sin ofrecerles punto de apoyo de ninguna especie? Ciertamente que no. Pues, sin embargo, aseguran algunos que hay escépticos.

Pero no es ni puede ser cierto, como dice muy bien S. Catalina. El filósofo, ó no filosofa ó admite por necesidad algunas verdades; la negación no puede servir para establecer la razón de las cosas, creará siquiera en el yo humano, aceptará cuando menos el *cogito ergo sum*: el físico claro está que tiene que fundar sus descubrimientos sobre las leyes inmutables de la naturaleza; el banquero no ha de aventurar sus capitales sin conocer el camino que llevan y el término á que pueden llegar; es decir, que aun tratándose de incrédulos, el filósofo cree en la supremacía del yo, el físico cree en las leyes de los cuerpos, el banquero cree en las ventajas del negocio, de lo cual resulta que todos creen, y todavía resulta más, que todos tienen fe: el filósofo racionalista en la razón humana, el físico naturalista en la materia, el banquero en la operación, y no es una fe tibia y endeble, sinó ardiente y vigorosa, y porque el filósofo y el físico y el banquero emplean toda su fe en el respectivo objeto mencionado, y porque destierran de su cabeza y de su corazón toda idea y todo afecto que no hala-

que sus instintos, y porque se adoran á sí mismos adorando á sus propias obras, y esta adoración les basta; por esto cabalmente aparentan negar verdades que no han considerado y rechazar doctrinas que les parecen aborrecibles, porque están en un lenguaje que no comprenden y señalan un punto á donde no alcanza su alma, aplanada bajo el poder de los sentidos y presa en el estrecho recinto de la materia.

El verdadero escéptico no existe ni puede existir entre nosotros, porque el hombre que piensa, cree por fuerza en algo. Pero si no existe el verdadero escéptico, existen multitud de gradaciones del escepticismo que dan la apariencia de escépticos á los que se dejan seducir por ellas, y son entre éstas las de mayor importancia: el escepticismo religioso, el social y el médico.

Por los capítulos precedentes habéis podido iniciaros, aunque de una manera superficial, en la historia de las religiones, y de ser así, también habréis observado, que todas se fundan en creencias, que todas tienen su fe, ya de una manera encubierta, ya de una manera explícita; esperan otra vida y la esperanza arraigada de que se premian las buenas acciones en otra vida mejor. ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué la humanidad, en todos los países, desde su cuna ha creído? ¿Por qué no encontramos algún pueblo que haya vivido en el escepticismo religioso? Porque la idea de Dios se impone por sí misma y nadie vive en la tierra sin levantar la vista al cielo cuando una catástrofe de sentimiento le arrolla y derrumba. Porque no hay quien resista la travesía en este mar proceloso, sin esperanzas de llegar al faro de salvación. «Porque todos los hombres tienen necesidad de sentir» (1).

¿Cuál es el desdichado cuyo corazón no vibra á su manera aun cuando sea éste el más cruel de los tiranos? ¿No recordáis

(1) H. Avoine. (*Du sentiment moral et religieux*. París, 1886).

á Nerón, este monstruo de bárbaro cinismo, ávido de sed de simpatía de los romanos, mendigando los aplausos del pueblo en la escena? ¿Olvidasteis los sangrientos dramas á que dió lugar la desgraciada Fredegonda, cuyo carácter y crueldad de acero dominó el amor de un hombre?

.

El hombre no puede vivir sin sentir, y quien siente, cree en Dios. Ya existe alguien que descuida la idea de este Dios hasta el extremo de olvidarle mientras no le necesita, quien no cree en apariencia más que en aquello que su razón le hace palpar claramente, quien todo pretende explicarlo por las evoluciones naturales de la materia, en donde, en su sentir, empieza y acaba la vida y sus manifestaciones; pero estos son estados transitorios del espíritu fundados en la ignorancia pretenciosa de algunos llamados sabios, ó en la osadía y atrevimiento de algunos ignorantes; que desaparecen al choque del primer contratiempo serio de la vida.

En vano el orgullo del hombre y su natural espíritu de independencia le hacen ingrato para con Dios, en vano huye de la imagen de aquel, cuya vista por su grandiosidad le humilla; donde quiera que vaya, le tendrá delante, donde quiera que esté, le ha de sentir en todas las manifestaciones de la naturaleza.

Pero si no existen escépticos en religión, pues no hay ateos, existen escépticos en sociedad y en medicina.

El hombre crece y se desarrolla entre contrariedades, y tantas y de tal naturaleza son las luchas que tiene que sostener en la vida y tan numerosos en algunos casos los desencantos que coronan sus esfuerzos y aspiraciones mejor encaminadas, que en llegando á cierta edad y al compás de los años, la indiferencia por todo y para todo se desarrolla de una manera prodigiosa. Empieza por dudarse al principio de la bondad y sinceridad de los hombres, niégase luego el

valor de la amistad, y más tarde siquiera se atreve uno á creer en su propia familia, quedando el desgraciado que se deja seducir de este modo de ver y apreciar las cosas; sumido en una especie de salvajismo social. Aislado en medio de sus propios pesares y goces, lucha constantemente, retorciéndose sobre sí mismo, no encontrando más que el vacío en todas partes y no sintiendo más que frío y soledad en torno suyo. Desgraciado que duda de su propia sombra, y sin darse de ello cuenta, ve en cada hombre un enemigo; como un marido celoso ve un rival en cada semejante suyo; y así como á éste, á fuerza de ridiculeces, suele acontecerle que el que no era rival, acaba por serlo, al otro no es mucho se le convierta en enemigo una persona perfectamente indiferente.

Esta hipocondría social es un martirio. Los hombres son muy malos en algunos casos; pero los hay buenos, muy buenos, mucho mejores que nosotros mismos; y si bien no está de más que miremos con reserva al amigo advenedizo y no confiemos en todas ocasiones ciegamente en la familia, podemos abrigar la seguridad de que no representamos nosotros una perla escondida en la concha social, sinó que no somos más que medianejos como condiciones morales y materiales. Eso de imaginarse gratuitamente, ser un modelo de la humanidad, no deja de parecerme en extremo soberbio y ridículo á la vez. ¿Por qué razón, siendo hombres como los demás, con todos los defectos y todas las ventajas, no hemos de encontrar entre nuestros semejantes quien nos iguale en corazón, en nobleza de sentimientos y en hidalguía, y hasta nos aventaje en algunos casos? Bien lo dice el refrán castellano: Vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga del nuestro.

No lo dudéis, los hombres no son tan perversos como se os figura á primera vista; quien es en muchas ocasiones verdaderamente imposible en todos sentidos, es aquel que se aísla de esta manera, porque con razón ó sin razón para

hacerlo en determinados casos, siempre resultará intratable; y como no vivimos entre ángeles, ya se comprende que para vivir en sociedad, es un sagrado deber tolerarse los unos á los otros.

Pretender la perfección de los demás para satisfacer nuestras necesidades, es mucha pretensión, y si en lugar de ocuparnos luchando y gastando fuerzas contra los defectos de los otros, nos detuviéramos ante la consideración y estudio de los nuestros, amoldándonos con bondad y tolerancia á los de los demás, nos parecerían indudablemente mejores los hombres, cuando real y positivamente quien habría mejorado seríamos nosotros. Hagámoslo así y creeremos en nosotros semejantes y tendremos más y mejores amigos.

La amistad y la familia son dos recursos poderosos de la vida que ningún hombre sensato puede rechazar. Queriendo á alguien, se sufre menos en el sufrimiento y el peso de las realidades no se nos echa encima con tanta dureza. Los sufrimientos son pequeños siempre si tenemos quien nos ayude á compartirlos; que cuando una mano amiga seca nuestras lágrimas, se desahoga el corazón de una manera inexplicable. El cariño, sabe todo el mundo que es medicina que si no cura, cuando menos, alivia siempre todos los males, ¿por qué nos empeñamos en huir de él? ¿Por qué dudamos de su existencia cuando tocamos sus efectos? ¿Qué sería de nosotros si nuestra madre nos hubiese abandonado cuando nacimos, si con cariñosa abnegación no hubiese dirigido nuestros primeros pasos y á la que recurrimos cuando las penas rebasan la capacidad de nuestro corazón, penas que recoge con avidez, descargando así nuestro pecho? ¿Qué hubiéramos hecho de nuestra débil organización física y moral de la infancia si no la hubiésemos podido escudar en el cariño de la familia? Este padre, viejecito ya, que desde un rincón del hogar con su sombra todo lo pacifica y armoniza, y con su corazón lo

perdona, que adora hasta nuestros defectos, ¿acaso obra así para explotarnos? Y aquella mujer depositaria de nuestro amor y sufrimientos, y aquellos angelitos que nos acarician con sus manecitas, ¿acaso fingen? Y á este amigo desinteresado confidente hasta de nuestros secretos, que se alegra cuando somos dichosos y llora nuestras desgracias, ¿acaso no le debemos agradecimiento?

Que hay padres y madres y hermanos y esposas é hijas y amigos que no quieren ni saben querer como nosotros queremos, ni sienten ni saben sentir como sentimos. ¿Qué significa después de todo? Nada, porque el mundo no es de detalles, es de conjunto; y la ley de la humanidad, como todas las leyes, tiene sus excepciones, aparte de que muchos hombres no son malos por su propia culpa, sinó porque así los ha formado la sociedad.

Huyamos, pues, de este escepticismo social, que sobre ser una mordaza á nuestro sufrimiento, nos condena á vivir aislados de todo el mundo. Disimulemos nuestros defectos y perdonemos los de los demás, y nos parecerá verdadera la amistad y la familia.

Esta conducta ha de resultarnos materialmente hablando, más ventajosa aun que bajo el punto de vista moral; pues aislados con nuestros propios pesares, sufrimos doblemente y este sufrimiento á la corta ó á la larga se refleja por fuerza en nuestro sistema visceral, y más tarde en toda nuestra organización.

Así como la demostración de que el escepticismo social no tiene razón de ser, es corta y evidente, no sucede lo mismo tratándose de la del escepticismo médico, que por desgracia tiene sectarios decididos entre personas de verdadera ilustración y talento.

El Dr. Bejarano ha hecho su descripción en un precioso discurso del cual transcribimos con gusto muchos párrafos:

«Para estudiar y practicar convenientemente la medicina es menester creer en ella», y esto lo dice el antes citado autor, por lo que al médico se relaciona; que por lo que atañe al enfermo, podríamos decir más, podríamos añadir: para curarse, es en muchos casos preciso tener fe en la medicina, creer en ella.

»Y esta llaga médico-social de que nos estamos ocupando, es tan antigua como la ciencia misma; no es como algunos suponen el fruto de la perversión y la ingratitud de nuestro siglo».

No; la historia de la desconfianza en los médicos y su ciencia, reconoce un origen muy antiguo, y no porque esta ciencia haya sido realmente más defectuosa que las demás en la manera de desarrollarse y evolucionar, sinó más bien porque sus defectos atacan en lo más íntimo el egoísmo de los hombres, es por lo que á ella se han dirigido todas las censuras, sin perdonar la más ligera de sus imperfecciones, cuando han pasado desapercibidos muchísimos errores de otros ramos del saber humano.

«Los epigramas de Marcial, escritos hace diez y ocho siglos, ya maltrataban á los médicos; Plinio no nos era favorable; Petrarca, Molière y nuestro D. Francisco de Quevedo continuaron esta especie de tradición literaria; Rousseau y Montaigne no se inspiraron en nuestra época para forjar sus violentas diatribas contra Bordeu y otros famosos médicos; el P. Feijóo escribió hace más de cien años sus ruidosos discursos contra los hijos de Esculapio; el historiador Kurt-Sprengel, que proclamó el escepticismo como meta de los estudios médicos, no era de nuestra época; el Dr. Martín Martínez, autor de la *Filosofía escéptica*, fué contemporáneo y colaborador del P. Feijóo: nada, pues, de esto, que sucedió hace muchos años y que sólo por la historia conocemos, puede con justicia atribuirse á nuestro siglo.

»La generación actual no ha creado efectivamente el escepticismo en Medicina: seamos justos; pero á fuer de justos, consignemos también que, si no le ha creado, ha hecho algo que es aún más censurable que la paternidad de semejante aberración de la inteligencia: le ha cambiado de forma y de caracteres de tal modo, que lo que fué vanal entretenimiento de poetas y reflejo de frívolas preocupaciones de sus épocas en manos de Marcial, de Molière ó de Quevedo; lo que fué con Montaigne y con Rousseau la expresión del despecho que sentían por ver incurables sus propias dolencias, cosa que á la verdad debe inspirar más compasión que enojo; lo que en Kurt-Sprengel debe considerarse como una deplorable perturbación mental, nacida del exceso de sus profundas disquisiciones históricas; lo que el reverendo Feijóo y el escéptico Dr. Martínez elevaron á la categoría de cuestión en alto grado filosófica, sujeta á términos silogísticos precisos y digna de fijar la atención de los hombres pensadores, ha pasado á ser en estos últimos tiempos, ya la bufonada soez, ya el insulto grosero, ya la agresión brutal, y siempre un doloroso sarcasmo y una amarguísima decepción para los que somos víctimas de la más negra de las ingratitudes, de la más notoria de las injusticias.

»Semejante acusación dirigida á la sociedad en que vivimos, necesita sostenerse con pruebas, y vamos á darlas bien cumplidas.

»Examinando sin pasión ni encono los móviles que en las distintas edades han impulsado á algunos hombres de reconocido valer y mérito para esgrimir su pluma contra la ciencia médica y contra sus representantes y dispensadores, encontraremos seguramente, bien en el estado de ánimo de los detractores de la Medicina, bien en el escaso grado de cultura de los siglos, ó ya también en los lunares de la misma ciencia y en las flaquezas de sus hombres, alguna

atenuación que dulcifique la parte acerba, inherente á toda violenta censura. Pero cuando de este análisis pasemos al estudio del escepticismo de nuestros días, del escepticismo del año 1888 en que vivimos; cuando examinemos el raquítico y vergonzoso aspecto bajo que hoy se presenta, y la sinrazón con que se nos acusa, dada la situación floreciente en que la Medicina se encuentra, y que también demostraremos, toda nuestra magnanimidad será poca y no alcanzará probablemente á disculpar á la actual generación de los desafueros que contra nuestra ciencia está cometiendo.

»Los desahogos poéticos que Marcial, Petrarca, Molière, Quevedo y otros innumerables vates de menos importancia se permitieron en sus buenos tiempos contra la Medicina, poca atención merecen para nuestro objeto y ninguna significación encierran: á los poetas, como á las damas, les está permitido todo, y no hemos de ofendernos por sus genialidades. Existe una especie de tradición literaria en virtud de la cual no hay novelista ni poeta que no ensaye su numen contra los pobres médicos, como no hay tertulia ni reunión donde la Medicina no comparta con la moda y el estado atmosférico el privilegio de la conversación de una sociedad frívola y desocupada. Aunque nos duela que cosas tan graves y serias sean tratadas con tanta ligereza é impremeditación, no somos aprensivos ni susceptibles, hasta el punto de creer que este superficial escepticismo haya influido, ni pueda influir, de un modo decisivo, en la próspera ó adversa fortuna de la Medicina.

»No opinamos igualmente respecto del escepticismo de Montaigne y de Rousseau (1).

»Montaigne padecía mal de piedra, para cuyo alivio había

(1) «Y unimos estos nombres, separados en la historia por un intervalo de dos siglos, dice el Dr. Bejarano, en razón á la identidad de criterio que tenían estos dos personajes en asuntos médicos como en todos los demás».

recorrido inútilmente todas las estaciones balnearias de Europa, y consultado en balde con los más famosos médicos, y á pesar de toda su filosofía, no pudo resistir á la tentación de negar la certeza de nuestro arte en su libro titulado *Ensayos*, en el cual demostró cumplidamente su odio á los médicos, no menos que su valor y su estoicismo.

»El Dr. Lallemand ha explicado perfectamente el escepticismo de Rousseau y las diatribas que en sus *Confesiones* dirigió al célebre Borden, por la influencia que sobre su espíritu ejercía el vicio de conformación con que vino al mundo. Culpaba á los médicos y á la Medicina de lo que sólo era obra de la naturaleza.

»¿Sería caritativo, dicho esto, tomar represalias del daño que estos filósofos hicieron con su pluma á la causa de la certidumbre médica?

»En modo alguno, y con tanto menor motivo, cuanto que los mismos médicos no estamos exentos de dejarnos arrastrar por la corriente del escepticismo al ver incurables nuestras propias dolencias ó las de nuestras familias: la historia registra muchos casos de médicos que ante la tisis ó una angina de pecho desfallecen en su fe y sienten abandonar sus fuerzas. Bayle y Laennec, por su inteligencia privilegiada, son raras excepciones de energía moral.

»Esto, más bien que vituperio, debe inspirarnos lástima. Es tan difícil para el hombre, por muy filósofo que sea, hacer abstracción completa de su personalidad en sus propios juicios, y tan difícil, aun para el mismo médico, resistir á esta especie de venganza del amor á la vida engañado, que tan naturalmente conduce al hombre á la negación de una ciencia cuyos beneficios no le alcanzan; encierra esto tanta sublimidad y tanto dolor, que sólo nos atrevemos á desear á los desgraciados que tales tormentos sufran, la compañía constante de estas dos virtudes teologales: *fe y esperanza*.

»Examinemos con el merecido detenimiento el escepticismo de Kurt-Sprengel: no se trata ya de un poeta ni de un literato, sino de un médico distinguido y de uno de los más sesudos y eruditos historiadores de la ciencia médica; su opinión no puede, por lo tanto, ser recusada por inducta.

»En su *Historia pragmática de la Medicina* ha consignado Sprengel con repetición esta desconsoladora máxima, que es como la síntesis de sus últimas ideas: «El escepticismo en Medicina es el *desideratum* de la ciencia; el partido más prudente consiste en ver con indiferencia todas las opiniones sin adoptar ninguna».

»Semejante conclusión del gran historiógrafo entraña la idea de que la lectura y el estudio de las vicisitudes y trabajos por que ha pasado la Medicina á través de los tiempos, conducen necesariamente á la negación de la ciencia misma que se cultiva, lo cual, por muy doloroso y triste que sea, y por más que lo consideremos exagerado, no deja de tener un fondo de verdad innegable.

»¿Qué peligroso es efectivamente descender en Medicina el velo del pasado! El ánimo se tortura, la razón vacila al ver el turbulento remolino en que la corriente del tiempo ha arrastrado á la ciencia de las ciencias, que después de sesenta siglos de constante lucha, aparece aún fatigada é inquieta, empeñándose en llegar, cual otra Sísifo, á la elevada y serena región de la verdad, sin que logre de su vano empeño otro resultado que el de que se la considere como eterna Penélope, que hoy desteje lo que ayer tejió.

»Hojeando la historia de nuestra ciencia, la contemplamos mística en los tiempos de los Asclepiades; materialista luego con Asclepiades de Pruso y Boërhaave; vitalista, con Hipócrates y Barthez; animista, con Sthal; química, con Paracelso, Silvio y Van-Helmont; fisiológica, con Cullen y Broussais; humoral, con Galeno; solidista, con Baglivio; em-

pírica, con Acrón; dogmática, con Thémison; cabalística y mágica, con Agripa; matemática, con Borelli y Bouillaud; escéptica, con Sexto, con Leonardo y con el citado Sprengel; y al contemplar tal cúmulo de contradicciones, y al observar que en los tiempos presentes subsisten aún vivas tan encontradas teorías, aunque disfrazadas con ropaje nuevo, ocurre naturalmente preguntar:

»¿Hasta cuándo durará este flujo y reflujo, alternativa extraña de adelantos y de retrocesos? ¿Cuándo se cerrará la era de la inconstancia y de las veleidades humanas? ¿Qué mal espíritu se ha complacido en llevar á la Medicina de error en error, y de extravío en extravío? ¿Acaso la naturaleza cambia á cada generación? ¿No son eternas é inmutables sus leyes?

»La razón humana, al detenerse á contemplar sus extravíos, consignados en el libro de la Historia, siéntese raquítica y enervada; desconfía de sus fuerzas, y temerosa de análogas decepciones, no se atreve á intentar nuevos ensayos, y se deja invadir del desaliento. Por esto se explica, aunque no se disculpe el escepticismo en que cayó el historiador Sprengel, y el en que han caído otros muchos médicos.

»Pero si nos explicamos el escepticismo de Sprengel, no podemos del mismo modo disculparle: dejar inerte al pensamiento y entregarse al indiferentismo y la atonía, por la posibilidad de incurrir en errores, sería lo mismo que sujetar los músculos á la inacción más completa y prescindir del movimiento, por la posibilidad de caerse, ó á dejar de comer, por temor de indigestiones, ó á suprimir los medicamentos, porque en su mayoría son venenos administrados á grandes dosis. Semejante proceder no es cuerdo: la humanidad, como el individuo, aprende á andar cayendo, y la sabiduría consiste en que estas caídas no sean infructuosas y sirvan de saludable enseñanza para lo futuro.

»Cuando se habla de Fr. Benito Jerónimo Feijóo, tiemblan las carnes de los médicos al solo recuerdo de los soberanos vapuleos que el reverendo benedictino descargó sobre las espaldas de los Galenos del pasado siglo. Pocos escritores, y de la talla de Feijóo tal vez ninguno, nos habrán atacado con más denuedo y valentía. Y, sin embargo, separándonos en esto bastante del común sentir de los críticos, no podemos menos de confesar que el buen Padre hizo con su escepticismo un gran favor á la humanidad y á la misma Medicina.

»Leyendo sin prevenciones los diferentes discursos de su *Teatro crítico*, en que se ocupa de asuntos de nuestra profesión, descubrimos en el fondo de sus aceradas censuras, que éstas no se dirigen contra toda la Medicina, y menos aun contra todos los médicos, sinó que combaten tan sólo los sistemas exagerados y la ridícula terapéutica, que tan en boga estuvieron en los comedios de la última centuria. El exceso de sangrías, purgantes y enemas, que entonces se usaban por los prácticos con verdadero furor y ensañamiento; la administración del oro como cordial; el uso terapéutico de la piedra bezoar; los retumbantes epítetos del jarabe áureo, agua angélica, píldoras, *sine quibus*, etc., etc., esto es lo que combatió y lo que ridiculizó el gran benedictino, animado por el laudable deseo de librar á su siglo de los errores y preocupaciones que tan atrasado le tenían. En análogo sentido escribió, con no menos causticidad, contra la ignorancia de sus hermanos los frailes, contra las licencias del clero, contra los exorcismos y falsos milagros, y contra todo aquello que á su recto criterio repugnaba. No hubo, pues, apasionamiento ni singular odiosidad contra la Medicina, como algunos suponen, en sus acerbas críticas.

»El ilustre escritor de quien nos ocupamos, prestó un señalado servicio al progreso médico de su tiempo, no por lo que edificara, sinó por lo que destruyó. Mejor, más satisfacto-

rio y honroso hubiera sido que la reforma que inició el monje benedictino la hubiera iniciado un médico; pero en España, como dice el historiador Lafuente, siempre ocurrió que para que las cosas vayan bien, hay que encargarlas á personas ajenas á la profesión; por eso los frailes han escrito de Medicina y los médicos de Teología. Pero, aparte de esto, la verdad es que el escepticismo médico del P. Feijóo fué un escepticismo provechoso, y ¡ojalá que el de nuestros días, ya que existe, se pareciese al del Maestro general de la Orden monástica de San Benito!

»En cuanto al Dr. D. Martín Martínez, contemporáneo de Feijóo y autor de la *Filosofía escéptica*, y en cuanto á los demás filósofos, médicos y no médicos, que en las distintas épocas han dudado de la veracidad de la ciencia, planteando la cuestión en el terreno puramente especulativo, no hemos de permitirnos decir nada; cuanto dijéramos sería un vergonzoso plagio de las ideas consignadas por el gran Cabanis en su inmortal opúsculo *Sobre el grado de certidumbre en Medicina*, cuya sana doctrina es, por fortuna, familiar á todos los profesores. Volviendo contra los enemigos de la ciencia sus propias armas, el Dr. Cabanis triunfó gloriosamente ó de todos ellos con aquella modesta, pero grande obra, que bien merecía ser declarada de texto para la enseñanza de la *Moral médica*, si esta asignatura se hallara comprendida en el plan de estudios de nuestra carrera.

»Hemos pasado revista á las diferentes opiniones de los prohombres del escepticismo médico de todos los tiempos, y según nos proponíamos al comenzar este análisis retrospectivo, creemos haber encontrado la atenuación, sinó la disculpa de su falta de fe y de sus declamaciones é invectivas.

»Hora es ya de que hablemos del escepticismo médico de nuestros días, para el cual reservamos todos nuestros rigores, que nunca serán tan fuertes como su sinrazón merece.

»De cuestión en alto grado filosófica, el escepticismo en Medicina ha pasado á ser una cuestión social, que se presenta hoy, no con la calma y mesura propias de los problemas especulativos, sinó con la agresión y la injusticia que caracterizan á los desbordamientos de la insensatez y de la ignorancia de las masas. Antiguamente, los que no creían en la eficacia de la Medicina ó negaban su certidumbre, planteaban sus dudas ó sus negaciones en correcta formación, ajustándose á los preceptos de la lógica; y encastillados tras de sus argumentos, esperaban las razones del contrario; no de otro modo que se plantea y se ha planteado siempre la cuestión de la existencia del alma ó cualquier otro problema filosófico. Por lo que á la medicina respecta, solíanse presentar los argumentos bajo la siguiente forma:

»1.º Desconociéndose la causa de la vida, y siendo este conocimiento la base del arte de curar, ese arte flaquea por su base. 2.º El médico desconoce la naturaleza y causas de la enfermedad, y mal puede conocer los efectos. 3.º La Medicina no puede establecer reglas fijas, porque nada hay más mudable que la naturaleza. 4.º No conociendo la esencia ó naturaleza de los remedios que emplea, mal puede el médico saber qué efectos producen. 5.º La experiencia en Medicina es mudable é incierta y no puede servir de regla para la práctica. 6.º Si la Medicina estuviera apoyada sobre bases ciertas y sólidas, su teoría sería siempre la misma y no existiría tanta divergencia de pareceres. 7.º Aunque los médicos lo supieran todo, exigiría este conocimiento tanta penetración y tan grandes cualidades de todo género, que pocos hombres podrían reunirlos: resultando que la Medicina sería un arma ofensiva puesta en manos del charlatanismo y la ignorancia.

»Así se presentaba antes la cuestión del escepticismo en Medicina, y así la encontró Cabanis cuando la dió su colosal

batalla: tal vez hoy, este sabio, que tan á maravilla manejaba la dialéctica, no saliera del mismo modo victorioso; porque de tal manera han cambiado las cosas, que más que de armas lógicas, vamos á necesitar los médicos de armas blancas para defender nuestro terreno.

«Los médicos son unos embaucadores ignorantes que no saben todavía curar el cólera; que dejan morir á los tísicos; que no dan vista á los ciegos; que no conocen remedio para la vejez: ¡guerra á los médicos, que no han descubierto aún el secreto de la inmortalidad!»

»Bajo esta forma inculta, soez y descarnada se nos presenta á nosotros la cuestión; este es el grito, vil parodia de los de Montaigne, que escuchamos ahora por todas partes. El pueblo bajo ha compuesto con este grito, una marcha triunfal dedicada á los *Apóstoles*, que con tal epíteto designa á unos harapientos curanderos, procedentes de un centro espiritista de Sevilla, que en considerable número andan repartidos por esos mundos haciendo *curaciones prodigiosas* con agua magnetizada por la oración (!!); no se sabe si estos *hampones* descienden en línea recta de S. Juan de la Cruz ó de algún otro santo; pero ellos afirman que reciben directamente la inspiración divina y... el pueblo lo cree y los aclama con frenético delirio. La clase media no se atreve, *por decoro*, á buscar á los apóstoles en los inmundos antros donde prodigan la gracia divina; pero acude en cambio á proveerse de panaceas al lujoso gabinete de indoctos Doctores, mengua de nuestras Universidades, cuya morada borla debe estar descolorida de vergüenza. La clase aristocrática ¡ah! esa clase se lo permite todo; y ora sienta á su dorada mesa á los famélicos santones, ora arregla su estragado estómago con panaceas del doctor X., ó bien consulta sus achaques con algún distinguido homeópata, reclamando alguna vez los consejos de la medicina tradicional. ¿Qué clase falta? La aris-

toocracia del talento: los literatos, los abogados, los ingenieros..... Y ¿qué opina esta clase? Pues se deleita en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, en el cerebro de España, que así se le llama, oyendo las *ocurrencias* de cierto afamado bibliófilo que hace discursos contra los médicos, llamándoles ignorantes á boca llena, y diciendo que lo poco que saben se lo deben á la casualidad, no á sus estudios (1). Réstanos aún el juicio imparcial y sensato de la prensa, que protestará seguramente contra tanta ignorancia. ¡Protestar! Nada de eso. Se ríe y..... aplaude. Hasta la magistratura, la grave y seria magistratura que administra y reparte la justicia, se hace también cómplice de los ataques que están sufriendo el sentido común por una parte y la dignidad de una profesión respetable por otra, puesto que absuelve libremente y con pronunciamientos favorables á los ya célebres *apóstoles*, acusados de intrusismo por un médico, en tanto que carga su dura mano sobre infelices profesores envueltos por cualquier desgracia en una de sus desdichadas causas de *responsabilidad profesional*, que con más frecuencia de la debida se instruyen todavía para oprobio nuestro.

»Lo más irritante de la cuestión que nos ocupa, aparte de la grosera forma bajo que se presenta, es que solamente á la Medicina y no á otra ciencia alguna se dirigen las infundadas quejas y las estúpidas censuras que á nuestro arte se dirigen, como si las demás profesiones hubieran llegado ya á la suma perfección. Usando de un derecho perfecto y de unas mane-

(1) Alude el autor al jurisconsulto Sr. Torres Campos, que en la sesión celebrada el 7 de marzo de 1884 por la Sección de Ciencias naturales del Ateneo, consumió un turno de la discusión para decir, sin que el asunto viniera á cuento, que los médicos—sin excepción—eran unos *mata-enfermos (sic)*, y que eran además los *verdaderos inquisidores* de este siglo, con otras flores del mismo jaez y del mismo detestable gusto.

Los respetables Dres. Sres. Castelo y Alonso Rubio dieron cumplida contestación á este moderno Zolito de la Medicina.

ras más cultas y razonables, vamos á permitirnos dirigir á nuestros detractores algunas preguntas.

»¿Conoce el jurista todos los fundamentos del derecho y de la justicia distributiva, todas las formas y pruebas del crimen, ni todos sus ardides y subterfugios? ¿Acierta siempre á distinguir al inocente del verdadero culpable? ¿Sabe proporcionar el indispensable castigo al delincuente, evitando á la vez un rigor cruel y vengativo y una lenidad excesiva y cobarde? (1).

»¿Sabe el guerrero vincular en su espada la victoria y burlar siempre la estrategia y los ardides enemigos; atemperar debidamente los derechos de la paz y de la guerra, ni dominar con su ciencia y con sus cálculos el vigor de la constancia y el ímpetu del heroísmo?

»¿Acierta el estadista á mantener en constante equilibrio todos los derechos y deberes de los súbditos, á reprimir

(1) Acompañando al discurso que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia leyó en la solemne apertura de los tribunales el día 15 de septiembre de 1884, hemos visto en la *Gaceta* un cuadro sinóptico relativo á los recursos de *casación*, del cual se desprenden los siguientes desconsoladores datos:

En los negocios civiles fueron admitidos y fallados durante un año, 263 recursos por infracción de ley ó de doctrina legal, y 25 por quebrantamiento de las formas del juicio.

En asuntos criminales fueron admitidos y fallados por infracción de ley, 482 recursos, y por quebrantamiento de forma 92.

¿Cuál fué el número y la proporción de los recursos en que se casó ó anuló la sentencia, comparado con el total de los recursos admitidos? Las siguientes cifras lo dirán: en los asuntos civiles hubo que anular una sentencia de cada 4'45 de los recursos admitidos, ó en otros términos: de cada 100 sentencias, las Audiencias territoriales *erraron* ó infringieron las leyes y doctrinas legales, en más de 22 casos. En los negocios criminales sube de punto lo temeroso del resultado: de los 482 recursos admitidos por infracción de ley, se casó la sentencia en 199 casos, ó sea uno de cada 2'42 sentencias; ó sea más del 41 por 100 de sentencias casadas. En los recursos admitidos por quebrantamiento de forma, de las 92 sentencias, fueron anuladas 29, ó sea una de cada 3'17, ó en fin, el 31'52 por 100.

En los 21 recursos admitidos contra sentencias de pena de muerte, se anularon 4 sentencias, es decir, *erraron* los magistrados en tan grave materia, en un caso de cada 5 (1!).

Con ser el *Código biológico* bastante más difícil y mucho menos claro que el *Código penal*, donde todo está taxativamente marcado, los médicos no erramos tantas veces.

las demasías de la ambición, á hacer respetar el derecho de gentes, á conservar perpetuamente la suspirada paz universal?

»¿Ha llegado el astrónomo á descubrir todos los cuerpos celestes, á señalar sus órbitas, á predecir sus movimientos y revoluciones, á descubrir la substancia y naturaleza de sus manchas, de sus protuberancias y de sus masas?

»¿Tienen averiguadas el físico, el naturalista y el geógrafo todas las variedades de los seres de los tres reinos, sus propiedades generales y particulares, sus relaciones, sus movimientos, sus leyes, las calidades, las variaciones y la posición de los terrenos y de los climas, ni explican todos los fenómenos meteorológicos, todas las diferencias y anomalías de las estaciones, ni alcanzan á evitar las catástrofes de los volcanes, de las tempestades y de las inundaciones, de las sequías y de los huracanes?

»¿Ha fijado ya el químico el número de los cuerpos simples ni de los compuestos? ¿Conoce todas las combinaciones de los elementos, ni sabe descomponer todos los cuerpos ni recomponerlos en su primer estado?

»¿Ha llegado el matemático á realizar todos los cálculos, á despejar todas las incógnitas, á encontrar los métodos más breves, más seguros y más fáciles de resolver sus problemas? ¿Ha logrado ya su aspiración de llegar siempre á la verdad, y justificado plenamente el título de exactas que ha dado á las ciencias que cultiva? ¿Ha hecho ya todas las aplicaciones y desechado la insuficiente teoría de las aproximaciones, ni el falible cálculo de las probabilidades? ¿Ha reducido á una sola las diferentes categorías ó grados de certeza, convirtiéndolos todos en axiomas?

»Pues si en todas las ciencias encontramos tan grandes vacíos y tantos defectos, lo mismo en las que estudian hechos estáticos ó materiales, que en las que se refieren á los fun-

cionales ó dinámicos, ¿por qué se ha de exigir á la Medicina una perfección y una exactitud que las demás no tienen, y que en la nuestra será siempre más difícil de alcanzar por la variedad y la movilidad de los fenómenos vitales?

»Mas no se crea que, con esta serie de preguntas, tratamos de eludir la contestación de las que se nos dirigen, nada de eso; la Medicina se encuentra hoy en terreno firme y puede resistir la discusión.

»Empecemos haciendo concesiones. Es muy cierto que no hemos hallado aún el secreto de la inmortalidad, que es, por lo visto, lo que de nosotros se pretende; es más: estamos seguros de no hallarle nunca, porque los médicos tenemos la suficiente filosofía para considerar que la muerte y la vida, como el placer y el dolor, entran como factores de un plan providencial, cuyos designios en vano tratará de cambiar el hombre. Nacemos para vivir y vivimos para morir, en virtud de una ley inescrutable y eterna: todo lo que á esta ley tratara de oponerse sería impío, y la Medicina, por más que así la consideren muchos, no es impía.

»Pero si no damos la inmortalidad, hemos en cambio resuelto el problema de hacer más largo el término natural de la existencia y de disminuir el número de fallecimientos en una proporción tan asombrosa, que sólo los apasionados ó los que no entiendan de estadísticas podrán negar, y esto á pesar de que la *lucha por la vida* va siendo cada día más encarnizada, constituyendo una causa de mortalidad que hace por sí sola entre el proletariado más víctimas que todas las epidemias juntas.

»La historia de la Medicina está llena de enfermedades que ya no existen: en el siglo iv, y durante cincuenta y dos años, la *peste levantina* hizo en Europa 100 millones de víctimas en una población mucho más pequeña que la de hoy. En el siglo xiv arrebató la mitad de la población del globo: Vene-

cia perdió 70,000 hombres, y 60,000 Nápoles. Reapareció en 1720 en Marsella, y en Moscow en 1771; pero retrocedió bien pronto ante los progresos de la ciencia. Hoy ha abandonado á Europa para refugiarse en Arabia y Persia, donde encuentra en la miseria, la incuria y la suciedad sus naturales aliados.

»La *lepra*, que cubría á Europa en la Edad media hasta el punto de contarse en ella 19,000 hospitales de leprosos, ha cedido á las victorias de la higiene, y sólo es hoy un recuerdo histórico del que quedan pocos ejemplares.

»Y no se crea que pretendemos haber encontrado el medio de curar estas espantosas dolencias, no, pero hemos aprendido algo, que es mejor que curarlas: las evitamos.

»¡Qué injusticia tan grande la de la sociedad al desconocer y aun negar los beneficios que recibe de la Medicina! ¡Cuán cierto es que el hombre se olvida pronto del bien que le hacen, y que sólo guarda memoria del mal que recibe! La tempestad, que destruye sus mieses, deja indeleble huella en el ánimo del labrador; no así la benéfica lluvia, que asegura sus cosechas, y de la que apenas hace mérito. El descubrimiento del sulfato de quinina ha hecho menos ruido en el mundo que la invención del cañón Krup; el nombre de Jenner es menos conocido que el de Átila...

»Pero día llegará y tal vez no se encuentre muy lejano, en que se repare cumplidamente la injusticia que con nosotros se comete. Cuando logremos borrar de la patología las palabras *cólera*, *difteria*, *tifus*, *paludismo*, como hemos casi borrado la palabra *viruela*, gracias al inmortal descubrimiento de Jenner, y como hemos borrado por completo la *lepra* y la *peste*; cuando esto suceda, que no será tarde á juzgar por el movimiento de avance que se nota en el campo científico, se devolverá á la Medicina la importancia de que hoy trata de privársela, y aunque la justicia sea póstuma, como todas

las de este bajo mundo, servirá al menos para demostrar á las generaciones venideras que no fué razonable ni prudente la conducta que se observa con nuestra profesión en las postrimerías del siglo xix.

»Y á todo esto no hemos dicho aún nada de los poderosos recursos terapéuticos descubiertos en estos últimos tiempos, ni de la perfección, eficacia y racionalidad de los tratamientos curativos que se emplean actualmente, ni de los admirables instrumentos de observación de que disponemos, ni de la importancia social cada día más extensa de la Medicina, ni de su misión civilizadora, ni de su intervención más necesaria ahora que nunca en la confección de las leyes, ni de otra porción de puntos interesantísimos que revelan la grandiosidad de nuestra ciencia, y de los que no podemos ocuparnos con la extensión necesaria, por más que tampoco nuestros mayores enemigos nos los niegan.

»Ya pueden convencerse, los que creyeran que la Medicina se encierra solamente dentro de los moldes de la Patología y de la Terapéutica, que la misión del médico es mucho más extensa, y que su campo de acción es dilatadísimo; como asimismo podrán persuadirse, al ver los nuevos rumbos que toma nuestra ciencia hacia la profilaxis, de que ninguna otra profesión la iguala en nobleza ni en desinterés, puesto que á la abnegación de colmar de favores á los mismos que niegan sus beneficios, une el desprendimiento que supone, la supresión, que intenta, de las enfermedades, que al fin y al cabo son el objeto de nuestro trabajo, y ellas nos proporcionan á bien duro coste los medios materiales de subsistencia. Como no falta quien tache á los médicos de interesados, sin duda porque no todos pueden poner á la puerta de su despacho el *Lūcri neglecti lucrū*, que se leía en el frontispicio de la casa de Fabricio de Aquapendente, y que tanta fama dió á este práctico, no será ocioso que transcribamos los siguientes pá-

rrafos tomados de un discurso del Dr. Benavente, que expresan á maravilla nuestro pensamiento:

»¿Se ha dado en algún tiempo el caso de que los fabricantes y armadores de buques hayan escrito acerca de los peligros que corren los que viajan por mar, para que la gente no se embarque y camine por tierra siempre que sea posible?

»¿Ha existido ó existe alguna empresa de ferrocarriles que sostenga y defienda públicamente las ventajas de los viajes por mar, en diligencia ó coche de colleras, para no exponerse á los descarrilamientos y choques de los trenes?

»¿Dónde están los negociantes, los industriales, los artistas, las clases sociales, en fin, que peroran y escriben contra sus intereses, defendiendo la conveniencia y el interés de los demás?

»La clase médica es la única, aunque pese á los ingratos escépticos, que trabaja y escribe con la mayor abnegación y el más noble desinterés para evitar en lo posible las enfermedades epidémicas y comunes, para disminuir el número de las visitas y para mermar el fruto de su penosa y amarga profesión».

Pues esto que hace nuestra clase es una prueba evidente de que no sólo la Medicina está á la altura de las demás ciencias contemporáneas, sinó que además nuestra misión es un verdadero sacerdocio. La tarea que yo me propuse, al dar á la estampa este modesto opúsculo, es una prueba evidente de ello; la que me propongo en este capítulo, lo es otra á mayor abundamiento.

Creed que la fe es la vida, porque alimenta y vigoriza la esperanza; y la esperanza y la confianza son las medicinas más enérgicas de que dispone nuestro organismo.

ESPERANZA, FE, CONFIANZA, DESEO

Sepamos tratar á nuestro sér, como Rheil trataba á sus enfermos; entre sus manos podían perder la vida, pero la esperanza nunca.

FEUCHSTERLEBEN.

¿Qué es la esperanza? Virtud ó vicio, es un algo incomprendible que embarga por completo nuestro sér; un móvil cuya adquisición nos impele á obrar de nuevo para esperar de nuevo; un círculo sin fin que vamos recorriendo y en el que vemos un confuso límite, al cual nunca llegamos, pero siempre esperamos llegar; un presentimiento celeste, una parte delicada de nuestro sér, un yo ilusorio que no se deja avasallar nunca alimentado por el deseo de conseguir (1).

Estudad la vida bajo todos sus aspectos, recorred la escala social de arriba abajo y decidme quién es el que no vive esperando.

Ved al hombre de carrera trabajar con empeño y sin igual denuedo, para crear un nombre que honren presentes y venideros; al valiente campeón exponer su vida en rudo combate, con la esperanza de obtener el lauro de la victoria; al

(1) Los paganos prestaban culto á la esperanza, que bautizaron con el nombre de Elpis y á la cual consideraban hermana del sueño, que aminora los pesares, y de la muerte, que concluye con todo.

Asimismo se dió culto á la fe, deidad de origen sabino, representada por dos jóvenes vestidas de blanco dándose las manos, símbolo de confianza y buena fe.

infeliz que, cosido al grillete, en oscuro calabozo aun espera; al sér más miserable y ruin si se quiere; siempre encontrareis al hombre, tanto en la felicidad como en la desgracia, lo mismo en la opulencia que en la miseria: con un ideal, un sueño por realizar, viendo en lontananza el vaporoso esquema de la dicha.

Esta parte celestial de nuestra existencia, que sólo muere con nosotros, es el alimento más positivo del espíritu humano. Fundada ó no fundada, de su ardiente llama se nutre la vida ficticia de la felicidad, y de tal manera se nos identifica, que asociándose á los pensamientos, á las ideas, á las acciones y hasta al más insignificante de los actos de la vida, sólo se extingue con el último suspiro. Cuanto se ve y agita en torno nuestro, todo vive al calor de este ideal compañero inseparable de las realidades de la vida, sagrado fuego que mantienen solícitas vestales en aras del deseo.

Sólo puede ser relativamente feliz, aquel que vive alimentando una esperanza. Sólo puede aspirar á la dicha aquel que siente un ardiente deseo de alcanzar algo noble, algo desinteresado; aquel que como dice muy bien Feuchtersleben, olvidándose á sí mismo, aspire con energía á un fin digno de su actividad. Nadie acaba con sus esperanzas sin acabar con su vida. El último latido que dé nuestro corazón será siempre al isócrono de la última esperanza que concibamos. El hombre no puede vivir sin un ideal; es preciso hacer algo para no morir.

La esperanza preside y presidirá siempre los actos más insignificantes, así como los de mayor importancia de la vida. Y es su semilla tan vividora y terreno tan abonado el corazón del hombre para que allí germine, que en todas y cualquiera circunstancia de la vida la encontramos profundamente arraigada. El pobre alimenta la de ser rico, el enfermo la de curarse, el amante la de ser correspondido.

Trabajemos siempre con la esperanza en el corazón, vivamos siempre con el alma llena de esperanza, y soñemos esperanza, cuando el cuerpo descansa rendido por el trabajo y la fatiga del día. La vida no resulta carga tan pesada como parece procediendo de este modo, porque la esperanza la modifica en todas las ocasiones.

Y al decir esto, no pretendo como otro Brahma, encerrar en redomas transparentes y de una materia nunca vista, gérmenes de cosas inmatrimales é intangibles; pasiones, deseos, facultades, virtudes, principios de dolor y de gozo, de muerte y de vida, de bien y de mal (1), que á tanto no alcanza mi poder; pero sí acumular en vuestro corazón una dosis de resistencia para las contrariedades de la vida, capaz de haceros triunfar de ellas.

Á beneficio de este noble atributo del alma humana, se han visto desaparecer en algunos casos enfermedades calificadas de mortales. Cita Burgeois á este propósito un hecho curiosísimo, en su opúsculo titulado *Pasiones*:

M. D., de 36 años de edad, hijo de padre tísico y de madre nerviosa, padecía de tos hacía un año. La parte superior del pulmón derecho estaba llena de tubérculos crudos. Iban disminuyendo el apetito y las fuerzas. El día 12 de agosto de 1854 se presentó un vómito de sangre. Á pesar de los cuidados más asiduos, progresaban la demacración y el aniquilamiento.

Una señorita vecina suya hizole por caridad algunas visi-

(1) *Brahma*. Una de las deidades de la Trinidad india, que después de haber creado la luz y los grandharvas (especie de cantores celestes), encerróse en un santuario, apartado de todo movimiento, y allí se dedicó á la Alquimia, creando á Agnis, que es el espíritu de las llamas; Vajons, que ahulla montado en el Huracán; Varunas, que se revuelve en los abismos del Océano, y Prithirivi, que conoce todas las cavernas subterráneas de los mundos y vive en el seno de la creación.

Encerró luego en las mencionadas redomas todos los gérmenes de la vida para echar mano de ellos cuando los necesitaba, á medida que iba formando los mundos que pueblan el espacio.

tas para alentarle en su penosa enfermedad, acabando por cuidarle con verdadera abnegación. La bondad del enfermo atrajo las simpatías de la joven, que se complacía cada vez más en demostrarle su interés, por la triste situación en que se encontraba.

El corazón de M. D., impresionable aun, amó en seguida y á la par que aumentaba su afección moral, disminuía el mal físico. La compasión que había inspirado por parte de la enfermera, se había convertido en un sentimiento más tierno, y su amor satisfecho le devolvió la salud.

Del borde de la tumba pasó al lecho nupcial sin más medicina que un amor grande y dichoso.

El mismo Burgeois cita otro caso de muerte á consecuencia de una enfermedad de curso rápido y terminación pronta, á pesar de todos los medios farmacológicos empleados para combatirla.

La Srta. C., de 24 años de edad, se hallaba perdida-mente enamorada de un pariente suyo á quien había prometido ser su esposa. Circunstancias especiales se opusieron al cumplimiento de las promesas de ambos cónyuges, y el padre exigió la separación del amante.

Habiéndose ausentado, la joven cae en profunda tristeza. No habla ni come ni bebe. No quiere más que estar echada. Se suprimen las secreciones, la lengua se pone blanquecina, el pulso es muy frecuente y no hay calor en la piel. Á los quince días es grande la debilidad, y la demacración hace rápidos progresos.

Se agravan los síntomas, hay opresión, ahogamiento de cuando en cuando, algunos movimientos convulsivos en los brazos, piernas y mandíbulas. El peligro es inminente. Todas las medicaciones empleadas fracasan.

Los padres, asustados, llaman al amante, que se apresura á venir cerca de la enferma. Pero ya era tarde. El delirio, las

alucinaciones y luego el sopor anuncian un próximo fin. Muere á los 28 días de enfermedad (1).

La acción manifiesta de la esperanza, tanto en uno como en otro caso, es la misma que puede ejercer la confianza y la fe en las personas y las cosas.

El influjo que tiene sobre un paciente la presencia del médico que con la confianza en la cara y la sonrisa en los labios, augura un buen término á la enfermedad, es más grande que el beneficio reportado de la medicina más enérgica; al paso que es fatal para la salud de un paciente la imprudencia de aquel que osara advertirle la verdadera gravedad de una dolencia ó significarle el peligro de muerte.

¡Cuántos enfermos se alivian á la sola presencia del facultativo á quien ya conocen y con quien han simpatizado desde tiempo! ¡Cuántos que han enfermado separados de la familia, en fonda ó casa de huéspedes y que se hallaban abatidos y postrados en la cama, se curan rápidamente desde que llega una persona querida á prestarles auxilio!

He leído en un discurso de un reputado médico cuyo nombre no he podido averiguar, que Bouchut cita entre otros muchos casos de su clínica, el de una niña que, paralítica desde hacía mucho tiempo y tratada sin resultado por todos los médicos de la localidad en que residía, tenía vehementes deseos de que la llevasen al Hôtel Dieu de París, en donde esperaba curarse. Compadecidas de ella las señoras de la localidad, reunieron el dinero suficiente para trasladarla. En la visita de la tarde la ve el Dr. Bouchut y comprueba una parálisis completa de las extremidades inferiores. Á la mañana siguiente se sorprende el distinguido médico, cuando la Hermana de la caridad encargada de la sala, le dice que la

(1) X. Burgeois. Las pasiones bajo el punto de vista de la salud y de las enfermedades.—Tercera edición, trad. de J. Saenz.—1878.

niña se ha levantado de la cama aquella noche y cuando él mismo comprueba que la parálisis ha desaparecido. La fe en el Hôtel Dieu la había curado.

Yo no niego la posibilidad de los milagros, añade el mencionado autor, porque no puede negarla el que cree en un Sér supremo, que por el hecho de serlo, todo lo puede; pero opino sin embargo que muchísimos de los reputados como tales, no son más que un efecto de la influencia de lo moral sobre lo físico, y prueba de esto es que la fe ciega, profunda y absoluta y la confianza más indubitable es la condición precisa para que el agua de tal ó cual manantial, de esta ó de la otra fuente milagrosa, y la reliquia de uno ú otro santo, produzcan la curación de la enfermedad. La fe en estos casos es el todo, y así parece comprobarlo el que estos asombrosos hechos sean más comunes en las grandes peregrinaciones, en que el individuo, á más de su fe personal, lleva el entusiasmo que por el espíritu religioso que les anima se comunican unos á otros.

Y al hablar en esta forma de los milagros, no me guía la mezquina idea de atacar á los dados por tales por nuestra Religión católica, sinó á los milagros que han predicado y publican las religiones en general. De manera que nada tienen que refutar los ortodoxos á este trabajo puramente científico é imparcial.

Lo mismo los hechos milagrosos é historias misteriosas y tradicionales del Indostán entre los adoradores de la Trinidad india, hechos cuyo origen se remonta á la antigüedad incontable, y que todavía en la actualidad cuentan creyentes ciegos y fervorosos; que los sobrenaturales é históricos recuerdos que legara el Budismo y el Magismo y Sabeismo; que las apariciones, desapariciones y tradiciones milagrosas del Paganismo griego y romano, cuyo estudio mitológico es aún arma poderosa de la moderna poesía; que las inacabables

farsas de la vida de Mahoma y de Lutero; que los actos mágicos llevados á cabo por las brujas del siglo xv y xvi; que las inexplicables curaciones de estos apóstoles modernos que tal vez ejerzan aún su arte mágica entre nosotros; que en una palabra, multitud de hechos reputados como sobrenaturales por el vulgo, tienen su origen indiscutible en algunos casos verídicos, pero no milagrosos, sinó hijos de la influencia poderosísima del espíritu sobre la materia, hijos de la acción, de la fe en el medio empleado.

Y así, de igual manera que aquella paralítica del Hôtel Dieu que acabo de citar, multitud de otras dolencias encontraron su curación en el agua bendecida de los apóstoles de que antes hice mención, ó en un baño tomado en las sagradas aguas del Ganges ó á beneficio de una peregrinación á Cholula ó á la Meca, etc., etc.

¿Quién me negará que en todos estos casos la acción de la fe en la cosa, y no las propiedades de la misma cosa en sí, fueron la causa de las curaciones?

La fe puede mucho; más os diré, la fe en la medicina y en el médico contribuye en todos los casos en un treinta por ciento á la curación de la enfermedad, salvo aun aquellos en que la confianza en la persona á quien nos entregamos puede decirse que por sí sola lo hace todo. Y creed que sobre este particular pudiera citaros hechos de mi propia experiencia que, aunque poca, no deja de haberme suministrado buen contingente; casos de aquellos en que la fe en la ciencia lo hizo absolutamente todo y la medicina nada, porque yo tampoco la había dado con intención de que sirviera para nada, más que para sostener la fe.

¿Pues no veis á multitud de enfermos cuya ilustración perjudica más que favorece, á los cuales es preciso recetéis siempre el último alcaloide que ha visto la luz en los anales de la ciencia; á individuos que dicen con toda seguridad que por

lo mismo que son nerviosos, á ellos no les sientan bien más que las medicinas que contienen bromuro de potasio? Intentad calmarles una sobreexcitación á beneficio de otro bromuro, de un baño general templado, de una corriente eléctrica continua administrada en cierta forma; y quedaréis pasmados al ver el relativo fracaso de estos otros medios, que alguna vez fallarán por completo.

¿No conocéis á centenares de personas que todo lo curan con el Le Roy, ó con el sistema Raspail, ó con la hidroterapia, aunque se trate de enfermedades que nada, absolutamente nada pueden reportar de aquellas medicaciones, como no sea un perjuicio, y sin embargo, la curación en aquellos casos en que el organismo puede dar de sí, no sale apenas fallida? Y todos estos hechos, ¿á qué son debidos?

No lo dudéis un instante, á la fe; ya en los hombres, ya en las cosas, pero á la fe.

En otro orden de ideas, ¡cuántas enfermedades que corroen y minan las generaciones y cuya causa nos es difícil averiguar, que no acostumbran á confiarse á nuestra prudencia como debieran, son hijas de la debilidad de las esperanzas en el corazón, de la falta de confianza en los hombres y las cosas, del escepticismo moral en que vive y se curte el corazón á fuerza de desengaños! ¡Cuántos desgraciados mueren víctimas de dolencias que nadie diagnostica, aparte de las afecciones del corazón, del hígado, del estómago y del pulmón y otras muchas, cuya causa moral contribuye á su desarrollo y sostenimiento en $\frac{99}{100}$ casos! No lo dudéis, la muerte de las esperanzas como la de la fe, se reflejan en el funcionalismo de las vísceras más nobles de nuestro organismo. Y así tiene que ser, porque la máquina humana es demasiado complexa para regirse por las solas fuerzas de la materia. El cuerpo no puede estar sano con el espíritu intranquilo, y sin esperanza no hay tranquilidad en el corazón, y mejor aun,

sin esperanza no hay nada más que el vacío en todas partes.

Las moléculas y los átomos obran siempre y en todas ocasiones bajo el influjo de leyes físico-químicas, pero esto únicamente sucede y tiene razón de ser para estos elementos primordiales considerados aisladamente, cuando no están sujetos á otras fuerzas de mayor potencia. Mas estos componentes en el reino orgánico y con mayor motivo en el cuerpo humano, no sucumben á las leyes físico-químicas, más que cuando dejan de obrar las orgánicas. Y así como es evidente lo que acabamos de decir, lo es también que las orgánicas tienen una preponderancia manifiesta sobre las físico-químicas, y así nos explicamos ciertos hechos que de otro modo no tendrían explicación. Sólo así se comprende que el alimento más substancial de la vida orgánica sean las satisfacciones, y el tónico más activo la esperanza y la confianza.

Cuando esperamos, confiamos y deseamos, y estas esperanzas y deseos tienen un fundamento, nos sentimos animados de una manera inexplicable. Un calor suave se difunde por el cuerpo; las extremidades parece que esperan solícitas un orden de la voluntad para ponerse en movimiento, respiramos ampliamente y de un modo sosegado, y tan al isócrono de nuestras ideas late el corazón, que ni siquiera nos apercebimos de que lo tengamos dentro del pecho. Las ideas afluyen en abundosa cosecha á nuestra mente, y el cerebro, como cariñosa madre, las recibe sin abrumarse y las clasifica y ordena con singular cuidado. La razón se ampara luego de ellas estableciendo sosegados juicios y comparaciones, hasta que, imponiéndose á la voluntad, la ordena y ella al mismo tiempo que cumple, manda á un cuerpo que obedece y tiene fuerza y resistencia y agilidad para todo. Cuando una esperanza frustrada deja un momento de vacío en nuestro entendimiento y corazón, el cuadro es muy distinto. El hombre más animoso es presa de un abatimiento especial. Siente un

vacío en el alma que da intranquilidad. Abrumado por el peso de los pensamientos y de las realidades á la vez, apenas se atreve á respirar. El pulmón no toma la cantidad de aire que necesita para que se verifique de una manera completa la hematosiis, porque para él no es respirable la atmósfera de los pesares que nos rodea. El corazón, víscera noble por excelencia, no late al compás de las ideas, y de ello nos apercibimos en seguida. Le tenemos oprimido y como encerrado por fuerza en el pecho sin que pueda dilatarse entre tanta angustia. Este desarreglo, al principio nervioso, se convierte con el tiempo en orgánico. De esta desarmonía y de la preocupación de nuestro espíritu nace la inapetencia, y el escaso alimento que entra en el estómago, cae allí como cuerpo extraño á sus funciones porque el estómago no tiene la vida que necesita para su digestión: la vida congestiva está en el cerebro, y la vida nerviosa se la roban el pulmón y el corazón. La desnutrición general es la consecuencia inmediata á tanto desorden y la pobreza del cuerpo se refleja en el espíritu por contragolpe, de una manera tangible. No se piensa con vigor y entereza, no se razona. Parece como que la única idea que preocupe nuestro espíritu sea la de la esperanza frustrada, y si nos dejamos amilanar por ella, acabamos siendo su esclavo.

No. No lo seamos. El hombre no ha nacido ni para esclavo de una idea, ni para esclavo de las realidades más crueles de la vida. No sucumbamos al influjo de una contrariedad, y si viene, desafiémosla como se desafía el peligro, de frente. No huyamos, porque huir equivale á declararse vencido.

Cuando á pesar de todos los esfuerzos que hagamos, sea tan triste nuestra situación que nos creamos en el caso de vivir sin aspiraciones, sin acariciar esperanzas, sin soñar ideales, no hay que rendirse; al contrario. La grandeza de las almas, donde mejor se mide es precisamente en la desgracia.

Esperemos y lograremos; que el deseo, con ser hijo legí-

timo de la naturaleza, llegará á convertirse en realidad, y recordemos con Feuchstersleben, que no hay nadie en el mundo que un día ú otro no haya tenido una suerte repentina, una dicha inesperada. Pensemos en los caprichos de la fortuna y nunca desesperaremos. El recuerdo hará nacer las esperanzas y las alimentará.

«El fin se logra siempre que se emplean incesantes medios para conseguirlo, porque el deseo no es más que la expresión de la naturaleza en sus necesidades.

»Llamemos y nos abrirán la puerta. ¿No son muchos los ambiciosos que logran al fin y al cabo los honores y las riquezas que con ardor apetecieron? ¿Por qué, pues, no ha de ver satisfecha una modesta esperanza aquel que la conciba?»

Paciencia y esperemos siempre, que como dice muy bien un sabio filósofo, saber esperar, saber ver y saber querer, equivale á saber vivir.

VOLUNTAD, CARÁCTER

La voluntad es la llave de la dicha y del infortunio de la vida. Bien hacía Napoleón I en querer hacer borrar la palabra *imposible* del diccionario, pues si el refrán vulgar de «querer es poder», no resulta exacto en el sentido absoluto de la palabra, lo es evidentemente en el relativo.

Esta facultad característica del hombre, bien encaminada, es el punto de apoyo de todas las empresas de la vida que se ven realizadas. Y decimos bien encaminada, porque hay quien se empeña en querer imposibles. Por esto para la ambición no existe la felicidad práctica en la tierra.

Hay muy poca gente que tenga educada la voluntad, porque por lo mismo que depende de sí misma, es difícil subyugarla. Ello se consigue, sin embargo, robusteciéndola con el auxilio de la razón; facultades que obrando de común acuerdo, constituyen el carácter.

La voluntad y el carácter, á pesar de tener estos dos puntos de contacto, pueden llegar á ser en algunos casos, cosas muy distintas. Hay gente sumamente voluntariosa que no tiene siquiera sombra de carácter, siendo así que la gente de carácter reconocido, no tiene voluntariedades. Esta simulada antítesis no lo es positivamente considerada. En el primer caso, porque tener voluntariedades no es tener voluntad; en el segundo, porque dominar á su propia voluntad, equivale al *máximum* de ella.

Es la voluntad una energía que dispone de sí misma, porque es libre (1); una fuerza que nadie doma si se resiste á ser dominada; es la gloria y grandeza del alma, porque gracias á ella, el alma se pertenece á sí misma. Por medio de esta facultad se entrega á quien quiere, y por su intervención rechaza á quien le parece, hasta al mismo Dios.

Nuestra incompleta perfección es debida á este atributo del alma, y á buen seguro que á no poder querer de la manera que corresponde, es decir, como queramos, Dios no nos hubiera hecho responsables de nuestros actos. Desde el momento en que el Supremo Hacedor de lo creado, en su infinita sabiduría, nos hizo libres; nos dió esta libertad para que hiciéramos de ella lo que mejor nos pareciese, entendiéndose que podíamos querer bien y ver por tanto realizado lo querido.

«La voluntad, dice H. Reid, es el elemento principal de la atención», es decir, la más importante de las fuerzas psíquicas que contribuyen á nuestra felicidad ó desgracia por medio de este fenómeno; lo cual es facilísimo de comprobar, ya en sí mismo ya en otros individuos, así como la influencia de la atención sobre los demás estados del alma. El dolor más agudo se amortigua cuando se concentra seriamente la atención en otro punto. «Un conocido mío, dice el mismo Reid, cuando le sobrevenía un ataque de gota tenía la costumbre de pedir un juego de ajedrez por el cual era verdaderamente apasionado, habiendo podido observar que á medida que adelantaba la partida, se calmaban sus sufrimientos». Todo el mundo sabe lo que ocurrió al célebre Arquímedes en el sitio de Siracusa, y al sabio Mentelli. «¿Qué tiene que ver esta granada con nuestro asunto?» dijo Carlos XII de Suecia á su secretario, aterrorizado por la caída de un pro-

(1) H. Avoine. (*Du sentiment moral et religieux*. París, 1886), pág. 240.

yectil que había atravesado la casa de arriba abajo; continuando impávidamente su conversación (1).

Un hecho análogo cita H. Avoine acaecido en Argelia. Á cada detonación los emisarios moros mandados á los turcos, horriblemente emocionados, se esforzaban en aparecer con semblante sereno; pero como silbase muy de cerca un proyectil, uno de ellos encogió los hombros en actitud temerosa, y cogiéndole por el brazo el general Hitte, díjole con la son-

(1) Mentelli nació en 1736 y fué sin duda alguna el tipo mas completo del hombre apasionado por el estudio y uno de los seres más extraordinarios de que pueda hacer mención la historia literaria.

Sin bienes de fortuna, pero rico en inmenso saber, que mejor debía á sus propios esfuerzos que á la educación recibida, dejó Hungría, su tierra natal, para recorrer á pie casi todos los países de Europa, excepción hecha de Inglaterra. Permaneció algún tiempo en Lión y encaminó de allí sus pasos á París, en donde fué protegido por el egregio abate Debillers. Puesto al frente de los estudios literarios del establecimiento Liantar, abandonó muy pronto aquel sitio que le robaba todo su tiempo, y entró en el colegio de Enrique IV para hacer la guardia de noche, con la esperanza de poder trabajar mientras dormían los alumnos.

Á más de tener profundísimos conocimientos en ciencias exactas y estadísticas, conocía á la perfección, el latín, el griego antiguo y moderno, el húngaro, el eslavio, el árabe, el sanscrito, el persa, el chino, el italiano é inglés, el francés y casi todas las lenguas conocidas, de modo que hubiera podido Mentelli, con facilidad, optar á una cátedra obtenida por su propio mérito, aspiración que hubieran además secundado con gusto sus amigos y admiradores. Mas, enemigo de toda clase de sujeción y cada día más ávido de saber, á medida que iba penetrando los escritos de la ciencia, resolvió este hombre extraordinario sacrificarlo todo á su pasión.

Retiróse á una vieja covachuela que le cedieron en el fondo de un jardín y que él prefería á un palacio. Consistía el mobiliario de su morada en una pequeña mesa, un viejo canapé, infinidad de libros de todos tamaños, un jarro y un pedazo de estano en forma de lamparilla, suspendida del techo encima de la mesa y finalmente, una especie de caja con un poco de lana dentro, donde metía los pies cuando trabajaba. No dejaba aquel sitio, para él de delicias, más que una vez por semana, para ir á dar una lección, con cuyos honorarios subvenía á sus necesidades, y en esta forma Mentelli púsose á estudiar regularmente veinte horas al día, sin que al parecer, se alterase en lo más mínimo su salud. El día reservado para dar su lección era aquel en que hacía provisión para la semana. Consistía ésta en patatas, que cocía al calor de su linterna, pan de munición, aceite para arder, del cual hacía gran consumo en sus largas vigiliás, y un cántaro de agua, que él mismo iba á buscar á la fuente.

Contento de haber reducido sus necesidades á lo que él llamaba lo estrictamente necesario, no hubiera abandonado aquella deliciosa mansión aunque le hubiesen ofrecido todo el oro del Perú.

Hacia el año de 1814, habiéndose quedado sin lecciones, obligóle la necesidad á buscar otros medios de subsistencia. Presentóse á Picpus en el Instituto dirigido por el abate Coudrin, y dirigiéndose modestamente á un joven profesor que encontró al paso, rogóle intercediese para que le proporcionasen una pequeña plaza en el establecimiento.

risa en los labios: «¡Eh! ¿Qué necesidad tenéis de tomaros tanto interés por estas cosas? ¿Acaso tenéis la pretensión de creer que se dirigen á vos estos cañonazos?»

Dante, con tanta gracia como filosofía, nos dice también que cuando un sentimiento de gozo ó de dolor se apodera de nuestras facultades, se concentra de tal manera el alma, que todo lo demás pasa desapercibido.

Cita á este propósito el célebre Trousseau, en el *Journal*

—Poca comida me bastará, le dijo; para albergarme, un rincón cualquiera; no pido dinero. Haced esto, que os pido por favor y os prometo por mi parte hacer los posibles para seros útil.

—Pero, ¿sabéis algo? ¿Podrías enseñar algo de latín?

—Sí, señor.

—¿Podrías traducirme un fragmento de Virgilio?

—Seguramente.

Púsole delante el autor, que no abrió, y empezó recitando un paso con tal perfección, que casi hubiera creído el joven profesor que acababa de estudiarlo en aquel momento. Mentelli díjole con modesta tranquilidad:

—Puedo recitar al autor entero si queréis.

—¿Sabéis griego?

—Un poco.

Le presentó Homero, que tradujo con la facilidad y elegancia con que había recitado Virgilio.

El abate Coudrin, á quien fué presentado, acogióle con benevolencia, y tomados los informes necesarios sobre su conducta moral, le encargó de la cátedra de filosofía; pero parecieron las lecciones tan abstractas á sus alumnos, que tuvo necesidad de encargársele la de matemáticas.

Albergado en el fondo del jardín, en un modesto pabellón escogido por él mismo como morada, iban allí á tomar la lección sus alumnos. Uno de éstos, viendo un día una chinche sobre la mano del sabio, advirtiéndose estimulándole á matarla, «¿Por qué? le dijo Mentelli acompañando dulcemente el insecto hacia la manga. ¿Con qué derecho podemos matar á una criatura de Dios? Este animalillo es admirable en su especie; ni vos ni yo podríamos hacer otro igual. Dejémosle vivira».

Durante un sitio de París, cayeron algunas balas de cañón en el jardín en donde tenía su estancia el filósofo. Corrieron inmediatamente á advertirle el peligro á que se exponía permaneciendo más en aquel sitio. Estaba sentado tranquilamente, ocupándose en la resolución de un problema. Contrariado por la visita, levantó la cabeza y dijo al que quería salvarle del peligro: «¿Y qué tengo que ver yo con las balas de cañón? Dejadas caer y sobre todo dejadme en paz».

El Superior del Seminario había recomendado que se guardasen á este hombre toda clase de consideraciones, y le había obligado á comer algo más de lo que acostumbraba y á beber un poco de vino cada día; Mentelli sometióse al principio á aquellas exigencias, pero cansóse luego de aquello que le parecía sujeción y tomó la resolución de marcharse, volviendo á sus antiguas costumbres, su pan de munición, su jarro de agua y sus libros.

El gasto diario que hacía, aparte de los libros, eran siete sueldos; tres para la comida y cuatro para el aceite. Suprimía la lavandera, y su traje era invariablemente

des Savants de febrero de 1882, el caso de un magistrado, que de sesión en el Hôtel de ville de París, como individuo de una doctísima corporación, á lo mejor se levantaba de su asiento, y con la cabeza descubierta salía hasta la calle, volviendo luego á ocupar su sitio sin haberse siquiera apercebido de lo que había hecho y tomando de nuevo parte en la discusión como si tal cosa.

Este poder de aislamiento de las sensaciones que propor-

el mismo: un pantalón y un capote de soldado, que compraba donde el pan de munición y que sólo sustituía como último recurso; un sombrero de piel y unos malos zapatos.

Sus amigos (porque Mentelli tenía muchos entre los hombres más distinguidos de la capital), quisieron introducir alguna modificación en su vestuario y mandáronle al efecto varias prendas de ropa completamente nuevas, que él se apresuró á vender después de usarlas un par de veces, al objeto de procurarse algunos libros cuya adquisición era su sueño dorado. Cogió los trajes, metiéndolos en un cofre, que cargó sobre sus hombros, y los llevó á vender. Al comparar el comprador el traje que llevaba con los que iba á ofrecerle en venta, tomóle por un vagamundo ratero é hizo que le arrestasen.

Ocho días permaneció en la cárcel sin acordarse de salir, y puesto en libertad por influencia de sus amigos; confesó que si le hubiesen dado una cárcel particular, pudiendo estar á solas y con sus libros, ni siquiera se hubiera acordado de su libertad.

Su bello ideal era visitar Inglaterra, único país para él desconocido, proponiéndose realizar esta excursión con 150 francos; pero desistió de este empeño á instancias de un buen amigo, que le hizo comprender que en aquel país es incompatible la tranquilidad con la escasez de recursos.

Á pesar de su pasión, Mentelli era bastante sociable, amaba á sus semejantes y hasta departía con gusto en amigable conversación una vez conseguía dejar sus libros.

Tenía Mentelli una especial predilección por la infancia.

Amaba á los niños y á despecho de la severa economía á que vivía reducido, cuando hacía las provisiones para la semana, no se olvidaba nunca de comprar alguna golosina para los chiquillos que encontraba al paso.

Sólo un defecto podía reprochársele: la suciedad. Durante el cólera hubo necesidad de apelar á la policía, para obligarle á interrumpir sus estudios y limpiar su infecta morada.

Es notable el hecho de que, á pesar de la existencia miserable á que se veía reducido, durante treinta años, nadie absolutamente le haya visto proferir una queja relativa á su estado miserable; al contrario, descubriase siempre en su semblante la apacible calma y tranquilidad de espíritu de los hombres enteros de carácter.

Desgraciadamente para la humanidad, murió este sabio húngaro sin dejar un solo escrito, que indudablemente nos hubiera revelado, á la par que la inmensidad de su saber, la de su modestia.

Para este hombre, gracias á la constante reconcentración en el estudio, pasaba desapercibido el mundo y únicamente la fuerza de atención que concentraba en su trabajo, puede explicarnos las curiosidades de su vida.

ciona la atención, es manifiesto aun en los actos más insignificantes de la vida. ¿Acaso alguien se fija en lo que toca una orquesta en un teatro ó en cualquier sitio, cuando sostiene una conversación interesante? Fijándose en lo que toca esta música y reconcentrando nuestra atención en un determinado instrumento, ¿por ventura no somos dueños de hacernos cargo únicamente del cometido que desempeñan en aquel conjunto los violines, el arpa, el trombón? ¿Se apercibiría alguien del frío de una noche de enero, aun cuando saliese á la calle casi desnudo; si un violento incendio le hubiese obligado á dejar precipitadamente su morada? ¿Acaso se acordaría de su desnudez mientras persistiera en su imaginación la idea del peligro de morir entre las llamas?

Y se comprende que así suceda, pues estos fenómenos son debidos sencillamente á que la actividad nerviosa y por tanto circulatoria del cerebro en un punto determinado de su masa, se desenvuelve á expensas del funcionalismo de los demás puntos. Por esto nadie puede dedicarse á la vez á dos cosas que exijan suma atención, v. g. á escribir una carta importante y sostener una conversación de interés al mismo tiempo, y sólo como hecho excepcional se citan casos de reconcentración del espíritu en dos puntos distintos, ó mejor dicho, de atención prestada á dos cosas á la vez. Si César Augusto dictaba, según cuenta la historia, siete cartas á un tiempo, á buen seguro que tenían todas ellas muy poca importancia.

De lo dicho se desprende naturalmente, que por medio de nuestra atención, que puede encaminar la voluntad donde le convenga; somos dueños de evitar ó amortiguar ya sentimientos ya sensaciones que nos dominan y que mortificándonos constantemente nos hagan sufrir.

Sin embargo, este relativo derecho de elección de la voluntad no todo el mundo lo admite.

Gall y Spurzhein, y en otro terreno menos exagerado Chaussier (1), que han pretendido ver reflejados exactamente todos los estados afectivos del alma en el cráneo, considerándole incondicionalmente como reflejo perfecto de la configuración morfológica del cerebro, han dado á la voluntad del hombre tan poca importancia, que casi la han abolido por completo. Para ellos, el hombre en justicia no es responsable de sus acciones. «Si no interpreté malamente el sistema de Gall, dice el Dr. Moreau, de su hipótesis se desprende que el alma es una especie de organista espiritual, que tocando esta ó aquella protuberancia cerebral, pone en juego tales ó cuales estados afectivos ó pasionales». Es verdaderamente sensible que en algunos casos este músico se divierta tocando el robo, la violación, el asesinato y otros desgraciados resultados de la humana organización.

Y algunos prosélitos de las opiniones de Gall y Spurzhein han sostenido prácticamente sus opiniones científicas. Así el Dr. Benek, frenólogo que fué robado por su criado Flamancourt en 17 septiembre 1836; para justificarle, le defendía diciendo ante los jueces que no le castigasen porque este infeliz, al efectuar su delito, había cedido á una predisposición desgraciada.

Este sistema, si se admitiera, tendría que resultar peligrosísimo para la sociedad, porque acarrearía, como consecuencia inmediata, la irresponsabilidad de nuestros actos, y cualquier día la mujer adúltera, el ladrón, el asesino dirían á los jueces: «Examinad esta protuberancia, y no me acuséis más, que soy criminal por complexión orgánica».

(1) Lavater, considerado por muchos como afecto á la manera de pensar de Gall, era por el contrario, muy opuesto á las teorías de aquel sabio frenólogo. Para Gall todo era cerebro, allí se retrataban todos los sentidos internos y externos, todo lo cual se traslucía por la forma y se tocaba. Lavater no tenía necesidad de tocar nada, ni localizaba nada; estudiaba la fisonomía humana por medio de la actitud, el gesto, la cara y la expresión general del hombre en todo su cuerpo y ademanes.

Una escuela compuesta de filantrópicos materialistas en su mayoría, pretende asimismo y de una manera absoluta demostrar la ausencia del sentido moral en multitud de hombres monstruos, que impelidos por su complexión orgánica, se dejan arrastrar á la perpetración de los mayores crímenes, cuya causa, según ellos, es debida á la naturaleza, la herencia y aun la sociedad; pero de los cuales no tienen más responsabilidad que la que los ciegos y sordo-mudos de nacimiento, tienen de no ver ni oír. La consecuencia lógica y necesaria de esta creencia es la de que ninguna de las acciones criminales é inmoralidades, en estos casos, merezca castigo; y sí medicina, mejor que corrección (1).

No queremos hacer comentarios sobre las consecuencias que semejante tesis acarrearía á la sociedad si los tribunales se dejaban guiar en absoluto de la opinión de estos filósofos.

No; el criminal, no es siempre una víctima de la sociedad como ellos pretenden, un enfermo que necesita al médico y el remedio, un desheredado de la naturaleza, sinó un culpa-

(1) No há mucho tiempo sostenía esta tesis el redactor de un importante periódico francés en favor de Meneslou.

«El reblandecimiento de este cerebro, decía en 1881 el Dr. René Fardas; demuestra sobradamente que en determinado período de su existencia ha sufrido Meneslou una encefalitis, enfermedad que en las primeras fases de su evolución excita la masa cerebral, excitación que se traduce por síntomas epileptiformes y convulsivos y además por fenómenos psíquicos que pueden revestir todas las formas del delirio agudo y principalmente la forma erótica ó genésica; es evidente que bajo el imperio de este delirio ha cometido este desgraciado su crimen...

»Poco á poco el cerebro ha ido bestializándose, y el reflejo nativo del sentido moral é intelectual ha palidecido y ha llegado á desaparecer, quedando convertido Meneslou en víctima de su instinto. Es el bruto que ha cometido el crimen, no el hombre, y la sociedad es la que ha engendrado este bruto.

«Creedme, señores jueces, es preciso que este ajusticiado sea el último». (*Evenement*, septiembre 1881).

Multitud de hechos análogos ocurridos en nuestro país podríamos citar en corroboración del precedente. El apellidado Saca-mantecas, Pancha amplia, cura Galeote y otra multitud de criminales locos, ¿cuánto han dado que hacer á los tribunales, que teniendo que recurrir á peritos médicos, no siempre han examinado á los delincuentes con la imparcialidad moral y científica que el caso requería! Muchos locos han sido ajusticiados, pero muchos cuerdos han pasado por locos.

ble, y como á tal, necesita el merecido correctivo, ya que podía haber evitado el mal hecho (1).

Bien opina el profesor Proost: «decir que un hombre no se convierte en criminal, más que cuando es incapaz de seguir aquello que le dicta su conciencia y razón, es negar la evidencia». Cuando pierde de vista la virtud, es cuando se deja arrastrar por el instinto ó el egoismo, que conducen directamente á la violación de las leyes sociales y aun de las naturales, y que engendran la decadencia de los pueblos. Nuestra época nos da de ello ejemplos patentes; la corrupción creciente de ciertas sociedades en razón directa de la debilidad de creencias y de los progresos del racionalismo, confirma en absoluto nuestra tesis más positiva que las hipótesis del positivismo.

Que se diga con Avoine, que llegada la costumbre (segunda naturaleza) á cierto grado, disminuye el libre albedrío, es ciertísimo, pero esto no justifica en modo alguno que el hombre que ha contraído libremente una costumbre perversa de la que no se ha separado y en la que persevera, pueda cometer impunemente las mayores atrocidades, sin que le quepa en ellas la menor responsabilidad. Es absolutamente responsable de todas las causas que han contribuido á esta disminución de su sentido moral y de su voluntad; en la que los antedichos filántropos pretenden escudarle y justificar sus extravíos. Es desgraciadamente cierto que la costumbre del vicio altera no solamente las facultades morales, sí que también la misma organización íntima, y hasta los órganos más importantes de la vida; tanto, que no son exageradas las descripciones de la alteración profunda que las pasiones imprimen en el organismo; pero ¿quién ha sido la causa de todo ello? ¿quién ha consentido que estos desastres tomaran pri-

(1) H. Avoine, (*Du sentiment moral et religieux*).

mitivo impulso, más que el hombre, á quien Dios ha dejado en libertad de acción, colocando ante sus ojos la vida y la muerte, el bien y el mal, la luz y las tinieblas?

La justicia sólo puede absolver á los criminales que han perdido por completo la voluntad. Las demás gradaciones podrán ser causas atenuantes, pero nunca conducirnos á admitir el fatalismo, pues éste no existe ni teórica ni prácticamente para el hombre de verdadero carácter, que es y será siempre aquello que se propone ser.

Todas las decepciones que en la escala de la vida frustran nuestras esperanzas y apagan nuestros deseos más ardientes, más que hijas de una falta de realización de aquello que queremos, son hijas de un error de entendimiento. Todas las aspiraciones nobles, todas las esperanzas racionales y todos los deseos fundados llega un día en que dan su fruto.

Pudiéramos decir que la voluntad es la personalidad del hombre, el resumen categórico de todas las fuerzas del alma. De aquí que las grandes almas sean las que cobijen mayores voluntades.

Rara vez veréis unida la entereza de espíritu á la desgracia crónica. Sólo es indefinidamente desgraciado aquel que no quiere con energía dejar de serlo.

Siempre he compadecido el infortunio como el que más; pero fijándome en las miserias de que me he visto rodeado en la persona de mis semejantes, he podido llegar á convenirme en todos los casos y después de minuciosa observación, que estos infelices seres de que está plagado el mundo, condenados á vivir llenos de privaciones, arrastrándose entre humillaciones y servilismo, son lo que son, porque les falta voluntad para ser otra cosa; voluntad ya sea en forma de actividad, ya de constancia, ya de amor propio, pero al fin voluntad constituyendo carácter.

No lo dudéis, es patrimonio la desgracia del que se deja

dominar por ella, y se acobarda ó adormece ante su sombra.

Los hombres enteros de carácter y sanos de espíritu, podrán sufrir y luchar y tropezar con muchos obstáculos, ver destruídas multitud de esperanzas en el camino de su vida, caer hoy las ilusiones que nacieron ayer, y concebir otras nuevas que bien puede suceder desaparezcan mañana; pero no les acobardará tanta contrariedad, ni humillarán su cerviz ante tal y tan poderosa y entrañable lucha, y lejos de sucumbir víctimas de su propia flaqueza y ahogarse en este océano de la vida, saldrán á flote, como el vigoroso nadador en la tormenta. Como éste serán un punto atómico de la inmensidad, una miseria sí, pero una miseria que lucha en constante agitación, sin tregua, sin descanso y sin desmayar un solo instante y que á fuerza de agitarse en desesperado y continuo movimiento, se mantiene á flote á pesar de todo.

Entre las personas que os han rodeado habréis tenido algún ejemplo patente de lo que acabo de deciros. Tal vez en el seno de vuestra misma familia. ¿No puede suceder que le podáis observar á todas horas mirándoos á vosotros mismos?

De no ser así, si ni en vuestro fuero interno, ni entre vuestros allegados lo encontráis y por ende no hayáis hecho un estudio de observación entre la gente que os rodea, seguidme que os enseñaré á ver lo poco que á mí se me alcanza.

Este miserable obrero que, haraposo, sucio y descosido, no tiene más recurso que el de su jornal para comer, cuando su delicada salud le consiente el trabajo, y un hospital en caso de enfermedad; es de genio apacible, bueno, trabajador y respetuoso. Entiende bien su oficio, y tales condiciones le adornan como operario, que todo induce á creer debería disfrutar de un relativo desahogo entre los de su clase, como les sucede á muchos de sus compañeros. ¡Parece que la desgracia le persigue á pesar de sus buenas condiciones! Jamás se halla

al corriente de sus pagos. Siempre mal vestido. Lo mismo en su persona que en su casa se trasluce la miseria. No ha conseguido en su vida hacer el más insignificante ahorrito.

Imposible atinar con la causa de su desgracia á primera vista. Fijaos sin embargo en él y estudiadle. Á larga distancia huele á tabaco. Se levanta con la pipa en la boca y se acuesta fumando. En cualquiera de sus bolsillos hallaréis huellas de tabaco, que no contentándose con fumar, masca. Esto sostiene en él un estado de inapetencia grandísimo. Apenas puede con un pepinillo, unas hojas de ensalada ó cualquiera substancia de estas que no vigorizan por lo mismo que no nutren. Su estragado estómago con trabajo acepta esta miseria de alimento. Ha decaído su ánimo al compás que ha ido perdiendo su salud, y muchos son aquellos días en que, á pesar de su buen deseo, no tiene fuerzas para el trabajo.

De ello resulta naturalmente para él, que eliminados los días festivos, los lluviosos y aquellos en que se siente enfermo; el mes no tiene siquiera diez jornales.

Ya comprende este desgraciado que el tabaco le perjudica, pero ¡si todo el mundo fuma! Y aun cuando crea que por lo que le atañe es algo exagerada semejante afición, opina que no hay necesidad de corregirse, ó mejor dicho, no es que opine esto, ya cree que es malo hacer lo que hace, pero después de todo, no debe ser grave falta imitar á los demás.

Y sucede que siempre y cuando su imaginación le representa los inconvenientes del tabaco, huye de esta idea sin poderlo remediar, evita la lucha que pudiera entablar la razón contra el vicio; digámoslo de una vez: el vicio le domina. Es débil, no tiene voluntad para corregirse de una cosa insignificante, que á pesar de su pequeñez, preside la desgracia de su vida. No tiene carácter.

Ved á este pordiosero de raída levita y finos modales. Sus facciones revelan inteligencia, su conversación instrucción, y

dicen á las claras sus modales, que es hombre educado. Es hijo de una conocida familia, tiene un título académico. Parece increíble que la fortuna le haya sido tan ingrata, según él mismo asegura.

Pero no es así. La fortuna rige nuestro destino sólo en parte. Este infeliz pobre de espíritu, empezó su carrera de abogado, protegido por un tío que le acompañó á las aulas. Terminó como muchos. Un amigo de la familia, á la sazón Ministro, le dió un destino. Se acostumbró á no pensar en mañana de una manera perentoria, hasta que vino la época en que recibió, como otros tantos, la cesantía.

Ha pretendido un nuevo empleo varias veces sin conseguirlo, y á pesar de ver frustradas siempre sus esperanzas y de muchos desengaños recibidos, no ha sabido mirar á su alrededor. De hacerlo, hubiera visto que hay muchas maneras de vivir y trabajar en el mundo. Pero su posición, su origen... no le permiten dedicarse á ciertas cosas. No se decide nunca. Es débil. Le falta fuerza de voluntad para ello.

Seguid atentamente los pasos de este laborioso comerciante. Activo, inteligente y dispuesto para todo, no descansa un minuto, y el ópimo fruto de sus trabajos corona sus esfuerzos. Pero mientras él, sudosa la frente y torturado el espíritu, hacina el oro para labrar la felicidad de sus hijos, su esposa se ocupa activamente en gastarlo, para no ser pasto de la crítica de sus amigas, á quienes tiene la satisfacción de eclipsar. Inspirados por aquel ejemplo de la madre, los hijos no conocen el valor del dinero, ni se ocupan de guardarle para cuando llegue la ocasión. Esta equiparación de las entradas con las salidas llega un día que por un incidente imprevisto se trunca por falta ó disminución de entradas, y se apodera la desdicha del corazón y del entendimiento del pobre padre de familia, que se ve precisado á imponer privaciones á quien quisiera ahogar entre felicidades. ¡Pobre víctima de la falta de

voluntad! Su felicidad hubiera podido obtenerla con un poco de carácter. El exceso de cariño y de abnegación han cavado la fosa de su desgracia.

¿No tenéis millares de ejemplos de gente que, sin dedicarse á industria alguna y viviendo sólo y exclusivamente de sus rentas, gastan más de lo que tienen? No será, pues, raro de que llegue el caso en que pidan limosna y se quejen amargamente de su fortuna.

¿No veis á muchos ambiciosos que ocupan brillantes posiciones pecuniarias y representativas, y sin embargo, no son felices; quieren más, y tan encarnado está este querer en su naturaleza, que no saben dejar de querer aquello mismo que les mortifica? ¿No conocéis avaros que, á pesar de sus caudales, no pueden disponer de un céntimo, es decir, dominar su avaricia; á hipocondríacos que á fuerza de ver y tener siempre la enfermedad delante, acaban por estar enfermos de veras?

Pues bien, está plagado el mundo de estos ejemplos, y si pudierais recorrer la escala social de una mirada, veríais siempre que la debilidad de la voluntad, ó sea la falta de carácter, es la verdadera cuna de la desgracia.

Donde hay voluntad enérgica, tiene una valla el infortunio. Donde hay carácter, no anida la desdicha. Todas las desgracias se concretan y se reducen á límites para la mirada serena del que quiere dominarlas. La voluntad, como dice muy bien Feuchsterleben, es la facultad práctica de la vida.

Es muy difícil aplicarla en todas y cada una de las circunstancias en que es aplicable, pero no tanto que no esté su empleo al alcance de la inteligencia humana. La dificultad principal estriba en lucir la voluntad cuando llega la ocasión oportuna, sin olvidar que esta ocasión aparece en muchos casos, y algunas veces en insignificantes detalles.

En las mujeres es más difícil formar carácter que en

los hombres, como quiera que la nota dominante de su sensibilidad y fino instinto es la imaginación y precisamente ella pudiéramos decir que es la verdadera y peor enemiga con que tiene que luchar el carácter para formarse.

Esta dificultad, sin embargo, no es obstáculo para que pueda formarse carácter en una mujer. La emperatriz Catalina II de Rusia, figura notable bajo todos conceptos, fué un verdadero modelo de carácter. Hija modesta del pueblo, casó con un soldado sueco que fué muerto el día de su matrimonio. En el sitio de Marienbourg cayó prisionera de Menzikoff, que había llegado á general de simple panadero. El Czar fijó su vista en la prodigiosa belleza de Catalina y se casó con ella.

Al lado de su marido, Pedro el Grande, le prestó grandes servicios por su carácter entero, que no se desmintió en ninguna circunstancia de la vida. Cuando murió su esposo, fué proclamada Emperatriz y dejó inolvidables recuerdos de su reinado, por las leyes é instituciones sabiamente establecidas.

Cristina, reina de Suecia, hija de Gustavo-Adolfo, fué favorecida por la naturaleza de un valor y una penetración superiores á las de su sexo. Desde su más tierna infancia se dedicó al estudio de las lenguas, y era aún muy joven cuando poseía ocho entre antiguas y modernas. En 1632 fué muerto su padre en Lutzen y subió á ocupar el trono que dejaba vacante, cuando no tenía aún cumplidos siete años. Llegada á mayor de edad, su carácter y su virtud la sostuvieron en el sitio que ocupaba, al mismo tiempo que triunfaba de los daneses y de los imperiales, y que pacificó la Alemania. Después se rodeó de los primeros sabios de Europa, entre los cuales se encontraba Descartes.

Aburrida de las grandezas de su posición á la edad de veintisiete años, abdicó del poder soberano para dedicarse en absoluto al estudio de las ciencias y de las bellas artes y le-

tras, haciendo al mismo tiempo acuñar una medalla en la que se leía la inscripción siguiente: «El Parnaso vale más que el trono».

Judit, Esther, Juana de Arco y otras muchas, podrían hacer interminable el número de los ejemplares en corroboración de que también la mujer sabe lucir su carácter cuando una buena educación lo ha formado.

Todas las figuras notables, lo mismo en ciencia que en política, que en religión, que en todo lo de la vida, han crecido al calor de una voluntad que no se torcía fácilmente y que ha formado al fin un carácter.

Por esto los grandes talentos y los grandes hombres de la Historia tienen su manera de ser, sus originalidades, su personalidad. Porque así como vulgarmente hablando tienen las cosas carácter que las distingue unas de otras, tienen carácter las personas, carácter que las da su sello especial.

En saber querer estriba, pues, el máximo de felicidad y el porvenir de la vida. Para las voluntades que derriba un ligero vientecillo de contrariedad; no es posible sostener la lucha que estamos llamados á resistir en este valle de lágrimas. Para vivir, es preciso soportar no sólo la desapacible brisa, sinó el huracán de las contrariedades, con todo aquel vigor que caracteriza al espíritu, que es mucho por lo mismo que es inmortal.

Sólo así se comprende un Mucio-Scévola que deja impávido se consuma su mano en el fuego, porque ha errado el golpe; un Aníbal que atraviesa los Alpes con su ejército, un Napoleón que pretende hacerse dueño del mundo, un Maquiavelo que sufre sereno los más atroces tormentos sin proferir una queja (1), un Churruca, un Prim y otros

(1) Nicolás Maquiavelo, llamado por sus compatriotas Secretario florentino, nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Una profunda oscuridad envuelve los primeros años de su juventud.

muchos héroes desconocidos, porque lucharon en un terreno más modesto.

La voluntad lo es todo, preside del mayor al más insignificante de los actos de la vida y lo mismo en el estado de salud, como acabamos de ver, que en el de enfermedad.

En el hipnotismo ó sueño hipnótico, la voluntad del magnetizante sobre el magnetizado, ó sea del operador sobre el operado, llega á influir de tal manera, que si se ordena al hipnotizado que deje de sentir en tal ó cual región de su cuerpo, esta orden se cumple en la generalidad de los casos con tal exactitud, que el operador pincha, corta y quema el brazo, v. g., sin que se aperciba siquiera de ello el operado.

El Dr. Mesnuet, en una notable sesión habida en la Academia de Medicina de París en octubre último, presentó un enfermo convertido en un verdadero autómatas por medio del hipnotismo; de diez y nueve años de edad y que atacado de fiebre cerebral, contraída de resultas de una insolación, presentaba un carácter de los más extraños y particularidades fisiológicas que con justo motivo llamaban la atención de los médicos que le asistían, tanto por estar sujeto á fre-

Fué nombrado Secretario de los Diez del Gobierno de la República.

Durante catorce años y cinco meses ocupó aquel lugar.

Cuando Florencia cayó de nuevo en poder de los Médicis, cambió el Gobierno, y Maquiavelo fué al principio sólo destituido y luego desterrado. Poco tiempo después conspiraron algunos republicanos para derribar de nuevo al Gobierno, y Maquiavelo fué prendido aun cuando no se encontrara entre el número de los conspiradores. Diéronle tormento y sufrió, como él mismo dice en una carta, cuanto se puede sufrir sin perder la vida. Nada confesó, sea que tuviese la fuerza de guardar su secreto y vencer el dolor, sea que fuese realmente inocente, como afirmó siempre. Tuvo fuerza de voluntad para resistir los más atroces sufrimientos sin decir una palabra. Al subir al papado León X, le comprendió en la Amnistía.

Publicó varias obras ignoradas durante su vida y revestidas del permiso de Clemente VII, uno de los Pontífices más ilustrados que hayan subido á la Silla de San Pedro.

Bajo el pontificado de Pablo IV fué cuando el nombre de Maquiavelo se encontró entre el número de los autores condenados por la Iglesia, es decir, á los treinta años de consentir la publicación de sus obras.

Murió envenenado en 1527, á la edad de 58 años.

cuentes arrebatos de cólera, como por cometer actos de los que luego no conservaba el menor recuerdo.

El Dr. Mesnuet no sólo había sometido á este joven al sueño hipnótico, obteniendo de él lo que se proponía, sinó que, haciendo uso de su poder, le proporcionaba sensaciones de sentimiento ó alegría que se dibujaban en su semblante.

Como experiencia decisiva, el esclarecido médico ordenó al enfermo, durante su sueño, que al día siguiente se apoderase del reloj del jefe de la sala. Así lo hizo, y cuando ya despierto, se le acusó de haber cometido un robo, se enfadó hasta el punto de ser preciso que el Dr. Mesnuet interviniese personalmente para convencerle de que se trataba de un ensayo científico (1).

Esta influencia manifiesta de la voluntad del uno sobre el otro, explica que á fuerza de costumbre pueda uno llegar á ejercerla sobre sí mismo. Tanto, que se citan muchos casos de individuos que á voluntad, insensibilizaban ciertas regiones de su cuerpo ó detenían los latidos de su corazón, ó movían músculos que de ordinario estaban fijos, etc.

El coronel Townsend, citado por Feuchstersleben, hacía parar ó acelerar, si quería, los latidos de su corazón hasta hacerlos de todo punto imperceptibles.

Jules Carri, alumno de la facultad de Derecho en París, insensibilizaba el brazo derecho siempre que se lo proponía, con muy poco esfuerzo, y era tan completa la anestesia conseguida, que podía cauterizársele con el hierro candente inclusive sin que se apercibiese siquiera de lo que se hacía.

He conocido á un labriego del valle de Cerdaña que rumiaba los alimentos con la misma facilidad con que lo hubiera hecho una vaca.

(1) *La Dinastía*, diario, octubre 1887, Barcelona.

¡Cuántos desgraciados enfermos sucumben víctimas de la falta de carácter! ¡cuántos otros infelices viven á expensas sólo de su voluntad y luchando en aparente calma con dolencias que empañan los días que hubieran sido más felices de su vida!

¿Por qué sucede ello? Porque de la misma manera que, como dice muy bien V. Hugo: «Sólo la desgracia engendra los grandes talentos», pudiéramos asegurar que únicamente en la contrariedad se educan voluntades de acero. Y así se explica que muchos pobres de espíritu se achiquen ante un contratiempo, tal vez á fuerza de vivir felices, porque les falta la práctica de la lucha, y no saben por propia experiencia que para vivir relativamente bien, hay que sacar fuerzas de flaqueza.

La influencia de esta facultad sobre el organismo humano, es de tal naturaleza, que en muchas ocasiones ella sola cambia el cuadro de una enfermedad, ya agravándola en caso de benignidad, ya mejorándola en caso de peligro.

He conocido á un sabio médico que fué profesor mío, visitando enfermos de fiebre amarilla durante una epidemia, y estando él mismo invadido de tan grave dolencia al mismo tiempo que sus clientes. No murió á pesar de la asistencia nula que prestó á su enfermedad, de la que quiso prescindir en absoluto, consiguiéndolo, y en cambio perecieron muchos de los enfermos á quienes asistía con un cariño y solicitud verdaderamente paternos.

He operado á una enferma de un cáncer del pecho, que no profirió una sola palabra durante el curso de la operación, á pesar de haberse practicado sin cloroformo. Admirábame tanto valor. Terminada ésta, con la cara ojerosa, lívida y descajada, secos los labios y llenas de ansiedad sus brillantes pupilas, díjome con acento resuelto y tranquilo: «Doctor, que no quede rastro siquiera de esta enferme-

dad; para que no se reproduzca antes de nueve meses, corte usted más si lo cree conveniente, que para la época citada quiero estar viva, con lo cual se libra de entrar en quinta un hijo mío, como hijo de viuda».

¡Qué corazón de madre y qué voluntad de hierro!

Así se lucha en la pendiente de la vida, queriendo con toda la energía posible, cuando se quiere bien y llega el caso de querer.

Para estar sanos de cuerpo y espíritu, mucho tendremos adelantado con querer estarlo. A que vivamos enfermos y abatidos, mucho contribuirá el achicarnos ante la enfermedad, y en una palabra, para ser feliz, tiene mucho adelantado, sinó todo el camino recorrido, aquel que se propone serlo.

Esta importancia que tiene la voluntad no es admitida por todo el mundo de la misma manera; sólo creemos en ella aquellos que opinamos que el espíritu es la característica y el factor distintivo de nuestra organización.

Dice Mosso que el cerebro no es un esclavo que obedece á nuestras órdenes. «¿Quién no se acuerda (añade) de los tan penosos como inútiles esfuerzos que hay que hacer en ciertas ocasiones para desalojar de nuestro entendimiento una idea que nos abrumba, y la impotencia en que nos encontramos entonces de librarnos á un trabajo intelectual sin saber por qué?»

Está en lo cierto, si se trata con esta suposición de demostrar, que la voluntad en ciertos casos, tiene que sostener luchas titánicas. Es en efecto difícilísimo en ellos, dominar el pensamiento, pero desgraciados de nosotros que no lo consiguiéramos. Todas las ideas que se arraigasen en nuestro entendimiento acabarían con la razón, porque persistirían allí de una manera constante, y el que se deja dominar en esta forma y de este modo, acaba por perder el juicio.

Afortunadamente la idea más arraigada, el sentimiento

más intenso, la pena más grande, todo cede ante una voluntad bien dirigida.

La voluntad puede siempre que quiere. En esto precisamente se distinguen los hombres de los brutos. El cerebro es únicamente el instrumento del pensamiento, como el piano lo es del sonido; y aun cuando el piano le produzca materialmente hablando, solo no tocaría, como no piensa solo el cerebro. Nosotros pues, que poseemos el secreto del mecanismo de este instrumento tan perfecto que Dios nos ha confiado, es natural que podamos tocarlo en la forma que creamos conveniente, con más ó menos dificultad según sea más ó menos sencillo lo que nos propongamos tocar.

Indudablemente en multitud de casos serán grandes las luchas que tengamos que sostener, mayores aun los enemigos con quienes haya que luchar, arriesgados los caminos que nos toque recorrer, y graves los peligros que puedan sorprendernos; pero precisamente para estos casos es para cuando necesitamos el carácter; en ellos es donde á mayor abundamiento que en ningún otro, hay que lucir la voluntad.

No nos desanimemos, que bien dice Feuchstersleben: «Todo deseo enérgico se realiza, y luchemos con la tranquilidad, la seguridad y la valentía de aquel que sabe lo que puede llenar y á dónde alcanza el pensamiento del hombre». Cuanta más mar, más vela; y recordemos con el Código de Brama que, «Jamás falta al león su presa, y que el hombre entero de espíritu manifiesta el mismo semblante en la prospera que en la adversa fortuna. Ni se deja abatir por la una, ni se ensorbece por la otra».

En todas las esferas de la vida hay luchas que sostener. El día amanece para la humanidad con un programa de problemas por resolver que abruman el entendimiento, programa cuyo dictado varía según las circunstancias, pero programa que no podemos prescindir de leer y ejecutar. Algunas veces

nos arredra su lectura y nos sentimos desanimados, pero al fin triunfamos. Haced memoria. Echad una mirada retrospectiva á vuestro pasado, sobre todo los que habéis vivido siempre de vuestro trabajo; recordad las privaciones de aquel tiempo, la inseguridad que teníais en vuestras ganancias. Ved con qué desasosiego esperabais el mañana sin saber cómo lo resolveríais, y sin embargo, llegaba el mañana y lo resolvíais; recordad, los primeros ahorros, los primeros gastos, las primeras luchas que sostuvisteis al plantear una industria, un comercio, una casa de banca; al abrir un bufete de abogado ó de médico; al dar, en una palabra, los primeros pasos de vuestra vida independiente de trabajo; y decidme si á pesar de pareceros imposible en algunas ocasiones, salisteis victoriosos de la empresa. ¿No es cierto, que al fin y al cabo todos los problemas de la vida se resolvían? Ciertísimo; tanto, que ni un solo día he sabido arredrarme ante el problema de la existencia. El hombre que quiere y quiere bien, no necesita, para realizar lo querido, más que constancia y trabajo.

AMBICIÓN, RIQUEZA, FELICIDAD

Conforme Grecia se apasionó por la belleza, Roma por el dominio, y la Edad media por la beatitud; el moderno mundo, buscando como ellas su felicidad, ha puesto su corazón en la riqueza.

(LETAMENDI)

La sociedad actual vive una vida febril en todos sentidos. La inteligencia, la industria, la ciencia y el arte, el ingenio y el vicio: todo lo bueno y malo que nos envuelve en torbellino y se agita en torno nuestro, es con vertiginosa actividad y camina con el siglo al compás del vapor y la chispa eléctrica. Y el espíritu del hombre torturado por esta lucha constante y agobiado el entendimiento por el raudal de nuevas ideas que se producen, vive una vida de alternativas, oscilación é impaciencia, funesta para el organismo.

De aquí que la materia responda de una manera directa á la actividad del espíritu, y proteste de tanta agitación y movimiento. De aquí que el pulmón, estómago, hígado y en una palabra, todas las vísceras en general, se alteren en su funcionalismo, para el que necesitan una vida que el cerebro les roba.

Es evidente que la mayoría de las enfermedades que el hombre sufre las debe á su manera de ser, á sus hábitos, á sus debilidades y á sus vicios. ¡Cuántas dolencias mal atribuidas á un defecto de organización ó causa estacional, ó á multitud de otras circunstancias, son inmediata consecuencia de un trastorno de orden psíquico!

¡Cuántas veces se refleja la sed de cariño de una persona allegada en nuestro dolorido corazón, ya de antemano preparado por antecedentes reumáticos en la familia! ¡Cuántas responde el hígado protestando contra la inusitada impaciencia del afanoso banquero, que no sosiega ni un instante absorbido por el afán de acumular riquezas y la multitud de sus complicados negocios! ¡Cuántas el estómago se ve obligado á interrumpir sus funciones porque el cerebro le roba la actividad antes, durante y después de la comida! ¡Cuántas enfermedades agudas y crónicas encuentran su explicación en este género de causas, pues no son más que naturales consecuencias de estados pasionales que mantienen en continua tensión el alma!

Así como en la Edad media, época de fanatismos y de preocupaciones de toda especie, las hogueras eran constantemente alimentadas por desgraciados vesánicos, víctimas de las exageraciones religiosas del siglo en que nacieron; la edad moderna tiene los manicomios repletos de otros infelices soñadores en los que ha fijado poco su atención la sociedad: los soñadores de la ambición. Si antiguamente y de haber la suficiente ilustración para ello, hubiéramos visto en los manicomios, abundantes casos de locura religiosa; hoy día estos asilos están plagados de maniáticos que se creen reyes, emperadores y potentados. Lo cual es hijo bien observado de que cada época tiene una enfermedad endémica, como cada individuo una pasión dominante, y la endemia y la pasión dominante del siglo xix es el oro (1).

El hombre, en su ardiente afán de atesorarle, fatiga su cuerpo de noche y de día, tortura su espíritu las horas de descanso, rinde á la imaginación dejándose arrastrar de su

(1) Si estudiásemos atentamente la sociedad y los manicomios, podríamos observar el hecho curiosísimo de que siempre la enfermedad dominante de un siglo se refleja en estos tristes lugares.

impetuoso vuelo, y acaba por hacer que á fuerza de cansancio, llegue un día en que el complicado mecanismo de nuestro sistema orgánico y nervioso sucumba ante tal y tan poderosa y fatigable lucha. Si por acaso logró llenar su ambición, busca en la esfera del placer aquella febril actividad, aquel movimiento, aquella vertiginosa vida que no tiene en el trabajo, y muere en brazos del vicio de la misma manera que agotó sus fuerzas en otras esferas.

Este es nuestro siglo. El siglo XIX es el siglo de la fiebre, de la impaciencia, de la duda, de la incertidumbre, de todo aquello que es movimiento, que no nos deja vivir en paz, que no descansa un solo segundo y que nos arrastra en su impetuosa corriente.

Sea pues, ya que hemos nacido en medio de este torbellino; y si para la moderna vida no es práctico descansar, corramos como los demás, pero sentando firme la planta para no estrellarnos.

La ambición, cuyo punto de mira y factor principal es la riqueza, es enfermedad moral de antiguo origen y que ha costado más sangre que todas las epidemias de que se ha visto plagada la humanidad. Fué deificada por los antiguos romanos y tuvo un templo en Roma, como Poro, deidad griega, emblema de las riquezas; hija de Metis, según Platón, tuvo adoradores entre aquellos sectarios del Paganismo, adoradores cuya raza no se ha extinguido en nuestro siglo á pesar de haber muerto esta falsa religión (1).

(1) Poro (dios de las riquezas) tuvo por concubina ó por esposa á Penie (la Pobreza) y por hijo al Amor.

También la Felicidad tuvo en Roma un templo votivo de L. Lúculo, cuya construcción empezó el año 680, 74 antes de J.-C. Un incendio ocurrido en tiempo de Claudio destruyó este templo, que Marco Emilio Lepido erigió de nuevo y aun más suntuoso.

El Favor, á quien también se rindió antiguamente culto, fué hijo de la Belleza y la Fortuna, según unos, y de la Casualidad y la Razón, según otros. Rodeado del fausto, los honores, la opulencia, el orgullo y la voluptuosidad, madre de los crímenes, se halla acompañado de la Envidia y de la Adulación.

Es la ambición la enfermedad endémica de la época en que vivimos, y lo peor de todo es, que á pesar de ser endémica la mencionada dolencia, y con todo y palpar tangiblemente sus desastrosos efectos, lo mismo en el orden moral que en el orden material, los que vivimos en este siglo, ó lo que es lo mismo, en el país en donde reina la mencionada endemia, no hemos logrado hacernos refractarios á la enfermedad y adquirir para contraerla la inmunidad que fuera de esperar. Al contrario, parece que cada día nos encontramos más predispuestos á perseguir los honores, las riquezas y la felicidad, que en forma de espesa y abrumadora nube de humo nos envuelven, pero que no podemos aprisionar á pesar de todos nuestros vanos esfuerzos.

Caen á nuestra vista abatidos por la incesante lucha, por la existencia, multitud de esforzados campeones de la vida y derrumbados por la crudeza de sus realidades, muchos desgraciados que, buscando la suprema dicha, hallaron el supremo infortunio.

El contingente que la mortalidad da á las enfermedades de reconocido origen psíquico es cada día mayor. La tuberculosis (1), las manifestaciones escrofulosas y el nervosismo

(1) Sólo pensarlo horroriza, dice el Dr. Pulido en sus excelentes *Bosquejos Médico-sociales*. Cada minuto que marca el reloj, es seguro que marcha envuelto en el último aliento de un tísico ó de un enfermo cardíaco.

Para convencernos de esta afirmación, hágase lo siguiente: pregúntese á todos los discípulos de Galeno, de qué enfermedad han extendido más papeletas de defunción, y responderán que de la tisis.

Entremos en los hospitales, recorramos todas las salas de medicina y veamos el cuadro que ofrecen. En ordenados lechos que alumbra muchas veces la insuficiente luz que penetra al través de empolvados y amarillentos cristales, gimen multitud de pacientes. Es la morada del sufrimiento y reina en su interior profunda calma y silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por algún grito lastimero que arranca el dolor, y sin cesar por toses rebeldes, roncás, cavernosas que se dejan escuchar en todos los puntos de la sala. Si queremos cerciorarnos más y tenemos valor para acercarnos á la cabecera de los lechos y leer las papeletas que contienen la filiación y enfermedad de las estancias respectivas, veremos que, cuando menos, una tercera parte sufren del pecho.

Y si de estos asilos de la indigencia pasamos á los domicilios particulares, lo mismo en la modesta vivienda del obrero que en el suntuoso palacio del magnate,

han invadido por completo el campo de las grandes ciudades, y á pesar de ello, no escarmentamos y cada día castigamos más nuestro sobreexcitado espíritu y cada día oprimimos con mayor violencia nuestro decaído cuerpo.

La mortalidad que se observa en las grandes poblaciones se ha atribuido á multitud de causas que bien pudiera suceder no tuviesen la importancia que quiere concedérselas. La urbanización, las habitaciones, el clima, el terreno, las aguas inmundas, la policía urbana, los alimentos y las bebidas, los teatros, la escasez de combustible, la agrupación de grandes masas y otras muchas, han sido respectivamente señaladas como próximas de la mortalidad moderna. No negaré la influencia que puedan tener en el promedio de la vida de las poblaciones las mencionadas causas, pero en mi concepto hay otras de mayor importancia que minan las constituciones más robustas, robándoles, á la par que su propia vida, la de sus descendientes. Me refiero á las causas de orden moral. ¿En qué creéis que se distingue más una ciudad de un pueblo; en sus condiciones climatológicas y urbanas ó en el género de

hallaremos las enfermedades del pecho absorbiendo una respetable mayoría de los que padecen.

Pero no sólo las tenemos en el lecho, por todas partes se encuentran: en el paseo, en la calle, en el teatro, en la iglesia...

Y esto lo mismo sucede en Madrid, que en provincias; en España, que en el resto de Europa; en Europa, que en el mundo todo.

Tan es así, que no obstante los estragos que la tisis hace en España, debemos consolarlos pensando que hay naciones donde nos aventajan muchísimo. Inglaterra es una de las primeras. Este tipo rubio, dulce, ideal, de la raza germánica, es el que más sufre sus azotes.

Concretándonos á las cifras, que hablan con más elocuencia que cuantas reflexiones pudieran hacerse, véase á continuación lo que arroja la mortalidad anual de algunas capitales sobre la tisis.

Londres, más de 12,000.

París, cerca de 9,000.

Viena, unos 5,000.

Berlín, la mitad próximamente.

Bruselas, sobre unos 1,500.

Turín y Stokolmo, la mitad.

En el Brasil, según el Dr. Ligaud, ocasiona el 20 por ciento de las defunciones.

Sumadas las bajas de un año en todo el globo, arroja más de 1.000,000.

vida de sus habitantes, ó lo que es lo mismo, en sus condiciones materiales ó en sus condiciones morales? Indudablemente la diferencia es mayor tratándose de las segundas que de las primeras. Pues siendo así, ¿cómo se explica que todo el mundo se preocupe de las unas y nadie tribute siquiera sea un pequeño recuerdo á las otras? ¿Por qué de la misma manera que se estudian las condiciones higiénicas de una población, no se estudian sus costumbres, sus pasiones dominantes, su grado de cultura intelectual, el género de vida psíquica de sus habitantes?

Y así sucede que no sólo es grandísima, por punto general, la mortalidad de sus habitantes, sí que además esta mortalidad se ceba de preferencia en la primera infancia, pues á más de vivir los niños por punto general en malas condiciones higiénicas, fueron engendrados en peores condiciones morales, y llevan dentro de su propio sér, el germen de degeneración orgánico-vegetativa á expensas de un exceso de desarrollo del sistema nervioso.

Da lástima ver, á este propósito, el cuadro presentado hace poco tiempo por el Dr. Gordillo en sus trabajos sobre la mortalidad de Madrid.

En Madrid murieron en Enero de 1881: 1,458 personas.

Y en id. de 1882: 2,349 id.

De éstas en 1881	Menores de cinco años	629
	Mayores de id. id.	829
SUMA TOTAL. . .		<u>1,458</u>

En 1882	Menores de cinco años	1,152
	Mayores de id. id.	1,197
SUMA TOTAL. . .		<u>2,349</u>

Menores de cinco años	1881:	629
	1882:	1,152
Diferencia á favor de Enero de 1882:		<u>523</u>

Mayores de cinco años	1881:	829
	1882:	1,197
Diferencia á favor de Enero de 1882:		<u>368</u>

Comparemos ahora la mortalidad de los menores de cinco años en Madrid con la de los de provincias.

Madrid, diferencia á favor de Enero de 1882:

Menores de cinco años: 523.—55 0/0 (1).

Mayores de íd. íd. : 368.—45 0/0

Península, diferencia á favor de Enero de 1882:

Menores de cinco años: 1,591.—37 0/0

Mayores de íd. íd. : 2,659.—63 0/0

Según los datos del quinquenio de 1880 á 1884 en España de 2,520,392 nacidos, han fallecido menores de cinco años 999,496, ó sea una proporción de 39 0/0.

En Madrid nacieron durante el citado período 77,070 individuos, y murieron, menores de cinco años, 38,060, de donde resulta un 49 0/0.

Hay, sin embargo, poblaciones menos afortunadas que Madrid, como podrá verse también por el adjunto cuadro que acompañamos, publicado por el mencionado Dr. Gordillo.

(1) El Dr. Gordillo atribuye este exceso de mortalidad de la primera infancia, en gran parte, al intrusismo y al mal tratamiento médico que se da á algunos enfermos.

DE CADA CIENTO MUERTOS CORRESPONDEN Á MENORES DE CINCO AÑOS

En Cádiz.	34	En Burgos.	43
» Vitoria.	38	» Granada.	45
» San Sebastián.	39	» Coruña.. . . .	46
» Valencia.	39	» Sabadell.	46
» Barcelona.. . . .	41	» Córdoba.	47
» Cuenca.	41	» Lucena.	49
» Sevilla.. . . .	42	» Valladolid.. . . .	57

DE CADA CIENTO NACIDOS MUEREN ANTES DE LOS CINCO AÑOS

En San Sebastián.	29	En Lucena.	46
» Sabadell.	38	» Sevilla.. . . .	48
» Vitoria.	38	» Burgos.. . . .	50
» Valencia.	39	» Córdoba.	52
» Cuenca.	42	» Cádiz.	53
» Barcelona.	43	» Granada.	60
» Coruña.. . . .	44	» Valladolid.. . . .	62

De cada 100 nacidos mueren antes de cumplir los cinco años:

En Suecia.	22
En Inglaterra.	26
En Suiza.	27
En Bélgica.	28
En Prusia.	33
En Francia.	34
En Austria.	39
En Italia.	40
En Baviera.	41

El Dr. Brochard, encargado de la inspección de las nodrizas del distrito Nogenta, dice que de 2,429 críos llegados á dicho departamento procedentes de París, ha comprobado que murieron un 53 %; mientras que de 2,165 nacidos en el mismo departamento, apenas llegó á un 20 % el número de las defunciones (1).

De estas bajas, la proporción ha sido de un 17 % para los niños cuyas nodrizas estaban sometidas á la inspección de la autoridad, siendo nacidos en el país, y de un 42 % para los que estaban fuera del abrigo de dicha inspección. 55 % entre los niños procedentes de París cuyas nodrizas son vigiladas, y de 60 á 75 % en las que no lo son y emplean biberones (2).

Todo lo cual prueba de una manera evidente que los niños nacidos en el campo, tienen una viabilidad muy superior á los niños nacidos en la ciudad, los cuales pudiéramos decir sin temor de equivocarnos, llevan en sí un verdadero germen

(1) Pulido, *Bosquejos Médico-sociales*, 1876.

(2) La mortalidad atribuída al empleo del biberón, creemos que es completamente extraña al asunto que tratamos, pero tenemos precisión de incluirla en estos datos porque así mismo los consigna el autor mencionado.

de degeneración y falta de resistencia orgánica, hijo de la constitución psíquico-orgánica de sus progenitores.

Es indudable que como causa próxima de este exceso de mortalidad, en la primera infancia de las ciudades, influyen en muchos casos terribles enfermedades hereditarias (1), de origen puramente material, pero no es menos cierto que, aparte de ellas, el germen degenerativo sin explicación concreta, es decir, el sello de empobrecimiento general, de origen inexplicable, es el que da lugar al mayor número de fallecimientos antes de los cinco años.

Y esto que sucede con referencia á la mortalidad de la primera infancia, sucede, aunque en proporción menos desastrosa, con la mortalidad en general, mortalidad que es en algunas ciudades verdaderamente espantable, más que por otra cosa, por la clase de enfermedades que la originan.

Según la estadística de Quetelet, mueren en las ciudades de primer orden, 1 por 24 habitantes; en las de segundo, 1 por 28; en las de tercero, 1 por 32, y en las aldeas 1 por 40. Lo cual indica claramente que los habitantes de las ciudades están sometidos á la influencia de multitud de causas, no solamente higiénicas, sí que también psíquicas, que minan sorda y constantemente su organismo, engendrando muchas enfermedades, que sobre ser mortales, porque la causa de su agravación persiste constantemente, son además hereditarias en la mayoría de los casos.

La estadística de Quetelet viene corroborada por la que acompañamos de la mortalidad de algunas de las principales ciudades del mundo.

(1) Nos referimos principalmente á las enfermedades sífilíticas, que proporcionan á la mortalidad de la primera infancia un contingente grande y que indudablemente debe incluir el Dr. Brochard en sus estadísticas; mas teniendo en cuenta que muchos de estos desgraciados que no pueden criar sus propias madres, tienen que alimentarse precisamente por medio del biberón, para no exponer, al hacerlo de otro modo, á un funesto contagio á la nodriza que se encargara de amamentarlos.

CIUDADES	Tanto por 1,000 de las defunciones		CIUDADES	Tanto por 1,000 de las defunciones	
Buda-Pesth.	41'5	1870 á 1875	Cristiania.	20'8	1864 á 1873
Viena.	31'1	1869 á 1874	Copenhague.	23'2	1871
Praga.	41'5	1869	San Petersburgo.	34'1	1869
Trieste.	40'5	1870	Moscú.	39'7	1871
Munich.	40'9	1871	Odessa.	43'1	1873
Francfort.	21'8	1867 á 1875	Bucharest.	29'4	1874
Leipsig.	27'3	1867 á 1875	Gante.	29'9	1860 á 1865
Stuttgart.	26'7	1871	Lieja.	46'1	1866
Hamburgo.	41'7	1871	Amberes.	48'1	1866
Roma.	38'2	1871 á 1874	La Haya.	21'9	1869
Turin.	27	1872	Rotterdam.	33'2	1865 á 1874
Palermo.	25'7	1871	Berlin.	37	1871
Venecia.	31'8	1871 á 1874	Dresde.	28'8	1873
Milán.	38'5	1871	Colonía.	35	1867 á 1875
Filadelfia.	24'9	1870	Breslau.	31'2	1875
Nueva-Orleans.	30'7	1875	Nápoles.	39'1	1878
Boston.	24'3	1870	París.	21'4	1872
San Francisco.	20'5	1875	Londres.	24'6	1871
San Luis.	21'3	1870	Barcelona.	29'3	1861 á 1880
Stokolmo.	31'6	1864 á 1873	Madrid.	40	1881 á 1882

DEFUNCIONES OCURRIDAS EN BARCELONA DURANTE EL ESPACIO DE 20 AÑOS

	1861	1862	1863	1864	1865	1866	1867	1868	1869	1870	1871
Menores de un año {Varones.. ó hasta un año. . { Hembras.	550 441	521 430	651 552	566 466	627 487	487 421	577 458	549 449	613 462	613 479	594 501
Menores de 5 años {Varones.. ó hasta 5 años. . { Hembras.	565 511	594 553	914 897	802 774	1,061 1,038	627 603	796 778	788 752	767 804	841 796	742 658
De 5 á 20 años. {Varones.. { Hembras.	221 237	246 270	341 315	282 295	561 609	234 2,240	333 311	387 402	315 243	422 327	264 315
De 20 á 40 años. {Varones.. { Hembras.	549 463	569 472	681 523	751 515	909 948	559 496	685 566	760 623	582 543	966 726	649 556
De 40 á 80 años. {Varones.. { Hembras.	725 846	861 841	855 911	919 911	1,224 1,495	939 936	1,082 993	1,160 1,091	1,070 947	1,416 1,277	1,150 1,142
De 80 á 100 años. {Varones.. { Hembras.	66 96	71 115	81 137	73 113	77 155	74 133	75 148	87 127	67 119	85 123	73 128
De más de 100 años {Varones.. { Hembras.	9 9	2 2	2 2	2 2	3 3	1 1	2 1	1 1	1 1	3 3	9 9
De edad ignorada.	8	12	4	12	39	21	29	17	18	88	32
SUMA TOTAL.	5,178	5,557	6,867	6,479	9,233	5,772	6,834	7,194	6,553	8,162	6,815

(*)	1872	1873	1874	1875	1876	1877	1878	1879	1880	Suman
Menores de un año {Varones.. ó hasta un año. . { Hembras.	669 571	814 665	823 703	764 624	787 693	736 642	772 618	777 718	809 573	13,299 10,953
Menores de 5 años {Varones.. ó hasta 5 años. . { Hembras.	768 726	710 628	942 924	634 589	906 830	852 693	804 754	861 841	887 819	15,461 14,928
De 5 á 20 años. {Varones.. { Hembras.	249 302	229 298	335 312	317 311	343 324	334 336	324 318	338 362	313 327	6,398 6,454
De 20 á 40 años. {Varones.. { Hembras.	698 532	704 545	774 654	761 649	779 593	762 630	759 582	781 684	622 553	14,300 11,853
De 40 á 80 años. {Varones.. { Hembras.	1,128 1,003	1,199 1,126	1,251 1,160	1,385 1,287	1,187 1,121	1,356 1,264	1,352 1,272	1,389 1,243	1,247 1,156	22,895 22,022
De 80 á 100 años. {Varones.. { Hembras.	76 133	62 121	97 141	89 155	71 136	81 123	88 161	93 124	83 163	1,569 2,651
De más de 100 años {Varones.. { Hembras.	2 2	1 1	2 2	1 1	1 1	1 1	3 4	2 1	2 2	12 27
De edad ignorada.	35	39	30	53	24	52	85	20	85	700
SUMA TOTAL.	6,879	7,139	8,148	7,619	7,802	7,843	7,896	8,232	7,641	143,522

Suma total de las defunciones registradas en Barcelona de 1861 á 1880. . . . 143,522

De las cuales 54,641 ocurridas antes de los 5 años.

»	»	30,005 de los 5 años á los 40.
»	»	44,917 de los 40 á los 80.
»	»	4,220 de los 80 á los 100.
»	»	39 pasados los 100 años.

La condición orgánica del individuo siendo perfecta de los 20 á los 40 años, ¿cómo se explica tanta mortalidad á esta edad, como no sea á consecuencia de las causas morales que aniquilan el organismo?

¡El promedio de la vida de los barceloneses es de 25 á 30 años, según los datos que acabamos de apuntar!!

Es verdaderamente desconsolador el resultado obtenido por medio de los números, y más desconsolador aún si se atiende á que la estadística presentada, no es una estadística baladí, sinó una estadística de importancia, por cuanto comprende un período de 20 años de observación.

Ya el Dr. Letamendi en su notable discurso intitulado *El pro y el contra de la vida moderna*, se lamenta de que el promedio de la vida en España sea, según sus cálculos, de 24'56 en las capitales y de 25'72 en las poblaciones rurales; lo cual da el 25 $\frac{1}{4}$ por término medio, ó sea la menor cifra de longevidad de Europa (1), presentando luego para mayor desconsuelo nuestro un cuadro comparativo del promedio de la vida en Austria, Prusia (antiguo reino), Sajonia, Cerdeña, Baviera, Holanda, Bélgica, Francia, Dinamarca, Suecia, Noruega y Wurtemberg, del cual se desprende claramente que la vida es muy corta entre nosotros.

Para comprobar nuestro aserto basta fijar la atención en el cuadro que acompañamos.

(1) Datos extraídos de la Memoria sobre el movimiento de la población de España en los años de 1858, 1859, 1860 y 1861, publicada por la Junta general de estadística del reino. Madrid, imp. de Beltrán, 1863.

NACIONES.	Con los nacidos muertos	Sin los nacidos muertos
Austria.	27'76	28'19
Prusia.. . . .	29'66	31'10
Sajonia.	29'47	31'16
Cerdeña.	30'43	30'80
Baviera.	31'49	32'61
Holanda.	32'63	34'72
Bélgica.	36'45	38'35
Francia.	38'77	40'36
Dinamarca.	37'91	40'49
Suecia.. . . .	39'02	40'66
Noruega.	41'06	43'64
Inglaterra.. . . .		36'92
Wurtemberg.	28'42	
PROMEDIO.	32'87	34'49

El resultado general de este cuadro, añade el mencionado doctor, con inclusión de los nacidos muertos, nos enseña que en la mayor parte de los pueblos de Europa la vida media no pasa de 32 á 33 años. Este resultado considerado en absoluto, es muy triste, diré más, diré que á fuer de anatómico, lo encuentro ridículo. Vedlo sinó; restad de los 33 años, los 25 que la organización humana necesita para formarse y os quedan ocho años de plena existencia.

Y si el resultado de las observaciones mencionadas es triste, ¿qué no ha de ser el resultado del cuadro estadístico de la mortalidad en Barcelona, del cual se desprende, en conclusión, que apenas solidificadas todas las epífisis del cuerpo, apenas llegados á su completo desarrollo orgánico, fallecen los habitantes de Barcelona?

Pero no nos desalentemos, que no hemos hecho más que empezar, y tengamos fuerza de voluntad para desmenuzar la tristeza involucrada en los datos presentados; porque des-

pués de todo, podría suceder que este enorme exceso de mortalidad, fuese debido á causas de orden climatológico, ó de índole fácil de combatir por medio de una buena organización de higiene y demás cuidados; y estudiemos las enfermedades antes que den origen á la mortalidad, de donde han arrancado las desconsoladoras cifras que os he presentado.

De cuyo estudio deduciremos importantes consecuencias para nuestro objeto: en primer lugar porque nos haremos cargo de la mortalidad en sus proporciones, y en segundo, porque nos convenceremos una vez más de que dada la calidad de la mayoría de las enfermedades que dan este contingente, no son las causas higiénicas y las climatológicas, ni la alimentación ni otras muchas señaladas por la mayoría de los autores, las que mayores estragos ocasionan, sinó las afecciones directamente relacionadas con los trastornos morales, aquellas que dependen directamente de la vida de nuestro siglo, las que tienen íntima relación con la parte psíquica, las que, en una palabra, reconocen sinó como causa predisponente, como causa determinante, la inusitada tensión en que vive de continuo el alma nuestra.

Es decir, que tanto las enfermedades infecciosas como las agudas, claramente dependientes de un estado estacional, como todas aquellas que pudiéramos considerar hijas de una alteración esencialmente orgánica, son escasísimas en su proporción, comparadas con las afecciones de los centros circulatorio y nervioso, que tantas variantes ofrecen como manifestación morbosa, y que invaden las grandes ciudades en tan desastrosa proporción.

Procediendo de este modo, nos encontraremos con que: por enfermedades infecciosas murieron 21,230, ó sea el 16 p.º/º (sacado del último quinquenio), como puede comprobarse por el siguiente cuadro:

POR ENFERMEDADES INFECCIOSAS: 21,230

Años	Escarlatina, Sarampión	Crup, Difteria	Tifus	Viruela	Disentería	Coqueluche	Fiebre y enf. puerperales	Suma total
1861.	58	66	210	79	97	4	40	556
1862.	18	116	293	2	92	20	31	572
1863.	199	247	315	195	107	28	35	1126
1864.	85	180	233	377	116	21	31	1043
1865.	224	137	409	114	131	28	33	1076
1866.	91	118	236	87	81	16	22	651
1867.	143	132	304	360	79	29	29	1076
1868.	144	156	424	594	64	8	34	1424
1869.	240	149	318	79	49	12	36	892
1870.	228	112	280	590	49	27	39	1325
1871.	57	126	328	480	62	19	33	1105
1872.	244	119	397	133	67	23	44	1027
1873.	65	77	349	297	63	21	50	922
1874.	338	76	401	405	55	32	48	1355
1875.	66	68	374	135	47	20	41	751
1876.	334	92	266	561	37	31	38	1359
1877.	226	95	326	529	48	32	52	1308
1878.	262	74	378	338	51	25	53	1181
1879.	174	99	578	371	64	45	48	1379
1880.	321	107	391	129	58	41	55	1102
En el quinquenio de 1876 á 1880 contri- buye cada enfermedad, sobre 100 de- funciones, en la proporción siguiente.	3'34	1'17	4'91	4'88	0'65	0'43	0'62	16'00

POR ENFERMEDADES DE ORIGEN PRÓXIMO Ó REMOTO DE DEGENERACIÓN: 54,755

Años	Deformid. Debilidad congénita	Hidrocé- falo Meningit.	Sífilis	Tubércu- los pul- monares	Apoplegia	Reblan- cimiento medular	Enferm. del corazón	Suma
1861.	135	76	39	961	715	22	154	2102
1862.	187	97	44	809	854	23	144	2158
1863.	236	109	59	902	947	28	178	2459
1864.	179	92	6	774	949	24	171	2249
1865.	311	132	4	1002	1226	30	240	2983
1866.	185	116	48	876	886	27	207	2345
1867.	163	166	76	955	987	44	261	2652
1868.	163	131	40	985	1002	36	266	2623
1869.	175	154	52	862	995	49	238	2525
1870.	213	153	46	829	981	49	248	2519
1871.	156	159	45	908	1048	56	296	2668
1872.	121	215	33	910	891	69	296	3135
1873.	152	217	32	931	946	82	336	2696
1874.	179	327	39	1024	1040	73	371	3053
1875.	154	350	71	945	1117	74	385	3096
1876.	161	362	56	779	902	87	272	2619
1877.	183	368	66	974	917	88	394	2990
1878.	208	437	53	967	972	105	427	3669
1879.	200	485	53	1008	852	117	461	3176
1880.	212	489	61	904	821	91	370	2938
En el quinquenio de 1876 á 1880, con- tribuye cada enfermedad, sobre 100 de- funciones, en la proporción siguiente.	2'44	5'42	0'72	11'74	11'31	1'23	4'87	37'63

ENFERMEDADES FRECUENTES DIAGNOSTICADAS Y SIN DIAGNOSTICAR: 64,851

Años	Gárraro intestinal	Pneumo- nia, Bron- quitis	Hemo- rragia	Inflamac- Gastritis Hepatitis	Cáncer Gangrena	Marasmo Senil	Convul- siones Trismus	Sin diag- nóstico	Suman
1861.	456	414	12	438	111	271	316	469	2487
1862.	444	502	21	465	121	239	344	622	2758
1863.	534	914	18	523	155	247	422	424	3337
1864.	478	835	21	515	109	232	378	551	3119
1865.	519	802	16	786	128	131	377	622	3381
1866.	453	579	23	587	125	246	279	440	2732
1867.	434	800	28	601	143	202	346	494	3048
1868.	457	821	26	598	144	223	347	473	3089
1869.	540	811	20	589	149	193	333	405	3020
1870.	454	762	37	611	121	171	309	467	2932
1871.	484	784	32	582	139	182	297	447	2947
1872.	666	786	30	648	138	193	319	471	3251
1873.	740	876	35	675	168	220	310	426	3450
1874.	777	918	45	660	158	209	385	485	3637
1875.	730	957	51	557	128	179	316	663	4081
1876.	673	895	64	525	119	104	307	1094	3781
1877.	709	1030	88	558	156	175	231	525	3472
1878.	659	1186	87	566	192	168	218	414	3490
1879.	751	1221	90	575	160	154*	238	119	3368
1880.	827	1170	91	494	179	149	200	421	3531
Tanto por ciento de 1876 al 1880	9'17	13'95	1'06	6'08	2'04	1'89	3'02	7'28	44'49

EPIDEMIAS, 3,014

POR MUERTES VIOLENTAS: 1,464

Años	Accidente	Homicidio	Suicidio	Suma		
1861.	26	6	3	35		
1862.	43	13	13	69		
1863.	30	12	3	45		
1864.	38	24	6	68		
1865.	25	26	6	57		
1866.	30	13	1	44		
1867.	39	13	6	58		
1868.	35	18	5	58		
1869.	40	51	4	95		
1870.	41	61	6	108		
1871.	71	18	6	95		
1872.	29	32	5	66		
1873.	36	31	4	71		
1874.	24	71	8	103		
1875.	152	28	11	191		
1876.	21	17	5	43		
1877.	41	23	9	73		
1878.	31	16	9	56		
1879.	41	19	9	69		
1880.	37	15	8	60		
Tanto por ciento del año de 1876 á 1880.	0'42	0'22	0'09	0'73		

Cólera morbo asiático.

1,736

. . . .

Tifus icterodes.

1,278

. . . .

Es decir, que de 143,522 defunciones, corresponden á la causa física que verdaderamente podría ser de importancia para la mortalidad de Barcelona, dado caso de que esta ciudad fuese insalubre de por sí hasta el extremo de originarse su exceso de mortalidad de causas físicas, la exigua cifra de 21,230, comparada con la exorbitante de 54,755 que han suministrado las afecciones de corazón, los tubérculos pulmonares, las apoplegías, los reblandecimientos medulares, la debilidad congénita, el hidrocéfalo y la sífilis, ó lo que es lo mismo, aquellas enfermedades que, ya próxima, ya remotamente, ya como causa mediata ya como inmediata, reconocen un origen moral, son hijas de la degeneración psico-fisiológica del individuo, que vive en los grandes centros.

Y lo que ha sucedido durante esta época determinada de tiempo, es lo que á mayor abundamiento sucede en la actualidad en que se vive aún más aprisa.

La mortalidad de París durante el mes de diciembre de 1887, y las dos primeras semanas de enero de 1888, según publica la *Gazette Medicale* de aquella villa, ha sido de 5,340 individuos, de los cuales han fallecido: 970 la primera semana, 954 la segunda, 951 la tercera, 1,070 la cuarta, 1,012 la quinta, y 993 la sexta.

De los 970 de la primera: 196 de tisis pulmonar; 19 de otros procesos tuberculosos; 34 de meningitis; 52 de congestión cerebral; 10 de reblandecimiento cerebral; 55 de enfermedades orgánicas del corazón; 25 de debilidad congénita.

De los 954 de la segunda: 161 de tisis pulmonar, 18 de otros procesos tuberculosos; 24 de meningitis; 58 de congestión cerebral; 8 de reblandecimiento cerebral; 58 de enfermedades orgánicas del corazón; 22 de debilidad congénita.

De los 951 de la tercera: 161 de tisis pulmonar; 17 de

otros procesos tuberculosos; 35 de meningitis; 41 de congestión cerebral; 10 de reblandecimiento cerebral; 62 de enfermedades orgánicas del corazón; 33 de debilidad congénita.

De los 1,070 de la cuarta: 187 de tisis pulmonar; 19 de otros procesos tuberculosos; 33 de meningitis; 58 de congestión cerebral; 16 de reblandecimiento cerebral; 69 de enfermedades orgánicas del corazón; 26 de debilidad congénita.

De los 1,012 de la quinta: 180 de tisis pulmonar; 22 de otros procesos tuberculosos; 35 de meningitis; 52 de congestión cerebral; 12 de reblandecimiento cerebral; 59 de enfermedades orgánicas del corazón; 29 de debilidad congénita.

De los 993 de la sexta: 190 de tisis pulmonar; 24 de otros procesos tuberculosos; 32 de meningitis; 50 de congestión cerebral; 10 de reblandecimiento cerebral; 51 de enfermedades orgánicas del corazón; 20 de debilidad congénita.

Esto aparte de las afecciones del hígado, estómago é intestinos, también íntimamente relacionadas con la moderna manera de vivir.

Cada semana podéis examinar este cuadro desconsolador, siempre las mismas cifras terribles, en proporción ascendente.

La influencia de la vida moderna no es únicamente funesta para los que se van, sinó además para los que vienen; es decir, que no sólo es grandísimo el contingente de defunciones á que las causas morales dan lugar, sí que además es muy notable la desproporción entre estas defunciones y los nacimientos, resultando favorecidas las primeras y desmeдрados los segundos en las grandes ciudades; lo contrario precisamente de lo que sucede en el campo.

BARCELONA 1861 á 1880 (I)

Años	Nacimientos	Defunciones	DIFERENCIA	
			De más nacimientos	De más en defunciones
1861.	6101	5178	923	2
1862.	5881	5557	324	»
1863.	6091	6867	»	776
1864.	6341	6479	»	120
1865.	6062	9233	»	3171
1866.	6369	5772	597	»
1867.	6179	6834	»	655
1868.	6108	7194	»	1086
1869.	6663	6552	111	»
1870.	5784	8162	»	2378
1871.	5903	6815	»	912
1872.	6881	6879	2	»
1873.	7031	7139	»	108
1874.	7026	8148	»	1122
1875.	6645	7619	»	974
1876.	7028	7802	»	774
1877.	7497	7843	»	346
1878.	7458	7896	»	438
1879.	7446	8232	»	786
1880.	7584	7641	»	57

(1) Tomado de la obra *Movimiento de la población de Barcelona*, etc., de D. Gumersindo Colomer Codina, publicada en 1883.

Por el precedente cuadro se ve que, por punto general, el número de las defunciones es mayor que el de nacimientos en Barcelona (1). Sin embargo, la población no disminuye; al contrario, aumenta. Toma su contingente de nuevas víctimas que persiguiendo la fortuna, dejan la vida del campo y de la tranquilidad de espíritu, y prefieren respirar la atmósfera del polvillo de carbón y del vicio, á la del tomillo y la alegría.

Según el Dr. Gordillo, en Madrid la mortalidad da en aquella ciudad, á pesar de sus condiciones climatológicas excelentes, el siguiente resultado:

<u>Año</u>	<u>Nacimientos</u>	<u>Defunciones</u>
1880	14,577	15,909
1881	14,847	14,826
1882	15,245	18,196
1883	16,248	17,134
1884	16,153	15,341
SUMAN.	77,070	81,406

Las ciudades brindan con mejores jornales á los obreros, con mayores comodidades á los pudientes y con más atractivo para todos; y aguijoneados los unos por la ambición y seducidos los otros por la felicidad de que parece allí disfrutaban todos los moradores, no se acuerdan que no hay bien que por mal no venga, y se lanzan á la nueva esfera de trabajo ó de placeres: artificial con que les convidan los centros populosos, ambición y felicidad que lejos de ver coronados, se convierten en constante tormento de su espíritu, ambición y felicidad que les ha de martirizar como el suplicio de Tántalo, porque no han de ver nunca satisfecha á pesar de todos los vanos esfuerzos que hagan por conseguirla.

(1) Estadística que resulta algo fatalista por venir incluidas en ella dos epidemias, cuyo contingente, aun cuando aumenta la mortalidad, suprimido, dejaría en pie el que el número de defunciones es mayor que el de nacimientos.

Por el adjunto cuadro podrán compararse asimismo el número de nacimientos con el de las defunciones en algunas ciudades.

NOMBRE DE LAS CIUDADES	Tanto por 1000 del número de nacimientos	AÑOS de que se ha tomado la proporción	Tanto por 1000 del número de defunciones	AÑOS de que se ha tomado la proporción	Diferencia á favor de las defunciones
Trieste.	38'8	1870	40'5	1870	1'7
Munich.	37'2	1871	40'9	1871	3'7
Hamburgo.	34'6	1871	41'7	1871	7'1
Roma.. . . .	27'7	1871	28'2	1871 á 1874	0'5
Turin.. . . .	26'9	1872	27'0	1872	0'1
Venecia.	30'0	1871 á 1875	31'8	1871 á 1874	1'8
Milán.. . . .	29'5	1871	38'5	1871	9'0
San Petersburgo.	28'1	1869	34'1	1869	6'0
Moscú.	33'3	1871	39'7	1871	6'4
Lieja.	32'2	1866	46'1	1866	13'9
Amberes.. . . .	33'8	1866	48'1	1866	14'9
Berlín.. . . .	33'3	1871	37'0	1871	3'7
Nápoles.	35'1	1871	39'1	1871	4'0

Las poblaciones rurales se encargan de ir reponiendo la humanidad, que las ciudades destruyen, y de esta manera compensan con aumento de nacimientos el contingente de las defunciones ocasionadas por los grandes centros.

Pero como este aumento en las defunciones y disminución de los nacimientos se atribuye por algunos en absoluto, á inmoralidades de la vida conyugal, nos permitiremos presentar un cuadro, en el cual se evidencia que no son estas, única y exclusivamente las causas de disminución de los nacimientos, sinó otras muchas de origen esencialmente psíquico. Y este cuadro estadístico se refiere á la influencia de las profesiones en la mortalidad. De él se desprende que la actividad inusitada en que vivimos, es la primera causa de muerte del siglo XIX.

Francia, Alemania é Italia están haciendo actualmente trabajos estadísticos de importancia suma, y dentro de algún tiempo podremos probablemente completar el ligero esquema que hoy presentamos.

PROFESIONES	Mortalidad por 1,000 personas de 25 á 65 años
Eclesiásticos.	8'6
Jardineros.	9'3
Agricultores.	9'8
Papeleros (obreros).	11'1
Pescadores.. . . .	12'3
Abogados.	13'0
Mercaderes (en general).	13'6
Obreros hulleros.. . . .	13'8
Zapateros.	14'2
Plomeros.	14'6
Molineros	14'8
Albañiles.	15'0

PROFESIONES	Mortalidad por 1,000 personas de 25 á 65 años
Obreros de caminos de hierro.	15'9
Sastres.	16'3
Industria lanera y algodonera (obreros).	16'8
Médicos.. . . .	17'4
Encuadernadores.. . . .	18'6
Bateleros.	20'2
Músicos.. . . .	20'3
Porteros y vigilantes de noche.	24'2
Fruteros.	29'1
Obreros para toda clase de servicio en Londres.	31'2
Mozos de hotel y de café.	34'1

La vida tranquila de los eclesiásticos, jardineros y agricultores, es indudablemente la causa de la exigua mortandad entre estas clases, al paso que la agitación constante de los porteros y vigilantes de noche, músicos, obreros de todo trabajo y mozos de café, es la causa de la gran mortalidad entre los últimos, los cuales, sobre vivir en continua agitación, tienen á mayor abundamiento trabajo de noche de una manera constante, aunando á las causas mencionadas las constantes y prolongadas vigiliias.

Podría continuar á las presentadas, multitud de otras estadísticas, pero, ¿á qué fatigar más vuestra atención con números, si por desgracia la elocuencia de los hechos necesita aún menos pruebas de las que hemos presentado? Bien lo sabemos que la moderna vida con sus exigencias mal entendidas y peor interpretadas, diezma á la humanidad, y como dice muy bien Letamendi, á pesar de ello, no escarmentamos: las enajenaciones mentales, el suicidio, el reblandecimiento cere-

bral, las apoplegías lentas progresivas, las afecciones atónicas del sistema muscular, así del orgánico como del de relación; las calenturas adinámicas, muchas neurosis compatibles para mayor tormento en la conservación del juicio, varias afecciones agudas y crónicas del corazón, y no pocas del aparato digestivo, señaladamente del hígado y del estómago, son un ejemplo patente de lo que acabo de deciros. Aparte de los estragos fulminantes que la contemplación ya de la deshonra, ya de la propia ruina, causan; recordando á este objeto, aquellas fiebres subagudas, varias en su forma, gravísimas en su esencia, solapadas en su marcha y propendentes á terminación fatal, ya pasando á consuntivas, ya degenerando en tifoideas, y que reclaman un tratamiento profundamente hipocrático en su principio, sintomático activo en su estado y heroicamente crítico hacia su terminación; fiebres que antes bien que enfermedades nosológicamente clasificadas, constituyen en el colapso subsiguiente á un vivo y duradero espasmo fisiológico, determinado y sostenido por una afección moral; colapso orgánico, en el cual llegan aún á coexistir la pena del alma, porque no puede el organismo mantenerse en contractura tan largo tiempo, como el alma en aflicción; colapso desordenado y peligroso que por la persistencia de la pasión misma de espíritu, no puede tomar dirección segura, ni solución plausible, como no sea acompañándole el arte con discretísima solicitud; colapso en fin, cuya declaración no causa estado hasta meses después de recibido el golpe, por cuyo motivo, por el hecho de mediar tan largo espacio del golpe al cardenal, exige del médico que ha de inquirir su causa una extrema perspicacia.

¡Oh cuántos centenares de casos pudiéramos citar en corroboración de lo dicho y gracias aun, en medio de todo, que las víctimas de tan fieros golpes, al paso que suelen ser bastante honradas para no merecerlos, suelen asimismo poseer

bastante virtud para no hacerse justicia por su propia mano.

¡Cuántos de mis lectores tendrán sobre este asunto la experiencia próxima ó remota dentro de su misma familia! ¡Cuántos actualmente serán víctimas de alguna enfermedad que empaña los más alegres días de su existencia, que ha nacido y vive mantenida por el exceso de trabajo mental, ó la sed de riqueza! ¡Cuántos, á pesar de tener una buena salud, han engendrado hijos enclenques ó raquíticos! ¡Cuántos, en fin, han adquirido en pos de la riqueza una dolencia mortal que no podrán curar con todo el oro acumulado!

En un periódico de París venía, en el mes de enero de este año, una noticia verdaderamente desconsoladora:

«El número de locos en el departamento del Sena, que en 1804 no era más que 940, en 1870 fué 6,000 y hoy pasa de 10,000, es decir, que en 17 años ha aumentado de dos tercios, siendo así que el aumento de la población ha sido mucho menor. El gasto que ocasiona el cuidado de los locos era de 100,000 francos en 1804, y ahora pasa de cinco millones. No bastan ya á contenerles los cuatro asilos que tiene el departamento, ni el que existe en Vaucluse, pues se trata ya de crear otro. Á los filósofos, á los economistas y á los médicos dejamos la tarea de averiguar las causas de este aumento extraordinario de dementes: el Dr. Després, al tratar de este asunto en el Consejo general del Sena, lo atribuye á la intemperancia, á la sustitución del vino por la *absinthe* (licor de ajeno) y al extravío de numerosos cerebros parisienses por las teorías políticas exageradas».

Por nuestra parte, aun cuando respetamos mucho la opinión de este valioso compañero, creemos que tal vez la *absinthe* y la política jueguen en esta causalidad de locura un papel muchísimo más secundario de lo que opina Després y sea este prodigioso aumento de las enfermedades mentales, debido en gran parte, á la continua tensión en que viven los en-

tendimientos de aquel populoso centro. Y nada de particular tendría esto, pues de igual manera que cuando un músculo se fatiga en exceso, sufre una curvatura causada por la acumulación de los productos de desintegración, el cerebro fatigado en demasía y expuesto á un aumento de pérdida de vida, sufre también una verdadera curvatura. Al principio advierten el peligro de mayores dolencias, cefalalgias más ó menos pertinaces, que de día en día se acentúan y acaban por persistir de una manera constante. La inteligencia se va ofuscando poco á poco ó se excita de una manera inusitada, y el cerebro es presa de un verdadero calambre comparable al de un músculo fatigado; trastorno cuya persistencia, á la larga, es de fatales consecuencias. Y lo peor del caso, es que el entendimiento de la gente de este siglo no puede sustraerse á este trabajo cerebral, porque dadas las condiciones de la moderna civilización, es preciso pensar mucho y aprisa para vivir, y si á más de vivir, hay quien pretende llenar su ambición, la tensión del espíritu ha de ser aún de mayor importancia.

No son estas ya enumeradas y naturales consecuencias de multitud de procesos morbosos las que únicamente y con despaída mano siegan la vida de la humanidad, sinó que, no contento el hombre con buscar por todos los medios el aniquilamiento de su cuerpo y espíritu, en algunas ocasiones se deja arrastrar de su imaginación, y trastornado y fatigado al fin de tanta lucha, acaba con su existencia por algún medio violento.

El suicidio cada día es más frecuente, sus causas cada día más inexplicables, sus víctimas cada día más incomprendibles.

Pena causa ver las estadísticas sobre este punto, y más pena aun examinar los motivos. Antes, era siempre á los ojos de la sociedad poco menos que conocida la causa de la

muerte de un suicida; hoy se precipita á su destrucción el adolescente con una sencilla carta diciendo que está cansado de vivir. Y el vulgo que se entera, en lugar de compadecer al desgraciado, se ríe de que el motivo de aquella muerte haya sido el cansancio de la vida, porque no lo comprende, y sin embargo, es desgraciadamente cierto. Apenas se encuentra quien á los 25 años no esté fatigado de la lucha por la existencia, rendido de trabajo, cansado de sufrir desengaños. Las estadísticas, que hablan siempre con la elocuencia de los hechos, os lo probarían hasta la saciedad: en ellas veríais que los reveses de fortuna hoy dominan el campo de la causalidad del suicidio; así como antes se suicidaban los hombres, más que por contrariedades de esta naturaleza, por estados afectivos ó pasiones amorosas.

¿Y todo por qué?

Porque la edad moderna ha fijado sus ojos en el oro y parece que, fascinada por el brillo del rey de los metales, vive en una especie de continuado hipnotismo, del que no se mueve hace mucho tiempo. La virtud, la modestia, el talento, la prudencia y multitud de otras cualidades que antes enriquecían á su poseedor, para poco sirven; la felicidad de hoy no se cifra en la tranquilidad de espíritu que aportaban aquellas buenas cualidades; la felicidad de hoy está, á los ojos de la humanidad, en la riqueza.

Á fuerza de emplear todas nuestras fuerzas y encaminar resueltamente la voluntad y el entendimiento á conseguirla, ya llega algunas veces el día en que logramos nuestro objeto, pero entonces nuestro cuerpo, derrumbado por los achaques y consumido por la absorción del sistema nervioso, no está en aptitud de gozar de aquellos bienes, escasos y cortos, que el oro proporciona; entonces, como la ley de la humanidad no es la felicidad, sinó el trabajo; seremos ricos, pero no tendremos salud, ó careceremos de familia, ó seremos vícti-

mas de alguna otra contrariedad de muchísima más importancia que las que trae consigo la pobreza.

¿Por qué esta sed insaciable de oro? ¿Qué tiene el oro, que fascina de esta manera? Sin duda alguna escondióle Dios en las entrañas de la tierra, que el hombre ha socavado, comprendiendo que había de ser el manantial de la agitación y lucha constante en que vivimos. Hizo bien en ocultarlo á las miradas de la ambición humana, porque á pesar de tenerle tan escondido, todavía es la mortaja de media humanidad.

¿De qué nos ha de servir tanta riqueza acumulada al fin de la jornada de la vida? De nada absolutamente. El alma virtuosa, recta y modesta de aquel que vivió oscurecido para los hombres, será lo mismo á los ojos del Supremo Hacedor. Sus cenizas podrán no estar encerradas en preciosa urna funeraria, emblema del orgullo terreno; pero en cambio, nacerán sobre la tierra que las cubra, hojas y flores, y verde musgo cubrirá su corazón. La aurora regará con sus perlas aquella mansión silenciosa y tranquila; la primera rosa lucirá allí sus colores y su ángel custodio protegerá aquel puñado de ceniza, emblema de un alma noble, con las alas de su bondad y cariño.

El honor y la virtud valen más que todos los tesoros del mundo. Y el deber y el trabajo llenan las necesidades de los hombres de corazón recto, y siguiendo este criterio, nos convenceremos de que para obtener la felicidad relativa en la tierra, no hay más que dos caminos: para el pobre la paciencia, el trabajo y la constancia; para el rico la caridad y el trabajo.

Procuremos, pues, armonizar nuestras aspiraciones y natural inclinación á la dicha con nuestra actividad. Trabajemos, sí, con ánimo sereno para ir mejorando nuestra condición á medida de nuestras fuerzas; pero no empleemos para estas empresas más que aquel propio capital que nos proporciona

el organismo, fisiológicamente hablando; que si el viento huracanado de la ambición guía nuestros pasos, se consumirá la vida moral y material como por encanto, y nuestra vida tiene que consumirse lentamente, si queremos que nos sorprenda la vejez con un rescoldo de energía moral y material que dé calor á nuevos retoños.

Si la felicidad se la crea uno mismo cuando quiere, ¿á qué buscarla por medios violentos?

Trabajad para llenar modestamente vuestras necesidades, y si la fortuna os sonríe y os colma de beneficios, fijaos más que en la propia dicha, en las miserias que os rodean; que haciendo felices á los demás, lo seréis vosotros doblemente. Como los demás hombres encaneceréis, pero se apagará el fuego orgánico de vuestro cuerpo lentamente y sentiréis aquel bienestar, aquella tranquilidad de espíritu y aquella paz que siente quien resuelve el problema de la felicidad sin darse siquiera cuenta de ello.

PACIENCIA É IMPACIENCIA

ACTIVIDAD É INACCIÓN

La paciencia es el apoyo del débil; la impaciencia, la ruina del fuerte.

FEUCHSTERLEBEN.

La resolución de todos los problemas de la vida viene involucrada en las palabras que acabamos de consignar.

Generalmente, se cree que la impaciencia es hija de la actividad del cuerpo y del espíritu; y la paciencia se compara á la resignación del que se rinde, lo cual equivale á considerarla como un estado pasivo; y sin embargo, muchas son las ocasiones en que la paciencia vive cimentada en una voluntad de hierro y es hija de un carácter entero y vigoroso, pero que no sólo tiene energía para con los demás, sí que también para consigo misma. De aquí que en muchos casos sea la paciencia para el hombre acostumbrado á leer en el corazón de sus semejantes, el reflejo de una lucha terrible por dentro, pero que no aparece á la superficie.

Cuentan que una Hermana de la caridad se presentó á pedir limosna en casa de una persona sumamente acomodada, pero muy avara y sin base religiosa de ninguna especie. Le negaron la limosna que solicitaba, y como ella insistiese al objeto de ver si podía recaudar algo para sus pobres, recibió un bofetón en pago de su demanda. Sin impacientarse y con serena y cariñosa mirada al mismo tiempo: «Gracias, caba-

llero, dijo, esto para mí; y ahora para mis pobres ¿no hay algo?», añadió alargando la mano.

Ya comprendéis cuánto dominio sobre sí misma tendría aquella pobre mujer; que no era hija la resignación que lucía, de la calma, sinó de la tempestad dominada por la voluntad más enérgica, de la abnegación más hermosa y sublime.

La impaciencia es también hija de la actividad, pero la actividad de la ardilla, que se mueve en todas direcciones sin descansar un solo momento, y á pesar de tanto movimiento, resulta después de todo, que se encuentra siempre en el mismo sitio.

Ambos estados pueden y acostumbran á tener influencia suma sobre la marcha de la vida.

La paciencia es el volante de compensación del cronómetro de nuestro organismo y la impaciencia representa exactamente los cambios de temperatura que obligan á cambiar de posición á este volante.

No hay empresa que no se vea realizada por mediación de la paciencia. Ya dice Confucio: «Aunque cada día llevases un solo canasto de tierra, continuando, acabarías por levantar una montaña».

La paciencia jamás se rinde, jamás se desengaña, no se cansa nunca de esperar, es como dice muy bien Numa: «El remedio de todos los males». Basta que miréis la desgracia de los otros, para que aprendáis á soportar la vuestra. «Igual ánimo debemos manifestar en la próspera que en la adversa fortuna», añade Orfeo (1).

La impaciencia por el contrario, á cada instante sucumbe, cuenta los desencantos por el número de ideales perseguidos,

(1) Hé aquí una de las oraciones griegas, que estaba muy en boga entre los paganos: «Orfeo: Ruego á Dios que me defienda contra mis pasiones, que me conceda la verdadera belleza, que es la del alma, las luces y las virtudes de que tenga necesidad, fuerza para no cometer ninguna injusticia, y muy especialmente valor para sufrir, aun cuando fuese necesario, la injusticia ajena».

termina siempre rindiéndose en la lucha y acaba por deses-
perarse.

¿De qué modo podrá, pues, ser práctica la vida?

La vida, que no es más que una esperanza en flor, cuyos pétalos caen en la mayoría de los casos antes de que se forme el nódulo que ha de ser más tarde el fruto, no puede resultar tolerable, más que á beneficio de la paciencia.

Por su mediación nos parecerán menores y de menos importancia las luchas que tengamos que sostener y pasarán por nuestro corazón los pesares y los vanos deseos, como pasan por su cauce las aguas de los ríos caudalosos sin alterar la tranquilidad de la superficie.

La paciencia á que nosotros nos referimos, es el emblema de la actividad, de la constancia y del trabajo mesurado, y el reflejo del carácter entero y vigoroso, hasta para dominar las propias impresiones. De no ser activa, no sería paciencia, sería inacción, indiferencia, escepticismo.

Esta virtud, como dice un sabio filósofo, puede compararse al traje tupido que nos protege en invierno de los rigores del frío. Á nadie se le ha ocurrido ni se le ocurrirá, para luchar contra este elemento, impedir al tiempo de ser tan crudo; todo el mundo lo que hace es aumentar el abrigo.

Es conveniente en la vida práctica aplicar este pensamiento, y como dice Confucio: «Saber sofocar ó á lo menos moderar la cólera, el temor, la tristeza, la alegría y otras alteraciones profundas que puedan menoscabar la rectitud del alma». El que logra hacerlo así, está á cubierto de cualquier peligro.

La paciencia todo lo alcanza, por pequeña que sea la fuerza que la sostenga. Así como la gota de agua que cae siempre sobre el mismo sitio, al fin taladra una roca, así la paciencia á fuerza de constancia, obtiene siempre lo deseado. Cual la mencionada gota, puede muy poco de por sí, pero así como aquélla

luchando con la roca, es el cincel de las grutas más admirables y de las mayores maravillas, ésta es el arma más potente para conseguirlo todo. Podrá ser que se estrelle nuestro trabajo y constancia contra el indiferentismo de todo el mundo, pero acabaremos por vencer el obstáculo de igual manera que el agua del mar lamiendo suavemente y sin interrupción la granítica mole de un peñón de la costa, á fuerza de socavar aquellos cimientos del coloso que durante siglos había resistido impávido sus embestidas, acaba por derruirle, hundiéndole por siempre en el abismo.

Lo que no se logra en un día, se consigue en un año; lo que no se alcanza en un año, se hace en un siglo.

Los efectos prodigiosos de la paciencia se han podido observar en el orden material, causando la admiración del mundo en algunos casos.

En la antigua Escuela industrial de Sevilla existía un cuadro que no era mayor que una cabeza de alfiler y en el cual, con una lente de gran potencia, se veían nada menos que los retratos de los doce Pares de Francia.

Un monje polaco del siglo xvii escribió la *Iliada* de Homero en una faja de papel, que se guardaba en la cáscara de una nuez sin violencia alguna.

Cien años antes un español llamado José Fabá, construyó una carroza del tamaño de un grano de maíz.

Todos los detalles de la obra se distinguían perfectamente

El jesuita Ferrariun fabricó un cañón de marfil, que con todos sus accesorios se acondicionaba perfectamente dentro de un grano de pimienta.

Más admirable fué todavía el trabajo del sueco Noringeurs, quien fabricó doce sillas de marfil tan pequeñas y delgadas, que cabían también dentro de un grano del mismo producto. Semejante prodigio fué regalado al Papa Paulo V.

En el siglo xvi, un tal Mark regaló á la reina Isabel de Inglaterra una cadena de oro compuesta de cuarenta eslabones. Esta cadena era tan diminuta que no podía admirarse en todos sus detalles más que poniéndola sobre un objeto blanco.

Para probar su ligereza, Mark, según la leyenda, ató la cadena al cuello de una mosca, lo cual no la impidió volar.

Lo más curioso del caso es que dicho sujeto, al cual había sido necesaria una habilidad de manos extraordinaria para fabricar aquella diminuta joya, era un herrero.

Últimamente se ha llevado á cabo otra de estas maravillas microscópicas, que no desmerece de las que anteriormente citamos.

El presidente de la Academia de Ciencias de París, recibió hace poco tiempo, un grano de trigo sobre el cual un calígrafo había llegado á escribir un párrafo de doscientas veinticinco palabras.

Esta perfección en la destreza á que ha conducido la paciencia, es comparable á la que conduce la práctica de esta virtud en el orden moral.

Cuentan (1) que Mr. Foulquier de Mende estaba moribundo. El sacerdote que le asistía le dijo un día:

—Sufrís mucho, ¿no es verdad? Pero tened valor, que rogamos mucho al Señor por vos.

—Gracias, respondió el viejo sacerdote, gracias. Hace mucho tiempo que sufro, pero sé una oración muy corta, que me consuela cada vez que la rezo; voy á enseñárosla, veréis qué hermosa es:

«Jesús mío, estoy ciego: Así sea.

»Jesús mío, tengo neuralgia: Así sea.

»Jesús mío, estoy sordo: Así sea.

(1) *Pailletes d'or*. Colección filosófico-religiosa, publicada en Avignon por Aubanel.

»Jesús mío, no puedo decir misa ni rezar las oraciones de mi Breviario: Así sea».

Y añadió luego con una amable sonrisa:

—Aprended esta oración, os servirá de mucho.

Así se vive, se lucha y se muere sin rendirse, que el que tiene paciencia, llega siempre al final de la jornada, y el que está impaciente, se estrella siempre en el camino.

Varias veces habréis tropezado con gente desgraciada, habréis tenido ocasión de estudiar la miseria de cerca, y de tocar todas sus realidades y habréis podido observar que hay multitud de seres que se quejan de su suerte y se consideran desdichados; quien asegura que la fortuna le persigue siempre, quien reniega injustamente de la Providencia. No les escuchéis. La Providencia, que se acuerda de cada uno de los suspiros de los millones de seres que pueblan el espacio, la Providencia, que cuenta escrupulosamente los latidos del corazón de todas sus criaturas, que preside el más insignificante de los actos de la vida, no está ciertamente ajena á las catástrofes de sentimiento del espíritu nuestro, ni nos deja solos luchando con la desgracia; más bien somos nosotros los que, á pesar de la Providencia, en muchas ocasiones labramos nuestra propia desdicha.

Por mi parte sabré deciros, que no conozco á ninguno de estos desdichados que todo lo atribuyen á la fortuna, que no tenga por completo la responsabilidad de sus males. Perezoso el uno, informal el otro, el de más allá extremadamente ambicioso, todos tienen un punto negro que encontraréis al poco tiempo de tratarles, y como la Providencia ha puesto al lado de los defectos las virtudes, de las cuales nos permite echar mano á beneficio de nuestro libre albedrío; sea activo el indolente, y será feliz, sea sesudo el informal, y no aspire el ambicioso más que á aquello que sus necesidades le obliguen, coronando esta obra con la paciencia, que es la

virtud de las virtudes, y será feliz y no tendrá estos motivos aparentes que tiene para quejarse de su fortuna.

Quejándose, nada se consigue. La queja es un consuelo momentáneo que no hace más que mortificar al que nos escucha sin aliviarnos positivamente; además de que sobreexcitando y aguijoneando nuestro espíritu, nos obliga á saborear con más amargura la pena, y llega en algunos casos á exasperarnos. Después de todo, contrariedades, malquerencias, desengaños, contratiempos, decepciones y desgracias, todo pasa, nada dura, llega la hora en que se acaba.

Durante días enteros permanecemos inmóviles para no interrumpir la acción de un apósito ó vendaje que tiene que curarnos, aun cuando nos ocasione molestia; para favorecer la acción de tal ó cual tratamiento terapéutico, nos conformamos á vivir encerrados en una habitación oscura, ó sola y lejos de las conversaciones y compañía de los que nos rodean; á trueque de la mayor incomodidad, sudamos durante horas y días enteros, y en el rigor del verano, si hace falta para corregir el torcido curso de una catarral; y esto que hacemos con el cuerpo, ¿por qué no lo hemos de hacer con el alma? ¡Pues qué! ¿la salud del alma no vale lo que la salud del cuerpo? La tranquilidad de espíritu, el dominio de las propias impresiones, el imperio de la razón y la voluntad sobre nuestros actos, ¿no son el punto de apoyo de todo lo demás?

Constantemente observaréis junto á la desgracia, que se rinde, á esta desgracia que necesita siempre el amparo del prójimo, á este dolor que no puede consolarse nunca por su propia virtud, á estas contrariedades que se enlazan unas con otras, un grave defecto.

El hombre virtuoso y paciente, si es desgraciado, lo es transitoriamente; si tiene dolor, tiene también consuelo que lo alivia, y aun próximo á desfallecer, no se rinde.

Tened paciencia y seréis felices; sed impacientes, y os encontraréis con que en la mayoría de las ocasiones de la vida lucharéis en el vacío.

El cuerpo además se resiente de una manera marcada de la impaciencia, porque la agitación constante en que se encuentra el espíritu, ejerce una influencia directa sobre el sistema nervioso central, los vaso-motores y el circulatorio. Así suelen ser hijas de este particular estado de ánimo las neurosis de todas clases, sobre todo las de residencia abdominal y algunas afecciones del sistema circulatorio, que junto con las pulmonares, toman más incremento, aun cuando son dependientes, más bien que de la impaciencia por sí sola, de ésta acompañada de estados afectivos-deprimientes. Las vísceras, predilecto reflejo de la impaciencia, son: el hígado y el estómago y las formas morbosas de las mencionadas entrañas que reconocen este origen, variadísimas.

La impaciencia tiene sobre el inconveniente de ejercer este pernicioso influjo en las vísceras más nobles, el de obrar de una manera constante, porque es hija del carácter, así como la mayoría de los estados afectivos de otra índole, son casi siempre transitorios.

La paciencia depende también de una lucha establecida en el ánimo, que influirá sobre el funcionalismo de los órganos de una manera indudable; pero como deslinda pronto y con serenidad el campo de las ideas, sólo dura poco tiempo, y por tanto, no trasciende su influencia nociva al sistema visceral.

No me refiero estrictamente en este trabajo á la paciencia que llamaremos cristiana, virtud evangélica que adorna á multitud de esforzados campeones de la religión católica, sinó á la paciencia humana, á la conformidad serena y resuelta para con las luchas de la vida, á la tranquilidad de acción de los espíritus grandes de todos matices. Me refiero á la pacien-

cia del que lucha, del que se mueve, del que vive una vida activa de trabajo, que redunde en beneficio de su cuerpo y de su espíritu á la vez, vida que, manteniendo el continuo á la par que mesurado orgasmo de la economía, contribuye al desarrollo y engrandecimiento de los atributos, tanto morales como materiales del organismo.

Prestemos culto á esta virtud y seremos felices.

No nos lancemos á buscar la felicidad en desesperada lucha; esperémosla que venga y aprovechemos entre tanto lo bueno que ofrece la vida al paso.

Ocasiones hay en que todo parece desasosiego y contrariedad para nosotros. Las empresas mejor empezadas fracasan, los buenos amigos nos reciben con frialdad, se desprecian nuestros trabajos, se critican nuestras obras, se ríen maliciosamente de nuestras opiniones y todo parece que conspira á contrariarnos y llenarnos de impaciencia. No desesperemos, que hay mortificaciones que, aunque pequeñas, no dejan de molestarnos; como la pulga ó la mosca, nos desesperan á pesar de su ruindad en ciertos casos. Para las luchas de escasa importancia hay que tener la misma serenidad que para las grandes.

Rodeada de penas está siempre la vida. Un alma sin penas poco vale, como acostumbra á ser menos fina rosa sin espinas, y menos sosegado descanso sin trabajo.

La actividad es al alma, lo que el ejercicio al cuerpo, y así como éste á fuerza de descanso se inutiliza, se entorpece el espíritu á fuerza de poco movimiento. De igual modo, pues, que para la salud recomiendan los higienistas á los enfermos que no están imposibilitados para ello, ejercicio y movimiento, y sol y expansión, y todo aquello que mantiene en actividad el cuerpo; asimismo nosotros para la tranquilidad

del alma, que se refleja de una manera inevitable en la salud, recomendamos la actividad del espíritu.

Casi todas las enfermedades morales desaparecen con la actividad, y habla con justicia el refrán cuando dice por nosotros: «La pereza es la madre de todos los vicios». Así es efectivamente, y aun os diré más: no solamente es la pereza la madre de todos los vicios, sí que además de todos los males, porque la atonía del cuerpo no es para él, dada la perfección de su mecanismo que indica á las claras se hizo para el movimiento. De la misma manera que la máquina que no sirve, acaba por inutilizarse completamente, el cuerpo y el espíritu que no trabajan, concluyen por perder sus atributos. Observadlo sinó en los fenómenos corrientes de la vida, y os encontraréis con que multitud de parálisis de todos géneros, tanto orgánicas como de entendimiento, no reconocen más causa, en muchos casos, que la falta de movimiento de otras épocas. ¿Queréis un cuerpo torpe? Condenadle á la inacción. ¿Queréis un entendimiento estúpido? No le cultivéis bajo ningún concepto.

Además de recomendar la actividad como recurso higiénico en todos terrenos, he de recomendáosla también como recurso terapéutico. Es en efecto un excelente medio de impedir que tomen incremento muchos males, aparte de que constituye en multitud de casos el remedio más eficaz y pronto para la curación de otros; y así como el entorpecimiento de esta ó aquella región del cuerpo, al fin y al postre se resuelve á fuerza de ejercicio; la preocupación moral debida á esta ó aquella causa, se resuelve encaminando el entendimiento á la esfera del trabajo, y muchos males psíquicos serían completamente desconocidos de los hombres si no se encontrara quien tuviese por costumbre la ociosidad. Los que se dejan seducir por sus aparentes encantos, en vano buscan el descanso y bienestar completo por medio de la holganza;

no encuentran más que el aburrimiento, la indiferencia y en algunos casos alguna enfermedad de difícil y aun imposible curación. De igual manera que á fuerza de poco ejercicio y falta de movimiento, el cuerpo va desmejorándose de día en día y perdiendo en robustez, color, agilidad y fuerza; asimismo las inteligencias enferman cuando no trabajan; más aun: la inteligencia que está inactiva, que no se cultiva, degenera por completo.

El trabajo intelectual en sus justos límites, activa la vida del sistema nervioso central, que á su vez comunica vigor al periférico, de lo cual resulta una base para el equilibrio orgánico. De este equilibrio nace el bienestar consiguiente que proporciona la regularidad de funcionalismo, y como consecuencia natural, la propia satisfacción.

Este movimiento y justa actividad, disponen de una manera favorable al descanso de inteligencia, que por lo mismo que lo es de inteligencia, se traduce por movimiento de la materia; y así el descanso del trabajo de bufete, se convierte en actividad orgánica inevitable como justa compensación, y se equilibra uno instintivamente y sin darse cuenta de ello, guiado por el sentido interno.

Lo contrario sucede en los casos de inactividad de la inteligencia. Cuando ésta no está ocupada ni trabaja asunto alguno, divaga, haciendo indeterminadas excursiones á todas partes, y engendrando como consecuencias la inacción, la vacilación y la duda: tres estados que pudiéramos llamar alotrópicos de la inactividad.

La inacción es aquel estado pasivo á que viene condenada como consecuencia inmediata la inactividad. Es la mortaja de muchos hombres que poseyendo todas las condiciones materiales para ser felices, se empeñan en hacerse desgraciados por defecto de cultura de sus propias cualidades. Al que no hace algo, le queda mucho tiempo para pensar en sí mismo,

y el que se ocupa mucho de su propia persona, acaba por enfermar moral ó físicamente. Moralmente, porque á fuerza de examinarse de arriba abajo y de verse minuciosamente veinticuatro horas al día, cualquier alteración, cualquier desorden de poca ó ninguna importancia, le preocupa y le conduce con la mayor facilidad á la hipocondría. Físicamente, porque el cuerpo se hizo para el movimiento, y á fuerza de descanso se estropea.

¡Cuánta gente de buena posición á beneficio de la costumbre ha logrado colocarse en tales condiciones que, por ejemplo, se constipa con sólo exponerse á la acción de un cambio de temperatura de un solo grado, ó no digiere bien la comida por haber introducido en el estómago un adarme más de lo ordinario, ó haber cambiado la clase del vino; gente que no puede salir de lo acostumbrado, digo mal, de una precisión matemática dentro de lo ordinario; reglamentación que cada día tiene que ser más escrupulosa y que se convierte al fin en una pesadilla constante de la vida!

Sin embargo, la humanidad no comprende en general lo que os acabo de decir y son numerosos los hombres que cifran su felicidad moral y material en el descanso. Ilusos víctimas de su propia flaqueza, que no han querido comprender que la vida y el trabajo no se desligan sin alterar la salud del cuerpo y del espíritu.

Buscad el origen de todas las enfermedades morales que en forma vaga atormentan las inteligencias y los corazones, estudiad la causa de muchas tristezas inexplicables, de las hipocondrías, del mal humor, del aburrimiento, y en una palabra, de todo lo que son negaciones del espíritu, y la encontraréis en seguida: la inactividad. Si supieran los perezosos cuán cara les ha de costar su pereza, por propio egoísmo trabajarían hasta rendirse.

No quiero, sin embargo, que os imaginéis que el hombre

viene al mundo condenado como las ardillas al perpetuo movimiento, pues ya en este caso la actividad constituiría un vicio como le constituyen todas las virtudes llevadas á la exageración; sinó que comprendáis que siendo el universo el movimiento, tiene que ser la humanidad como este universo activa, y activa con las etapas de descanso y trabajo como exige la buena ley de las compensaciones. Pues la actividad inusitada mata el cuerpo y el alma como acaba prontamente con la máquina más sólida el perpetuo movimiento. Entre dejar que se enmohezcan las piezas y destruirlas á fuerza de velocidad, roce y calor, hay un término medio que es el que conviene adoptar.

Además de lo dicho, la actividad moral implica como necesaria consecuencia en muchos casos la actividad física, y ésta á su vez el movimiento general de la economía. De aquí que la circulación, la respiración, la transpiración cutánea, y en una palabra, el funcionalismo todo de la economía reporten inmensas ventajas del movimiento del cuerpo y espíritu; ventajas que no he de detallar en minuciosa descripción porque están al alcance de todo el mundo.

Este mismo funcionalismo de la economía promovido por la actividad, es en ciertos casos sumamente útil porque obra sobre otros fenómenos como un verdadero revulsivo de orden físico y moral á la vez, de gran importancia y así por ejemplo, profundamente preocupados por una reciente desgracia de familia ó por una considerable pérdida de fortuna, nos amilanos ante la sombra de la desdicha y empieza á resentirse de este particular estado pasional, la circulación y la respiración, y su ritmo se altera porque el cerebro necesita demasiada vida para nutrir su preocupación; viene la actividad y ayudada por la voluntad (primera medicina de la farmacopea moral y material de nuestro cuerpo), ordena á este cuerpo dedique su atención á cualquier otro punto de la vida corriente, ponién-

dole para ello en condiciones de que no pueda evadir el compromiso y le coloca delante una mesa de escritorio en medio de serios negocios ó en compañía de amigos sesudos y agradables, cuya conversación entretiene haciendo pensar; y poco á poco y sin que nuestro espíritu se dé de ello cuenta y á medida que se desarrolla la actividad en este punto, va disminuyendo la pena que nos preocupaba y con ello el desarreglo orgánico que había iniciado y que se hubiera acrecentado de día en día. Por esto para los pesares la actividad es el mejor remedio. Tenéis el entendimiento absorbido por una idea que os atormenta y no os deja conciliar el sueño; buscad otra idea que ocupe este entendimiento, y no lo dudéis, pali-decerá al principio la primera y acabará por desaparecer por completo.

En corroboración de lo que acabo de deciros pudiera presentaros multitud de ejemplos, pero ¡si los tenéis delante siempre! ¡si esto que el mundo llama distracciones, no son más que aplicaciones de la actividad disfrazada, por lo cual, sea dicho de paso, dan menos resultados que la verdadera actividad. Recuerdo á un amigo mío tan bueno como desgraciado á quien conocí en París á raíz de una desgracia lamentable: había perdido en cinco días á su padre y á su hermano del cólera.

Apesadumbrado por esta pérdida, que para él representaba la de toda su familia, y secundado por una posición muy desahogada, sólo se acordaba de dar pábulo á su tristeza encerrado en sus habitaciones, sin salir de casa. Sé que, lanzándose á la calle, en varias ocasiones había intentado corregir su melancolía buscando distracciones de todos géneros y aun entre bacanales, falsas imágenes de actividad que no hacían más que exacerbar su sufrimiento, martirizando su conciencia. Compadecido por fin de su infortunio, me decidí á emprender su curación.

Era un médico regular, pero con afición á la carrera. Al principio, le obligué poco menos que por fuerza á salir de casa para ir á la clínica, luego cedió á mis instancias sin repugnancia; á los pocos días ya no tenía necesidad de ir á su casa por él, y al fin decidió tomar el título de Médico francés, con tan buena suerte en su carrera, que ganó por oposiciones la plaza de alumno interno de los hospitales de París. No olvidó su desgracia, pero no se acobardó, y en lugar de hablar de ella, como en otro tiempo con voz apagada y débil, hablaba con sereno respeto y cariño de su padre y hermano, á quienes, si cabe, tributaba más recuerdos que en otra ocasión, pero bajo una forma más racional, menos egoística.

No lo dudéis: ¿queréis descansar del alma, del sufrimiento? trabajad en algo serio que embargue vuestra razón.

La actividad, cimentada en la paciencia y la constancia, lo consigue todo; es la base de cuanto admira la humanidad. La inacción, por el contrario, el manantial de la discordia física y moral de nuestro cuerpo.

La actividad tiene que estar en armonía con el deber, y el deber es sumamente penoso para el indolente; pero resulta tanto menos molesto cuanto mejor le llenamos, y acaba por sernos agradable su cumplimiento.

Hay que trabajar siempre. La tranquilidad de espíritu, consiste en el buen empleo del tiempo. Nadie se siente más satisfecho que aquel que emplea su actividad en algo, que aquel que aprovecha todas las horas del día.

El tiempo aprovechado, el deber cumplido y el trabajo hecho rodean de una tranquilidad y reposo que desconocen por completo los vagos. Si ellos supieran con qué tranquilidad se descansa después del trabajo, tengo la seguridad de que trabajarían, cuando no fuese por otra cosa, por el gusto de descansar.

Para que la vida resulte agradable y tenga atractivo, es preciso que la ocupación la rodee y la penetre, como el aire puro es indispensable para los pulmones.

Si muchos ricos supieran cuánto les precipita la muerte la ociosa vida que llevan, cómo agría el carácter la falta de una ocupación seria, de qué manera crece el mal humor y el aburrimiento al compás de la holganza, á buen seguro que por propio egoismo trabajarían; así como algunos, desgraciadamente, por mala interpretación del propio egoismo, descansan.

Si queréis llegar á viejos, trabajad toda la vida y empleando el tiempo aprisa, que es la manera de emplearlo mejor, que la inactividad es el origen de muchas enfermedades físicas y morales de imposible curación.

Es preciso trabajar siempre y con constancia, y teniendo presente con *Feuchstersleben*, que para que la actividad sea verdaderamente saludable, se requieren tres condiciones indispensables: 1.^a Que trabaje en su justa medida, evitando todo exceso. 2.^a Que se aplique con afición y en el momento oportuno, á objetos que le convengan. 3.^a Que tome intervalos de reposo y que varíe sus ocupaciones: tal es la naturaleza de nuestro espíritu, que el reposo no le alivia ó descansa tanto como la variedad.

Recordad con Numa: «Que no hacer nada por la propia fama, es morir viviendo».

TRISTEZA, MELANCOLÍA, HIPOCONDRIA,

MAL HUMOR Y ABURRIMIENTO

La tristeza no es un defecto, es una virtud afectiva, pero comparable á la prodigalidad que llevada al exceso conduce á la miseria. La verdadera tristeza es justificada siempre; hija de una impresión moral y dependiente de una causa, puede considerarse como consecuencia desagradable de la facultad de sentir. Conformémonos, que también lo es la alegría, y no nos acordamos de ella; la tenemos sin sentirla, á pesar de ser tan sentida como la tristeza.

Y es que casi nunca aprovechamos la poca felicidad que viene á nuestro encuentro, al paso que apuramos hasta el fondo la copa de las desdichas, resultando en consecuencia, largas las horas de dolor, de privaciones y de trabajos, al paso que vuelan las de alegría, placer y satisfacciones.

Esto no es lo práctico. Es preciso saborear con detenimiento la alegría y aprovecharla, sintiéndola con todo aquel vigor que empleamos para sentir la tristeza. Es necesario fijar la atención en la felicidad con que escasamente nos brinda la vida, y cuando tengamos la dicha entre las manos, acordarnos de decir á los demás: «¡Ved cuán feliz soy!»; lo contrario precisamente de lo que sucede en la vida corriente, en la que, deteniéndonos como acostumbramos á hacerlo demasiado ante la consideración de nuestras desdichas, sólo tenemos confidencias para nuestros hermanos cuando la desgracia nos hace sentir sus rudos golpes, y aun en aquellos casos

en que se presenta la contrariedad más insignificante á interrumpir nuestros pasos.

La tristeza da un tinte de languidez especial á la fisonomía del individuo. Las cejas se presentan arqueadas como en estado normal, pero con el arco ligeramente elevado hacia la parte media de la frente, los párpados algo caídos y con un poco de edema, la pupila no tiene seguridad, vive en una especie de incertidumbre que se retrata fácilmente, la mirada es lánguida, la nariz escurrida, la boca entreabierta, las comisuras labiales bajas, los labios pálidos, la cabeza mal sostenida por el cuello y cayendo ligeramente sobre el pecho á espaldas y la respiración imperceptible y entrecortada por suspiros (1).

Esta modulación deprimente del ánimo, es hija de nuestro temperamento, más que de otras causas, es decir, de nuestra manera especial de sentir las cosas, y por tanto, nosotros podemos modificar su acción.

Comprendo que se lloren, en ciertas ocasiones, lágrimas que caigan como plomo sobre nuestro corazón, y tanto más se me alcanza esto, cuanto que el llanto es el mejor recurso para resolver la pesada atmósfera de las desdichas. Pero apagado por medio de este llanto que algunas veces quema los ojos, el fuego del corazón, tiene el sentimiento su límite, como todas las cosas, y desahogada la tempestad del alma, ha de suceder lo que en la naturaleza sucede; despejarse la atmósfera, transparentarse de nuevo un horizonte límpido y brillar otra vez el sol de la esperanza.

Sin embargo, no siempre sucede así, y á fuerza de pesares y aflicciones, parece como que el alma se va acostumbrando

(1) El dolor corporal, que hay quien cree puede confundirse fisognomónicamente con la tristeza, es muy distinto. Eleva las cejas fuertemente, aproximándolas una á otra; la pupila, en estos casos, se esconde debajo de la ceja; la boca está sumamente abierta y perfectamente retraída hacia atrás, presentando las comisuras labiales una forma cuadrangular.

al sufrimiento, y á pesar de no tener motivos que justifiquen el hecho, no viene la calma completa después de la tempestad y asoma únicamente el sol entre celajes, originándose de esta manera de ser de nuestro espíritu, la melancolía (1).

La melancolía ya no es un estado transitorio, como la tristeza, ya no es hija de una eventualidad, ya constituye manera de ser del individuo á fuerza de costumbre, sin que se dé uno siquiera cuenta de ello. Su aspecto moral es el que en la naturaleza ofrece un cielo gris de Holanda, que empaña hasta los días de verdadero sol. Bajo su influencia, las mismas alegrías no lo resultan positivamente y aparecen rodeadas del constante sello de la desgracia.

Es la melancolía un defecto de carácter, como lo es la alegría insubstancial. Hay quien se ríe de cualquier cosa, hay quien llora con la misma facilidad que otros ríen. Este es el verdadero tipo de la melancolía. De modo que no es un defecto de importancia, considerada en sí misma, pero es la puerta de entrada de la hipocondría, cuando la imaginación toma cartas en el asunto.

(1) El estudio que en este capítulo hacemos de la melancolía es un estudio puramente afectivo. No se trata aquí de la melancolía, ó sea de la enfermedad mental clasificada con este nombre y clasificada en el grupo de los delirios generalizados que antiguamente fué bautizada por Esquirol con el nombre de *lipemania*, admitida también con este nombre por Guislein, director del manicomio de Gan, (Bélgica).

La melancolía que ha llegado á este grado, ya constituye un estado patológico fuera de las atribuciones de nuestro trabajo. Ya no es posible dominarla por la sencillez de recursos higiénicos de orden moral, es preciso recurrir á la terapéutica frenopática. Invade generalmente cuando las edades críticas y principalmente á la mujer, no interviniendo en su desarrollo como quieren suponer algunos autores, ni el celibato, ni el matrimonio aparte de la disposición que tienen para esta clase de locuras ciertas y determinadas clases sociales, como los eclesiásticos, los artistas, los militares, los médicos, los abogados, los periodistas, los actores, los hombres políticos (Bra. «Enfermedades mentales», 1883).

Sin embargo y á pesar de la diferencia entre la melancolía frenopáticamente considerada y la melancolía que nosotros estudiamos, el tratamiento de la locura en su parte higiénica es el mismo que el tratamiento del estado afectivo.

Actividad, actividad y actividad en todos terrenos, este ha sido y será siempre el tratamiento por excelencia de todas las enfermedades que pudiéramos llamar ficticias.

Es muy difícil precisar hasta dónde llega la melancolía afectivamente considerada, es decir, dónde acaba la afectiva y empieza la melancolía patológica.

Hay que vigilar atentamente esta modulación del ánimo, que no es más que una tristeza crónica, y que como todas las enfermedades crónicas, acostumbra á ser corregible en un principio, si se emplea medicación enérgica; pero se hace rebelde á los tratamientos más racionales, si se abandona á sus propios pasos.

Cuando así sucede, ya cambia de aspecto el cuadro de una manera insensible, y la melancolía, que al principio era efecto de un algo, de una causa extraña á nuestra propia naturaleza, se va haciendo individualista.

Lo que comenzó por ser una consecuencia de la tristeza motivada por el recuerdo de un pesar, acaba por ser un pesar que nos molesta sin motivo. Poco á poco se va apoderando de todas las fibras sensibles de nuestro corazón, retratándose en nuestras acciones, maneras, miradas y pensamientos. Ya no es únicamente un efecto de la preocupación de nuestros males reales, sinó además de los ficticios. No vemos el mundo como lo ven los demás hombres; únicamente nos hacemos cargo de él, al través de unos cristales de apagado color que se van empañando y oscureciendo paulatinamente, y llegan á ser tan negros, que impidiéndonos ver las cosas de fuera, obligannos á mirar hacia dentro, y empezamos á preocuparnos de nosotros mismos, cayendo en la más insubstantial, terrible y egoísta de las enfermedades morales: la hipocondría.

No tener delante de nuestros ojos más que nuestra propia imagen, pensar siempre en nosotros, no vernos más que á nosotros, ni soñar más que cosas relacionadas con nosotros mismos, debe ser soberanamente fastidiosa y aburrida ocupación.

La curación es difícil, llegadas las cosas á este punto.

La hipocondría es una lastimosa y terrible enfermedad que hace sufrir al que la padece y á los que le rodean.

Casi todos los males que se presentan á los ojos del hipocondríaco, por no decir todos, son hijos de la imaginación y de sus exageraciones.

El hipocondríaco simboliza el refinamiento del egoísmo, encubierto con la capa de la desgracia. Es el hipocondríaco un hombre bastante caritativo para no tener tiempo, más que para compadecerse á sí mismo, acordarse siempre de sus males y examinar constantemente sus miserias. El prójimo del hipocondríaco es él. Su amigo íntimo, su familia, sus afecciones todas, él. Todo se reduce á su propia persona.

Le tropezáis en la calle y lo primero que hace es hablaros de sus desgracias, de sus enfermedades y de sus pérdidas. No os esforcéis en variar la conversación, porque es perfectamente inútil, y si en ello insistís, veréis con qué rapidez se aparta de vosotros para ir á saborear solo sus infortunios. Es un sér desdichado que vive constantemente preocupado de sí mismo.

No contentos estos infelices y ridículos entes con verlo todo negro y espinoso, les da por presentir un desastre de tal ó cual víscera, y sobre el asunto no perdonan medio de ilustrarse. Aunque desconozcan por completo la Medicina, compran libros, se enteran, pero únicamente de aquello que les parece tiene una relación directa con la enfermedad ficticia de que se creen atacados y acaban por solidar las preocupaciones de tal manera en su espíritu, que no hay quien las destruya.

Todos habréis tenido ocasión de observar esta enfermedad que es más común de lo que se cree; y deducid de lo que os haya podido proporcionar la experiencia propia sobre el particular, los inconvenientes sociales é individuales de semejante dolencia.

Para los desgraciados que viven bajo su dominio, no hay atmósfera pura en parte alguna, no hay alegría en el mundo,

no hay familia ni amistad, no hay nada más que un número, uno y principal, representado por su propia persona.

Os hablan de sus desgracias con tal riqueza de detalles y en tono tan lastimero, os refieren sus sufrimientos morales y físicos con acento tan compungido, acento interrumpido de vez en cuando por profundos suspiros y miradas cenitales, y en una palabra, os infiltran ó pretenden infiltraros hasta tal extremo de su manera de ser, de sus enfermedades y de sus desdichas, que acaban por entristeceros ó haceros reir, gracias á la ley de los contrastes.

Recuerdo todavía á un caballero á quien encontré en el establecimiento de las aguas de San Hilario Sacalm, y con quien tuve al principio de mi estancia en aquel sitio dos ó tres conversaciones superficiales, como pueden tenerse con una persona que se acaba de conocer.

No bien se hubo enterado de que era médico, empezó á describirme sus enfermedades, con tal riqueza de detalles y erudición científica, que me recordaba una explicación de cátedra. Allí no faltaba nada; para hablar en la forma en que hablaba aquel señor, era preciso conocer técnicamente y á fondo el asunto que se trataba. Me deshice como pude de compañía tan pesada. Al día siguiente y en cuanto me vió, quiso acompañarme á paseo y durante el tiempo que duró nuestra excursión, repitió la descripción anteriormente hecha, con los mismos detalles, con las mismas lamentaciones, y añadiendo por ende la narración de algunas desgracias de familia que, según decía, venían á torturar más su espíritu en tan complicadas circunstancias.

Desde luego comprendí que se trataba de un hipocondríaco y procuré evadir su conversación; pero como vivíamos en el mismo establecimiento, en algunos casos me era materialmente imposible y no tenía más remedio que hacerme cargo de lo que sabía de memoria, pero que mi des-

dichado amigo repetía de nuevo por si lo hubiese olvidado.

Salí con verdadera alegría de aquel lugar cuando llegó la hora de la marcha. La fortuna ó la desgracia ha querido que tropezase con este señor otras veces en Barcelona y en Madrid. Según él dice, continúa gravemente enfermo y desgraciado; pero á pesar del tiempo transcurrido, no he sabido notar la diferencia en su semblante frescote y apacible.

Á tal extremo conduce en algunos casos á los hipocondriacos su alucinación en la manera de ser y de sentir las cosas, que ya no se contentan considerándose imaginariamente presa de enfermedades internas, de estas que por lo mismo que no se ven palpablemente, se concibe sean hijas de extravíos imaginativos, sinó que llegan á creerse víctimas de otras dolencias de localización externa, que ellos señalan minuciosamente.

He conocido á uno de estos tipos, en la clínica de Malles (París), que se presentó al consultorio de dicho profesor, en donde yo estaba entonces, para enseñarnos una llaga que él decía era enorme y fétida y que no pudimos ver á pesar del detenido reconocimiento que hicimos y de la atención que le prestamos en un principio, sorprendida nuestra buena fe. Una vez convencidos de que se trataba allí de una enfermedad de imaginación y no de otra cosa, nos libramos del ficticio enfermo de la mejor manera posible. Se conoce, sin embargo, que aquel hombre no desistía de su manía, y al fin obligó al mencionado doctor á tomar una resolución enérgica.

Vino un día á la consulta, como siempre, lamentándose de la cronicidad de su dolencia y enseñando la consabida llaga. El ilustrado profesor fingió examinar detenidamente la lesión, y después de este minucioso reconocimiento, con un hierro candente hizo en el sitio indicado una cauterización profunda, asegurando al enfermo que este era el único medio

para destruir la virulencia del mal. Salió el paciente de la consulta, no sin que antes se le hubieran puesto media docena de metros de venda perfectamente inútiles, recomendándole el absoluto reposo y que tomara dos ó tres medicinas de sabor muy pronunciado, aunque inofensivas. Á los pocos días compareció nuestro hombre diciendo que se sentía mejor, mas al cabo de algún tiempo, cuando él decía que ya casi estaba cicatrizada la llaga, empezó á preocuparse de la causa que la originara, y fué atacado imaginariamente de otra llaga en distinto sitio, que no quiso cauterizar el Dr. Malles.

Sin embargo, de este y de otros hechos se desprende claramente, que en algunos casos la manera de curar á estos enfermos es haciéndoles enfermar positivamente.

No siempre la hipocondría nace de la melancolía y del egoismo, sinó que en algunos casos su punto de partida es alguna enfermedad visceral ó de los órganos de la generación. Las vísceras de residencia abdominal alteradas en su funcionalismo, son las que á mayor abundamiento engendran la hipocondría. Los enfermos de estómago, hígado é intestinos, casi siempre tienen un sello de esta enfermedad moral, sello que se va acentuando más y más á medida que estas lesiones aumentan en sus estragos, ya orgánicos, ya de alteración de funcionalismo.

Los enfermos de los órganos de la generación, cuando empiezan á preocuparse de su dolencia, tienen una forma de hipocondría muy especial, caracterizada más que por otra cosa, por la desconfianza que tienen en su virilidad, y llega esta preocupación hasta el extremo de ser la causante de multitud de suicidios cuya determinante queda desconocida para la sociedad.

He tenido ocasión de observar hechos curiosísimos sobre este particular. Tuve en mi visita un individuo que consultó

mi opinión para casarse, pues según decía, temía un ridículo. Después de examinarle detenidamente y de haberle medicado durante algún tiempo, pude convencerle de que se hallaba en la integridad de sus funciones. Empezó su viaje á Valencia, en donde tenía que efectuarse el matrimonio, y quedó señalado día y hora.

Cuando menos lo esperaba, recibo un telegrama en el cual me anunciaba el enfermo en cuestión, que se ponía en camino para consultarme una dificultad con la cual no había contado; y efectivamente, á las pocas horas le tenía en casa. Me dijo que había pensado seriamente la cuestión del matrimonio y que había decidido no casarse.

Todos mis argumentos se estrellaron ante su terquedad. Nada bastó á convencerle de que él podía y debía casarse.

Al fin no se casó, pero no ha dejado de importunarme siempre consultándome ya verbalmente, ya por escrito, si podía ó no podía contraer matrimonio, á tal punto llega la desconfianza de sí mismo, en este infortunado.

Entre otros, ví también á dos enfermos en el hospital de la Concepción en Madrid, víctimas de la misma preocupación y que supe más tarde se habían suicidado.

Bajo la influencia de la hipocondría, el desequilibrio moral y físico del cuerpo es grande, y por fuerza ha de suceder así, porque vivir entre tanta preocupación y pesadumbre, tiene que influir de una manera ostensible en el organismo. De modo que el hipocondríaco que en un principio no era más que un enfermo de imaginación, acaba por ser un verdadero paciente, y un paciente de curación muy difícil, por cuanto está enfermo de cuerpo y de espíritu á la vez; pues la pasión de ánimo continua en que vive y la preocupación constante del entendimiento, tienen por fuerza de influir en la economía toda.

Ya hemos visto en otro capítulo (1), que la emoción más insignificante se retrataba de una manera evidente en el cambio de la circulación cerebral. Este hecho comprobado por medio de experimentos de todas clases, lo mismo que tiene razón de ser para una emoción ó impresión moral transitoria, ha de tenerla para una constante. De lo cual se desprende que lo mismo la tristeza, que la melancolía, que la hipocondría, estados afectivos de causa reconocida, han de ser origen de alteraciones en la circulación y la respiración.

Ya es de incumbencia vulgar el que estos son estados afectivos deprimentes, es decir, que aplanan, que hacen caer, y todos los conceptos vulgares de las cosas tienen su fundamento. Efectivamente, es tan grande la depresión moral y material ocasionada por la tristeza y sus secuelas la melancolía y la hipocondría, que en algunos casos ella por sí sola acaba con el individuo.

Las emociones, según se ha demostrado por muchos fisiólogos modernos, tienen una acción directa sobre la circulación capilar, cuyo mecanismo de acción no nos explican, concretándose únicamente á demostrarlo. La rubicundez y la palidez del semblante del hombre y del de algunos animales son una prueba evidente de ello (2). Parece ser que el mecanismo efectivo de acción de este fenómeno es el siguiente: En

(1) Influencia recíproca del espíritu y de la materia.

(2) Sobre el particular ha hecho Mosso experimentos curiosísimos. Ha observado que los conejos tienen en las orejas una arteria especial llamada equivocadamente por algunos autores, corazón supletorio. Dicha arteria responde á las impresiones de orden moral por medio de una disminución en su calibre, y por tanto, en la circulación general de la oreja de estos animales, que palidece á la menor impresión y está por el contrario rubicunda en estado normal. Para comprobar el hecho, ha encerrado el mencionado autor varios conejos dentro de una caja, desde fuera de la cual podía observárseles con entera libertad y sin turbar su reposo.

En estas condiciones la circulación de la sangre, efectuándose en la oreja del animal con entero desahogo, coloreábala de un tinte rosado hermoso, pero si hacían ruido en las paredes de la caja ó se disminuía la cantidad de luz que en ella entraba ó se tosía, etc., etc., inmediatamente palidecía de nuevo la oreja de los conejos.

primer término, una contracción del sistema capilar sanguíneo instintiva, debida indudablemente á los vaso-motores; en segundo, una reacción orgánica del centro circulatorio, que advertido de aquel trastorno material por la tensión de la corriente sanguínea y del trastorno moral por las órdenes emanadas del cerebro, reacciona en la forma en que la impresión moral recibida exige la reacción emanada del centro circulatorio y su hermano el respiratorio.

Esta reacción se efectúa, como es consiguiente, en armonía con la reacción moral, cuya orden es inmediatamente ejecutada en la forma oportuna. Se trata de una impresión de miedo, v. g., y si dentro de nuestro fuero interno nos sentimos con valor para solventar aquel peligro ó vencer el obstáculo presentado, inmediatamente un suave calor se difunde por nuestras extremidades, la circulación se restablece aunque el contingente de sangre mandado á los órganos necesarios para la defensa, como los brazos y las piernas, es mayor, pues nos sentimos muy dispuestos á defendernos y á luchar. Y una vez en este terreno las cosas, cesa la primitiva disminución de la circulación periférica, que se restablece con toda regularidad, cesa asimismo el acúmulo á los centros circulatorios, y el corazón y el pulmón dejan de funcionar con su precipitado ritmo para volver al normal.

Cuando, por el contrario, es grande el peligro, y por tanto no nos sentimos en disposición de acometerle, la emoción subsiste, no se presenta la reacción circulatoria central y continúan el corazón y el pulmón funcionando en descompasado y precipitado ritmo.

Es decir, no persiste la impresión moral porque la dominamos, queda dominado asimismo el desorden orgánico; persiste por el contrario, la impresión moral, persiste asimismo el trastorno físico.

Pues este sencillísimo mecanismo puesto de manifiesto en

el anterior ejemplo, es el que nos dará una explicación de los efectos orgánicos de la tristeza.

La tristeza, como la melancolía y la hipocondría, hijas de una emoción primordial en un principio, ó de una serie de emociones de insensible acción estudiadas cada una de por sí, pero de acción manifiesta estudiadas en conjunto, originan asimismo en los centros circulatorios y respiratorios una reacción; pero como esta reacción tiene que pagar su tributo al cerebro, que es órgano que por su capacidad vascular, necesita ya para su normal funcionalismo, gran cantidad de sangre, la cantidad de sangre robada al corazón y al pulmón es grandísima; tanto, que el número de pulsaciones del corazón, así como el de movimientos rítmicos del pulmón disminuyen más, cuanto mayor es la causa deprimente del ánimo. De aquí que en la hipocondría, estado depresivo del espíritu por excelencia y excitante del cerebro hasta sumo grado, disminuyan notablemente tanto los números é intensidad de los latidos del corazón como los de las inspiraciones.

Como inmediato resultado de este exceso de nutrición cerebral, y á consecuencia de la relativa escasez sanguínea del resto del organismo, las demás vísceras empiezan á vivir una vida pobre, principalmente el estómago é intestinos, que para su funcionalismo normal necesitan un buen contingente de sangre; de aquí, como consecuencia orgánica de la depresión moral, la inapetencia, las malas digestiones y las diarreas ó las astricciones de vientre. Y como quiera que el estómago es el alma de la vida vegetativa del organismo, de aquí resulta, que á mal funcionalismo del estómago, corresponde peor nutrición general, y por tanto degeneración y pérdida de fuerzas: principio del cual dimanen todas las enfermedades graves.

Asimismo puede suceder que el cerebro, excesivamente nutrido por la cantidad de sangre en él acumulada, dé pie á

una sobreexcitación, ya despacio, ya de una manera inusitada, originándose á consecuencia de ello, una verdadera locura.

Á esta acción meramente circulatoria y causante por sí sola de los antedichos trastornos, asociase la acción de influencia cerebral, que obrando sobre la médula y el gran simpático, acentúa más y más los trastornos de la vida moral y vegetativa del individuo sometido á la influencia de los estados afectivos que estudiamos. Y se asocia esta acción á la circulatoria con tanto más vigor que en ninguna ocasión en la hipocondría, que ya no es únicamente enfermedad afectiva, sinó además enfermedad de profundo arraigo en la imaginación.

Llegan en algunos casos á producir tal perturbación moral y material en el individuo estos estados afectivos, que muchos son los suicidios que reconocen como causa la tristeza, la melancolía y la hipocondría, aparte de los dependientes de locuras, hijas en un principio de los mencionados desórdenes.

Por el adjunto cuadro que acompaño de los suicidios efectuados en Francia durante 1841, se puede comprender la importancia de las afecciones que estudiamos como causantes de suicidio; importancia que modernamente ha de haber aumentado lo menos en un 50 %, dadas las costumbres y actual civilización.

Por esta estadística se comprenderá que la tristeza y sus derivadas conducen por medio del suicidio á la tumba millares de víctimas al año; esto aparte de aquellas cuya educación sólida, moral y religiosa les impide atentar contra su vida por medios violentos, pero que no dejan de ser presa de multitud de enfermedades, tanto agudas como crónicas, cuyo origen pasa en la mayoría de los casos desapercibido lo mismo del médico que de la familia.

CAUSAS DE 2,814 SUICIDIOS

EFECTUADOS EN 1841 EN FRANCIA.—(DESCURET, pág. 427).

CAUSAS	N.º DE SUICIDIOS		
	Hombr.	Mujeres	TOTAL
MISERIA Ó REVESES DE FORTUNA			
Miseria.	103	31	134
Asuntos enredados, deudas.	145	10	155
Pérdidas en el juego.	13	»	13
Pérdidas.	12	1	13
»	6	»	6
Otras pérdidas.	20	5	25
Temor de la miseria.	7	2	9
Reveses de fortuna.	22	5	27
Disgusto por haber sido expropiado de lo suyo.	3	1	4
Esperanza desvanecida de una herencia	4	1	5
AFECCIONES DE FAMILIA			
Por no constituir una carga para los hijos.	2	»	2
Dolor por la pérdida de un cónyuge ó un hijo.	17	17	34
Dolor por su ingratitud ó mala conducta.	11	3	14
Dolor por su separación.	2	1	3
» por la pérdida de un hermano.	1	»	1
» por vivir lejos de la familia.	2	2	4
» de hijos maltratados por sus padres.	11	7	18
» de ver desgraciado al padre.	1	»	1
Suma y sigue.	382	86	468

CAUSAS	N.º DE SUICIDIOS		
	Hombr.	Mujeres	TOTAL
<i>Suma anterior.</i>	382	86	468
Discusión de intereses entre parientes. . *	5	1	6
Disgustos domésticos sin especificar. . ?	173	76	249
AMOR, CELOS, LIBERTINAJE, MALA CONDUCTA			
Amor contrariado. ?	58	31	89
Celos entre esposos ó amantes. . . . *	15	9	24
Disgustos fuera del matrimonio. . . . *	»	17	17
» dentro del matrimonio. . . . *	1	2	3
Remordimientos, vergüenza de una mala acción. □	15	6	21
Pereza. *	5	»	5
Mala conducta, libertinaje. *	82	10	92
Embriaguez (acceso de). *	48	8	56
Borrachera habitual (embrutecimiento). *	115	14	129
DIVERSAS CONTRARIEDADES			
Descontento ó disgusto de la posición social ocupada. *	7	2	9
Deseo de sustraerse á la persecución judicial. *	85	21	106
Deseo de sustraerse á la ejecución de una sentencia. *	12	»	12
Disgusto ó cansancio de la vida. . . . ?	78	15	93
Melancolía, hipocondría. □	50	11	61
Cansancio del servicio de las armas. . *	17	»	17
Discusión con los superiores. *	6	6	12
Disgustos de dejar el amo. *	2	»	2
Vocación religiosa contrariada. . . . *	»	1	1
<i>Suma y sigue.</i>	1,156	316	1,472

CAUSAS (1)	N.º DE SUICIDIOS		
	Hombr.	Mujeres	TOTAL
<i>Suma anterior.</i>	1,156	316	1,472
Deseo de evitar la persecución militar por faltas de disciplina.. . . . *	13	»	13
Deseo de evitar el destierro. *	1	»	1
» » el dolor físico. *	192	66	258
ENFERMEDADES MENTALES			
Alienación mental. *	349	180	529
Monomanía. *	30	20	50
Idiotismo, imbecilidad, debilidad de entendimiento. *	26	16	42
Fiebre cerebral (acceso de). *	28	10	38
Ira (acceso de). *	3	3	6
Escrúpulos. *	4	»	4
Suicidios después de cometidos asesi- natos. *	21	1	22
Motivos desconocidos. *	316	63	379
SUMA TOTAL.	2,139	675	2,814
<i>De éstas han muerto:</i>			
Sumergidos ó ahogados.		969	
Estrangulados.		909	
Asfixiados por el óxido de carbono.		292	
Por otros medios.		644	
SUMA TOTAL.		2,814	

- (1) ☐ Suicidios esencialmente debidos á la depresión moral.
 * » á causas varias.
 ? depresión moral no comprobada.

Examinando detenidamente el cuadro que acabo de presentar, se ve:

Que todos estos suicidios reconocen dos causas principales: una de origen cerebral y otra de origen sensitivo. Es decir, el suicida camina á la desesperación por dos senderos: ó bien por el de la alteración de sus facultades intelectuales, ya sea bajo la forma de delirio agudo, ya bajo la forma de preocupación ó delirio crónico; ó bien por el de la tristeza, que entraña como consecuencia el abatimiento, ó sea la pérdida del dominio de lo moral sobre lo físico.

En el primer caso la materia por propia excitación domina al espíritu, en el segundo el espíritu por propia depresión se deja dominar de la materia. El primer caso, mejor que bajo la incumbencia del higienista del alma, cae bajo la del alienista.

Y haciendo la subdivisión estadística del contingente que proporcionan ambas causas, nos encontramos con que se han suicidado durante 1841, á consecuencia de tristeza comprobada 295, sin incluir en esta cifra los disgustos domésticos sin especificar, ni el amor contrariado, ni el cansancio de la vida, causas todas que proporcionan gran contingente de suicidios por su importancia, pero cuyo contingente lo mismo puede ser debido al abatimiento moral que á la alteración mental.

Esto prueba que la tristeza y sus variantes la melancolía y la hipocondría originan gran número de suicidios, que evitaría aquel que lograra encaminar y corregir estos estados afectivos de cobardía moral, que aparte de constituir la causa próxima de los mencionados casos, constituyen la remota de la mayoría de los demás que se presentan.

La actividad del cuerpo y del espíritu es el remedio soberano para impedir que tomen incremento estas enfermedades.

Ocupémonos de cosas más serias que de la contemplación

propia, que es muy mezquina la materialidad de unos cuantos kilogramos de carne y hueso para embargar nuestro pensamiento, y acordémonos de que en este mundo nos debemos los unos á los otros. Busquemos trabajos que nos obliguen á tener la atención completamente concentrada en un objeto, é irremisiblemente iremos perdiendo de vista nuestros imaginarios males y no nos acordaremos más que de ir pasando de buena manera los compases de espera de esta vida precursora de una eternidad.

La hipocondría es una enfermedad moral que no ataca más que á la gente ociosa, por lo cual entre las clases acomodadas domina de una manera extraordinaria, acompañando y complicando, en algunos casos, desórdenes viscerales.

Así como la hipocondría; engendra el ocio el mal humor y el aburrimiento, enemigos terribles de la paz del hogar.

El primero no limita su acción á la familia, es por añadidura, una calamidad constante de la sociedad á la que no tienen derecho las inteligencias cuerdas. Es una forma insubstancial de las contrariedades de la vida.

El segundo acostumbra á vivir encerrado en su propia morada; sin embargo, en algunas ocasiones ataca en plena sociedad y movimiento y alegría aparente.

Ambos estados pudiera decirse que son el espejo en que se refleja la falta de carácter.

Cuando, abrumados por el peso de las realidades de la vida, apenas se atreve á latir nuestro corazón y no respiramos más que pesares en la atmósfera que nos rodea, suframos y lloremos si podemos, pero no sucumbamos al mal humor. Ó la vida constituye para nosotros pesada carga, y en este caso y si nos falta voluntad, rindámonos al infortunio bajo la forma de tristeza, ó nos sentimos con fuerza para vencer obstáculos y desafiar peligros, y entonces serénese nuestra mira-

da y alcemos la frente victoriosa, pero no nos quedemos paralizados en estos términos medios que engendra la apatía moral y que son la base de la indecisión de la voluntad, su mayor escollo y el peor de los estados; porque no son nada, y las cosas que nada son, se resuelven difícilmente, como quiera que no hay por dónde cogerlas.

Las desgracias hay que embestirlas de frente: de esta manera se miden y dominan, mejor que por medio de la distracción, porque las partes del problema que hay que resolver se concretan. Huir de los pesares por medio de las distracciones, es declararse vencido delante de ellos, y sucumbir en esta forma, equivale á buscar se engendre en nuestro espíritu el aburrimiento y el mal humor.

No queramos sujetar el espíritu al capricho de neguras que en forma vaga recorran nuestra imaginación. Los problemas difíciles hay que resolverlos ó abdicar de ellos. Cuando estemos, pues, bajo la influencia de estos dos tan pequeños como enojosos enemigos, hagamos que la voluntad intervenga en la lucha, y dos ó tres chispas de su querer resolverán la tempestad del alma, como resuelve la centella las de la atmósfera para abriarnos más tarde un cielo azul y transparente como nunca.

Tanto el uno como el otro de los estados afectivos que estudiamos, atacan poco á los niños y sólo empiezan á dar señales ostensibles de vida en la pubertad.

Enfermedades más comunes de lo que á primera vista parece, son el verdadero reactivo de la juventud del alma. Hay jóvenes cuya sombría mirada, carácter apagado y costumbres reservadas son propias para viejos. Hay viejos cuyo agradable trato, alegre sonrisa y frescas ideas son más bien propias de la primavera de la vida.

Sin embargo, las modulaciones del espíritu que venimos estudiando, reconocen en algunos casos causas ocasionales y

predisponentes que acrecentan ó determinan su desarrollo. Y así, no es raro ver aún entre la gente joven tomar incremento á esta terrible enfermedad cuando las condiciones de que vive rodeada esta juventud la favorecen, v. g.: cuando una enfermedad enojosa y crónica mortifica de continuo, cuando vive entre privaciones y contrariedades injustificadas ó entre la opulencia desmedida.

Cuenta la tradición que el llamado Rey de Roma, estaba distraído, triste, nervioso y descontento. Rechazaba todas las caricias y parecía atormentado por un mal inexplicable.

Era hacia los últimos tiempos del primer Imperio. Se celebraba una fiesta en las Tullerías.

Soberbios y formidables iban y venían, y hablaban estos hombres de bronce que habían vencido á Europa y contra los cuales Europa se rebelaba. Entre ellos se distinguía la soberbia y cesariana figura de Napoleón. Se hablaba, y se hablaba del porvenir del mundo. Sobre un hermoso tapiz bordado por las delicadas manos del arte y rodeado de maravillas que servían para juguete suyo, estaba medio tendido el futuro vástago del Imperio de Francia.

Multitud de damas, reinas con riquísimos trajes y pedrería se divertían con el pequeño príncipe, á quien llamaban el Rey de Roma.

Haciendo contraste penible con tantos esplendores y al través de los cristales del balcón, veíase un grupo nauseabundo y sucio. Eran multitud de pilluelos que se divertían revolcándose por el arroyo.

Acercóse el emperador á su hijo y le dijo:

—¿Qué tienes, hijo mío?

—Todo esto me aburre, dijo el niño señalando las figuras, los cuadros y todas las obras de arte que le rodeaban.

—Todo esto es el arte, le dijo Napoleón.

—Todo esto me aburre, replicó el niño señalando los

hombres de Estado y los generales, haciendo sin duda alguna alusión á sus conversaciones, demasiado elevadas para él, á estos gigantescos planes de batalla, de los que dependía tal vez el porvenir de la tierra.

—Todo esto es el genio y la gloria, dijo el emperador.

—Todo esto me aburre, repitió el niño por tercera vez, señalando el precioso círculo de mujeres en medio de las cuales estaba.

—Todo esto es la belleza... ¿Qué quieres, pues, terrible ambicioso? díjole entonces el moderno César inclinándose hacia el niño.

—Padre, dijo alargando el brazo hacia el balcón, yo quisiera revolcarme también por el arroyo como estos niños.

¡Cuántas infelices criaturas se encuentran en la situación en que se hallaba este pobrecillo, á pesar de tener como él todos los medios aparentes para ser dichosas! ¡Cuánta juventud se estrella contra este enemigo de la paz y la tranquilidad del hogar, por abundancia de medios que la llamada fortuna proporciona!

Aunque el origen concreto, tanto del mal humor como del aburrimiento, es desconocido, bien pudiéramos asegurar que depende muchas veces, por no decir en la mayoría de los casos, de un exceso de bienestar moral y material. De la misma manera que viene el empacho después de una opípara comida, y nuestra especial condición, en este caso, nos impide saborear manjares que antes de comer hubiéramos encontrado exquisitos; viene el empacho del espíritu en forma de mal humor y aburrimiento, en muchas ocasiones, á consecuencia de vernos rodeados de comodidad, bienestar y cariño, y emperezamos moralmente á fuerza de tenerlo todo, y nos entregamos al aburrimiento, rendidos no de cansancio, sino de descanso que nos fastidia.

Aparte del bienestar de que acabamos de hacer mención,

multitud de otras causas contribuyen al mal humor y aburrimiento, aun cuando tengan menos importancia, relacionadas, más que con nada, con la atmósfera moral y material que rodea al individuo. ¡Ved qué distinto es el trato de la gente del campo á la de la ciudad, de la gente de mar á la gente de tierra, de los habitantes de una comarca á los de otra, de un hombre en estado normal á un hombre enfermo, de un individuo en el tapete de una mesa de juego ó en el seno de una familia, en una iglesia ó en un baile, en un día de caza ó en un Parlamento, etc.!

Todo lo cual quiere decir, que multitud de circunstancias son y pueden ser el bota-fuegos de la afección moral que estudiamos.

Y lo peor del caso no es la naturaleza y causalidad de los mencionados estados, sinó la facilidad con que se desarrollan y toman incremento. Entran muy despacio y de una manera solapada, pero de tal modo se imponen á nuestro espíritu, que es trabajosa tarea desalojarlos del alma. Y una vez dentro de su morada, secan el corazón, matan las ilusiones, entorpecen la inteligencia y envejecen nuestro cuerpo de una manera prodigiosa, siendo además enemigos descarados que todo lo creen justificado, aun la más intolerable de las groserías en sociedad y la mayor de las ingratitudes en familia.

Sobre estos inconvenientes, tiene el mal humor el de ser la mayor de las injusticias, porque no sólo no reconoce causa concreta que dé explicación de su desarrollo, sí que además sus efectos atañen de una manera directa á las personas allegadas y que más nos quieren, precisamente los que tendríamos que estimar con mayor motivo y colmar de consideraciones en lugar de pagarles con desvío y hasta desprecio en algunos casos.

Tienen además las enfermedades que estudiamos, el gravísimo inconveniente de ser en alto grado contagiosas, tanto,

que no es raro se propaguen hasta el extremo de no dejar á nadie intacto. Este fenómeno lo habréis observado multitud de veces porque es de aquellos que se prestan con suma facilidad al estudio de todos los hombres observadores.

Y esta acción de contagio evidente en el terreno de la práctica, tiene su explicación clara y tangible.

Tanto el mal humor como el aburrimiento tienen una acción directa sobre el funcionalismo del sistema nervioso, tal es, que pueden considerarse como verdaderas neurosis morales y materiales al mismo tiempo.

De igual manera que el baile de San Vito, la epilepsia, el histerismo, las gesticulaciones y otros muchos desgraciados resultados de alteraciones del sistema nervioso en sus funciones, y aun en su organización íntima; son eminentemente contagiosas, tanto, que en ciertas ocasiones han llegado á reinar con verdadero carácter epidémico; asimismo, el mal humor y el aburrimiento que se manifiestan por sintomatología clara, característica y mal reprimida en muchos casos, establecen una atmósfera de nervosismo en torno suyo, que acaba por influenciar á los sanos, como influncian la frecuente vista de ataques de epilepsia. Y así como no es raro que á fuerza de ver sufrir á un epiléptico ó á una histérica, acabemos por ser víctimas de la misma enfermedad, no lo es tampoco que á fuerza de tratar y estar en contacto con mal humorados y aburridos, nos aburramos también soberanamente. Tanto es así, que basta que en una sociedad haya uno solo que se fastidie, para que esté violento todo el mundo, sin poderlo remediar.

No sólo sucede esto, sinó que además es el mal humor enfermedad que crece en progresión ascendente. Empieza el mal humorado por poco y acaba por tomar en él tales proporciones la enfermedad, que obliga á vivir al sistema nervioso en un estado de tensión continua, mediante el cual se coloca

el individuo en una situación imposible y sumamente impresionable. De aquí que el mal humorado y el aburrido, con respecto á la sociedad, sean al principio intolerantes y al fin insoportables.

Es natural, aun prescindiendo de los efectos inmediatos de la enfermedad sobre el organismo, y en sociedad, que estos estados influyan de una manera manifiesta en la economía toda, no sólo por la tensión continua que originan del sistema nervioso, sinó además por la impaciencia é inapetencia á que dan lugar.

Además, de igual forma que todas las afecciones viscerales abdominales se reflejan de una manera palpable en el humor del enfermo, asimismo el aburrimiento se refleja irremisiblemente en las vísceras abdominales, alterando en mayor ó menor escala su funcionalismo. Y es fácil observar la frecuencia de las enfermedades de estómago, intestino é hígado en aquellas personas que son dadas al mal humor desde algún tiempo, y que acaban por vivir siempre bajo su imperio.

Es preciso hacer un esfuerzo para desterrar estos enemigos de la paz, del hogar y de la salud del cuerpo.

Como estas maneras de ser patológicas del organismo no ofrecen ningún punto concreto á la imaginación, ningún pensamiento útil ni fecundo al espíritu, ningún ideal á la esperanza, ni determinado apoyo á la voluntad; no es raro que bajo su influencia nos encontremos con que todo cansa, todo mortifica y todo aburre.

En estos casos la sociedad es un martirio, el hogar una cárcel, la amistad una carga pesada y hasta nos resultan enojosos los cuidados de aquellas personas á quienes más distinguimos y queremos.

Hay personas que no saben disfrutar cuando la ocasión se presenta, que toman todas las cosas por el peor lado que pueden tomarse: si de una reunión se trata, se fijan única-



mente en las ridiculeces de un contado número de asistentes, en la desgraciada ejecución de alguna pieza, en el mal gusto de una *toilette*, pero no ven que allí hay gente de buen criterio, educación artística y esmerado gusto para vestir. Si les enseñáis un cuadro mejor que en las bellezas que tenga, encaminarán su análisis crítico á los defectos, viendo estos segundos con minuciosa delicadeza, que no han prodigado para apreciar las bellezas. Les dais á hojear un libro recién publicado y encuentran siempre el punto flaco en el que se puede atacar al autor, más bien que aprecian las hermosuras de la producción.

No es raro que á éstos les suceda aburrirse soberanamente en todas partes, como lo es menos todavía que consigan siempre aburrir á los demás, porque de igual manera que dos cuerpos que estando á diferente temperatura, si se ponen en contacto, suelen comunicársela; dos personas que vivan en compañía ó estén juntas, se comunican el mal humor y el aburrimiento.

No es este el camino práctico, es otro. ¿Queréis gozar en lo que cabe en sociedad, en familia y en una palabra, en cualquier parte en donde vayáis? En lugar de pasar por alto lo bueno para ver lo malo, prescindid de lo malo fijando únicamente vuestra atención en lo bueno. Entreteneos en amigable conversación con quien pueda entreteneros; buscad las bellezas de una producción, no fijando vuestra atención los defectos, haced caso omiso de las faltas de los demás, y en una palabra, procurad ser condescendientes para con lo malo, y entusiastas de lo bueno. Así conseguiréis dos fines: ni os aburriréis por propia cuenta, ni fastidiaréis á los otros.

Para la vida práctica es preciso doblegarse á todo, amoldarse á las circunstancias y torcer el camino emprendido, cuando á ello nos impele la necesidad, y así nos sucederá lo

que al tranquilo río, que da una suave vuelta cuando tropieza con un obstáculo y cuya prudencia se trasluce en la superficie de sus aguas, y no lo que al impetuoso torrente, donde todo es agitación y desconcierto.

Las cosas no han de cambiar de naturaleza porque á nosotros nos agraden ó dejen de agradar, de manera que lo práctico no es luchar contra los acontecimientos y las circunstancias, sinó amoldarnos á ellos y ellas.

Es preciso saber sacar partido de lo que tengamos, sin ambicionar lo que no tenemos, pues como dice muy bien un sabio filósofo: «La mayoría de las penas no llegan á nosotros más que porque andamos hacia ellas la mitad del camino, y sobre todo no dejarnos invadir de injustificadas pesadumbres». Preguntemos siempre el porqué del mal humor, y una vez convencidos de que no existe la causa, digamos con el mencionado autor: «Corazón aburrido, despierta». Levántate, y sacude y abandona la pereza de tu espíritu; piensa en algo, ambiciona algo, ocúpate en algo serio y verás como por encanto desaparece tu ruin y desgraciada enfermedad.

EDAD

Nada hay más á propósito para envejecer, que acordarse de que se va haciendo uno viejo.

De todos los convencionalismos la edad es el más convencional. Creerse un hombre á los 20 años, por regla general es tan absurdo como juzgarse viejo á los 60.

El hombre para todas las empresas de la vida, tiene siempre en cuenta sus aptitudes morales y físicas menos para ésta. Cuando se trata de la edad, sin darse cuenta de ello, todo el mundo pretende convertirse en cosa, olvidando que es persona; y quieren medirse el vigor y la fortaleza y las probabilidades de vida por el número de años que contamos; como si los años y el cuerpo que los lleva significaran algo para el espíritu aprisionado dentro de este cuerpo.

Nadie tiene más ni menos años que los que le dicta su espíritu y nunca los que le impone la razón; porque la razón en estas condiciones se deja guiar del egoismo, y el egoismo es temeroso á fuerza de ser egoista; sobre no poder ser juez en causa propia.

Las cifras tienen razón de ser únicamente cuando se trata de hechos matemáticos, de hechos que se concretan. Todo lo que esté envuelto en cierta vaguedad que no es ni puede ser nunca un punto ó una línea, no puede reducirse á números.

Comprendería que se considerase viejo un setentón, si supiera que los hombres mueren irremisiblemente á los ochenta años, ó joven un hombre de veinte, dado caso de que nadie muriera á esta edad y todo el mundo llegara á los ochenta. Pero no siendo así, no veo la razón ni se me alcanza el porqué un hombre se considera viejo ó joven según tenga tal ó cual edad. El hombre vive mientras puede. Los años única y exclusivamente son la cuenta corriente del tiempo que ha durado y dura la vida.

El alma ó el espíritu ó el elemento psíquico, que con razón llama el sabio filósofo-médico Letamendi «*meollo de los seres*», no envejece nunca.

La juventud del alma, que es la esencial para la vida, hay quien la conserva mientras vive, y hay quien la pierde á una edad muy temprana; desprendiéndose de aquí, que la edad verdaderamente práctica no depende de los años, depende del que se deja imponer de ellos.

No queráis ser viejos nunca, que está en vuestra mano, y no olvidéis lo que os he dicho al principio de este capítulo: para envejecer nada más á propósito que acordarse de que se va haciendo uno viejo. No os quepa la menor duda de que aquel que se empeña en olvidar las cifras, acaba por conseguirlo.

La vejez sólo tiene razón de ser para el que está cansado de la vida, para el que ha vivido muy aprisa; y al que está cansado de ella, nada le ha de importar ser ó hacerse viejo; después de todo, con ello no hace la naturaleza más que secundar sus propósitos.

El cansancio depende de falta de tacto ó de talento ó de resignación activa; así que, sólo pueden ser viejos de veras, es decir, de cuerpo y de espíritu, los hombres de vida desconsida. De este modo únicamente, se explican las vejezes prematuras de treinta y cuarenta años, y aun de menor edad; así

se nos alcanza que hombres de setenta, sean tan jóvenes como otros de veinticinco, porque en ellos la materia y el espíritu de su naturaleza han vivido una vida pausada y moral, en lugar de consumirse en medio de las pasiones y los desórdenes de todas clases.

Toda la felicidad relativa á este punto, estriba en hacerse cargo de las etapas por las que sucesivamente pasa la vida y comprender que de la misma manera que sería ridículo pretendiese disfrutar de las caricias de nietecillos un joven de diez y ocho años como disfruta un abuelo, lo es que se crea un hombre setentón en el caso de contraer matrimonio. Cada cosa á su tiempo. Ni el primero tiene condiciones de experiencia para desempeñar el papel de abuelo, ni el segundo aptitud física ni complexión psíquica para entregarse á los espiritualismos y las realidades del amor.

Hay épocas de la vida en que los pocos años lo convierten todo en imaginación é idealismos; otras en que la mayor edad lo trueca todo en realidades; pero de todo esto no se desprende más sinó que cuando pasa la época de los idealismos hay que aprovechar las realidades y sacar de ellas el mejor y más positivo partido que se pueda. Empeñarse en idealizar cuando no se cree en idealismos, ó en estudiar las realidades cuando hasta sin querer todo se idealiza, es trocar los papeles, y de esta confusión no resultan más que dos ridiculeces: la del joven viejo y la del viejo joven. ¿Á qué tan inútil empeño? ¿No es mejor dar á cada edad lo que es suyo, sin pretender medir la vida, usurpando un derecho de Dios? ¿Quién garantiza un solo día de vida á un hombre de treinta años? ¿Quién podrá decirme á qué edad le toca morir á uno de ochenta? Consultad las estadísticas, que son las que con más elocuencia hablan sobre este punto, y veréis cómo la cantidad de las defunciones tomando de ellas el tanto por ciento correspondiente á cada edad, no es ni mayor ni menor

entre los viejos, pues en todas las épocas de la vida paga la humanidad su tributo á la muerte.

¡Cuántos peligros no corre nuestra vida en cualquiera de sus etapas, desde que anuncia el primer vagido la entrada en este valle de lágrimas! La mitad de los recién nacidos apenas llegan á los cinco años (1). De éstos la mitad apenas llegan á los veinte. De manera que bien pudiera decirse estadísticamente hablando, que tiene más probabilidades de vida un hombre de setenta años que un niño de tres.

Aparte de esto, es preciso tener en cuenta que de la misma manera que la influencia del ánimo en la curación de las enfermedades, es marcadísima, y de igual modo que una preocupación moral ocasionada por la pérdida de la fortuna ó de una persona querida, depaupera notablemente el organismo; la causada por la preocupación de los años hace lo mismo.

(1) Puede decirse que por término medio, mueren la mitad de los niños antes de los 5 años, y para que se pueda juzgar de la manera más aproximada el asunto, presentaremos el cuadro de mortalidad de algunas poblaciones de España.

POBLACIONES	FALLECIDOS	MENORES DE 5 AÑOS	RELACIÓN DE LOS FALLECIDOS MENO- RES DE 5 AÑOS CON EL TOTAL DE LAS DEFUNCIONES
Salamanca.	1,437	546	37 por 100
Cuenca.	651	251	38 » »
Lugo.	864	347	39 » »
San Sebastián.	1,296	520	40 » »
Barcelona.	14,856	6,137	41 » »
Valencia.	8,953	3,834	42 » »
Vitoria.	1,194	519	43 » »
Sevilla.	8,645	3,843	44 » »
Burgos.	2,350	1,119	47 » »
Zaragoza.	6,435	3,062	47 » »
Madrid.	39,734	14,508	47 » »
Coruña.	2,228	1,072	48 » »
Valladolid.	4,347	2,285	52 » »
Sabadell.	1,176	634	53 » »
Lucena.	1,961	1,153	58 » »

Este es el cálculo de los niños muertos, hecho con relación al número total de las defunciones.

En nuestro concepto como en el del Dr. Gordillo, este cálculo sería más aproxi-

Y santo y bueno que estemos sujetos á la impresión de verdaderos realismos como lo son los primeros, pero no hace ninguna falta que agreguemos á éstos, (que demasiado vienen á nuestro encuentro), la vejez, que cuando se preocupa de sí misma, es la parienta próxima de la hipocondría.

No. No queramos ser viejos nunca y acabaremos por rejuvenecernos.

Dejarse dominar de la idea de los años es una mezquindad, un egoismo como cualquier otro.

No nos rindamos en las luchas de la vida, como no sea por fuerza. De grado nunca.

La dificultad principal para hacerse cargo de lo que es la edad con relación á nosotros, estriba en el voluntario desconocimiento de la misma.

mado si en lugar de hacerlo en relación al número de las defunciones, lo hiciéramos con relación al de los nacimientos.

Hecho en esta forma, da por resultado el cuadro que á continuación incluimos:

POBLACIONES	NACIMIENTOS	MUERTOS	PROPORCIÓN DE NIÑOS MUERTOS ANTES DE 5 AÑOS CON RELACIÓN A LOS NACIDOS
		MENORES DE 5 AÑOS	
San Sebastián.	1,661	520	31 por 100
Salamanca.	1,444	546	37 » »
Barcelona.	15,150	6,137	40 » »
Vitoria.	1,251	519	41 » »
Valencia.	9,333	3,834	41 » »
Sevilla.	8,879	3,843	43 » »
Coruña.	2,472	1,072	43 » »
Sabadell.	1,365	634	46 » »
Lugo.	734	347	47 » »
Cuenca.	518	251	48 » »
Madrid.	29,434	1,4508	48 » »
Valladolid.	4,520	2,285	50 » »
Zaragoza.	5,910	3,062	51 » »
Burgos.	1,991	1,119	56 » »
Lucena.	1,924	1,152	59 » »

Tomando el término promedio de la vida, resulta también estadísticamente hablando, que el número de las defunciones no es menor ni mayor en avanzada edad.

Estos datos podríamos aunarlos á los recogidos en otras naciones, pero para nuestro objeto creo que basta con esta pequeña prueba en corroboración de lo que he dicho con referencia á los niños menores de cinco años.

Cada edad tiene sus distracciones, sus ocupaciones y sus placeres. El mérito consiste en sacar partido de ellos; cuando hay criterio para hacerlo así, siquiera se apercibe uno de que va haciéndose viejo.

Aquellos á quienes mortifica más la idea de los años, son los que quieren dar á unas edades lo que á otras corresponde y trocar así las leyes de la naturaleza. Para la juventud: la actividad, el estudio, el amor y en una palabra, todo lo que sea movimiento es lo que hace gozar. Para la edad madura: el calor de una familia, el cariño de una esposa ó de los hijos y el trabajo lento y ordenado, la lectura y estudio comedidos, las pasiones razonadas son en una palabra su propio elemento. Para la decrepitud: la vida tranquila, las flores, los paseos, los nietecillos, las lecturas agradables...

Si pretendéis trocar las ocupaciones ó aficiones correspondientes á cada edad, será cuando os acordaréis de ella con mayor motivo que nunca. Si veis á un viejo que alimenta ó pretende alimentar vivo el fuego de las pasiones de la vida, á un joven que las echa de hombre de experiencia desengañado, ó cualquier otra anomalía de estas que pudiéramos llamar de correlación de edad; no lo dudéis, tenéis delante á un individuo de estos á quienes la idea de los años atormenta. Si tiene pocos, quisiera tener más; si tiene muchos, quisiera tener menos.

Aparte de la influencia manifiesta que moralmente tiene sobre nosotros el trocar los papeles en esta forma y condiciones, hay la influencia material ó morbosa, que se hace aún más ostensible. Nada envejece tanto y tan aprisa como querer mantener vivo el fuego de las pasiones expansivas á cierta edad.

Los viejos, por la misma razón que tienen menos exuberancia de vida y aun en algunos casos necesitan aprovechar mucho la que tienen, no pueden alimentar ni prestar culto á

nada que implique una actividad desordenada; necesitan con mayor motivo que nadie, ceñirse á lo que da de sí su naturaleza. ¡Cuántos infelices de ellos son víctimas de no saber apreciar lo que acabo de deciros! ¡Cuántos precipitan el término de su vida por empeñarse en vivir más aprisa de lo que pueden!

Los ejemplos que podríamos aducir de la práctica diaria viniendo en corroboración de lo dicho, son numerosísimos.

Casi todos los hombres que contraen matrimonio hijo de estado afectivo pasional y no de conveniencia social, á partir de los sesenta años, pagan con su vida la imprudencia; y los efectos de su nuevo estado y de las obligaciones que aquel les impone, se evidencian en ellos á los pocos días.

Y entiéndase que no me refiero aquí sola y exclusivamente á los relacionados con la Venus, sinó además á todos los que, hijos del estado y de la diferencia de edad y temperamento de los contrayentes, ponen al viejo en el caso de ceder á las exigencias de su joven esposa en cuestión de vida activa de todos terrenos. Y el teatro y el baile y el paseo y los viajes y otras tantas cosas que son la felicidad de la juventud aun llevados al exceso relativo, son la perdición de los viejos, que en estas circunstancias viven una continua vida artificial de actividad y movimiento.

La influencia del trabajo intelectual exagerado, es también funesta para los viejos. Á cierta edad los vasos y los tejidos en general no reaccionan sobre sí mismos como en la juventud, aparte de ciertos estados ateromatosos y otros patológicos de los mismos, que se engendran con suma facilidad. De aquí que las congestiones cerebrales y también todas las afecciones del sistema nervioso central acostumbren á ser la secuela del trabajo exagerado de entendimiento, llegada á cierta época. Aparte de que la vida que roba el cerebro á los demás órganos viscerales sobre todo, vida que éstos necesitan en

absoluto, dada su relativa debilidad, es causa de multitud de funestas afecciones.

El trabajo material no es tan pernicioso aun cuando se abuse de él, porque generalmente tiene como precedente la costumbre, y ésta dice bien el refrán: «Es una segunda naturaleza».

Sin embargo, tampoco la actividad material se hizo para la vejez; que ésta, sólo está en su elemento en el trabajo mesurado y la actividad comedida.

El camino que nos toca recorrer en la vida de antemano, previsto por la Providencia, no podemos abandonarlo. Podrá ser que la jornada que nos caiga en suerte sea más ó menos larga, más ó menos escabrosa, pero de cualquier modo que resulte, representa un instante de la sublimidad del tiempo con el que hay que transigir de la mejor manera que podamos.

Es carga, la edad, que pesa mucho si no la llevamos animosos, y de la que no nos podemos desprender aun cuando nos rebelamos. Convencidos de ello, lo mejor es constantemente vivir tranquilos de espíritu, pensando á los quince años que nos podemos morir mañana; y á los ochenta que puede suceder lo mismo, y en cualquiera edad y circunstancias, que podemos vivir todo el tiempo que Dios tenga á bien conservarnos en este purgatorio.

Sólo así y dirigiendo la mirada serena al cielo, viviremos tranquilos de cuerpo y espíritu, y sólo nos servirán los años para ir adquiriendo experiencia, conformidad y carácter, que son los factores indispensables para sostener animosos la perpetua lucha en que vivimos.

La edad deja sus huellas, tanto más tristes, cuanto más fijamos en ellas nuestra atención, siendo las mujeres las que suelen preocuparse más de los desastres físicos acarreados en pos de sí por los años; al paso que los hombres se quejan más de los disturbios morales. Á una mujer la contraría con ma-

por motivo que otra cosa, la caída del cabello y de los dientes, las canas y las arrugas. Á un hombre suele mortificarle más la debilidad de su memoria, la poca solidez de sus juicios y, en una palabra, todo lo que al espíritu se refiere.

Este es un hecho, que sobre ser cierto y comprobado, contrasta notablemente con la naturaleza. La mujer, que todo es idealismo é imaginación cuando joven, preocupándose de la materia; el hombre, que todo es fuerza y vigor y materia en su juventud, preocupándose del espíritu.

Procuremos dominar estas impresiones, que no por preocuparnos de los años, detendrá su curso el tiempo amortiguando y destruyendo sus efectos. La única manera de luchar con la edad es haciendo caso omiso de ella.

Encaminemos todos nuestros esfuerzos á conseguirlo, que después de todo, nadie sabe el camino que le toca recorrer en esta tierra, ni cuándo llegará al final de la jornada. Tal vez la suerte de muchos jóvenes que han envidiado los viejos, ha sido más triste; y más corta su vida que la de ellos. Mañana mismo morirán en el mundo centenares de jóvenes que á verlos hoy como están, en buena salud y buenas condiciones de vida, tal vez envidiarían los ancianos. La felicidad, aquí como en todas las cosas de la vida, es únicamente del que sabe aprovecharla.

Fisiológicamente hablando, se ha considerado á la edad subdividida en muchos grupos, sin que, á decir verdad, ninguno de ellos tenga verdadero valor.

La vida puede considerarse dividida en tres períodos: el de desarrollo, el de estadio y el de decaimiento. Partiendo de esta base, Moisés, que vivió según dice la historia, ciento veinte años, consideraba el período de vida de 70 á 80 años, y esta es la opinión que sostuvo Hipócrates y sus antecesores. M. Richerant admite como término de la vida del hombre, de 60 á 80 años. Mr. Virey cree que generalmente no llega

la generalidad más que hasta los 75 y así sucesivamente, y con ligeras variantes Graunt, Arthur, Youny, Montesquieu, Buffón y otros filósofos, de indagación en indagación, puede decirse que han llegado al mismo resultado.

Monsieur Lhevithie divide la vida en nueve etapas de nueve años cada una, divididas y agrupadas en la forma siguiente:

Juventud, 2 novenarios. . . .	18 años
Período de fuerza, 5 novenarios. . .	45 »
Período de decaimiento, otros 2. . .	18 »
Suma. . . .	81 años

Esta división, como todas, es arbitraria, y así se lo debía parecer al célebre herrero centenario de Viroflay, quien viendo espirar á un hijo suyo, decía lamentándose: «Siempre había dicho que este muchacho no viviría».

Como este herrero hubieran dicho lo mismo los 39 centenarios que han vivido en Barcelona de 1881 á 1880 (1).

Con la edad cambia todo. Cada edad tiene sus gustos, sus aficiones y sus costumbres. Ya lo dice Boileau imitando á Horacio:

*Le temps qui change tout, change aussi nos humeurs,
Chaque age à ses plaisirs son esprit et ses mœurs.*

Determinar todas y cada una de las pasiones que dominan cada época de la vida, sería tarea poco menos que imposible como quiera que la pasión nunca es la resultante de la organización y su movimiento, sinó que además cuenta como factores importantes para su desarrollo con las condiciones de educación y creencias religiosas de cada individuo.

(1) No contentándose algunos de ellos con llegar á los cien años, contaron: 5 la edad de 101 años, 8 la de 102, 3 la de 103, 2 la de 104, 1 la de 105, 1 la de 106, y finalmente otro la de 109.

Por este motivo, es decir, por creer como creemos que la educación modifica aún aquellas pasiones que constituyen característica de una edad, es por lo que juzgmos muy de este lugar lo que vamos á decir.

El instinto de la conservación es un factor dominante en todas y cada una de las etapas de la vida; sólo varía la forma de entender este instinto. La infancia lo entiende de una manera ciega; de aquí que sea en el niño la pasión dominante la glotonería; la juventud, exuberante de vida y de desprendimiento, da vida de su vida á nuevos retoños y este natural egoismo de formar una familia para tener quien seque sus lágrimas y comparta sus pesares en tiempo de aflicción, da lugar, adulterado, al amor y á la lujuria dominantes de la juventud, pasiones que destruyen y diezman la humanidad de una manera desconsoladora; la virilidad, edad en la que, ya desarrollada completamente la inteligencia, el hombre medita seriamente lo que hace, engendra la ambición y más bien que para satisfacción propia, esta ambición es como complemento del ansiado bienestar, que no sólo desea para sí, sinó para su prole; y por último la vejez hartó conocedora de la humanidad y convencida del desgraciado y positivo valor del oro y de que el oro todo lo alcanza y todo lo puede, no tiene nada de particular que, gracias á este arraigado convencimiento, procure atesorarle y retenerle en su poder, dando de este modo origen á la avaricia.

De modo, que hechas estas naturales consideraciones, resultan como pasiones dominantes: para la infancia, la gula; para la juventud, el amor; para la virilidad la ambición, y para la vejez, la avaricia.

Cada una de estas pasiones da lugar á multitud de secuelas más ó menos características también de la edad, pero que no sólo están relacionadas con ella, sinó además con multitud de otras circunstancias de desarrollo físico y moral, v. g. á

la infancia, las instintivas; á la juventud, las expansivas; á la virilidad, las dependientes de la inteligencia, y á la vejez, las reconcentrativas.

Hay otras pasiones que mejor que pasiones, pueden considerarse como manías directamente relacionadas con la inteligencia y las cuales pueden desarrollarse en cualquier edad, de las tres últimas (juventud, virilidad y vejez) y son la del estudio, la del orden, la de la música y los fanatismos artísticos, políticos y religiosos.

Esta natural influencia de la edad en los estados pasionales, puede modificarse muchísimo por medio de la educación. Sin embargo, la educación se estrella naturalmente contra los impulsos instintivos de la primera infancia, pues en esta época no hay todavía la reflexión que el caso requiere.

La glotonería de un niño no se corrige más que en la adolescencia, edad en la que puede hacerse comprender cuáles y cuán grandes son sus inconvenientes.

Difícil es de contrariar el amor en la juventud, pero si no es fácil contrariarle, cuando menos es práctico encaminarle á un buen terreno. Entre inteligencias cuerdas llega á dominarse esta pasión, que en lugar de minar la existencia y destruir el cuerpo, sirve para la constitución de una familia, que es el más santo de los placeres del mundo.

La juventud tiene una tendencia expansiva en todos sentidos que es preciso contrariar. El orgasmo de esta edad no se limita á los órganos genésicos, sinó que trasciende á todo el sistema de la vida vegetativa. De aquí la afición al movimiento, facilidad para la lucha, y la ira, desinterés, abnegación, atrevimiento, temeridad, entusiasmo para todo, confianza en todo, ilusiones por todo, etc., etc., es decir, tendencia expansiva del cuerpo y del alma en todas sus manifestaciones, tendencia que conviene refrenar, no sólo por los inconvenientes que acarrea á la vida práctica, sí que tam-

bién porque evitando decepciones y desengaños al joven, haremos de él un viejo ^{valiente} corriente, animoso y confiado, pues no le habrán escarmentado como á la mayoría, las decepciones de la vida corriente.

Á la virilidad no es tampoco difícil curarla de sus extravíos, pues precisamente esta es la época en que el hombre se domina mejor á sí mismo, y á mayor abundamiento, en que la reflexión está más desarrollada. La tendencia que hay que destruir con mayor entereza, es la aspiración á la riqueza, que es el objeto final de la ambición después de todo. Todo el oro del mundo no bastaría á hacer la felicidad de nadie, y si es verdad que las penas con pan son menos, no es menos cierto que donde hay mucho pan, no por esto escasean las penas, y donde hay poco, también puede haber felicidad. Esta es una ley que la Providencia, equitativa en todo, ha establecido.

Procurando destruir esta innata tendencia de la virilidad, nos sorprenderá la vejez con el corazón en mejores condiciones para cobijar cariño y expansión; de otro modo la vejez no será más que una plaga parasitaria de la sociedad, y no conviene que una edad y situación de la vida por extremo venerable y acreedora á toda clase de consideraciones, se haga odiosa, intransigente y egoísta.

¡Felices (exclaman muchos) los que pudiesen juntar el vigor y el arrojo de la juventud con la madurez y la prudencia de la edad viril! Procurad conservar los dones de la primera, que los de la edad provecta vendrán de por sí, y el tiempo colmará vuestros deseos (1).

(1) Feuchstersleben. Pensamientos y máximas.

BELLEZA, ARTE, NATURALEZA

Así como el estudio es el alimento práctico del alma, la belleza y el arte son la poesía práctica de la vida. Ni se marchitan en otoño como las flores, ni envejecen con el tiempo como nosotros. Son un consuelo de inapreciable valor para los que no saben sentirlo, como lo son las lágrimas para los que no saben llorar.

Las almas que se educan en el arte, lo hacen de una manera muy distinta de las que crecen y se desarrollan en otras esferas; y así se explica que sean desinteresadas y nobles, y no anide en ellas el egoísmo.

El placer que nos proporciona su contemplación, es un placer puro y virgen de malas pasiones; tanto es así, que hasta en sus aberraciones ó fanatismos dicha manera de ser podrá proporcionar á la sociedad hombres originales por sus extrañezas á fuerza de artistas, pero nunca hombres malos.

Apelo en corroboración de lo dicho á la historia de todos los tiempos. Muy pocos criminales encontraréis entre los artistas.

Sobre ser la educación del corazón, es el arte un arma poderosa para luchar con los años, porque como en todas sus manifestaciones habla al alma, y el alma no envejece nunca, siempre nos entendemos con él, de igual modo, con el mismo vigor á los ochenta años que á los veinte; y aunque os parezca aventurada mi opinión, no dudéis que la felicidad y la dicha que esperan en otra vida al que cumple con su

deber, han de ser artísticas como lo es la imagen de Dios y la contemplación de la naturaleza.

Todas las naciones le han prestado culto en mayor ó menor escala, aun los mismos salvajes. Siempre el apogeo de una civilización ha tenido su diapasón en esta manera de sentir las cosas del alma humana. Egipto, Grecia y Roma han resplandecido por su verdadera grandeza, á beneficio del arte. Nadie ha olvidado aún las pirámides del primero de estos pueblos, vive en nuestros días vida propia la belleza del segundo, y la poesía del tercero es actualmente el espejo de los más inspirados escritores.

Es el arte, el bálsamo de nuestras contrariedades de la vida, nuestros pesares y nuestras desgracias, porque nos ayuda á sentir de la manera que queremos, ya que podemos interpretar lo con la misma vaguedad con que siente las emociones el corazón.

Las bóvedas de un templo grandioso, siempre inspiran algo al que allí se cobija y refugia; la música de un gran maestro ayuda á gozar ó á llorar al que necesita un desahogo del alma; la poesía embellece la vida de aquel que lucha con las realidades.

No es extraño, pues, que creamos que en el arte tenemos un recurso de poderosa valía para las almas, porque el hombre artista tiene una esfera de satisfacciones más grande que la de los demás hombres, que compensa, por tanto, la de los sufrimientos de que es víctima, ya que la vida sin arte ó poesía, genuinos representantes de la belleza, no es más que una etapa transitoria y grosera del espíritu condenado á vivir entre y dentro de la materia.

La influencia que tiene este precioso recurso en nuestra manera de ser es inmensa. Desahoga el corazón y le educa para el bien, y ello ha de ser así, pues observaréis que, aparte del carácter agradable de los artistas, cuando se encuentran

entre quien sabe interpretarlos, las estadísticas vienen en corroboración de lo afirmado.

Aun cuando el arte sea uno en sí, tiene diversas manifestaciones que hablan al espíritu según su cultura.

El origen del arte es tan antiguo como el hombre. El hombre nació artista.

Todas las solemnidades de las naciones y pueblos cultos se han celebrado y celebran por medio de manifestaciones artísticas desde tiempo inmemorial, sin que á nadie le haya ocurrido modificar esta manera de expresión de los sentimientos, sustituyéndola por otra, sin duda alguna, porque no es posible la sustitución.

La vaguedad característica del arte que deja á cada entendimiento y á cada corazón el derecho de sentirlo á su manera, es precisamente lo que hace que este medio de expresión sea universalmente aceptado por todos los pueblos, lo mismo salvajes que civilizados. Esta vaguedad es la que da lugar á que á pesar de su distinto gusto artístico, disfruten un hombre de criterio y un patán con la ejecución del andante de la sonata Pastoral de Beethoven, el uno saboreando hasta el más delicado de los detalles de aquella sublime creación, el otro impuesto y fascinado sin saber por qué, por tanta grandeza inexplicable de armonía; es la que hace que delante del Moisés de Miguel Ángel, el hombre artista admire el cincel de aquel eminente pintor y escultor, y el hombre vulgar se sienta dominado sin saber por qué, por la mirada de aquella granítica mole; es la que obtiene que la palabra de un tribuno poeta, encante á los aficionados á la poesía y á la didáctica oratoria, y arrastre inconscientemente al pueblo hasta lanzarle á sacrificar su vida en aras de cualquier causa.

El atractivo del arte es grande, más grande de lo que á primera vista parece. El hombre no podría vivir sin él.

El modesto obrero que cifra su ilusión en su más estricto

necesario, dentro de aquella economía siente el arte, y no puede prescindir de una cómoda en esta ó aquella forma para su ropa, de unos candeleros puestos en disposición premeditada, de un cuadro colocado de tal ó cual manera, de una sencilla maceta de flores y de otras mil nimiedades que no por ser modestas, dejan de satisfacer su gusto artístico, y aun algunas veces de constituir su orgullo.

El potentado adorna sus salones con riquezas sin cuento, tapices de Smirna de abigarrado color y dibujo, cubren el pavimento, esculturas de renombrados autores pululan por las mesas, consolas y chimeneas, pinturas de incalculable belleza y de afamadas firmas cubren los lienzos de pared, una luz de antemano calculada invade con misterioso sigilo aquella mansión, y todo allí convida á soñar bellezas y á dar campo á la imaginación para olvidar el mundo.

Entre estos dos extremos hay multitud de términos medios. En todos ellos encontraréis representado el arte, en todos ellos veréis al hombre que se deja dominar por la belleza en sus variadas manifestaciones. Cuando no sea así, cuando en la morada de un hermano vuestro, no veáis algo que indique noción de arte ó sentimiento artístico tan incompleto é ineducado como queráis, pero sentimiento al fin; desconfiad de aquel hombre, aquel hombre tiene que ser malo por fuerza, porque hasta los perros ahullan sin darse cuenta de ello cuando hieren su oído los acordes de un órgano ó una charanga, ladran cuando ven pintado un compañero en un lienzo ó en la pared; hasta las serpientes aplacan su fiera arrastrándose por el suelo con humillación bajo la influencia del sonido de una flauta, y las arañas abandonan su nido para acercarse á un sitio en donde se ejecute música.

Es verdaderamente curioso lo que sucede con los animales. Con dificultad se encuentra uno de los que ocupan

escalas elevadas como inteligencia, que no dé señales características de apreciar el arte.

Aparte del procedimiento empleado principalmente en Asia por los domadores de serpientes, que como sabe todo el mundo, hacen lo que quieren de estos terribles reptiles; en la vida doméstica se acredita diariamente que los animales no son insensibles á las manifestaciones del arte, sobre todo á la música. Esta distinción tendrá indudablemente lugar porque la música habla de una manera más directa á los sentidos que ninguna otra de las ramas de este cordial de la vida humana.

La impresionabilidad de los animales por la música es un hecho comprobado. No veréis á domador de fieras alguno, que trabaje sin que la música amenice sus ejercicios, y no lo hace solamente con el objeto de que tengan mayor atractivo para el público, sino porque la música le ayuda en sus propósitos.

Hablando un día con el célebre Mr. Bidel (1), que vino á esta Corte con una colección de fieras hermosísimas y tenía un valor á toda prueba para dominar á cualquier animal, le decía cierto sujeto: «Parece increíble que se atreva con este león, que no le puede á V. ver ni en pintura. En cuanto le deja en su jaula después del trabajo, parece como que espera el momento de que se abra de nuevo la puerta para echársele encima». «Sí, le dijo, verdaderamente es un animal que se sujeta con trabajo. Si no fuese por la música y la leona que me defiende cuando estoy con él, creo que habría renuncia-

(1) Mr. Bidel es el domador que haya tal vez tenido mayor valor del mundo, al mismo tiempo que el poseedor de la mejor colección de fieras que se ha presentado.

Trabajaba dentro de una jaula con una leona y un león, un elefante, un oso pardo, varias hienas y un carnero. Todo el mundo en la mejor armonía. Además, hacía ejercicios con dos preciosos tigres reales de Bengala y un oso blanco de la Siberia, cuyas acometidas habían puesto varias veces en peligro su vida, pero á las que resistía con una serenidad y una sangre fría incomprensibles.

do por completo á la tarea de domesticarle, por imposible». —«¿Y por qué la música?»—«Lo que es sin música que toque regularmente, ni yo ni nadie se mete en la jaula de una fiera como ésta sin exponer mucho su vida.»

En un periódico húngaro leí un hecho curiosísimo hace algún tiempo. Parece ser que recorría algunas comarcas de aquel país una especie de titiritero con varios lobos enjaulados. Antes de entrar para hacer con ellos multitud de ejercicios, tocaba un rato el violín al lado de la jaula. Los lobos iban acercándose á él y le rodeaban por completo, dando de vez en cuando prolongados aullidos. Hecha esta preparación, entraba en la jaula sin más arma que el violín, que no desamparaba durante todo el tiempo que duraba el ejercicio.

En todos los libros de historia natural, al estudiar las costumbres de la araña, animal admirable por la delicadeza de sus trabajos, como la hormiga por su actividad, se la cita como prototipo de afición á la música, tanto, que se refieren casos de arañas que han abandonado su nido para acercarse á un piano ó un armonium cuando le tocaban.

Todos los animales de alguna inteligencia, puede decirse que responden á la música de una manera manifiesta.

Tratándose de la pintura y de la escultura, no sienten los efectos artísticos de la cosa más que por la confusión con la realidad. Esta es la razón por la que un perro ladra y trata en algunos casos de acometer á otro perro pintado en un cuadro, del mismo modo que lo haría si un espejo representara su propia imagen; que un gato se ponga erizado de pelos delante de un perro bien pintado; que un pájaro pique aquellos racimos que, según la anécdota (1), un célebre pintor representó en las murallas de la ciudad que habitaba.

(1) Cuentan que dos afamados pintores de cuyo mérito nadie podía dudar, vieron obligados por circunstancias especiales á dar dos obras de arte en competencia. Ocurriósele á uno de ellos pintar una puerta simulada en las murallas de la

Un amigo mío tenía un perro que no podía clasificarse porque no pertenecía á casta ninguna y que era un verdadero prodigio como afición á la música.

En cuanto oía el piano, ya estaba al lado y empezaba con sus aullidos á no dejar en paz. Era animal sumamente cariñoso y que se hacía querer; así que aun cuando molestaba, no se le corregía el vicio de una manera decidida.

Á todo esto había en la misma casa un canario que trataba como un ruiseñor y al que se había empeñado mi amigo en enseñar la Marcha real. Colocaba con este fin su jaula al lado del piano y allí tocaba con una paciencia ejemplar una y cien veces la mencionada marcha para ver si de esta manera la aprendía; pero para dedicarse á tatarrear tenía que dejar al perro encerrado en otra habitación de la casa, de lo contrario, se hacía imposible la lección al canario, pues aquello parecía una verdadera olla de grillos.

Un día, mientras tocaba con el canario al lado, le pareció que el perro chillaba, y en efecto, después de observarlo, resultó que el perro con sus aullidos siguió antes el canto de la marcha que el canario (1).

ciudad que habitaba, con la llave puesta en la cerradura, y se dice que nadie pasaba por allí sin intentar cogerla. Su rival, queriendo dar una prueba de habilidad en el mismo terreno, pintó una cepa que, subiendo por el dintel de la puerta, tenía dos hermosos racimos que muy pronto desaparecieron estropeados á consecuencia de los picotazos que daban allí los pájaros.

(1) Mis lectores madrileños ya han tenido ocasión de observar en esta Corte á un perro notabilísimo que murió en la Plaza de toros y cuya muerte fué muy sentida para aquellas personas que exageran las cosas. Me refiero al perro apellidado Paeco. ¿Quién no conocía este bicho tan original, cuya afición á la música le hacía concurrir con asiduidad á los teatros en donde se daba la mejor música y en donde permanecía atento é impávido como el que más, y cuya afición á la sociedad llegaba hasta el extremo de hacer de este animal un verdadero prodigio? Cuentan que todos los días de moda tenía la costumbre de elegir los teatros en donde había mayor concurrencia. Tampoco dejaba de asistir á una sola corrida de toros, en cuya Plaza murió. Este animal era prodigioso en todas sus cosas. No se explican muchas de las que hacía. Tenía un amor á la independencia de tal naturaleza, que á pesar de haberle proporcionado varias veces toda suerte de comodidades en casas particulares y de haberlo tenido encerrado allí durante tiempo, contra lo que sucede en los de su casta, no cobraba cariño al amo y se marchaba.

Esta instintiva tendencia que tienen los animales á dejarse dominar por la música, que para ellos es la única de las bellas artes que está al alcance de su grosera manera de interpretar, puede hacernos formar una idea de cuál ha de ser en el hombre la influencia de las bellas artes sobre su espíritu.

Salimos á la calle á lo mejor, y al oír los acordes de una charanga que toca un paso doble, sin poderlo remediar precipitamos nuestra marcha, hasta entonces lenta, ó la acortamos si era acelerada, para caminar al compás de la misma. Y esto lo hacemos en muchas ocasiones, sin que seamos dueños de evitarlo, como no sea haciendo un esfuerzo de voluntad.

Si nos sorprende esta música en condiciones abonadas para la tristeza, nos impresiona desagradablemente el contraste de aquella animación con nuestros pesares, y algunas veces se nos escurren las lágrimas por las mejillas sin remedio y aun riéndonos interiormente de nuestra tontería.

Semejante efecto que se deja sentir tratándose de esta clase de música que pudiéramos llamar callejera, se hace en mayor escala ostensible cuando se trata de una orquesta bien organizada ó escuchamos un concierto de algún notable instrumentista, etc., etc. Cada pasaje delicado nos mantiene en suspenso hasta de respiración; cada conjunto arrebatador de los instrumentos de cuerda, nos hace levantar del asiento sin querer; cada nota obscura de un trombón, la sentimos por todo el cuerpo, y en una palabra, sin darnos cuenta de ello, estamos continuamente pendientes de la batuta del director de orquesta.

Lo mismo sucede con la poesía. ¡Cómo arropa el espíritu y la imaginación una obra de Campoamor ó de Núñez de Arce, de Melchor de Palau, de Selgas y de otros muchos!

Con las obras de arte de otra índole, es más difícil entu-

siasmarse y dejarse fascinar hasta este extremo; y lo es, no porque el arte en aquellas manifestaciones no tenga muchísima fuerza, sinó porque para apreciar el arte pictórico y escultórico hasta este extremo, hay que tener ya una educación artística más cultivada. Para el que conoce la pintura y la escultura, es un placer grandísimo el que experimenta delante de un buen cuadro, y de la misma manera que un dilitante músico se entusiasma con Beethoven, Mozart, Clementi, Chopin, Schubert, Schuman y otros muchos autores clásicos, un aficionado á la pintura pasaría horas enteras sin apercibirse de ello delante de un cuadro de Murillo, Goya, Rafael, Velázquez.

Un efecto de luna de Clays, unas flores de Gessa, una pradera de Carlos Haes, una marina de Morera, nos convidan á la expansión. Sin querer, disfruta la imaginación de aquella melancolía en el primer caso y de aquella frescura y verdad que con tan bellos colores y contornos se nos representa en los demás.

Un grupo de caballos del escultor Fremier, impone por su fiereza; una esbelta figura de Carpeau, fascina por su elegancia; unos leones de Vallmitjana, infunden admiración y terror al mismo tiempo; una Virgen de Bougreau, nos hace sentir la religión y convida á rezar en su presencia.

Todo esto es indudable, pero para sentir todas estas cosas es preciso saber apreciarlas, es decir, tener más educación artística que para la música; pero una vez hecha esta educación, se pasarían con facilidad, no horas, sinó días y meses contemplando los cuadros de un museo y sin acordarse, en medio de tanta belleza y tanta sublimidad y poesía, de que existe un mundo de realidades y crudezas desastrosas.

De lo dicho se desprende, en consecuencia, que la influencia del arte sobre nuestro espíritu es manifiesta. Pues

si normalmente hablando es así, ¿por qué no hemos de sacar partido de ella y por qué además no la hemos de emplear como tratamiento higiénico del alma, tanto en estado de salud como en el de enfermedad? Si sanos de cuerpo y espíritu, los acordes de un vals arrastran insensiblemente nuestro cuerpo y le incitan al baile, sin poderlo remediar, ¿por qué no ha de convenir á la melancolía del alma la música alegre, y en contraposición á la alegría insustancial la música melancólica?

¡Ah! ¡Cuántos ratos de descanso y de bienestar les debemos á las bellas artes sin que nos hayamos dado cuenta de ello!

Cultivad esta joya del espíritu, que no os arrepentiréis de ello; sed artistas, que sin poesía la vida acaba con las voluntades más enérgicas y los caracteres más resueltos; sed artistas, porque entre tanta realidad, el descanso de la ilusión ofrece maravillosos resultados; sedlo, ya que vivís entre fealdad, que el arte os enseñará á ver la belleza, contrariando el pernicioso efecto de la primera, é inspirándoos en la segunda. Veréis cómo, haciéndolo así, no pesa tanto la vida, son menores los sufrimientos y hacéis frente á todas las desgracias y contrariedades que se presenten.

La naturaleza es la perfección sublimada del arte, y así tiene que ser, toda vez que ésta en sus producciones, no se propone más que imitarle, y nunca valen las imitaciones lo que vale el original.

El alma humana pudiera decirse que es el espejo de la naturaleza. En ella se refleja su tranquilidad, su inquietud, su serenidad, su destemplanza, y en una palabra, todos los fenómenos que lleva consigo esta admirable producción de la mano de Dios.

¡Con qué tranquilidad el espíritu fatigado y el corazón dolorido levantan la vista al cielo entre agreste y frondosa

campiña para darle al pulmón un aire que no sea el de la atmósfera de los pesares y sí el de la grandeza de Dios! ¡Con qué descanso, sentados en una playa meridional acariciados por la brisa de verano y buscando entre celajes el punto en donde se besan en armonioso conjunto el cielo y el agua, pensamos en nuestro pasado, vemos nuestro presente y hacemos conjeturas sobre nuestro porvenir! Contemplando con silenciosa calma las bellezas de la naturaleza ¡cómo se adormecen los pesares del alma, cómo renace la vida del valor, cómo se vigoriza el espíritu, cómo nos acercamos á Dios!

¿Por qué sucede así? Porque la naturaleza tiene un lenguaje que, aunque mudo, es muy expresivo y habla directamente al alma. De la misma manera que unas cosas nos inspiran expansión de ánimo y alegría y felicidad, otras nos dan tristeza y deprimen nuestro corazón; pero aun en estos segundos casos no se turba el espíritu, como no sea para acercarse más y más á Dios.

¡Cómo desaparece nuestra soberbia y orgullo dentro de oscuras cavernas, admirando prodigios naturales espantosos, entre graníticas moles cubiertas de musgo, que el dedo de Dios pudiera cambiar en un instante de sitio y aniquilarnos con ellas, entre atmósfera húmeda y filtraciones, que nos hielan á la par que el cuerpo, el espíritu! ¡Qué pequeños nos sentimos entre tanta grandeza! ¡qué poca cosa somos cuando una tempestad nos sorprende en el campo, cobijados debajo de la cúpula de robusto roble y se suceden fugaces las centellas y trepida la tierra á la terrorífica voz del trueno y el vendaval todo lo doblega y arrastra, qué mal late nuestro corazón, qué oprimido lo sentimos en el pecho! pero ¡qué confianza tenemos en la Providencia á pesar de lo imponente del espectáculo, porque sabemos que el mismo que mueve los elementos, es el que vela por nosotros!

Con todo. Este modo de influir de la naturaleza en nuestro ánimo, aun cuando le deprima, es sublime por la ley de los contrastes. Al salir de oscura caverna y ver de nuevo el sol, le encontramos más hermoso que nunca y sólo nos agrada verdaderamente la tempestad por ser precursora de la calma, porque detrás de un cielo gris y borrascoso viene un cielo azul y una atmósfera límpida y un aire puro y embalsamado como nunca.

Esta influencia de la naturaleza se deja sentir cualquiera que sean las condiciones en que nos encontremos, tanto de cuerpo como de espíritu. De no ser así, ¿por qué se recomendaría el campo á la mayoría de los enfermos y á todos los convalecientes? ¿Á qué sería debido el efecto de multitud de aguas minerales de poca ó ficticia mineralización?

Vichy, Escaldas y otros establecimientos de reconocida fama y efectos comprobados, son un ejemplo patente de lo que acabo de decirlos. En Vichy, por ejemplo, es evidente que el agua es inmejorable para las afecciones estomacales, hepáticas y las de la vejiga; que su cantidad de bicarbonato de sosa obra sobre el ácido úrico precipitado en exceso, convirtiéndolo en urato de sosa más soluble que dicho ácido, y que con lo cual eliminándose mejor dicha substancia, los gotosos, litisiacos y calculosos han de encontrar allí gran alivio; es también evidente que el ácido carbónico que contiene el manantial Hospital, tiene una acción electiva sobre la mucosa gastro-intestinal; pero no lo es menos que aquel parque, aquella orquesta, aquella naturaleza, aquella tranquilidad y aquel descanso hacen el mismo ó mayor efecto que el agua; porque reposado y tranquilo el espíritu, y más agradablemente entretenido, se vigoriza olvidando la enfermedad á beneficio de la distracción en que vive y fortaleciéndose para combatirla dentro de su esfera de acción.

En las Escaldas, multitud de arroyuelos pululan por todas

partes, inmensas y verdes praderas, colosales pinos, atmósfera pura del Pirineo, ¿qué más queréis para curaros?

En el renombrado monasterio de Piedra, prodigio de los prodigios de la naturaleza, en donde el agua en abundantes y caprichosas distribuciones siembra materialmente de imponentes cascadas un valle frondosísimo, plagado de espléndidas y vigorosas siluetas de abetos, pinos, álamos, etc., etc., ¿qué de particular tiene que olvide allí uno, sus propias miserias en frente de aquella inmensidad, de aquella grandeza y de aquella maravillosa combinación de prodigios y encantos?

Si las aguas minerales de España, abundantes é inmejorables, viniesen ayudadas en su acción por el sentimiento artístico de quien puede hacerlo y de la naturaleza, que en nuestro país da mucho de sí; no lo dudéis, las curaciones serían en doble proporción que hoy.

Toda la benéfica influencia que en los casos antes citados reportan los pacientes del tratamiento que les señalamos, es debida pura y exclusivamente á la naturaleza, aparte del efecto realmente material de la misma sobre el organismo, v. g. del sol como reconstituyente, del clima templado marítimo como sedante del gran simpático, etc., etc.

La influencia que tienen los elementos materiales de que nos vemos rodeados en estado de salud, es también manifiesta y se puede estudiar en multitud de casos concretos. Ved en general el apacible trato y franco carácter de la gente de campo. La longevidad, nobleza de corazón y franqueza de la gente de mar. ¿Á qué puede atribuirse esto, más que á que en el campo y el mar piensa el hombre á menudo en el cielo, rejuveneciéndose así su cuerpo y alma?

Ved por el contrario á la gente de populosas ciudades con menos salud, más hipocresía, más falsedad, con el carácter agrio en muchas ocasiones, y en una palabra, plagados de defectos. ¿De qué es esto hijo más que de que la vida de ciu-

dad nos pone demasiado en contacto con nosotros mismos sin que aparezca el cielo despejado como intermediario? Á pesar de nosotros mismos, no podemos menos de sentir esta diferencia, ya vivamos en unas condiciones, ya en otras.

La vida de las ciudades se parece á las funciones de espectáculo, que nos admiran la primera vez que las vemos, pero nos fastidian á las pocas representaciones; la vida del campo, por el contrario, á las buenas óperas, que cuanto más las oímos, más nos agradan.

Prestemos, pues, un delicado culto á la naturaleza, y se alegrará el alma y ensanchará el corazón, tomando nuevo vigor nuestro cuerpo en caso de enfermedad; que en la naturaleza se ve siempre la grandeza de Dios, y la imagen de Dios todo lo sostiene y alienta.

EPÍLOGO

Médicos: Siendo las lágrimas del prójimo el agua con que se amasa vuestro pan, toda reflexión que de vosotros nazca, encaminada á evitar lágrimas, reviste la autoridad de un acto que representa á un tiempo, un paso de inteligencia y amor y una omisión de interés propio y por tanto un acto de caridad incuestionable é irresistible.

LETAMENDI

La vida del alma se halla sometida al influjo de la imaginación y de la razón. De lo cual se desprende que ofrece distinto aspecto según domine la primera ó la segunda en la esfera de su actividad.

Estos dos aspectos son otras tantas fases bajo las que hay que estudiarla.

La vida sometida de una manera directa al influjo de la imaginación, se retrata por ilusiones, sueños y esperanzas. Durante ella no desmayamos nunca de dar al fin con la felicidad, cuya imagen no perdemos ni un solo momento de vista. Es patrimonio de la juventud del alma, que no siempre corre parejas con la juventud de cuerpo. La vida sometida al influjo de la razón, es obligación pesada. En ella se retratan los desengaños, las inquietudes y la desconfianza. Es la vida que viven las almas marchitas por la desgracia, los espíritus aplanados por el infortunio, el retrato de la falta de carácter.

Estas dos etapas de la existencia acostumbran á ser patrimonio de distintas edades. La de la imaginación de la prima-

vera de la vida, la de la razón de la edad madura. Prolonguemos, pues, esta primavera y hagamos que, viviendo en ella, nos sorprenda el último suspiro.

La única felicidad relativa, es la que nos proporciona la primera etapa de la existencia, y como el solo alimento positivo de esta felicidad son las ilusiones, los sueños y las esperanzas; soñemos y esperemos mientras vivamos, que ya se encargará la muerte de hacernos despertar de este letargo.

Recorramos la escabrosa senda de nuestro destino en la tierra, con la vista siempre fija en el cielo, como el marino la fija en la estrella del Norte, y de igual manera que éste llega á puerto á pesar del confuso sendero que le toca recorrer, llegaremos nosotros al final de la jornada sin habernos apercibido de las espinas sembradas en el camino, y sólo del aroma que despiden las rosas que aprisionan.

La vida de las esperanzas y las ilusiones, siendo la más práctica la habilidad del hombre, consistirá en vivir esperando siempre. Este es su destino en la tierra.

Y es preciso conformarse á vivir esta vida, y de este modo, porque de no hacerlo así, caeremos en el terreno de las realidades, que como todo lo que se ve, se toca ó se mide, si es bueno, se acaba; si es malo, persiste, resultando siempre que de hecho ó de recuerdo atormenta.

Acostumbrémonos á mirar siempre arriba en lugar de fijarnos demasiado en el pasado ó en el porvenir, y estaremos muy por encima de lo que sucede en la tierra, y á fuerza de dar vuelo á la mirada y al espíritu, cuando una contrariedad nos obligue á bajar la vista, la encontraremos pequeña solventándola con facilidad. No hagamos proyectos, que como dice P. Lacordaire, Dios nos llamará cuando llegue nuestro turno.

El hombre no ha nacido para el mundo. Para creerlo así, basta tener sentido común. Nuestra misión es transitoria en

la tierra, y de la misma manera que el que va de viaje, fija poco su atención en los panoramas feos que se despliegan á su vista y aprovecha y saborea los hermosos, mientras el fogoso vapor le arrastra á la estación postrera; debemos hacer caso omiso de las contrariedades de la vida, aprovechando las escasas dichas que encontramos en fruto en el camino de nuestra existencia, acordándonos de que nuestro espíritu pronto saldrá del cuerpo que le aprisiona y volará á las etéreas regiones á confundirse por siempre en el aliento de Dios. «La tierra no es más que el destierro de la humanidad, de esta gran familia que tiene á Dios por padre».

Para conseguir este objeto, es preciso educar el espíritu, cuyo valor es desconocido para muchos hombres.

Tal vez la escuela griega, instituída por Zenón, cuyo lema era «El espíritu manda y el cuerpo obedece», dijo más de lo que puede decirse, de una manera absoluta; pero si aquella opinión apasionada del valor intrínseco del espíritu, era absurda; no lo es menos la de creer que toda energía procede del medio en que vivimos, que los vientos se agitan, las aguas se elevan y caen y ruge la tormenta, y todo esto no es más que subdivisión del poder recibido; que el quejido del dolor, la abnegación de la amistad, la obra del artista, la creación de un poeta, etc., etc., todo tiene origen en los movimientos vibratorios del éter de los espacios intersolares.

Ambas exageraciones no conducen á terreno práctico. V. Hugo, con su talento soberano, se ha encargado de resumirnos en pocas palabras el verdadero valor de la vida, en su relación con el espíritu y la materia, cuando nos dice: «Aprender es el primer paso, y vivir el segundo»; ó lo que es lo mismo: «Haced espíritu y manejaréis la materia como os plazca».

El espíritu está simbolizado en el cuerpo humano por

medio del alma, ó mejor dicho: el alma es el espíritu de nuestro cuerpo.

Y en verdad que es un poco difícil concretar el alma, y más aun dar de ella una explicación satisfactoria, como no sea la de aquella niña de pocos años, que deseando conocer su esencia y después de haber oído de boca de su madre que venía á ser como el asiento de todo lo sentimental y voluntario, exclamó con sublime inocencia: «Ya comprendo, mamá; con mi alma es con lo que yo te quiero».

Pero no porque sea difícil concretar las cosas del espíritu, me desalenté al emprender mi trabajo, que aunque entre sombras y vaguedades, he llegado al final de la jornada.

Si no alcancé á explicaros el espíritu como quisiera, he procurado enseñaros á sentirlo como yo lo siento y á creer como creo, que la vida del hombre sobre la tierra no es la del muérdago; que el hombre no es un parásito de este suelo de miseria y podredumbre, sinó que escala su espíritu los espacios imaginarios con más rapidez que la chispa eléctrica, y sin que le interrumpa el paso ni la atronadora voz de la tormenta, ni la deslumbrante luz del sol; pues aun cuando no puede mirar de frente con los ojos de la materia aquella masa ígnea, apágala con la mirada de su entendimiento, que ya tiene calculado el día en que cesará de deslumbrarnos.

El misterio de la vida es tan grande como el universo; pero á pesar de su inmensidad, ningún hombre sensato duda de que de la misma manera que en el vegetal, á beneficio de complicadas operaciones químico-fisiológicas, se organizan los principios sacados de la materia inorgánica, en el animal se espiritualiza la organizada.

No me ha guiado más pretensión que la de acompañaros hasta la puerta de este intrincado laberinto que se llama corazón humano. En él, como en el de Dédalo, se paga tri-

buto con infinidad de víctimas anuales al Minotauro de las modernas costumbres y civilización (1). Desgraciadamente no podré ser el redentor de este desconsolador tributo como otro Teseo; pero he procurado cuando menos abrir las puertas de este laberinto, para que veáis en él, no á un solo Minotauro, sinó á multitud de ellos, y tan formidables y poderosos, que bastaran á destruir la humanidad entera, cuyos cimientos constante y sordamente socavan.

Los higienistas se han acordado mucho del cuerpo y poco del alma. Han perseguido la perfección del hombre, como se persigue la de la raza caballar. Nosotros deseáramos ver modificado el rumbo de las cosas, y en lugar de hacer del hom-

(1) Después de una campaña desastrosa, la ciudad de Atenas fué condenada por el conquistador, según cuenta la *Iliada*, á enviar cada nueve años á la isla de Creta un tributo de siete adolescentes y siete vírgenes.

Los condenados designados por la suerte, entre las lamentaciones de sus conciudadanos, no volvían jamás; el barco que los llevaba á Creta, desplegaba velas negras en señal de luto, y á su llegada á la isla, encerraban á los pasajeros en el famoso laberinto de Dédalo, en el cual erraban á la aventura hasta el momento en que eran devorados por el Minotauro, monstruo espantoso, mitad hombre, mitad toro, producto infame de un deseo contra naturaleza. El laberinto era tan grande como una ciudad, y sus calles innumerables. El que entraba, no encontraba jamás la salida y era inútil de todo punto intentarla; perdíase cada vez más en aquella inextricable morada hasta que el Minotauro lo devoraba.

Dos veces separadas por un intervalo de nueve años, pagaron los atenienses este tributo al rey Minos, deplorando amargamente la necesidad de encorvarse bajo su yugo de bronce. Cuando se aproximaba la fecha de pagar por tercera vez, la aflicción de los atenienses había llegado á su paroxismo. Desde el palacio hasta la cabaña del campesino no se oía otra cosa más que los gritos y gemidos desgarradores arrancados por la desesperación. Entonces fué cuando Teseo se ofreció espontáneamente á acompañar á los designados por la bola negra, y la historia de su abnegación, de su victoria y de su regreso triunfal es una de las leyendas más conocidas y más bellas que desde el origen del mundo han inflamado el corazón de la humanidad.

El laberinto, dice Ovidio, estaba ingeniosamente dispuesto, merced á la complicación de numerosas salas y entrecruzamientos de tortuosas galerías, con el fin de sustraer á la vista de todos el vergonzoso placer á que servía de morada.

Nadie supo decir con exactitud lo que sucedía á las víctimas allí encerradas: según unos, eran condenados á muerte; según otros, vivían en una esclavitud perpetua, pero hay un solo punto en que todos están de acuerdo, y es que una vez cogida la víctima en las mallas de construcción tan singular, le era completamente imposible la salida. En los muros del pórtico de la catedral de Jaca hay una escultura que representa el laberinto de Creta, del cual dice la leyenda esculpida al margen, que nadie podía salir una vez dentro.

bre, como dice Spencer, un robusto animal, quisiéramos verle convertido en una robusta voluntad, pues tenemos la convicción de que el espíritu es al cuerpo, lo que el vapor á la máquina, su movimiento, su vida, su resistencia, su verdadero poder.

La humanidad, que no pierde un momento de vista la materia, sigue sus pasos con delicada atención desde la cuna, y se defiende de la muerte en desesperada lucha, porque no comprende su destino, y por la cantidad ruin de cuerpo que á cada cual pertenece, olvida la inmensidad de espíritu que en este cuerpo se aloja, y que es su personificación exacta.

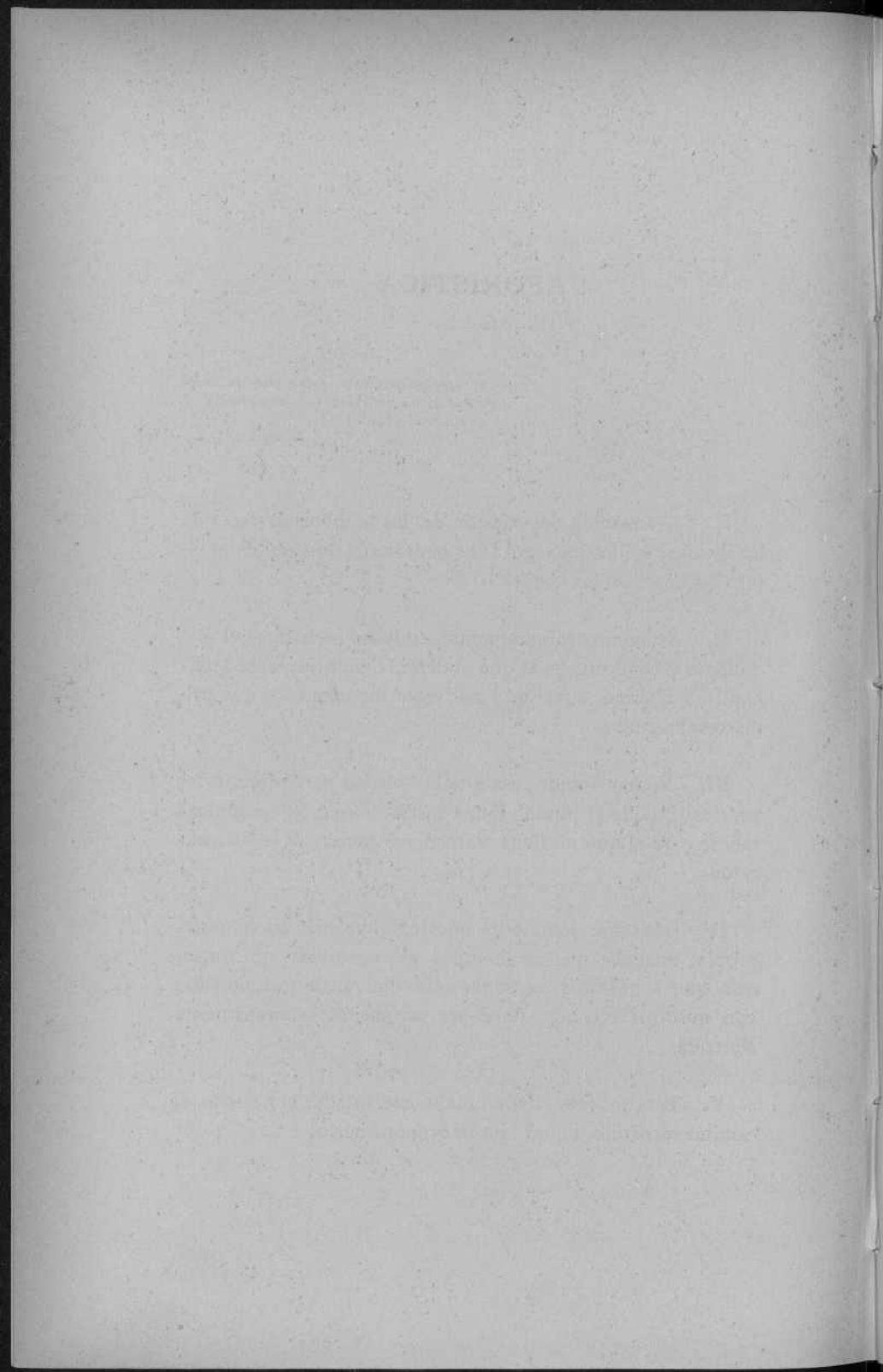
Es sensible que de la tarea de cuidar de la materia, todo el mundo se preocupe de una manera tan espontánea y decidida; y del cuidado del alma, suelen olvidarse hasta las personas más cuerdas. No sucumbamos á su poder, como nuestro siglo, y olvidémonos de la tierra, mezquina molécula de la creación, para prestar admiración al cielo, cuna de la inmensidad de las inmensidades, á que siquiera alcanza nuestra vista é imaginación.

Aprendamos á vivir por encima de todos los realismos, y huyamos de ellos, que demasiado vendrán á nuestro encuentro.

Obremos con energía, y esperemos con paciencia y constancia, y seremos felices; y aunque seamos desgraciados, materialmente hablando, toda la vida, recordemos con Víctor Hugo: que la cuna tiene un ayer, y el sepulcro un mañana.

AFORÍSTICA





AFORÍSTICA

Los pensamientos son tapicerías enrolladas: la reflexión las desenvuelve y expone al público.

TEMÍSTOCLES.

I. La formación del corazón de los hombres es tarea de las madres; á ellas les legó Dios la delicada misión de amasarlos á besos en las cunas.

II. Así como ordinariamente, en todas las luchas, el más valiente y constante es el que obtiene la victoria; en la lucha contra el destino, aquel que más vigor muestra es el que primero se estrella.

III. No hay mejor cosa que la soledad para digerir los pesares. Lo que el mundo llama distracciones, lo son únicamente para el que no tiene verdaderas penas, ó le falta corazón.

IV. No tener delante de nuestros ojos más que nuestra propia imagen; pensar siempre en nosotros; no vernos más que á nosotros, ni soñar más que cosas relacionadas con nosotros mismos, debe ser ocupación soberanamente aburrida.

V. Para ser feliz, tiene mucho adelantado, si no todo el camino recorrido, aquel que se propone serlo.

VI. La pluma es un confidente fiel que desahoga el corazón de una manera inexplicable. Algunas veces escribir equivale á llorar.

VII. Para las catástrofes de sentimiento, la mujer tiene una preponderancia marcada sobre el hombre. Á pesar de sentir más, luce mayor vigor y entereza que nosotros. Sucede en este caso lo que con el viento huracanado que troncha la encina y no quebranta una caña.

VIII. Pensar lo que hacemos y hacer lo que pensamos, son los dos puntos de apoyo de la vida práctica.

IX. Arruinarse por la educación de los hijos, equivale á proporcionarles la mayor y más positiva de las fortunas, con la ventaja de ser capital que no se expone á contingencias mercantiles.

X. Los grandes sufrimientos quedan reservados para las grandes almas.

XI. Cuando no fuese por otra cosa, por equidad, hay que huir del mal humor, porque nosotros no tenemos derecho de acción moral más que sobre nosotros mismos, y el mal humorado, no sólo se aburre por su propia cuenta, sinó que aburre á los demás.

XII. La realización de la mayoría de las esperanzas, acostumbra á ser un desengaño.

XIII. La conciencia tiene una puerta de entrada y otra de salida: las buenas acciones entran y salen, las malas dan en la puerta de entrada, pero no aciertan con la de salida.

XIV. De todas las obras de la creación la más grande es el alma humana, y sin embargo, nadie de los que la han buscado, como la célula, con el microscopio ó con el bisturí; han podido tropezar con ella.

XV. La vida del campo no empacha nunca. Con igual fruición gozamos aspirando el aroma de un capullo de rosa á los diez y ocho años que á los setenta. En cambio, los grandes centros acostumbran á ser soberanamente insoportables para los viejos. Es que la naturaleza es de Dios, y el artificio de los hombres, y las obras de Dios, por su propia perfección, admiran siempre.

XVI. Los sufrimientos son pequeños siempre si tenemos quien nos ayude á compartirlos.

XVII. Parece imposible que la grandeza del espíritu humano se cobije, siquiera sea interinamente, en la miseria de su cuerpo.

XVIII. Las tempestades del alma se parecen á las de las entrañas de los volcanes. Si se acallan interiormente, casi nada se trasluce de la terrible lucha de elementos que ha tenido lugar. Si estallan, abren siempre un nuevo boquete que no se borra ya más.

XIX. Sólo puede gozar algo, aquel que mucho ha sufrido, porque siempre vino el descanso después del trabajo, y la calma después de la tempestad.

XX. La lluvia y el sol, que son el alimento indispensable para el desarrollo y crecimiento de las plantas, pueden también ser la causa de su destrucción.

XXI. El cerebro es únicamente el instrumento del pensamiento, como el piano lo es del sonido, y aun cuando el piano produzca materialmente hablando el sonido, solo no tocaría, como no piensa solo el cerebro.

XXII. El llanto que más quema y abrasa los ojos, es el que mejor apaga el fuego del corazón.

XXIII. Únicamente con la virtud se obtiene una felicidad relativa en la tierra, la de la resignación.

XXIV. La mejor manera de combatir una idea es analizándola. De ninguna manera conviene evadir su recuerdo, pues esto es huir, y por tanto declararse vencido.

XXV. Por perverso que sea el hombre, siempre queda una fibra sensible en su corazón. Hacedla vibrar.

XXVI. A pesar de ser tan grande la conciencia, es la cárcel más estrecha en donde se encierran las malas acciones del hombre.

XXVII. De todas las obras de la creación, la más grande es el alma humana. Lo mismo porque es inconmensurable que por sus ingratitudes.

XXVIII. Para labrar la desdicha, basta y sobra con un solo remordimiento.

XXIX. La impaciencia es la que destruye la mayoría de las empresas que acometemos. Poco y bien. Poco y mucho tiempo, dice un sabio filósofo. Hé aquí el secreto de las obras de verdadera duración.

XXX. Cuanto más sentimos, más callamos, de la misma manera que en muchas ocasiones, para ver mejor, cerramos los ojos.

XXXI. Para las grandes penas, no podemos tener más confidente que el que las adivina.

XXXII. El amor verdadero es una planta que echa profundas raíces en el corazón; es imposible arrancarla sin destrozarle.

XXXIII. Hay que mirar de frente el dolor que amenaza, el miedo que espanta, el deber que acobarda y sobre todo las contrariedades insignificantes de la vida cotidiana, que ceden ante una voluntad enérgica.

XXXIV. No nos lancemos á buscar la felicidad en desesperada lucha; esperémosla que venga y aprovechemos lo bueno que nos ofrece entretanto la vida de actualidad.

XXXV. La soledad es la hospedería en donde se reposa el espíritu del hombre, durante el trayecto de la vida.

XXXVI. La voluntad más enérgica se estrella siempre ante los imposibles, pero no hay que perder de vista que los imposibles son relativos. De lo cual se desprende que para la voluntad bien dirigida, no hay imposibles.

XXXVII. Un viaje dentro de la conciencia de un hombre justo, es como una mirada. Todo se abarca en un segundo, porque lo único que hay que ver es la tranquilidad.

XXXVIII. Las grandes pasiones, son en la mayoría de los casos patrimonio de humanidades pequeñas. Donde hay mucha cantidad de cuerpo, suele haber poca de espíritu.

XXXIX. Las bellas artes es preciso saber apreciarlas. La obra de arte que no habla más que á los sentidos, no puede considerarse lógicamente como á tal. Será comparable su belleza á la de las flores sin aroma. Con ser tan hermosa la camelia, prefiero la modesta violeta.

XL. Una palabra cariñosa, tuerce algunas veces un camino de perdición, evita una gran desgracia, solventa un grave conflicto, desarma una mano criminal.

XLI. La lectura engendra el temperamento moral de cada hombre, y obra sobre su espíritu como el clima sobre el cuerpo.

XLII. Los mejores pensamientos son aquellos que nacen del corazón. No se pueden pensar ni decir cosas verdaderamente hermosas sin sentirlas. Sintiendo, es poeta todo el mundo.

XLIII. La voluntad irreflexiva, es nuestro martirio. La consciente un bálsamo de consuelo de la vida.

XLIV. Para los espíritus grandes, falta aire que respirar en la atmósfera de la tierra.

XLV. Las almas son todas de la misma pasta, como tienen idéntica naturaleza química el carbón y el diamante, y sin embargo, el uno es opaco negro y deleznable, y el otro transparente cristalino y durísimo.

XLVI. En el campo de batalla, todo son desperdicios: los de las almas para las Hermanas de la caridad, los de los cuerpos para los buitres. Para la sociedad quedan únicamente miasmas y lágrimas.

XLVII. Ante el deber, ni un instante de vacilación. Por pequeño que sea el retardo que nos imponamos ó nos imponga nuestra conveniencia, ha de sernos altamente perjudicial: primero por el tiempo perdido, y luego porque acostumbrándonos á mirar el deber con cierta indolencia, el día en que sea duro su cumplimiento, nos faltará valor para llevarlo á cabo.

XLVIII. La idea de Dios es al alma lo que el oxígeno á los pulmones.

XLIX. Las voluntades más enérgicas, lo mismo pueden rendirse ante obstáculos tenidos por insuperables que luchando en el vacío; de igual manera que las embravecidas olas se estrellan contra una roca ó mueren en la suave pendiente de una playa.

L. La entrada en el templo de Dios, proporciona un gozo y una tranquilidad inefables cuando la obligación no nos llama á otra parte; de otro modo, la mejor manera de cumplir con Dios, es cumplir con nuestro deber.

LI. Las luchas internas que tienen lugar en las grandes almas, casi nunca trascienden al exterior; cuanta mayor es la tempestad que bulle en el corazón en estos casos, más desviada y serena parece la mirada; y es que en ciertas ocasiones aunque tengamos los ojos abiertos, ni vemos ni miramos más que nuestra conciencia.

LII. Hay corazones que sienten necesidad imprescindible, verdadero frenesí de cariño. Para ellos la vida es una serie nunca interrumpida de martirios de todas clases.

LIII. La voluntad es un billete de libre circulación para todas las empresas de la vida.

LIV. El corazón, tan grande, que contiene el mundo, dejando aún espacio para tantos otros mundos cuantos quiera el alma imaginar; se llena á lo mejor, por completo, con una palabra cariñosa ó el más sencillo obsequio.

LV. Las grandes ciudades se parecen á las funciones de espectáculo. Nos admiran la primera vez y nos fastidian á las pocas representaciones. La vida de campo, á las buenas óperas, que cuantas más audiciones, más nos agradan y atraen.

LVI. La duda es lo más insubstancial de la vida, porque implica como consecuencia inmediata la inactividad.

LVII. Los hombres más fuertes, son los que mayores debilidades tienen, y es porque en ellos se hace ostensible aquello mismo que en otros pasaría desapercibido.

LVIII. La educación es muy distinta de la instrucción. Un hombre instruído, puede llegar á ser perjudicial á la sociedad; un hombre educado, nunca.

LIX. No basta que trabajemos para labrar nuestra propia felicidad, es además necesario buscar la manera de conseguir la de las personas que nos rodean. Así seremos doblemente felices.

LX. A pesar de la cadena de desengaños de que se compone la vida, el hombre teme mucho á la muerte. Es una de las pocas inconsecuencias á la que se libran hasta los hombres más sensatos.

LXI. En el inmenso océano de la vida, naufragan las almas cuando entran en el puerto de la dicha.

LXII. El llanto es un lenguaje misterioso, símbolo de las grandes alegrías y de las grandes tristezas. No se puede modular. Á lo mejor le hablamos recio, cuando quisiéramos hablarle muy quedo.

LXIII. La esperanza, es un árbol siempre en flor, pero que escasamente da fruto. Acostumbrémonos á admirar la flor y á no esperar el fruto, y así sacaremos todo el mayor partido que se puede sacar de la vida, sin llegar al desengaño.

LXIV. La inteligencia es el aceite de la máquina humana, movida por el vapor de la vida y que se nutre al calor del alma.

LXV. La voluntad de todos los atributos del alma humana, es la que más simpática me es, porque siempre hace algo.

LXVI. Es justo pagar un tributo de respeto á la experiencia que no lo solicita. A la que lo exige, no es equitativo, porque va unida á la ignorancia.

LXVII. La felicidad es exactamente comparable á la cuadratura del círculo. Es problema que no resolvemos nunca á pesar de todas las aproximaciones.

LXVIII. Obrar con constancia y energía, sufrir sin quejarse ni desmayar: esta es la vida práctica.

LXIX. Aquellos consejos que más mortifican, son los mejores, porque el dolor que nos causan, es señal evidente de que se ha puesto el dedo en la llaga.

LXX. El amor en la tierra, es el espejismo del cielo. Este fenómeno se efectúa en el desierto de la vida.

LXXI. La amistad hay que pagarla. Si queremos tener verdaderos amigos, empecemos por serlo de los nuestros.

LXXII. En el organismo no hay causa ni influencia que se anonade. Tarde ó temprano, vienen los efectos de las causas.

LXXIII. Nada vale lo que nada cuesta. La limosna que sobra, no es limosna. La sonrisa á un amigo, no es virtud. La compasión sentida por quien sufre y queremos, tampoco es verdaderamente meritoria. Sólo constituyen actos de valor positivo los que implican violencia por parte nuestra.

LXXIV. El que se perjudica á sí mismo, no tiene derecho á pedir remedio para sus males á la naturaleza.

LXXV. La tolerancia es patrimonio de la gente de inteligencia y de corazón.

LXXVI. Todas las cosas no pueden salir á pedir de boca, por más que nos empeñemos en ello. El recurso soberano será, pues, aceptarlas todas con buena voluntad y resignación.

LXXVII. El placer moderado endulza la vida y la llena de atractivo. El excesivo, la amarga y llena de abrojos. El aperitivo del primer caso, se convierte en un vomitivo en el segundo.

LXXVIII. Así como el aire del campo purifica el cuerpo y distrae el entendimiento, la actividad purifica el alma y ocupa buenamente la imaginación.

LXXIX. Del mismo modo que gime al roce más insignificante la enmohecida veleta de un campanario movida por el viento; hay personas que de todo se quejan: les falta como á la veleta, aceite práctico de la vida.

LXXX. Al corazón es preciso preservarle cuidadosamente de las malas influencias que le rodean, como protegemos el cuerpo contra el frío, la lluvia y el calor. Hay cuerpos cuya robustez es una garantía para luchar contra estos elementos, que no imprimen en ellos la menor huella, pero también llega día que enferman; así como hay almas difíciles de desviar de su camino, pero llega un día en que caen.

LXXXI. La cuna de la libertad es el trabajo.

LXXXII. Amoldarse á los hechos y á las cosas, es la vida práctica. Después de todo, aunque nos resistamos á ello, tenemos que sufrirlo; mejor es, pues, que nos amoldemos á que lo suframos. Es menos penoso lo primero que lo segundo.

LXXXIII. Para sembrar alegría y felicidad que germinen, es preciso trazar un profundo surco por medio del trabajo, la constancia y el sufrimiento.

LXXXIV. Á la imaginación es á la única facultad que se le permiten viajes de recreo fuera de la cárcel de nuestro cuerpo.

LXXXV. Hay maneras de gozar muy distintas en este mundo. Al joven ávido de la vida de ciudad y ansioso de orgías y bacanales, si le habláis del placer que tiene un labrador en cuidar una sencilla maceta de flores, no os comprenderá.

LXXXVI. El cariño es planta que hay que regar con la constancia, para que sea sincero. La constancia es una flor muy rara, lo mismo en ciencia, que en virtud, que en amores.

LXXXVII. De todos los miedos, el peor y el más injustificado es el de morir, porque de la muerte no nos queda ni el vergonzante recurso de huir.

LXXXVIII. La prudencia es cualidad de inapreciable valor. Contra lo que ordinariamente se cree, algunas veces se necesita más valor para ser prudente que para ser temerario.

LXXXIX. La madre de la hipocondría es el egoismo, y la imaginación su abuela.

XC. La moral es la base de la higiene. El médico higienista sin darse cuenta de ello, á la par que higieniza los pueblos, los moraliza.

XCI. La resignación es una carga grande para la vida; pero la vida sin ella, lo es mucho mayor.

XCII. La felicidad relativa, es imposible sin la intervención de la voluntad. La absoluta, imposible de todas maneras.

XCIII. No hay rosa sin espinas, ni día sin noche, ni felicidad y alegría sin que nos asalte una idea penosa é inoportuna, para recordarnos que estamos viviendo en un valle de lágrimas.

XCIV. Aprender á sufrir, mejor que á gozar, es resolver el problema de la vida.

XCV. Nunca constituirá una realidad el placer. No es más que un compás de espera de la composición maestra de nuestra vida. Los demás compases acostumbran á ser sufrimientos.

XCVI. Si dirigimos la mirada al cielo con serenidad, se curan la mayoría de nuestros males.

XCVII. El deseo que más dura, acostumbra á ser aquel que nunca se satisface. Se comprende: satisfecho, es realidad, y las realidades acostumbran á ser feas.

XCVIII. La actividad desordenada mata el equilibrio de la vida. La indiferencia, nada mata porque nada engendra.

XCIX. La verdadera amistad es la que se hace desear en todos los terrenos, menos en el de los consuelos.

C. La filantropía contribuye de por mucho á conservar sano y entero el espíritu. Sufrir cuando sufren nuestros hermanos, da paz y consuelo.

CI. El hombre no puede vivir sin un ideal. Hay que hacer algo para no morir.

CII. La paciencia y la esperanza son hermanas. La una símbolo de la resignación activa, la otra, de la pasiva. Ambas dan tiempo al tiempo.

CIII. La grandeza de la desgracia depende de los ojos del que la mira. Las miradas serenas como no se nublan, circunscriben siempre la desdicha á límites, y lo que tiene una forma concreta, se abarca y domina.

CIV. Hay conversaciones profundísimas que no engendran más que el vacío, y coloquios sencillísimos que dan paz al alma. Huid de las primeras.

CV. La juventud del alma no siempre corre parejas con la juventud del cuerpo.

CVI. La grandeza de las almas se mide únicamente por la cantidad de sufrimiento que atesoran; porque para el placer están dispuestas, lo mismo las mezquinas y ruines, que las grandes.

CVII. El estilo del que escribe lo que siente, resulta ameno siempre para el que sabe leerlo.

CVIII. La vida resultaría monótona sin el dolor. Con demasiadas dichas, ya acostumbra á serlo, ¿qué sería de ella si todo fuera prosperidad sin contrariedades?

CIX. Las pasiones son la grandeza y la ruina de los pueblos.

CX. La alegría tiene una atracción inmensa. El dolor, al contrario, se queda solo siempre.

CXI. Buscando luz, quema sus alas la mariposa. También algunas veces buscando la verdad suprema, se pierde la tranquilidad de espíritu, que es lo más sutil de la vida.

CXII. Los corazones sensibles ven, oyen y tocan, si cabe, con más perfección que los mismos sentidos. Allí resuena todo y algunas veces el eco que en ellos se produce es cien veces mayor que el mismo sonido que lo engendró.

CXIII. En la esfera del sentimiento, así como el estudio es el alimento práctico del alma, el arte es el alimento práctico de la vida.

CXIV. La civilización curte el corazón lo mismo que los años; tanto es así, que á fuerza de civilizados y viejos, acaban algunos por tenerle de corcho, si no poseen el talento de esforzarse en vivir en una especie de salvajismo social.

CXV. La bancarrota del deber empieza siempre por la ociosidad. Perder siquiera cinco minutos, es muchísimo más peligroso de lo que parece.

CXVI. La atmósfera deletérea de un hospital daña al cuerpo, pero no tanto como la de la sociedad al alma. Hay á lo mejor, miasmas en los salones de la aristocracia que perjudican más que los de una sala de viruela.

CXVII. Cuanta mayor sea la resistencia, más firme el punto de apoyo que podamos tomar en ella para llevar á cabo una empresa.

CXVIII. El alma grande, cuanto más sufre, más resistencia tiene para el sufrimiento. Como el acero, se temple al influjo de los cambios de temperatura; como él nunca se tuerce, sólo se quiebra.

CXIX. De la misma manera que no impone el médico privaciones á un enfermo desahuciado, por las fatales condiciones de la dolencia; Dios deja vivir sin contrariedades de ninguna especie á ciertas almas.

CXX. ¿Queréis estar bien servidos? Agradeced lo que se haga por vosotros, elogiándolo, si cabe, más de lo que la cosa lo merece.

CXXI. La bondad del alma, escasamente da fruto y sólo florece en la primavera de la vida. Esta flor pocas veces llega á su término. La mata en el camino la desapacible brisa de los desengaños.

CXXII. El instinto de la mujer adivina en muchas ocasiones aquello que no penetra el talento del hombre.

CXXIII. La familia es el único consuelo de la vida; es la caridad, el sufrimiento y la abnegación en todos terrenos.

CXXIV. El dolor se difunde con una facilidad asombrosa, como el agua en una esponja, como la luz en la atmósfera.

CXXV. El color y la transparencia del cielo dependen siempre de los ojos con que lo miramos. Para el hombre justo, el cielo es siempre hermoso.

CXXVI. Los rasgos fisognomónicos que más afean la belleza de la mujer, son los característicos de la ira. Todas las pasiones retratadas en su semblante pueden tener atractivo; la ira es la que únicamente se refleja de una manera verdaderamente repulsiva.

CXXVII. El hombre que no sueña, sufre mucho en este mundo, porque no es práctico vivir despierto.

CXXVIII. Sin egoistas, la tierra sería un paraíso. Todo serían almas gemelas. Se viviría la vida del espíritu, con preferencia á la de la materia.

CXXIX. Los corazones más castigados por la fortuna, son precisamente los más enteros y hermosos. Por esto resisten tanto y tan bien.

CXXX. La fortuna en este mundo, sólo es hija de la conformidad. Para la ambición, no hay felicidad posible.

CXXXI. La medida más desacertada que podemos tomar en una cuestión cualquiera, es no tomar ninguna.

CXXXII. La manera de no rendirse en las luchas de la vida, es luchando sin apasionarse. Para asegurar el éxito de una batalla, sirve mejor el general de sangre fría que el de valor temerario.

CXXXIII. Precipitarse en una cuestión, no es resolverla.

CXXXIV. Los grandes obstáculos, son los que hay que embestir de frente, para verlos mejor.

CXXXV. Los deseos son el condimento de la vida. Las privaciones, el aperitivo; las realidades, el empacho.

CXXXVI. Para el trato de los enfermos, el caldo más substancial, la medicina más enérgica y el calmante más activo es el cariño. Todos los males se alivian cuando una mano amiga seca nuestras lágrimas.

CXXXVII. Hay ideas que, como ciertas plantas, sólo dan fruto debajo de la tierra.

CXXXVIII. Á pesar de su brillo deslumbrador y de ser el prototipo de la luz, tiene el sol sus manchas y sombras, y hasta algunas veces se eclipsa. Todas las perfecciones tienen defectos, y se dan algunos casos de que pasen desapercibidas, no por culpa suya; como tampoco se eclipsa el sol por virtud propia.

CXXXIX. De la misma manera que nada se pierde en la materia, ninguna causa se anonada en el espíritu. Toda emoción y todo estado pasional se reflejarán tarde ó temprano, en una forma, ó en otra en nuestro organismo.

CXL. La duda es el misterio, y el misterio no es nada. De lo cual se desprende que para muy poca cosa sirve la duda. No dudemos pues, que la vida es corta y hay que aprovechar el tiempo.

CXLI. El alimento del corazón es el arte; como lo es el estudio de la inteligencia. Cultivad, pues, el arte como cultiváis las ciencias y las letras, que sólo de este modo resulta la educación completa y vive el alma satisfecha y rodeada de una atmósfera respirable para ella.

CXLII. Es muy difícil formar un carácter y muy fácil destruirlo. Pero es preciso tener en cuenta que no es lo mismo ser terco que tener carácter. Lo primero es un vicio ridículo dependiente de falta de voluntad para dominar nuestro amor propio; lo segundo, una virtud grandísima, perfección de la voluntad educada.

CXLIII. Las conversaciones de cierta clase de personas hacen el efecto de un nuevo ruido que agregar á los que nos rodean, y que como aquellos hay que soportarlo.

CXLIV. El alma humana es el espejo de la naturaleza. Á naturaleza sonriente, alma tranquila; á naturaleza triste, alma pesarosa. Sólo hay una excepción á esta regla, como dice muy bien V. Hugo: «Para conciencias negras, no hay días serenos».

CXLV. El sentimiento hace víctimas siempre. Querer de cualquier modo que sea y en cualquier circunstancia de la vida, es sufrir.

CXLVI. El cielo debe ser la perfección de la estética y del arte, porque la única manera de olvidar la tierra es dirigiendo allí nuestras miradas.

CXLVII. Si todos los hombres y las mujeres comprendiesen el valor de un entendimiento y de un corazón, los ricos de fortuna y pobres de espíritu estarían de enhoramala.

CXLVIII. Del mejor amigo, del servidor más fiel, de la gente más allegada á nosotros, es de quien recibimos los mayores engaños.

CXLIX. Estos animales que, al decir de los naturalistas, viven tres ó cuatro horas, viven tanto como nosotros. Después de todo, es tan larga la eternidad para admitir estas comparaciones y tan corta la vida para formar época en esta eternidad. Sucede lo que con los segundos, respecto las horas; lo mismo son tres que cincuenta, para los efectos prácticos de la vida.

CL. La inactividad es la muerte latente del espíritu.

CLI. Para borrar una ofensa, no conozco mejor reactivo que una lágrima de arrepentimiento; para mitigar el dolor, el llanto es el mejor de los recursos, en él se deshacen las tempestades del alma; no se puede gozar mucho sin llorar. Por algo, en suma, se califica esta tierra de valle de lágrimas.

CLII. El silencio absoluto, es la estación postrera de la vida, de la inteligencia, del arte y de todo lo grande y pequeño de la creación, como fué asimismo la cuna de todos estos prodigios.

CLIII. La esperanza es la brújula de la vida. ¡Cómo tiembla, cómo se desvía en algunas ocasiones, pero cómo vuelve siempre á mirar al Norte!

CLIV. Es la semilla de la esperanza, tan vividora y tan abonado terreno el espíritu del hombre para que allí germine, que en todas y cualquiera de las circunstancias de la vida la encontramos profundamente arraigada en nuestro corazón.

CLV. La duda es el resultado de la ilustración de nuestro siglo. Mucha ciencia, mucha vaguedad y mayor confusión.

CLVI. Sepamos gozar cuando podamos, de la misma manera que sufrimos á la menor ocasión que se presenta.

CLVII. Hay caracteres que tienen la dureza del hierro, pero que como él, se funden al influjo de altas temperaturas.

CLVIII. El alma muchos la niegan á pesar de sentirla. Niegan á Dios y le ven en cada obra de la naturaleza. La vida nada puede tener de positivo para los desgraciados que viven entre tanta negación.

CLIX. La vejez es una triste cosa, sobre todo cuando invade en plena juventud.

CLX. El sentimiento es el aroma del capullo de rosa de la vida. Por esto los viejos están menos predispuestos á interesarse ni á sentir por nadie, porque son ya flores marchitas.

CLXI. La conciencia no mata á nadie en el sentido absoluto de la palabra; pero en algunas ocasiones no deja vivir, que es peor que morir.

CLXII. La impaciencia es el escollo de media humanidad.

CLXIII. El tamaño de los objetos depende del punto de mira. Desde el cielo todo lo de la tierra debe ser pequeño. Desde la tierra todo lo del cielo es inmenso.

CLXIV. La voluntad es la llave de la dicha y del infortunio de la vida.

CLXV. La religión es el molde en donde se funden las conciencias.

CLXVI. Los padres se sacrifican al cariño de sus hijos para verles prosperar; los buenos hijos al de los padres para verles desaparecer. ¿Cuál de los dos sacrificios es mayor?

CLXVII. La fortaleza del débil, es la paciencia y la constancia.

CLXVIII. Todo se ve mejor de cerca que de lejos, menos la vida. Cuanto más pretendemos analizarla y tocarla, más y más la perdemos de vista.

CLXIX. La libertad del pensamiento del encarcelado no sirve más que para su martirio.

CLXX. Indudablemente la época más á propósito para morir, debe ser aquella en que nos sentimos felices, porque así sucede en la mayoría de los casos.

CLXXI. Las tinieblas, como la luz, hieren la vista.

CLXXII. Bien decía un sabio filósofo, que el dolor debe preocuparnos poco; si es pequeño, porque apenas nos molesta, y si es grande, porque dura poco tiempo.

CLXXIII. La imaginación y la voluntad son dos armas poderosas para huir de las realidades de la vida.

CLXXIV. Las antítesis son muy corrientes en el corazón humano. La suprema dicha sólo se expresa bien por medio del llanto.

CLXXV. En el inmenso océano de la vida las almas encarnadas en el sufrimiento son las que mejor flotan.

CLXXVI. La tempestad, más que por nada, es hermosa porque es precursora de la calma. Detrás de un cielo gris y borrascoso que abre sus párpados para lucir fugaces y deslumbradoras centellas y avisarnos con su terrorífica voz que se acerca el enemigo, aparece un cielo azul y una luz hermosa y una atmósfera límpida y un aire puro y embalsamado como nunca.

CLXXVII. Cada nuevo hombre con sus defectos y sus virtudes, es la síntesis de los que fueron anteriormente.

CLXXVIII. Para aliviar el alma de un peso que la abruma, ésta se encenaga en el vicio y la maldad, aquel se encierra en un convento; el uno se reconcentra en el estudio, el otro se entretiene viajando; un monarca abandona su trono, que escala otro pretendiente á costa de la sangre y de la paz de un pueblo. ¡Con qué distintos medios se pretende llegar á igual resultado!

CLXXIX. En las altas esferas de la sociedad es en donde se buscan los grandes caracteres. Bien dice Pope, que un santo con sandalias, es menos santo que otro con mitra; que un magistrado es siempre recto y justo; un rey, un talento superior, artista, sabio, magnánimo y todo lo que queráis. En las clases humildes las virtudes y el talento son simples bellezas; en los palacios, prodigios. Sin embargo, y aunque escasos, no dejan de haber seres para quienes tiene más hermosura y valor la luz del sol, descompuesta en los colores del iris por una gota de rocío, que por las cristalinas y pulidas facetas de un diamante.

CLXXX. Los ojos de la humanidad son todos iguales, lo mismo que sucede con los objetos mirados, y sin embargo puede decirse que cada cual ve las cosas á su manera.

CLXXXI. El mismo oro que proporciona lo necesario para la vida, compra una mano asesina, defiende un Estado y hace traición á una nación, alivia la desgracia y corrompe la virtud. Sin duda alguna, escondióle Dios en las entrañas de la tierra, que el hombre ha socavado, comprendiendo que había de ser el manantial de la agitación y lucha constante en que vive la humanidad.

CLXXXII. No es raro ver orgullo en la esclavitud y bajeza en la opulencia. Después de todo, esclavos y señores son hermanos en vicios y virtudes.

CLXXXIII. Hay que sembrar, sin temer que los gorriones se coman la cosecha, que únicamente quien siembra recoge, y no por predicar (como vulgarmente se dice) en desierto, deja de decirse la verdad, que la oye quien tiene, oídos para oirla.

CLXXXIV. Nada queda olvidado después de la muerte para el recuerdo de Dios. Aun el alma virtuosa, modesta y recta de aquel que murió oscurecido para los hombres, será lo mismo á los ojos del Supremo Hacedor. Sus cenizas podrán no estar encerradas en preciosa urna funeraria, último emblema del orgullo terreno, pero en cambio nacerán sobre la tierra que las cubra, flores, y verde musgo cubrirá su corazón. La aurora regará con sus perlas aquella mansión tranquila, la primera rosa lucirá allí sus colores, y su ángel custodio protegerá aquel puñado de ceniza, emblema de un alma grande, con sus alas de bondad y cariño.

CLXXXV. La vida puede compararse á una finísima criba al través de la cual pasan los placeres y quedan los desengaños.

CLXXXVI. ¡Cuánto trabajo se toma uno para pasar el tiempo en ciertas ocasiones, y eso que dura tan poco!

CLXXXVII. Nunca ofenden la desnudez del candor y del arte. Sólo hieren la vista y el corazón, la de la crápula. Adán y Eva sólo se apertibieron de que iban desnudos, después del pecado.

CLXXXVIII. Abatida por el hambre, el frío y el sueño, y desplomado el cuerpo sobre el quicio de una puerta, duermes un sueño aterrador una mujer medio desnuda, en noche fría y lluviosa. La mortecina luz de los faroles deja ver su cuerpo al abrigado transeunte, á cuya vista se reabriga y apresura el paso. Esta es la humanidad.

CLXXXIX. La mano que siembra, no siempre recoge. No es raro ver comer pan negro y duro al que ha cultivado el mejor trigo y elaborado la más fina harina.

CXC. De la misma manera que, á pesar de su fortaleza, á nada sabe un grano de pimienta que se traga entero, al paso que levanta la piel de la boca si se masca; á nada conduce leer mucho para ilustrarse, ni ver mucho para hacer experiencia; es preciso saber leer, saber ver y saber apreciar las cosas, para comprender su verdadero valor.

CXCI. La providencia de Dios es el punto de apoyo, lo mismo del más insignificante de los actos de la vida, que de la empresa más colosal. Descansemos en ella.

CXCII. Al que no se ocupa en algo, le queda mucho tiempo para pensar en sí mismo, y el que tanto se preocupa de su propia persona, acaba por enfermar moral ó físicamente, no lo dudéis.

CXCIII. La música, entre las bellas artes, es la más sublime, porque á la manera de Dios, habla al alma sin forzar el oído.

CXCIV. El mejor preservativo contra las enfermedades y el vicio, es la templanza. Á la frugalidad han debido muchas naciones su grandeza, su virtud, sus victorias y su libertad. Á la destemplanza, su ruina. Dígalo sinó el último imperio romano.

CXCV. Un siglo de tanta ciencia y adelanto, en el que, al compás del progreso aumentan los ejércitos de las naciones, es decir, un siglo en el que, á pesar de tanta civilización, tienen que estar prevenidos los Gobiernos para echar mano de la fuerza á cada instante; es digno de estudio. Esto quiere decir que cada día sabemos más, pero cada día nos entendemos menos.

CXCVI. La simpatía y la antipatía son al alma lo que la electricidad al cuerpo: una corriente ciega, pero de grandes efectos.

CXCVII. La duda es el vacío, no es nada, por esto en nuestro siglo, en medio de tanto adelanto, tanto prodigio y tanta maravilla, hay cabezas vacías y corazones secos.

CXCVIII. La misma fruta ó flor, es medicina ó veneno, según los casos.

CXCIX. La virtud es la única moneda de buena circulación para comprar el cielo.

CC. Cuando se acerca la muerte, aumenta la percepción de nuestro espíritu de una manera extraordinaria. Aun los talentos é inteligencias más negadas acostumbran á ver la verdad suprema.

CCI. Entre el bien y el mal no hay más que una valla, el deber.

CCII. El dolor es al cuerpo lo que el remordimiento á la conciencia.

CCIII. Nuestras necesidades, como emanadas de Dios, son siempre intrínsecamente buenas. Lo que importa es dominarlas á ellas, y no que ellas nos dominen á nosotros.

CCIV. Imposible parece que exista ni haya existido jamás, alguien capaz de luchar contra dos escudos tan potentes como lo son la inocencia y la maternidad. Sin embargo, hubo un Herodes.

CCV. Cuanto más aprisa vivimos, más pronto se acaba la vida.

CCVI. ¡Qué cosa tan rara la vida! Permite á un sapo vivir encarcelado en el corazón de una roca, y no consiente, en ciertas ocasiones, que el hombre respire con entera libertad rodeado de la inmensidad de la atmósfera.

CCVII. Una nota discordante hace, muchas veces, peor efecto que una pieza mal tocada.

CCVIII. El miedo es una enfermedad más contagiosa, si cabe, que el cólera morbo y la fiebre amarilla. Por esto acostumbra á suceder que durante las epidemias muere tanta gente de miedo de morirse como de la misma enfermedad.

CCIX. No hay ejemplo en la historia de que un verdadero artista haya sido un criminal. El arte no lo sienten más que las almas nobles.

CCX. De la misma manera que no porque forman verdaderas montañas las olas durante la tempestad, deja el nivel del mar de ser horizontal en su conjunto; no porque invada la vacilación algunas horas el espíritu nuestro, deja la voluntad enérgica de ejercer sobre él saludable imperio. El corazón más insensible recibe sus impresiones, la voluntad más enérgica tiene sus debilidades, el entendimiento más claro sus ofuscaciones y el hombre más sereno sus horas de zozobra.

CCXI. Á fuerza de mirar las estrellas, algunas veces acabamos por olvidar que vivimos en la tierra, y acordarnos de que estamos en ella, es un detalle indispensable para la vida práctica.

CCXII. El misionero y la Hermana de la caridad no pueden ser nunca malos. Son dos tipos venerables que nos recuerdan el paso de Jesucristo en la tierra. Enseñan y consuelan.

CCXIII. El alma humana, si no fuese por la voluntad, no mentiría nunca; tanto es así, que en algunos casos en que mentimos, ella sin querer hacerlo, nos descubre, asomándose á los ojos ó transparentándose en nuestras mejillas.

CCXIV. Hay que huir de los placeres. Demasiado vienen á nuestro encuentro para mortificarnos.

CCXV. El hipocondríaco es el prototipo del egoismo. Se olvida de todo para pensar siempre en su propia persona. Respira, ocupándose únicamente de la manera y forma como se dilatan sus pulmones, y tanto le abruma esta idea, que ni siquiera se acuerda de Dios, que le proporciona para ello el aire.

CCXVI. El llanto es el lenguaje corriente de las almas grandes. Todos los demás son incompletos. Tiene además la ventaja de ser universal.

CCXVII. Para vivir entre los espartanos y ser hombre de provecho al lado de Licurgo, era preciso tener la mayor cantidad de humanidad posible. Para vivir en la moderna sociedad y servir de algo, no hace falta la materia, sinó el espíritu. Otra de las contradicciones de nuestro siglo, que á pesar de ser materialista, no se ocupa más que de destruir nuestra propia materia y consumirla á expensas de la tortura y actividad continua en que viene obligado á vivir el espíritu.

CCXVIII. El rocío de la mañana es indispensable para que conserven su frescura las flores; como lo es el de las lágrimas para que tengan valor fuera de la planta.

CCXIX. En alegría y tristeza, risa y llanto, sollozos y carcajadas se confunde la vida de la humanidad. Es este un coro de tan extraña composición, que todos los hombres mueren sin haber entendido del todo la detestable música entre la que han vivido y de la que han tenido ocasión de saborear tantas y tan repetidas audiciones.

CCXX. El verdadero sacrificio no es aquel que se puede hacer, sinó aquel que hace falta que se haga.

CCXXI. El hombre que dirige su mirada al cielo y no cree en algo, es porque es ciego. Dios se impone. Es una necesidad del alma humana.

CCXXII. El único sacerdocio cosmopolita y polireligioso es la paternidad bien entendida.

CCXXIII. Haced madres inteligentes y tendréis hijos valerosos y honrados. Las cárceles serán sustituidas por escuelas, y por manicomios los patíbulos.

CCXXIV. La soledad es en ciertas ocasiones la más grata compañía.

CCXXV. Presta mayor consuelo tener quien comparta nuestras penas, á tener quien comparta nuestros gastos; porque así como las primeras no se pueden reducir, los segundos son meramente convencionales.

CCXXVI. El honor, lo mismo en el hombre que en la mujer, es una cosa muy difícil de explicar. Se creen honrados á muchos bribones y se juzgan deshonoradas á muchas desgraciadas.

CCXXVII. Como los diamantes, escasea el agradecimiento. Sin embargo se encuentra, como se encuentran también estas codiciadas piedras preciosas.

CCXXVIII. La vida es una pesadilla insubstancial de la que despertamos con el último suspiro.

CCXXXIX. El realismo y el idealismo en la naturaleza son inseparables, como lo son en la vida el alma y el cuerpo.

CCXXX. Las horas de placer son minutos de la vida. Como nadie se acuerda de ellas, acostumbran á pasar desapercibidas.

CCXXXI. La felicidad depende siempre de la armonía entre la parte psíquica y la material de nuestro cuerpo; hay almas demasiado grandes para encerradas en él; hay cuerpos que á fuerza de materia ahogan el alma dentro.

CCXXXII. Precisamente cuando se nos echa encima, es cuando tenemos que embestir el peligro con más serenidad que nunca.

CCXXXIII. El alma, en algunas ocasiones, temple carnes de manteca y crea músculos de acero. Prever el resultado de una lucha á brazo partido entre dos hombres, es muy difícil, pues aun cuando vemos los cuerpos, no vemos las almas.

CCXXXIV. La esclavitud de la idea es la peor, porque el que está bajo su dominio, no pierde nunca á su dueño de vista.

CCXXXV. Desespera más luchar en el vacío que estrellarse contra formidable muro.

CCXXXVI. La ley de las compensaciones, donde tiene mayor razón de ser es en la vida íntima de familia. Allí depende la felicidad, única y exclusivamente de la compensación de ideas, voluntades y acciones.

CCXXXVII. Las caras arrugadas y marchitas son el espejo de grandes pasiones. Nadie se conserva mejor y más frescote que la gente insensible á todo: los egoístas.

CCXXXVIII. La desgracia es el faro de los grandes talentos. Para valer algo real y positivamente en este mundo, es preciso haber sufrido mucho.

CCXXXIX. La educación esmerada, esmeradísima, en el trato íntimo de la familia, es el secreto de la felicidad del hogar, porque por muy buenos que seamos, siempre tenemos algún defecto que ha de saber disimular quien nos rodea.

CCXL. ¿Queréis medir la grandeza de un pueblo? Estudíadle en la desgracia: una guerra, un terremoto, una inundación, una epidemia. Únicamente en estos casos es cuando puede apreciarse su valor, su virtud y su carácter.

CCXLI. Las amistades son un consuelo ó un estorbo; casi nunca resultan lo que cree vulgarmente la gente: un entretenimiento.

CCXLII. La resignación es virtud que puede degenerar en vicio.

CCXLIII. Los hombres honrados sólo tienen una recompensa práctica en este mundo: la satisfacción propia. Es premio mayor de lo que parece, porque vivir luchando con la conciencia, es no descansar un instante de la vida.

CCXLIV. La educación es la llave del sistema práctico de la vida. Tolerarnos unos á otros. Hé aquí el pan nuestro de cada día de la humanidad.

CCXLV. La tristeza es patrimonio de los valientes; la melancolía, de los abatidos; la hipocondría de los egoístas; la desesperación, de los cobardes.

CCXLVI. La moderna sociedad, con sus exigencias y mal entendida civilización, logra en muchas ocasiones que hombres que han nacido para honrados, se conviertan en bribones.

CCXLVII. Los hombres para resolver cosas de trascendencia, es para lo único que echan mano de su voluntad; lo contrario de lo que sucede á las mujeres. Donde mejor la lucen, es en nimiedades.

CCXLVIII. Como el horizonte tiene capacidad para el humo, la tiene el entendimiento del hombre para el saber. Parece increíble que nuestro cerebro que es tan pequeño pueda ser la representación de tantas y tan grandísimas ideas como han tenido algunos hombres.

CCXLIX. Las luchas que sostiene uno consigo mismo son las más terribles, porque nacen de la duda, la vacilación ó la incertidumbre, ó de cosas que por lo mismo que no son nada, no pueden concretarse y dominarse con facilidad.

CCL. La paciencia y la constancia, son las llaves que abren las puertas del deseo.

CCLI. La mujer asume la idea de la creación. Flor cuando doncella, que da fruto cuando madre. Toda su vida no se ocupa más que de sembrar y cuidar la semilla de los corazones.

CCLII. Prudencia y reserva son espadas de dos filos para la vida práctica. Llevadas á la exageración, pueden conducir hasta á la desgracia.

CCLIII. Carecer de sentido común, es lo mismo que no tener ninguno; es enfermedad frecuentísima hasta entre verdaderos sabios.

CCLIV. El mal humor y el aburrimiento son desequilibrios de la vida que no debieran perdonarse nunca, como quiera que siempre dependen de nosotros. Nuestra es la culpa.

CCLV. Los que tienen gran corazón, tienen capacidad inmensa para el sufrimiento, como el mar para el agua. Nada significa una nueva pena, como no desnivela una gota de agua, ni un abundoso río la inmensa llanura del Océano. Pero así como hubo un diluvio que por no dejar nada, hasta del mar borró las huellas; algunas veces un intenso sufrimiento acaba con nuestro corazón en un instante.

CCLVI. En materia de sentimiento, la mujer lleva en sí el germen de la grandeza. Cuando es buena, lo es mucho; pero cuando es mala, también.

CCLVII. La vida del hombre es una página dividida en dos columnas: la de los pesares, y la de las dichas separada por la línea de las realidades. Acostumbramos á morir cuando ya llena la de los pesares, nos disponíamos á consignar algo en la de las dichas. Y ello sucede así, porque en cualquiera ocasión en que nos sorprende la muerte, nos encuentra saturados de contratiempos y trabajos, pero con la esperanza en el corazón.

CCLVIII. Para dirigirse, hay que conocerse; por lo tanto, siempre valdrá más escuchar un consejo ajeno que uno propio.

CCLIX. Los abismos atraen. Las llanuras desesperan. La vaguedad, no sé por qué razón, tiene gran atractivo para los corazones.

CCLX. La miseria es el complemento necesario de la ignorancia ó de la falta de carácter.

CCLXI. Los ojos son la válvula de seguridad del sentimiento; por allí se escapa el remanente de vapor de las desdichas. Desgraciada la caldera humana que no acude nunca al recurso de las lágrimas, ó le falta tensión ó su explosión es segura.

CCLXII. La belleza humana no es la perfección plástica. Depende de un conjunto armónico entre el alma y el cuerpo. Por esto es convencional hasta el extremo de que á los unos gusta lo que á los otros desagrade.

CCLXIII. La duda es la mortaja de la voluntad.

CCLXIV. La felicidad es una imagen que perseguimos y vemos como ve el astrólogo las montañas de la luna á fuerza de lentes de prodigioso aumento, las cuales dan imágenes ficticias que resultan positivas para el que mira con el telescopio, pero virtuales para el que está al lado esperando que le llegue el turno, ó ya las haya visto.

CCLXV. La inacción, la vacilación y la duda son tres estados alotrópicos de la inactividad.

CCLXVI. La preciosa mecánica de conjunto de nuestro cuerpo se hizo para el movimiento, tanto es así, que en el momento en que nos sorprende la muerte y queda en reposo absoluto la materia de nuestro organismo, desaparecen sus atributos como por encanto, para confundirse otra vez con el fango de donde nacieron.

CCLXVII. La voluntad es el timón de la nave de la vida. La esperanza es la brújula. Cuando un viento favorable de la imaginación sopla, todo es sencillo; pero con la misma facilidad con que adelanta en su rumbo; se estrella la nave, si el timonel no vigila á las órdenes del capitán, que es la razón.

CCLXVIII. El aroma de una flor cuidada por nosotros es siempre preferible á la de jardín ajeno. Por esta razón no ven las madres los defectos de sus hijos y encuentran en sus buenas cualidades verdaderos prodigios.

CCLXIX. Para curar muchas enfermedades de nuestro siglo es preciso acostumbrarse á ver el alma de los enfermos con los ojos sin necesidad de oftalmoscopio.

CCLXX. El corazón de los hombres es de una pasta sumamente blanda que se endurece con el tiempo. Al principio de la vida, la amoldamos á todo, así á nuestras alegrías como á nuestras penas, lo mismo á los suspiros y lágrimas que á las expansiones. Más tarde, no siempre se ensancha con la alegría ni oprime con la tristeza.

CCLXXI. Cuando mejor se saborea la alegría es después de un pesar. Cuando mejor se descansa es después del trabajo. Poco descanso ni alegría podrá tener el que no trabaja ni sufre.

CCLXXII. El verdadero reposo de nuestro espíritu es la variedad. El descanso no hace falta de una manera absoluta. Hay quien piensa soñando por no dar un momento de tregua al raudal de ideas que produce.

CCLXXIII. En este mundo todo lo que vemos nos incita á ser malos; lo que sentimos á ser buenos. Por esta razón los mayores criminales acostumbran á ser aquellos que á una gran cabeza, aunan un corazón nulo ó ruin.

CCLXXIV. El arte es la poesía práctica de la vida: ni se marchita en Otoño como las flores ni envejece con el tiempo.

CCLXXV. Á la sombra del vicio nunca medra la virtud.

CCLXXVI. No sé por qué razón, pero las ideas de funesta trascendencia penetran con una facilidad asombrosa en las inteligencias y los corazones.

CCLXXVII. Las flores más delicadas y hermosas son las que primero se marchitan cuando las descuidamos.

CCLXXVIII. La inteligencia es al alma lo que la vista al cuerpo. La sensibilidad es al alma lo que el tacto al cuerpo. De igual modo que instintivamente escapamos de los rayos del sol directo que hieren la vista, tenemos que sustraernos á la influencia de aquellas ideas que perturban el alma sin buscar más explicaciones.

CCLXXIX. Á larga distancia se adivina el paso de ciertas personas, que como las flores, dejan perfume: una atmósfera de paz, de alegría y de tranquilidad incalculables se difunde alrededor de ellas.

CCLXXX. La felicidad de la vida está únicamente en el cumplimiento del deber, ó sea en el trabajo.

CCLXXXI. La luz de la aurora es la antítesis de la luz del crepúsculo, y sin embargo, ambas son luces y auroras. Todo depende del punto desde donde miramos el sol. Asimismo en algunas ocasiones la tristeza y la alegría reconocen la misma causa.

CCLXXXII. La alegría del corazón es la llave de la bondad. Á corazón que se expansiona, beneficio que se otorga. Á corazón que se retrae, maldad que se fragua.

CCLXXXIII. Los grandes centros son la base de grandes fortunas y mayores desgracias.

CCLXXXIV. La inactividad, la inercia y la indiferencia no son más que estados pasivos que contrarrestan el camino del progreso con más fuerza que el mismo error.

CCLXXXV. Las grandezas humanas no se distinguen de las miserias más que con ser todas ruindades, son mayores unas que otras.

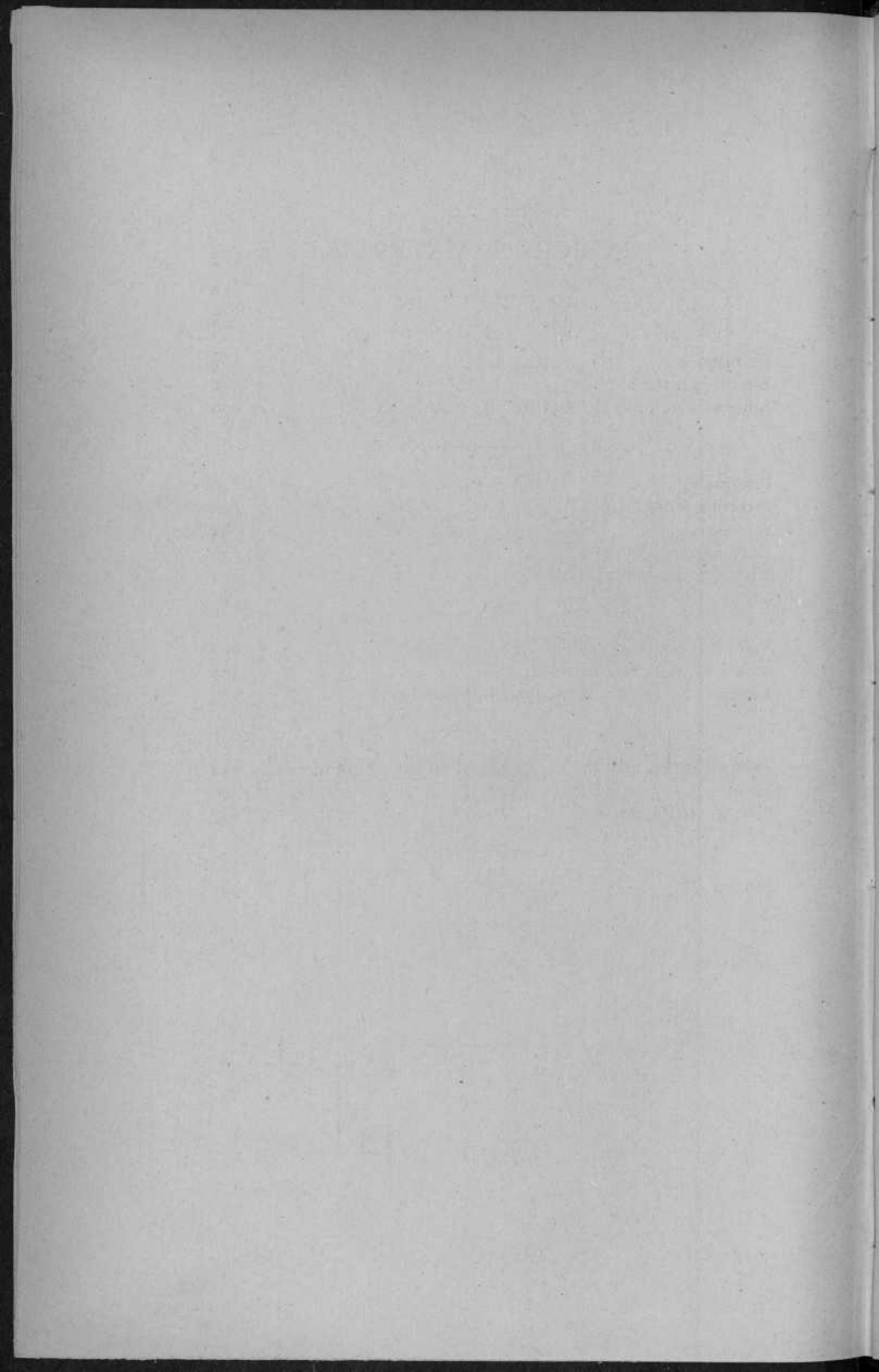
CCLXXXVI. El amor es la mayor de las virtudes y el peor de los vicios. Como virtud, nos da nietecillos; como vicio, nos aniquila antes de ser padres. Dicen que es pasión que se cura con los años cuando nos trae á mal camino. Es verdad, porque acaba muy pronto con nosotros.

CCLXXXVII. El hombre no ha nacido ni para esclavo de una idea ni para esclavo de las realidades más crueles de la vida: la grandeza de su alma se impone á todo.

CCLXXXVIII. Las inundaciones empiezan por una sola gota de agua.

CCLXXXIX. Las almas gemelas sólo se encuentran en el Cielo. Cuando por acaso tropiezan en la tierra, traban ligero conocimiento y desaparece una.

CCXC. Hay enfermedades (para los usos de la vida práctica) de las que no curan nunca algunos hombres y que se vanaglorian de tener, v. g.: la honradez, la bondad, el cariño, la verdad, etc., etc. Mejor es sufrir sus consecuencias que estar reñido con la conciencia.



ÍNDICE DE MATERIAS

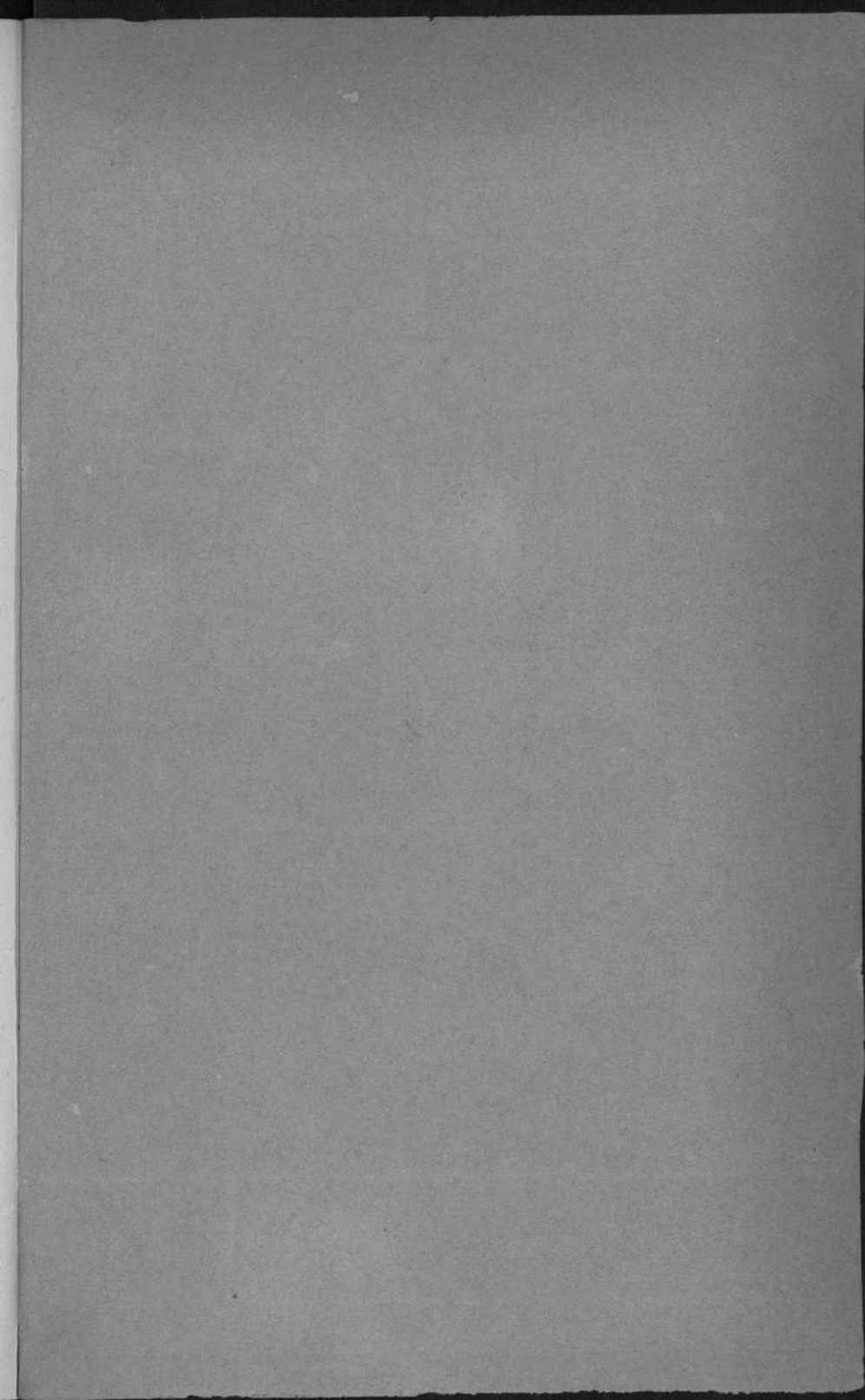
	<u>Págs.</u>
Realismo.	9
Espíritu y materia.. . . .	12
Influencia recíproca del espíritu y la materia.	22
Imaginación.	40
Preocupaciones.	66
Fanatismos.. . . .	94
Escepticismo.	129
Esperanza, fe, confianza, deseo.	152
Voluntad, carácter.. . . .	163
Ambición, riqueza y felicidad.	185
Paciencia é impaciencia. Actividad é inactividad.	218
Tristeza, melancolía, hipocondría, mal humor, aburrimiento.	234
Edad.	260
Belleza, arte, naturaleza.	273
Epílogo.. . . .	287
AFORISMOS.	293

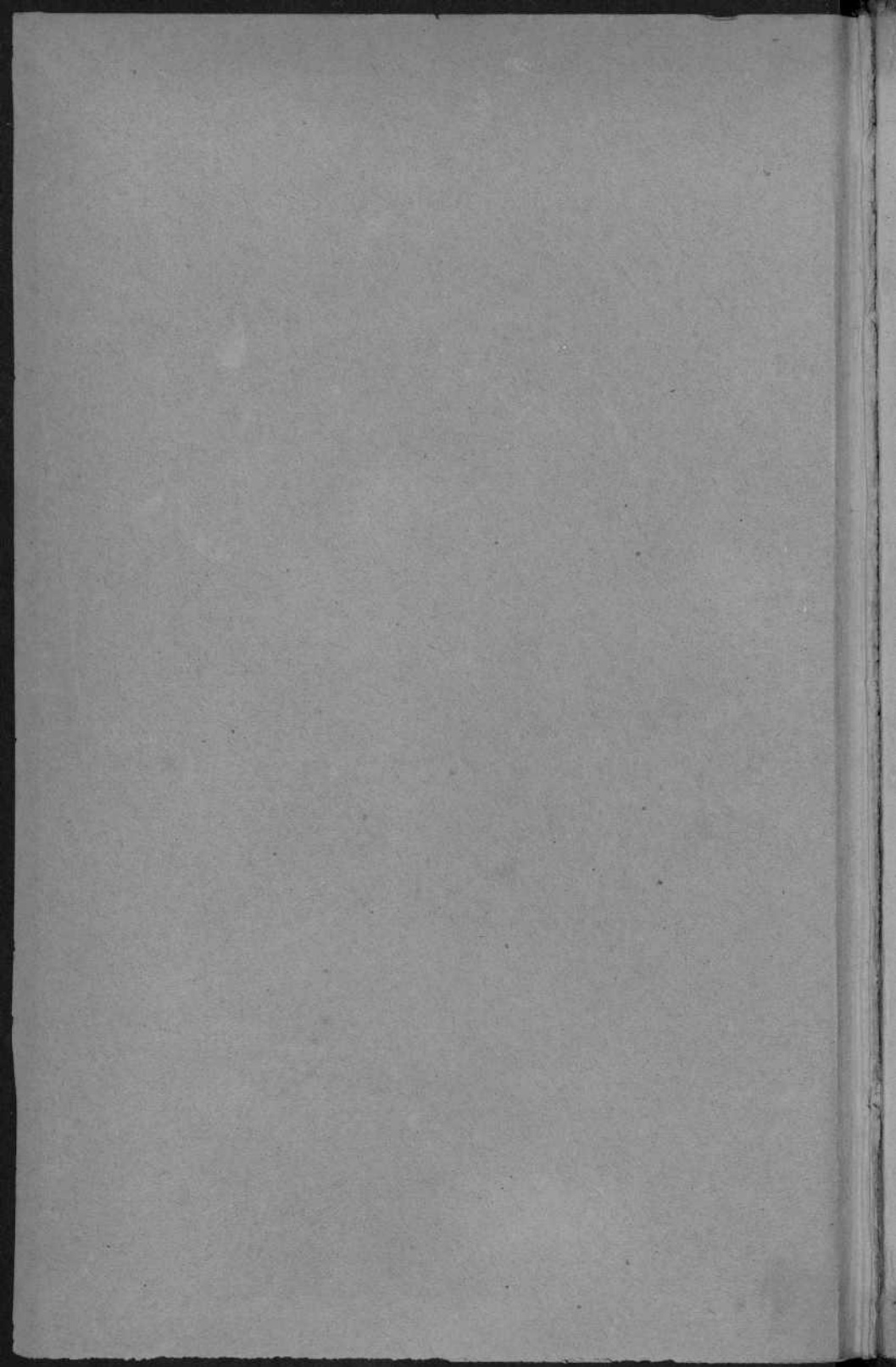
ERRATAS IMPORTANTES

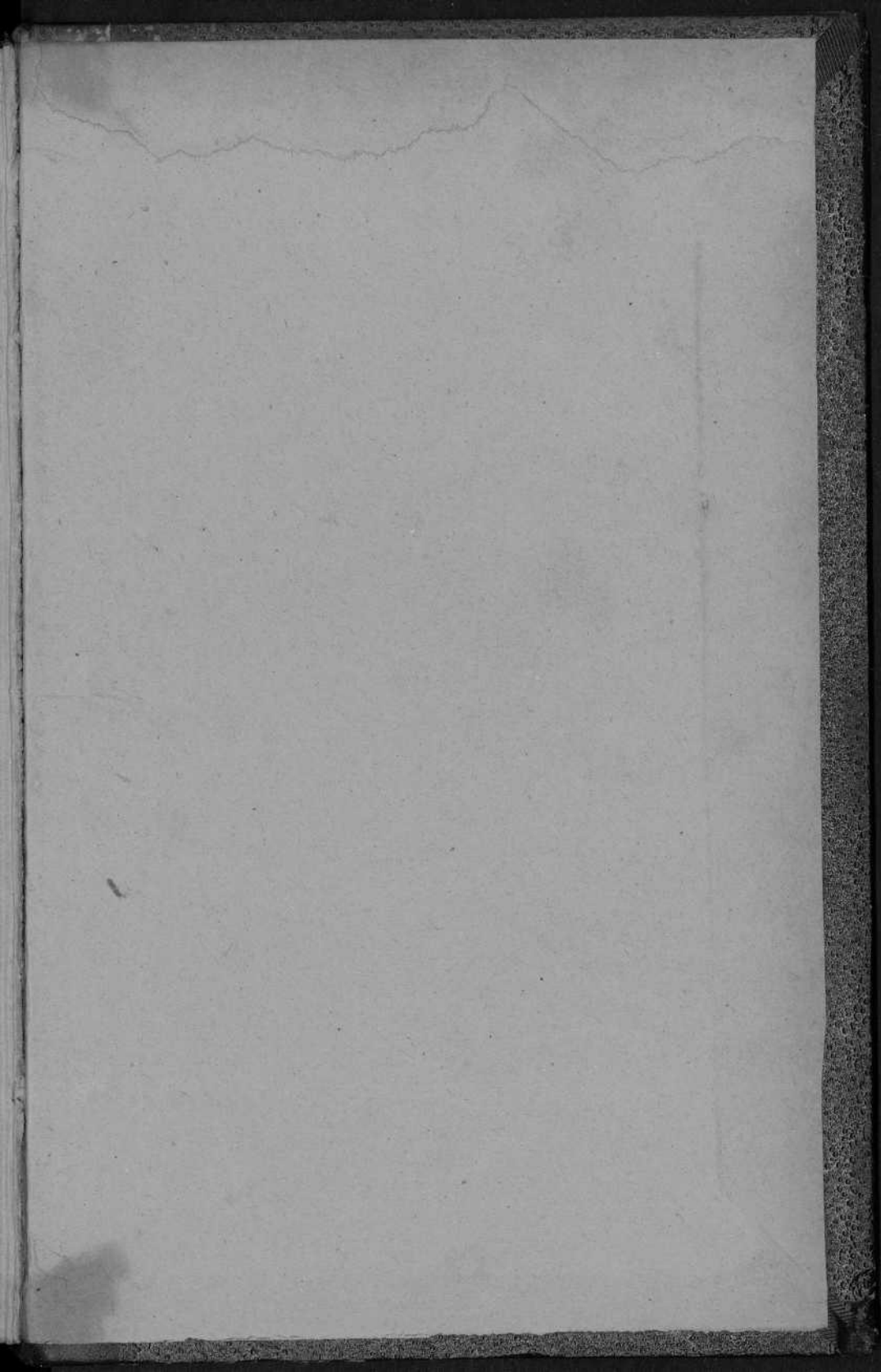


<u>Págs.</u>	<u>Líneas</u>	<u>Donde dice</u>	<u>Léase</u>
24.	14	nadie.. . . .	alguien.
130.	19	vida y.	vida con.
235.	11	á.	ó.
272.	2	corriente.	valiente.











GALL
HIGIENE
DEL ALMA

17.572

BIBLIOTECA
PROVINCIAL